

# LA MÁSCARA DEL ALQUIMISTA



JOSE CALLADO

 malbec  
EDICIONES

# La máscara del alquimista

---

Jose Callado

Malbec Ediciones

MALBEC EDICIONES

Editor: Javier Salinas Ramos

© 2019, Jose Callado

Primera edición: julio de 2019

Ilustración de la cubierta: AdobeSotck

Diseño de portada y cubierta: J.B. Rodríguez Aguilar

Revisión y corrección: Jose Callado, Antonio Jesús Rubio Muñoz, Ana María Peralta García, Carmen Altur García, Javier Salinas Ramos

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el

permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

*A Daniel, al que quiero como un hermano.  
Gracias por tu constante apoyo y presencia.  
A Miguel, que casi nació conmigo.  
Siempre serás el primero.*

## 0

**E**n aquella habitación únicamente se respiraba pena y dolor. Impotencia y rabia.

La familia Di Martino se colocó alrededor de aquel viejo camastro para contemplar lo poco que quedaba del hombre que un día luchó por sacar adelante a su hijo y a su enferma esposa. Todos sabían que restaban muy pocas horas para que llegara el final de esa larga agonía que habían sufrido todos debido a la enfermedad de Paolo. Aquellas personas esperaban con paciencia el momento en el que todo terminara, para que tanto el enfermo como los que le cuidaban dejaran de sufrir.

Luigi Di Martino, hijo del enfermo, sostenía la mano derecha de su padre en un desesperado intento de proporcionarle calor y serenidad. A sus veinte años, había sido testigo demasiadas veces del dolor que se había instalado en casa desde hacía tiempo. Ver cómo su padre poco a poco fue cayendo en los brazos de la locura hasta el punto de quedar anulado como persona por culpa de la medicación, había sido la prueba más dura por la que había tenido que pasar y por la que seguramente pasara jamás.

La esposa de Paolo, Martina, tenía además sus propios problemas de salud. Sufría una dolencia en los huesos que le impedía trabajar fuera de casa, así que siempre se ocupó del mantenimiento del hogar, con notable dificultad, y a cuidar de los suyos. Desde que su marido enfermó, dedicó todo su tiempo y

energía a intentar mantenerle en buen estado y cubierto en sus necesidades básicas.

Luigi, por su parte, tuvo que dejar prematuramente los estudios para poder llevar algo de dinero a la casa. Trabajó en varios restaurantes del pueblo como camarero, además de alguna tienda de comestibles. De otra forma, su familia, de clase más bien baja, no hubiera podido subsistir. Realmente, a Luigi no le importaba haber tenido que abandonar sus propias metas si era en beneficio de sus padres. Al fin y al cabo, ellos le habían dado la vida y, por lo tanto, haría todo lo que fuese necesario por ayudarles a salir adelante.

Su sacrificio lo realizaba con sumo agrado.

Paolo era consciente de que su fin estaba cerca ya que notaba que respiraba con bastante dificultad y que su corazón latía con mucha fuerza. En los pocos momentos de lucidez que tenía, intentaba aprovechar para decir a su hijo y a su mujer cuánto les quería y para agradecer lo que hicieron por él todos estos años atrás. Aún a las puertas de la muerte, se sentía profundamente afortunado por lo que había vivido y por lo que la vida le había regalado: un hijo responsable y bondadoso y una mujer espléndida con un corazón enorme que le amaba tanto como él a ella. Únicamente un secreto iba a llevarse a su tumba. Un secreto que esperaba que nunca salpicara a los suyos. Algo que debía permanecer enterrado e ignorado por el resto de las personas. Ni su mujer ni su hijo debían saber nada sobre lo que verdaderamente significaba la máscara.

Cuando supo que su hora estaba llegando y que la vida se le escapaba por segundos, apretó fuertemente la mano de su hijo en un último intento por decirle algo.

—Luigi... acércame la máscara...

Su hijo, asustado ante aquella situación y asimilando a cada segundo que pasaba el hecho de que a su padre le quedaba poco, accedió a la petición que le acababa de hacer no sin cierto desagrado. Asqueado al saber que esa era la última voluntad de su padre, se dirigió a la cajonera frente a la cama y abrió el penúltimo cajón. Después de rebuscar durante unos segundos en su fondo, sacó, envuelta en una tela negra de terciopelo, la maldita máscara que tantas veces había deseado que desapareciera de su vida.

Solemne, y con un total desprecio reflejado en su semblante, Luigi depositó la máscara, aún envuelta, sobre el regazo de su padre que, sin esperar lo más mínimo, comenzó a desenvolverla. Parecía que no le importaba saber

que estaba en sus últimos segundos de vida, pues su mirada se iluminó de tal forma que parecía no padecer en absoluto. Ella le daba vida y le coloreaba el semblante. Apartó suavemente el trapo de terciopelo negro y observó entre sus temblorosas manos aquella joya que para él lo significaba todo. Luigi y su madre se miraron mutuamente, compartiendo el odio hacia aquel objeto, pero resignándose a callar por respeto al moribundo.

Paolo se acercó la máscara a su demacrado rostro y comenzó a moverse de forma extraña. Estaba inquieto y balbuceaba palabras ininteligibles. Aquello que fuera lo que veía estaba causándole mucha impresión. De repente, y sin previo aviso, Paolo alzó las dos manos como intentando alcanzar algo invisible a los ojos de su familia. Realizaba movimientos muy bruscos y violentos, como si delante de él hubiese alguien. Y exclamó a viva voz.

—¡Oh, Dios mío! ¡Santiago! ¡Amigo mío! ¡No era nadie más que yo! —dijo entre carcajadas acompañadas de una tos seca y profunda—. ¡Fui yo todo el tiempo!

Su hijo no pudo soportar más esa situación. Ver a su padre con la mirada perdida y comportándose de aquella forma superó el límite de su paciencia. Se acercó a él y retiró la máscara de su rostro. La mirada de Paolo recobró la cordura y, con una mezcla de dolor y vergüenza, miró a su hijo mientras sostenía la mano de su adorada esposa.

—Hijo... —dijo con mucha dificultad—. Bajo el árbol de tus aventuras, en la línea del sol, encontrarás algo que debes enviar a una persona... Debes hacerlo por mí...

El joven Luigi sentía un dolor que le taladraba el alma y que le conectaba con la parte más amarga de la vida. Depositando la máscara sobre la mesilla de noche, se acercó a su padre preguntándole con la mirada. Éste continuó su petición.

—Santiago... envía la máscara y lo que se encuentra bajo el árbol a Santiago... Él sabrá qué hacer. Prométeme que no dejarás a tu madre sola y que cuando lo envíes..., lucharás por ser mucho mejor persona que tu padre.

Respiró profundamente haciendo sonar su pecho en su último estertor, clavó su mirada en el techo de la habitación y el negro de sus pupilas se apagó, perdiendo el brillo que segundos antes tenía. Tras eso, soltó la mano de su mujer, cayendo sobre las sábanas y exhaló su último aliento de vida. Su llama se apagó, acompañada del llanto de las dos únicas personas en el mundo que lo habían querido hasta el final.



Su hijo no entendió qué era lo que su padre acababa de hacer. Sintió que la rabia le inundaba el pecho por dentro. Finalmente, la muerte había ganado la partida. Solo fue capaz de acercarse al lecho de su padre y abrazarle, no sin antes lanzar una última mirada de odio a la máscara que yacía sobre la mesilla. Le abrazó con todas sus fuerzas, esperando que el calor volviese a él. Pero no fue así.

El dolor y la pena volvieron a dominar aquella pequeña estancia, donde una gran persona abandonó, demasiado pronto y sin quererlo, a su joven hijo y a una esposa rota por la desgracia. Fuera, el bosque también lloraba y el cielo se tiñó de negro para acompañar en el duelo a la pequeña familia que soportaba tanta agonía. La lluvia comenzó a bañar las hojas de los árboles y los animales corrieron raudos a cobijarse de la tormenta que comenzaba a rugir. Dicen que jamás llovió tanto en aquel lugar. Nunca antes en aquellos prados de Fontanelle, al norte de Italia, cayó la lluvia con tanta fuerza y sin previo aviso.

Las velas que iluminaban la habitación fueron apagándose, dando lugar a una tenue oscuridad que abrazó levemente, pero con determinación, a esas dos personas que jamás volverían a ser las mismas. Casi instantáneamente, Luigi apartó de su mente las últimas palabras de su padre y supo que su máxima prioridad debía ser su madre. Él era fuerte y podría con aquello, pero ella, que llevaba más de veinte años dedicada exclusivamente a su padre, era quien debía recibir ahora todos los cuidados posibles. De nuevo quedó él en segundo plano y, de nuevo, lo haría con gusto.

Días después de lo ocurrido, Luigi se encontró de pie junto a aquel gigantesco roble bajo el que jugaba de pequeño y donde tantas veces mató a gigantes, dinosaurios o tropas extraterrestres que llegaban para arrasar Fontanelle y a la provincia de Treviso por completo. «Este árbol debe ser al que se refirió papá antes de morir...», pensó. Debía encontrar algo indeterminado y enviarlo junto a la máscara a un tal Santiago.

—¿Quién demonios es Santiago? —susurró frente a la fuente de sus aventuras. Agarró con fuerza la azada y comenzó a dar fuertes golpes alrededor del árbol. Se percató de que si lo hacía al azar podría ocasionar un auténtico destrozo. Recordó de nuevo las palabras de Paolo: «En la línea del sol». Sonrió y se colocó justo frente al lugar por donde salía el sol cada mañana. Ese debía ser el lugar en que debía estar oculto aquello que su padre

escondió y sobre lo que jamás habló a nadie de la familia.

Tras varios minutos removiendo tierra, consiguió desenterrar lo que una vez en sus manos se descubrió como un tubo de madera de unos siete centímetros de ancho. Su tapadera estaba cerrada a cal y canto. Sin inscripciones ni nada que identificara el contenido del tubo, lo apartó a un lado.

Apenas tuvo interés en abrirlo, así que una vez recuperó sus fuerzas, volvió a colocar la tierra bajo el roble y optó por sentarse bajo su sombra para descansar. «¿A qué juegas, papa?», pensó mientras una suave brisa acarició su rostro sudado provocándole tal sensación de paz que facilitó el camino de unas lágrimas rebeldes que ni siquiera pidieron permiso para pasear por su rostro.

Tumbado en su cama y percatándose del olor a estofado que provenía de la cocina, Luigi pensaba, de nuevo, en las últimas palabras que pronunció su padre. Volvió a pensar en el tal Santiago. Ese nombre le sonaba levemente, aunque no pudo saber exactamente de qué, así que decidió preguntarle a su madre si tenía alguna idea sobre quién podía ser esa persona que había nombrado el viejo Paolo antes de morir.

—Hace algunos años —respondió la mujer mientras movía con gracia y técnica el contenido de la gran olla llena de estofado—, tu padre hizo varios viajes por diferentes partes de Europa junto a una persona llamada Santiago. Creo que su apellido era Vélaz o Vélez. No recuerdo muy bien... Eso ocurrió antes de conocerme y mucho antes de que nacieras. Mientras estuvimos juntos, apenas le nombró —miró al techo, intentando buscar algo más para decirle a su hijo—. Papá era una persona muy curiosa por naturaleza. Durante algún tiempo, tuvo un gran interés en investigar aquello que le parecía enigmático. Fue cuando vivió esas experiencias y cuando conoció a algunas personas, entre ellas, el tal Santiago. Debe ser el mismo que nombró antes de marcharse.

Luigi, extrañado, quiso saber más.

—¿Estuvo viajando por Europa? Papá nunca me había dicho nada referente a que hubiera estado por el continente.

—A mí tampoco hasta bastante tiempo después de conocerle. No me refirió nada relacionado con lo hacía en aquella época anterior a nuestra vida juntos. Tan solo en dos ocasiones me comentó muy superficialmente que, junto a esta persona, que vive, o al menos vivía en Granada, al sur de España, se

dedicaron a investigar lugares con ciertos misterios o en los que sucedían sucesos paranormales —se detuvo para intentar recordar más claramente aquel día—. También me confesó en una ocasión que la última investigación que realizaron fue en algún lugar de Inglaterra, no recuerdo el nombre exacto. Le había marcado de tal forma que optó por abandonar aquella afición. Poco después, nos conocimos y jamás volvió a interesarse por esos asuntos.

Parecía que su madre le estaba hablando de otra persona totalmente diferente. Le intrigaba muchísimo que, en sus últimos instantes de vida, su progenitor se hubiera acordado precisamente de aquella persona.

—¿Qué es el cilindro de madera que he encontrado bajo el roble? No entiendo nada...

—No tengo ni idea hijo. Parece que tu padre guardaba más secretos de los que puedo imaginar. Lo único que tengo claro es que sufrió un gran cambio desde que esa máscara llegó a nuestras vidas. ¿Has abierto el cilindro?

—He preferido no hacerlo. Papá me ha dicho que se lo envíe a ese hombre llamado Santiago y eso haré, aunque no de la manera que él me pidió.

—¿A qué te refieres? —preguntó intrigada su madre.

—Voy a llevarlo personalmente. Quiero conocer al hombre que fue tan importante para mi padre. Quiero saber quién es esa persona que merece quedarse con ese cilindro y con la máscara. Si ya tenía problemas de nervios, de concentración y de delirios, esa máscara no hizo más que hacerle empeorar, así que tengo que saber si esta persona puede ayudarme a esclarecer el asunto. Espero que lo entiendas —dijo mientras tomaba la mano de su madre—. ¿Qué demonios es esa máscara?

Tembló al recordar la terrible escena en la que, con la máscara puesta sobre el rostro, exclamó a viva voz aquellas extrañas frases dirigidas a ese hombre llamado Santiago.

Martina, que luchaba en su interior para no revivir más de lo necesario su dolor por la pérdida de Paolo, intentó ser fuerte para que su hijo no se percatara de que aquella especie de inocente interrogatorio le estaba haciendo mucho daño.

—Pues, no sé qué decirte hijo. Sabes que cada vez que se la ponía, empeoraba de sus delirios y decía cosas sin sentido. Jamás entenderé qué poder tenía sobre tu padre, pero es indudable que no era algo que le hiciera bien; ese objeto alteraba su mente.

Luigi miró al suelo, asumiendo cada palabra que su madre le decía.

Recordó con dolor aquel día, seis meses atrás, en que su padre llegó a casa con aquel nuevo objeto, sin saber que le cambiaría la vida por completo. En ese tiempo, Paolo ya se encontraba muy enfermo y sufría periódicamente alucinaciones y terrores nocturnos. Ese objeto trajo la desgracia a su casa y provocó, en última instancia, que su padre no estuviera en ese momento entre ellos ya que no hizo más que aumentar e intensificar sus propias dolencias.

Aquel día, recordó Luigi, su padre no consintió en decirle de dónde había salido la máscara por más que él y su madre le preguntaron. Finalmente, y tras mucho insistir durante bastante tiempo, les contó que un antiguo amigo de España se la había regalado.

—¿Crees que quien le regaló la máscara a papá es el tal Santiago? —preguntó Luigi al recordar el momento—. Tengo que encontrar a ese hombre —dijo con determinación mientras se levantaba de la silla—. Tengo que darle personalmente la máscara y lo que había bajo el árbol.

Su madre le miró extrañada. No veía lógica a lo que su hijo estaba diciendo.

—¿Cómo que vas a encontrarle? Ni siquiera sabes dónde vive. Mejor dicho: ¡ni siquiera sabes si está vivo!

Su madre tenía razón, pero si conocer a Santiago significaba encontrar el sentido a toda aquella locura que envolvía al fallecimiento de su padre, merecía la pena intentarlo. Limitarse a hacerle un envío significaba desentenderse del tema. Significaba no llegar a comprender qué le había sucedido a su padre a raíz de recibir esa extraña máscara y no entender qué relación había con su muerte.

Dos semanas más tarde y, tras una ardua investigación consultando en diferentes páginas especializadas en la temática paranormal y esotérica, Luigi logró dar con Santiago Vélez. Fue entonces cuando decidió viajar a Granada dispuesto a encontrar a esa persona que de alguna u otra forma dejó esa huella tan profunda en su padre y al que, sin embargo, no nombró en los veinticinco años que el joven italiano llevaba en el mundo.

# 1

**H**acía mucho tiempo que en la planta décima del Hospital Universitario da Coruña no se reunía tanta gente. Las fuertes heridas y contusiones, resultado de una intensa y larga pelea ilegal callejera, parecieron servir de reclamo para que todas las personas de la familia de un muchacho coruñés se agolparan en la sala de espera que precedía a la de operaciones. Ese chico podía presumir de tener una familia numerosa y unida, puesto que un total de no menos de quince personas aguardaban noticias de cualquier médico que cruzara por alguno de los pasillos colindantes a la sala donde ellos permanecían.

Una hora antes, en una zona industrial de la ciudad llamada Polígono de Pocomaco, frente a la nave de productos congelados, un grupo de cuarenta personas de no más de veinticinco años jaleaban entre vítores y silbidos a dos personas dentro de un improvisado y poco profesional ring. Ambos chicos, de una edad similar a la de su entregado público, daban pequeños sorbos a una botella de agua fría para después escupirla mezclada con abundante sangre, la mayoría procedente de huecos donde anteriormente había alguna pieza dental. Acompañaban a los combatientes dos personas de más avanzada edad, que les guiaban y aconsejaban sobre dónde atacar y golpear al rival al mismo tiempo que les animaban a no decaer recordando la enorme cantidad de dinero que había en juego.

Los tatuajes de los combatientes se fueron tiñendo poco a poco de un rojo oscuro mezclado con sudor. Los músculos cada vez se cansaban más y los

golpes disminuían su intensidad tras cada asalto.

Durante media hora más, los golpes se fueron sucediendo entre los combatientes y el público fue alcanzando su cénit de entrega al vislumbrarse el final de la pelea. Las apuestas se multiplicaban y uno de los combatientes ya había sido dado por perdido incluso por su propio *coach* hasta que, en un giro de los acontecimientos, y antes de perder el conocimiento, un gancho en el momento justo y en el lugar oportuno, hizo que su rival cayese como peso muerto sobre el asfalto. Todos quedaron estupefactos durante unos segundos hasta que aquellos que siguieron apostando por aquel endeble novato se acercaron a él para levantarlo en peso y jalearle por su victoria. Sin embargo, antes de que llegaran a hacerlo, el chico se desplomó junto al también destrozado cuerpo de su contrincante.

Quedaron los asistentes sin saber qué hacer hasta que alguien llamó a una ambulancia para que atendiera a los chicos. Las consecuencias llegarían más tarde. Las sirenas de la Policía sonaron de inmediato no muy lejos de allí provocando la estampida de todos los asistentes e incluso de las dos personas, en un principio, encargadas de aquellas dos promesas del combate cuerpo a cuerpo. El equipo médico llegó segundos después de que lo hiciera la Policía, que no pudo arrestar a nadie ya que únicamente encontraron los maltrechos cuerpos de los muchachos tirados en el suelo junto a decenas de colillas de cigarrillos e incluso alguna botella de ginebra rota en el suelo.

Veinte minutos después, todos los familiares de Rubén, el vencedor del combate, se reunían en el hospital a la espera de noticias sobre su estado. La madre del muchacho, una señora bastante oronda y con aspecto desaliñado, increpaba al aire cada vez que un médico salía de la sala de operaciones y no les daba parte de la situación de su hijo. No llegaba a entender que aquellos que estaban tratándole no pudieran detenerse para darle detalles de nada, puesto que debían dar prioridad a las heridas producidas durante el combate.

—En cuanto terminen en la sala, el doctor os explicará qué tal ha ido todo.

Era la única frase que decían los auxiliares, que en dos ocasiones salieron para informar brevemente.

Lo último que supieron los Mendoza fue que tanto Rubén como su rival habían sufrido una serie de golpes bastante contundentes en distintas partes de su cuerpo, especialmente en la cabeza; habían provocado diferentes contusiones y traumatismos, lo que a su vez había derivado en una pérdida de

conciencia y en una hemorragia interna. Los nervios se estaban apoderando de toda aquella suerte de congregación en que se había convertido la sala de espera del hospital.

Pasados veinte minutos desde la última salida de la auxiliar, las puertas de la sala de operaciones se abrieron de par en par dejando ver la silueta del cirujano que atendió a Rubén nada más llegar al hospital. Como si tuvieran un resorte en el trasero, todos los presentes se levantaron de su asiento, dejando a un lado el termo con el café y los sándwiches que uno de ellos había traído de la casa ante lo que parecía que iba a ser una larga noche. La madre de Rubén, Fátima Ruz, se acercó al cirujano mientras intentaba controlar la avalancha de nervios que surgían de su interior al ver el semblante serio del hombre. Se temía lo peor.

—Dígame, doctor. ¿Ha salido todo bien? ¿Cómo está mi pequeño?

El médico, que aún estaba terminando de quitarse la mascarilla, miró a la mujer seriamente y posó la mano sobre su hombro derecho. Apretó levemente.

—Su hijo está bien. Ha tenido suerte de que alguien llamara a la ambulancia y de que ésta llegara al hospital tan rápidamente. Podría haber muerto a causa de la hemorragia interna con la que ingresó, pero afortunadamente hemos conseguido detenerla y expulsar la sangre que se le estaba acumulando en el cráneo. Hemos tratado también la conmoción que ha sufrido a raíz de tantos golpes y esperamos que recupere pronto la conciencia. No ha sido consciente de nada desde que tuvo el desmayo, así que cuando despierte estará bastante confuso y dolorido.

Todos en la sala suspiraron de alegría, y la madre de Rubén, en un gesto espontáneo y sin pensarlo, abrazó al cirujano ignorando las manchas de sangre que teñían su bata. El hombre correspondió al gesto y unos segundos después la retiró para volver a hablarle.

—Señora, debe atender a lo que voy a decirle —dijo el cirujano de forma seria y casi solemne—. Su hijo ha pasado por una situación límite; se encontraba practicando una actividad ilegal: participar en peleas callejeras, con apuestas y sin ningún tipo de control. Es algo muy grave. Ha puesto en peligro tanto su vida como la de otra persona —la madre del chico le miró con gesto desencajado y bastante avergonzada. El doctor continuó—. Tengo que informar a las autoridades que esperan en la entrada del hospital sobre el estado de su hijo. También me veo en la obligación de denunciar la actividad que Rubén estaba realizando antes de producirse la llamada a la ambulancia.

No me queda más remedio. Cuando lo haga, probablemente le comunicarán a usted lo que vaya a ocurrir a partir de ahora. Espero que entienda mis acciones.

La mujer quedó callada y sin palabras. Se separó del hombre y levemente asintió con la cabeza.

—Lo entiendo perfectamente. Mi hijo es un cafre. Un caso perdido. Pero lo importante es que está vivo y que no ha pasado nada más grave.

—Así es —respondió el doctor.

—¿Cuándo podremos verle?

El médico levantó la vista y vio a todas aquellas personas que habitaban la sala de espera.

—Obviamente tenemos que esperar a que se recupere de la operación, pero es necesario que, como máximo, se queden solo dos personas y que el resto se vaya a casa. A estas horas podrían llegar más urgencias y estarían colapsando las instalaciones.

La mujer, *ipso facto*, se giró y comenzó a expulsar a todos los miembros de la familia a excepción de una chica de quince años, hermana de Rubén. Cuando todos se hubieron marchado, el cirujano los llevó al interior de la zona accesible para familiares con el fin de que pudieran ver al chico a través de un cristal. Una vez allí, y con los sollozos de aquella impactada madre de fondo, el doctor abandonó el lugar.

Por fin era la hora de marcharse a casa. Finalmente llegaban sus ansiadas vacaciones. Justo antes de montarse en el ascensor que le llevaría a la planta baja donde se encontraba la cafetería, la voz de la mujer volvió a sonar de fondo.

—¡Disculpe doctor!

El hombre se dio la vuelta con gesto cansado, sin ganas de atender a nadie más y casi forzando una sonrisa cordial.

—Sí. Dígame.

—Quisiéramos agradecerle de algún modo lo que ha hecho por Rubén —dijo la señora con los ojos rebotados en lágrimas—. Dígame su nombre y le enviaremos aquí al hospital un paquete con varios quesos que hacemos artesanalmente en nuestro caserón del pueblo.

—Me llamo Roberto Vélez. Pero no es necesario que haga nada de eso. Es mi trabajo y solo he hecho lo que debía. Si hubiera salido mal, no tendría nada que agradecerme y hubiera hecho mi trabajo igualmente.



La mujer le sonrió desde el otro extremo de la estancia.  
—Estoy segura de que le encantará nuestro queso.  
Acto seguido se volvió hacia donde se encontraba su hijo.

El despacho de Santiago rebosaba cultura, conocimientos y misterio. Las persianas, a medio bajar, dejaban entrar en la estancia débiles rayos de sol que iluminaban la desgastada madera donde se apoyaban cientos de folios dispuestos en un desorden bastante ordenado a ojos de quien ocupaba la sala. Un cenicero con cinco colillas acompañaba a las carpetas con dossieres de información y fotografías que contaban miles de historias, fruto de los años que Santiago llevaba dedicados a la investigación de lo paranormal y el misterio.

Sentado en su sillón orejero, que heredó de manos de su abuelo y al que le unía un fuerte vínculo sentimental, daba cortas caladas a otro cigarrillo mientras planeaba los siguientes días junto a su hijo, quien le había avisado dos semanas atrás de que iría a Granada por vacaciones. Pensó que era el momento perfecto para acercar posturas y fantaseó con recuperar aquella ilusión de compartir investigaciones juntos.

Las notas del Vals de las flores, del Cascanueces de Tchaikovsky, su pieza clásica favorita, acompañaban sus pensamientos a la vez que hacía que su mente volara imaginando el día en que llegaran al próximo lugar y objeto de investigación. No podía esperar a lanzarse al terreno y dejar atrás las consultas y la documentación. Necesitaba bucear, ya no en legajos y documentos, sino en lugares reales que corroboraran y le dieran pruebas de que todo lo que había estudiado durante meses era real y no cuentos, como

tantas otras veces había sucedido.

Pasado un rato, Santiago se levantó para asomarse por la ventana mientras encendía otro cigarrillo. «Debería dejar de fumar», pensó aspirando mientras el extremo del cigarro comenzaba a brillar.

Las vistas desde aquel lugar eran impresionantes. Siempre lograba encontrar paz y calma cuando se sentía inquieto o preocupado. En aquel momento se encontraba bien, pero la sensación de que pronto iba a comenzar a caminar por una senda que no sabía si tendría camino de vuelta, en cuanto a su vida como investigador se refería, hacía que algo en su interior no le dejara descansar. Esperó que aquellas vistas de la majestuosa Alhambra despejaran cualquier preocupación de su mente y le dieran la templanza que necesitaba para manejar todo lo que estaba por venir. Ver a su hijo le serviría de mucha ayuda. Esperaba encontrar un apoyo en él y un compañero de viaje una vez le contara todo lo que había descubierto.

Su nueva investigación, basada en la infinidad de eventos paranormales sucedidos en la Mansión Winchester, en la ciudad de San José, en California, era lo que más le había ayudado los últimos meses a superar la soledad en la que vivía desde hacía bastantes años.

Siempre andaba buscando un nuevo tema sobre el que investigar; un nuevo lugar en el que los interrogantes fueran más numerosos que las respuestas. De ese modo, aunque de una forma muy discreta, llegó a hacerse de cierto nombre dentro de los círculos más reputados de la investigación paranormal. En ningún caso llegó Santiago a compararse a maestros tales como Benítez o Argumosa, pero sí que era cierto que su incansable labor y tesón le llevó a ser reconocido incluso entre estos.

¿Qué había ocurrido realmente con Sarah Winchester? ¿Fue su muerte tan plácida como decían los escritos? ¿Quién era realmente ese tal Clyde con el que Sarah tanto hablaba y al que tan ciegamente obedecía? Eran las cuestiones que siempre se planteó y a las que nunca consiguió dar respuestas. Por todo el mundo era conocido que en aquella mansión ocurrían cosas que no eran muy normales. Además de su extraña arquitectura, con escaleras hacia ninguna parte o puertas que daban al vacío, en ese sitio se dieron numerosos casos de apariciones y de voces que hablaban directamente a los visitantes del lugar, por citar algunos de los cientos de testimonios sobre cosas que allí han sucedido.

Santiago estaba decidido a resolver aquel misterio, ya que tenía la teoría

de que Sarah Winchester y el espíritu con el que ella contactaba mientras vivía, llamado Clyde, eran la clave para resolver el misterio de aquellos extraños fenómenos. El exhaustivo análisis que pretendía hacer del lugar desbancaría a todas las investigaciones previas realizadas y aportaría luz a tantas sombras que entre sus pasillos reinaba.

Su propósito era invitar a su hijo a que le acompañara a San José para investigar juntos aquel caso. Roberto siempre quiso ir a los Estados Unidos, pero aún no había podido hacerlo por motivos de diferente índole. Santiago recordaba que desde que era pequeño, Roberto mostraba un alto interés en sus investigaciones, así que pensó que era el momento perfecto para brindarle el gran regalo de ir a los Estados Unidos y hacer lo que más les gustaba a los dos: adentrarse en el terreno de lo desconocido.

No sabía Santiago que muy pronto aquel afán de investigación de la Mansión Winchester sería la menor de sus prioridades y que un reto mucho mayor estaba próximo a presentarse.

### 3

Al fin estaba de vacaciones. No podía creer que iba a perder de vista aquel hospital durante todo un mes; tendría tiempo para él, para bajar a su Granada natal, para pasear por sus calles, y también, pensó, para ver a su padre tras cinco años. Desde que se independizó y consiguió el trabajo en el hospital, la relación con el viejo Santiago se había enfriado un poco, situación que era hora de cambiar.

Mientras hacía la maleta y metía dentro toda la ropa que iba a usar durante su estancia en Granada, pensó en cómo había transcurrido todo desde que sus padres se separaron catorce años atrás. No entendía cómo pudieron hacer las cosas tan desastrosamente mal. Roberto fue el principal perjudicado. Aunque cada vez que se paraba a pensarlo, siempre llegaba a la misma conclusión: fue su madre la que destrozó la familia. Sonrió levemente mientras cogía la ropa interior para guardarla en la maleta.

—Nos jodiste, pero bien... —masculló al aire.

Pensó en ella, quien tan solo seis meses después de separarse de su padre, ya tenía una relación con otro hombre mucho más joven, aunque Roberto siempre pensó que fue todo mentira y que, cuando todavía estaba con su padre, ella ya se veía con el otro. Pocas semanas más tarde de dar a conocer su situación, se marchó a vivir con él a Valladolid, dejando atrás a su exmarido y a su hijo de tan solo diecisiete años.

Su padre jamás levantó cabeza y se refugió en la mayor de sus pasiones:

la investigación de lo paranormal y lo misterioso. Aún con su depresión, lo hizo lo mejor que pudo y crio a su hijo con las fuerzas que conseguía sacar. Roberto, desde pequeño, compartió con su padre la pasión por todo lo relacionado con los misterios, lo esotérico o lo metafísico. Aunque, después de marcharse al norte de España, la obligación de centrarse en su nueva vida y su nuevo trabajo le alejaron de aquello.

Cuando abrió el armario para coger un par de camisas que esperaba usar en alguna cena con sus amigos de Granada, vio reflejado en uno de los estantes una pequeña caja de metal que provocó que Roberto sintiera una punzada en el estómago. La agarró con la mano para comprobar que su contenido seguía ahí dentro. Efectivamente, en el interior de la caja resplandecía un viejo anillo de oro con una fecha grabada en su interior. No podía creer que justamente en ese momento, esa caja hubiera aparecido después de tanto tiempo perdida; ahora que los recuerdos sobre la peor etapa de su vida estaban aflorando ante el inminente reencuentro con su padre.

No podía remediarlo, pero cuando se reunía con su padre, todos los malos recuerdos de aquel trance regresaban con la fuerza de un huracán a su mente. No le culpaba por ello, pero era algo que no podía ni sabía cómo evitar.

Aquel anillo se lo dio su madre poco después de irse a vivir con el hombre al que conoció y al que Roberto jamás guardó rencor puesto que no era responsable en ningún caso de lo ocurrido en su hogar. Se lo hizo llegar por correo ordinario a su propio nombre junto a una nota que simplemente decía: *«Dale este anillo a tu padre. No quiero estar ligada a él de ningún modo. No tengo ni quiero tener nada en común con él»*.

«¿Y el hijo que tenéis? ¿No es eso algo en común?», pensó Roberto en aquel entonces.

Abrió una pequeña cremallera en el lateral de su mochila e introdujo el anillo. Era hora de entregarlo a su verdadero destinatario. En su día no quiso hacerlo para evitar sufrimiento a su padre. Las heridas habían cicatrizado, supuestamente, así que ahora debía hacerlo.

Volvió a lo que estaba haciendo, pero fue incapaz de sacar a su padre de su mente. Se preguntaba qué sentiría cuando le entregara ese anillo. ¿Habían cicatrizado realmente las heridas? ¿Y si no era así? Volvió a coger la mochila y sacó el objeto. Decidió quedárselo y no hacer que su padre pasara por ese mal trago. Era innecesario. Cuando volviera de sus vacaciones haría algo con él.

Catalina volvió a rozarse con los brazos de Roberto, entorpeciendo su tarea. Con su pequeña cabeza daba pequeños golpes a sus manos, buscando una caricia que no lograba conseguir por mucho que insistiera. Roberto olvidó por un instante el anillo, a su padre y a su madre, y miró a su gata.

—¿Qué te pasa? ¿Ya sabes que hoy nos vamos para Granada? —dijo acariciando su pequeño y negro hocico.

La cogió en brazos y se acercó al mueble de la entrada para sacar de ahí la pastilla naranja que el veterinario le había dado para que la gata tuviera un viaje relajado en el avión y no se pusiera nerviosa dentro del transportín. Presionó con sus dedos en la mandíbula del animal, abriéndole levemente sus pequeñas fauces para poder introducirle dentro la píldora. El animal, con evidente desagrado, salió corriendo tras verse obligada a tragarse aquello que Roberto le había metido en la boca.

Regresó a su habitación para continuar preparando la maleta y, de nuevo, su madre volvió a su cabeza. Y también su padre. Y los cinco años que estuvieron sin saber nada de ella hasta que recibieron la noticia de que había enfermado de cáncer y se encontraba bastante mal; cáncer de páncreas. Eso les dijo el nuevo marido de su madre. Les pedía que fueran a visitarla, sobre todo su hijo, ya que, según los doctores, dado el estado en el que se encontraba la enfermedad, no sabían el tiempo que le quedaba de vida.

En aquel momento, Roberto rechazó la idea de ir a verla ya que ella le había abandonado sin miramientos tiempo atrás, pero tras unas semanas y después de varias conversaciones con su padre, aceptó la situación tal cual era y fue a ver cómo se encontraba en más de una ocasión, hasta que la mujer falleció a causa de una metástasis generalizada.

Jamás pudo perdonarle lo que hizo, pero tampoco se hubiera perdonado a sí mismo no haberse despedido de ella sin antes recordarle lo mal que lo hizo todo. Sin antes decirle que era libre para hacer lo que quisiera con su vida, pero dejar a un hijo sin su madre había sido una crueldad. No se enorgulleció de haber querido dedicar aquellas palabras a su madre, pero fue lo que le salió del alma.

Ahora se encuentra enterrada en Granada, junto a sus padres, y visitar su tumba entraba dentro de los planes de Roberto para los días que iba a estar de vacaciones allí. Él no iba a ser como ella.

Fue después de la muerte de su madre cuando decidió marcharse de Granada para comenzar una nueva vida en Galicia, lejos de todo y donde nada

le recordara a ella ni al dolor que le había causado. Incluso después de su muerte, no se había apagado la llama de la rabia contenida.

Ahora, pasados los años, a Roberto le quedaba lo realmente importante. El hecho de que, a pesar de todo, esa mujer fue su madre y que le debía su propia vida, y por consecuencia, todo lo que había logrado. Nada de aquello hubiera sido posible sin ella y, obviamente, sin su padre. Al final solo le quedaba eso. El perdón, si llegaba, lo haría en su momento.

Por fin terminó de hacer la maleta y, tras cerrarla no sin cierta dificultad, se sentó en el sofá para descansar un poco antes de salir al aeropuerto. Aún le quedaba meter a la gata en el transportín y comprobar que todo quedara cerrado, tanto las ventanas como las puertas. Sabía que, de un momento a otro, Catalina estaría encima suyo para buscar de nuevo su mano, y así fue. Mientras la acariciaba, Roberto pensó en que había sido buena idea alojarse en un pequeño hostel en el centro de la ciudad en vez de en casa de su padre. En ningún caso tendría problema si finalmente decidiera quedarse con él, pero siempre era bueno tener un espacio propio para uno. La soltería y las vacaciones siempre eran una buena combinación. Su intención, sobre todo, era intentar recuperar el tiempo que durante estos cinco últimos años no habían podido disfrutar juntos. Era primordial recuperar la relación que tenía con su padre. Sacarla de aquella especie de aletargamiento en el que, por el propio flujo de la vida, se había sumergido.

Pasaron los minutos hasta que se obligó a sí mismo a levantarse para terminar de dejar todo listo antes de marcharse. Su avión salía en dos horas y media y antes debía facturar la maleta y a la propia gata, que viajaría en la bodega.

Antes de salir hacia el ascensor, volvió a comprobar por enésima vez que la alarma estaba conectada y que todo estaba en orden. No imaginaba Roberto, en ese instante, que sus vacaciones serían de todo menos apacibles y relajadas.



## 4

Gabriela Blesa esperaba pacientemente en la cola de facturación mientras, expectante, oía por megafonía el retraso del vuelo procedente de Barcelona que debía haber llegado media hora antes. Al menos no era el suyo.

Aún quedaban delante de ella unas quince personas por facturar, contando con la insoportable familia, aparentemente americana según su acento, que tenía justo delante. Tres niños, el papá, la mamá y la abuela cascarrabias que se quejaba por todo. Los gemelos peleaban por la custodia de un muñeco de guerra y la hija mayor discutía con su padre por no querer colgar a su novio para poder así facturar con tranquilidad. La madre, concentrada más en sus mechas que en la discusión de los pequeños, hacía también caso omiso a los ruegos de la abuela que pedía urgentemente ir al baño. Más bien parecía que venían de una tensa reunión familiar que de pasar unos días de vacaciones en A Coruña.

Todos los que estaban en esa cola esperaban para coger un vuelo en dirección a Granada, y según pudo observar Gabriela, ninguno parecía ser español, a excepción de un tipo alto, de espalda ancha y bastante bien parecido que arrastraba una maleta no muy grande y un transportín con un precioso gato negro azabache dentro de él. Gabriela supo que no era extranjero al oírle hablar con el animal.

Le pareció muy llamativo oír a ese chico dirigirse a su mascota con tanta ternura y con ese acento andaluz tan característico. Si estaba en esa cola, seguramente era de Granada. Se encontraba delante de la familia ruidosa, pero daba la impresión de estar en un lugar diferente al resto. Debía estar pensando en algo que absorbía toda su atención.

Poco a poco la cola fue avanzando hasta que le llegó el turno al chico del gato. Gabriela observó que, tras facturar la maleta, acercó la cara a la puerta del transportín y rozó su nariz con la del animal. Le pareció un gesto precioso y pensó que en algún momento de su vida le encantaría conocer a una persona que despertara en ella tanta ternura como lo había hecho aquel chico con su compañero felino.

Por fin, la familia americana facturó y llegó su turno. Depositó la maleta sobre la cinta automática y le dieron su billete. No había elegido asiento cuando reservó el vuelo por internet, así que podía tocarle cualquier parte del avión.

—Que no me toque la cola por favor... —dijo en voz baja.

La chica que la estaba atendiendo tras el mostrador la oyó y sonrió. Le dio el billete y le indicó el camino hacia la zona donde se encontraban las puertas de embarque.

—No se preocupe, le ha tocado ir en el morro. —Gabriela se ruborizó y devolvió la sonrisa a la simpática muchacha.

Tras unos minutos caminando por la zona, totalmente sola y a la deriva, entre tiendas libres de impuestos y bancos para descansar, decidió tomarse un café para hacer más amena la espera mientras transcurrían las dos horas hasta el momento de embarcar en el avión. Dio un par de vueltas hasta que decidió sentarse en el primer lugar que le convenció.

Mientras oteaba con la mirada a toda la gente que pasaba frente a ella, le pareció muy curioso observar que muy pocas personas iban con la vista al frente. La mayoría se encontraba inmersa en su teléfono móvil, chateando o jugando al juego de turno. Se vio a ella misma por las calles de Granada y pudo darse cuenta, al observarlo desde esa posición, que iban como auténticos zombis. Sin levantar la mirada de entre sus manos, caminaban lentos y con pasos irregulares. Chocaban entre ellos ignorando al prójimo, y ella sabía que era exactamente el estado en que se encontraba cuando hablaba con alguna de sus amigas mientras iba por la calle. Le pareció, más que nunca, patético.

Cuando volvió a poner la vista sobre su mesa, observó que la camarera

venía con su capuchino. Acto seguido, quedó petrificada al darse cuenta de que conocía a la persona sentada en la mesa contigua a la suya. De espaldas a ella y hablando por su teléfono, se encontraba el chico del gato. El corazón de Gabriela dio un vuelco y quedó quieta sin saber qué hacer. Era la oportunidad perfecta para entablar conversación con él. Todo tenía cierto tufillo a comedia romántica de principio de los años dos mil. ¿Qué edad podría tener? ¿Treinta, quizá? En ese caso, solo sería dos años mayor que ella.

La mente de Gabriela comenzó a fantasear, como siempre hacía. Cada vez que había tenido novio, la historia salía mal por culpa de su mentalidad plagada de príncipes azules y desayunos en la cama acompañados de un «Buenos días princesa». Nunca aprendía la lección y siempre imaginaba historias perfectas, esperando encontrar el amor de forma casual, como en las historias que leía o que salían por la televisión. No terminaba de aprender que nada de eso era real y que los príncipes azules no existían. Un aeropuerto era el lugar perfecto para que aquella fantasía sucediera y ver a ese muchacho tan alto y atractivo, atento con su mascota e interesante en todos los aspectos, no hizo más que poner en funcionamiento su imaginación.

Observó que apenas se movía, pero no le cabía ninguna duda de que hablaba por teléfono con alguien. Gabriela intentó oír el tema de conversación, pero le costaba bastante conseguirlo debido al constante ruido que había en la terminal, así que decidió cambiarse de sitio quedando espalda con espalda respecto a él. De ese modo, con solo afinar un poco el oído podría saber de qué hablaba e imaginar con quién.

Rezó porque no fuera su novia la persona al otro lado de la línea. Ya de paso, también rezó porque no fuera gay. Estaba escarmentada desde la última vez que se quedó prendada de un chico que resultó tener novio.

—Sí, papá. Mi idea es esa, pasar más tiempo contigo, pero también con mis amigos. Espero que eso que tienes que contarme no haga que me arrepienta de querer verte —dijo sonriendo al aire—. Voy a estar en Granada todo el mes y quisiera poder tomarme contigo un par de cervezas, ir a la tumba de mamá y también salir con mis amigos, que para eso llevo todo el bendito año trabajando.

Gabriela quedó muda. El chico hablaba con su padre y parecía que la relación con él era bastante buena, aunque se notaba que hacía mucho tiempo que no se veían. Continuó escuchando mientras daba otro sorbo a su capuchino.

—Espero que mañana estés en casa cuando vaya a buscarte —quedó callado durante unos segundos—. Perfecto. Llego más o menos a las seis, pero me recogerán mis amigos. Mañana te llamo y nos vemos. Un beso.

Cuando colgó el teléfono pareció que todo el aeropuerto quedó en silencio de repente. Gabriela permaneció durante unos segundos fantaseando con el hombre del gato. Parecía tan misterioso, tan serio y formal, que no se dio cuenta de que su larga melena estaba rozando el cuello de la misma persona a la que estaba espiando.

—Espero que no le hayan quedado dudas respecto a los planes que tengo con mi padre —dijo él.

La chica quedó paralizada. No podía moverse ni articular palabra. «Tierra, trágame», pensó. El hombre se giró sobre sí mismo y habló a la espalda de la mujer.

—La vi mirándome en la cola de facturación varias veces, y la he visto llegar por el reflejo del expositor de la barra. Obviamente ha estado muy torpe al querer espiarme y no darse cuenta de que su pelo cada vez estaba más encima de mi hombro derecho. Me he apartado dos veces y usted se ha acercado de nuevo cometiendo el mismo error. Debería cortarse la coleta si quiere tener más éxito la próxima vez que decida espiar a alguien —permaneció en silencio unos segundos—. ¿No dice nada?

La joven no sabía qué hacer. Jamás le había pasado nada igual y no tenía ni idea de cómo reaccionar. Movi6 levemente la cabeza, retirando el pelo del hombro del muchacho, en un burdo intento de remediar su descuido. Se sentía infinitamente ridícula. Se volvió lentamente hacia él y le miró fijamente a los ojos negros.

—¡Hola! —sonrió forzosamente mientras deseaba morir—. Perdone lo ocurrido, pero... pensaba que tenía problemas y quería saber si podía ayudarle —se sorprendió a sí misma ante el descaro y la facilidad con la que mintió.

—Problemas tengo, pero ninguno que usted pueda solucionar. Si quería ayudar sin que yo lo supiera, debería ser más cuidadosa —sonrió.

Gabriela volvió a quedar muda y, ante lo absurdo de la situación, decidió ser totalmente sincera con él.

—Disculpe, pero le vi en la cola de facturación y me llamó la atención su forma de tratar a su gato. Me pareció muy tierno cómo le hablaba y me provocó curiosidad. Más tarde entré aquí para tomarme un café y he vuelto a

verle. Decidí entonces sentarme más cerca, y si le soy sincera, no sé por qué lo he hecho...

El chico se quedó mirándola, esperando más, pero ella no terminó la frase.

—Respóndame. ¿Por qué se ha sentado a mi espalda?

La chica comenzó a agobiarse con aquella situación. No sabía qué más decirle a ese hombre que inevitablemente, comenzaba a caerle un poco mal.

—Mejor olvídelo. Ha sido una tontería por mi parte. Le ruego que me disculpe —dijo mientras se levantaba dispuesta a marcharse. El chico la detuvo posando la mano sobre su hombro.

—No es necesario. Quédese —ella se volvió y le miró fijamente. Casi temblaba por la situación. El muchacho le indicó con un gesto que tomara asiento frente a él—. Así podremos hablar más cómodamente.

La joven, casi sin control sobre su propio cuerpo y dejándose llevar por un instinto que no reconoció, abandonó el lugar que estaba ocupando y se sentó frente a él aún sin tener el valor suficiente para mantenerle la mirada más de dos segundos seguidos. El muchacho retomó la conversación.

—Mi nombre es Roberto Vélez y soy de Granada. Encantado de conocerla. —Dirigió su mano hacia ella esperando una respuesta por su parte, la cual tardó más de lo que cabría esperar.

—Mi nombre es Gabriela Blesa. Encantada de conocerle —respondió estrechándole la mano y sin librarse de la incómoda sensación de ridículo. Ambos quedaron mudos, pero Roberto sabía lo que tenía que hacer. Siempre fue un tipo muy seguro de sí mismo. En sus relaciones personales jamás dejó que la vergüenza ni otro sentimiento que pudiera limitarle se antepusieran a sus ganas de conocer gente y hacer cosas nuevas con ellas. No se consideraba ningún triunfador con las chicas ni nada parecido, pero era cierto que solía caer bastante bien entre las féminas.

—Bueno, me imagino que usted también se dirige a Granada, ¿verdad?

—Sí. Ha imaginado bien. Y tutéeme por favor.

—Lo mismo te digo —guiñó un ojo haciendo que la chica se ruborizara más todavía. Roberto apoyó la espalda en su sillón, esperando por si ella se animaba a iniciar alguna conversación. Gabriela miraba en todas direcciones menos al lugar en el que se encontraba él. Tras unos segundos, Roberto decidió que debía retomar el control de aquel absurdo—. Vamos a ver. Me viste en la fila de facturación y te llamó la atención el modo en que trataba a

Catalina, mi gata —Gabriela sonrió levemente al oír el nombre del felino—. Posteriormente me localizaste aquí sentado y, por arte de magia, decidiste ponerte a mi espalda y espiar la conversación que estaba manteniendo —quedó callado un instante—. No sé tú, pero a mí eso me da un poco de mal rollo. ¿Eres una de esas obsesas en cotillear a todo el mundo?

Calló, esperando una respuesta, pero Gabriela no lograba encontrar las palabras adecuadas para contestarle. No podía decirle que verle por segunda vez en la cafetería hizo que su imaginación inventara una perfecta historia de amor que comenzaba conociéndose en ese lugar.

—¿Por qué no me contestas? —espetó él.

Ella no esperó en ningún momento que la situación se torciera de aquel modo. No se contuvo más y decidió contarle todo al detalle.

—Me has llamado la atención y pensé que sentándome detrás de ti podría saber al menos si hablabas con tu novia. —Al decir esas palabras, la vergüenza en ella aumentó a niveles impensables.

—Está bien saberlo. Gracias, pues es un halago que una chica tan guapa como tú se haya fijado en mí —Roberto la observó con detenimiento durante apenas tres segundos, los suficientes como para darse cuenta de que, efectivamente, era preciosa. Físicamente al menos. Parecía hablar con sinceridad y humildad, pero sobre todo, se dio cuenta de que decía la verdad cuando le contó que le había gustado la forma en que trató a su gata. Roberto supo que quizá mereciera la pena conocerla un poco más—. No tengo novia —volvió a hablar buscando su mirada con los ojos—. Hablaba con mi padre. Hace mucho tiempo que no nos vemos, demasiado, y mañana nos reuniremos de nuevo después de varios años.

Gabriela, más aliviada interiormente al saber que no competía con nadie, y al ver que la situación se iba destensando poco a poco, sintió cómo se iba relajando progresivamente. El muchacho parecía amable y sincero. Y lo más importante, no se había molestado al saber que ella espiaba su conversación. Volvió a pensar en los comienzos de las películas románticas. Entonces habló.

—Yo también soy de Granada. He venido a A Coruña para asistir a un congreso sobre la cultura japonesa y cómo la tendencia a su occidentalización afecta a la divulgación de las leyendas y la historia folclórica del país. Soy historiadora e intento especializarme en la cultura nipona.

Roberto quedó maravillado con la forma de hablar de Gabriela. Le pareció muy interesante que alguien cruzara todo el país para un congreso tan

poco usual como el que acababa de mencionar. Intrigado por saber más, preguntó.

—¿Cuántos asistentes había en ese congreso? Tengo la sensación de que no muchas personas están interesadas en algo tan concreto como eso.

—Hemos asistido un total de veinte personas de todos los rincones del país. Incluso dos de ellos eran del Reino Unido. Era una cita muy importante para los que queremos convertirnos en expertos de la cultura y la historia de Japón.

Gabriela sonrió al terminar su frase. A pesar de arriesgarse a parecer rara, pretendía causar una buena impresión en Roberto, y tenía la sensación de que lo estaba consiguiendo.

—Y así —respondió él— es como una espía se forma en la complicada tarea de las escuchas telefónicas.

Ambos rieron y continuaron con la conversación de una forma más relajada que antes, entre risas y confesiones personales.

La conversación que mantuvo con su hijo le dejó bastante tranquilo. Ciertamente, ambos sentían la necesidad de volverse a ver, y ese era justo el momento perfecto para hacerlo. Santiago esperaba que el plan que tenía para su hijo le agradara y accediera a ir con él a ese viaje tan importante para su carrera como investigador.

De repente, asimiló que efectivamente habían transcurrido cinco años sin verle. De una forma casi física sintió lo que verdaderamente significaba ese tiempo para él. Comenzó a sentirse algo mareado y cada vez más apesadumbrado. Consiguió apartar de su mente absolutamente todo lo relacionado con su investigación y llegó a una conclusión a la que no esperó llegar nunca. Había sido un padre nefasto y se dio cuenta de que su hijo se había hecho un hombre sin apenas haberse enterado. Cuando investigaba se sentía vivo, realizado, y se convencía de que era su propósito en la vida, pero al darse cuenta del enorme sentimiento de extrañeza hacia su hijo que acababa de reflotar dentro de él, pudo ver la auténtica realidad de la situación. Roberto no le había necesitado para crecer en la vida ni para conseguir nada, y él apenas había sido lo bastante considerado como para intentar seguir su pista y así velar por su vástago como cualquier padre hubiera hecho. Le pareció que incluso la voz le había cambiado. Estaba muy orgulloso de él. Un buen cirujano en un importante hospital de Galicia. Había conseguido todo lo que se



había propuesto y sin ayuda de nadie.

Únicamente encontró consuelo al saber que nada de lo que él estaba asimilando en ese momento le fue reprochado jamás por su hijo. En ningún momento Roberto le recriminó a su padre que se escudara en sus investigaciones tras lo sucedido con su esposa, pues entendía que, al quedar solo en la casa, era lo único que podía mantenerle a flote. Aun así, el hecho de que por tanto tiempo no hubieran mantenido demasiado contacto no era únicamente culpa de Santiago, sino que también era responsabilidad de su hijo, y eso ambos lo sabían.

Cruzó los brazos intentando buscar algún sentimiento de consuelo y llegó a la conclusión de que no volvería a ocurrir. Recuperaría todo el tiempo perdido durante esos años, y eso pasaba por viajar juntos aprovechando las vacaciones de Roberto. Estaba seguro de que, si le contaba el objetivo de su investigación, le acompañaría sin dudarle en la inminente odisea que estaba a punto de comenzar en los Estados Unidos.

Fijando la vista en la innumerable cantidad de libros que durante toda su vida había ido adquiriendo, su mente comenzó a viajar al pasado acompañada de un sentimiento de nostalgia infinito. Recordó todas aquellas noches que pasó en vela mientras escribía artículos para aquella revista que en su momento tocaba temas paranormales o que tuvieran cualquier halo de misterio. Recordó dónde guardaba los recortes de sus redacciones y de otros artículos que fueron publicados tantos años atrás. *Realidad dos* era el nombre de aquel refugio que Santiago tuvo durante tanto tiempo y que ahora le parecía tan lejano en el tiempo y el espacio. Todo eso formaba parte del pasado y, en ese momento, su papel iba más allá, redactando para él mismo aquellas síntesis de historias o casos potenciales para luego investigarlos directamente, solo o acompañado.

El humo del cigarrillo continuó bañando de olor y bruma el despacho a la vez que la mente del viejo investigador, imparable, navegaba por mares de recuerdos, mientras revisitaba de forma onírica lugares como Ochate, con su densa y siempre presente historia pasada, Bélmez, con sus rostros vigilantes desde aquella extraña dimensión conectada a la nuestra, o incluso la lejana Rectoría Borley, con su amplio catálogo de eventos paranormales aún hoy sin explicación.

De repente, el taladrante sonido del teléfono sacó a Santiago de sus pensamientos. Sobresaltado, acercó la mano al viejo aparato de dial de rueda

y descolgó después del tercer tono. Se acercó el auricular a la oreja y habló.

—Dígame —respondió secamente.

—Buenas tardes. ¿Vive ahí el señor Santiago Vélez? ¿Podría hablar con él? Por favor. —dijo una voz joven y muy apagada.

—Sí. Yo soy Santiago, ¿con quién hablo?

—Buenas tardes —dijo con evidente entusiasmo en su voz—. Encantado de saludarle. Mi nombre es Luigi Di Martino. Usted y yo no nos conocemos personalmente, pero creo que sí conoce a mi padre: Paolo Di Martino.

El corazón de Santiago quedó paralizado ante las palabras que acababa de oír. Rápidamente apareció en su mente el rostro de aquel panadero italiano con el que durante un año compartió investigación sobre algunos temas relacionados con el misterio; ese hombre junto al que había pasado días enteros escarbando en lo recóndito del enigma, ese hombre al que durante tantos años extrañó y al que no tuvo más remedio que olvidar debido al camino que decidió tomar en la vida y a su abrupta forma de cortar el contacto con él.

De eso hacía al menos veinticinco años, pero los recuerdos volvieron como si hubiera sido ayer la última vez que estuvo con él.

—Claro que si... Paolo Di Martino. Le recuerdo perfectamente. Hace mucho tiempo que no sé nada de él. ¿Cómo se encuentra?

—Le llamaba para comunicarle que mi padre falleció hace unos días.

Santiago quedó perplejo ante la noticia y sintió que algo dentro de él también murió. Paolo fue un compañero excelente en los proyectos que realizaron juntos. Recordó en aquel instante que después del último viaje que hicieron juntos, el italiano se volvió más reservado que de costumbre y, a partir de entonces, se fue alejando cada vez más hasta perder el contacto completamente.

—Siento mucho oír esta noticia... Lo lamento tanto...

El chico, al otro lado de la línea, calló durante algunos segundos hasta que reaccionó.

—No se preocupe, señor Vélez. Creí oportuno avisarle después de saber que estuvieron juntos en algunas investigaciones.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿cuál ha sido la causa de su muerte? —dijo Santiago aún consternado.

—Mi padre siempre ha arrastrado problemas de salud mental y ha estado tratando con especialistas. Hace unas semanas cayó en cama con un agudo

cuadro de esquizofrenia y delirio, y poco después falleció por una parada cardiorrespiratoria. Su corazón también estaba bastante enfermo.

—Dios mío... —suspiró Santiago. Luigi continuó hablando.

—Me encantaría conocerle personalmente y poder estrecharle la mano. Mi padre, por algún motivo que desconozco, nunca nos habló de usted ni de lo que hicieron juntos. He podido saberlo a través de mi madre ya que hace mucho tiempo mi padre se lo contó —dijo el joven omitiendo información sobre la petición de su padre antes de morir—. Al saber que alguien tan importante para él como lo ha sido usted existía, quise intentar al menos conocerle. El poco dinero que poseo lo he empleado en venir a España, a Granada, para intentar un encuentro en la medida de lo posible. Me gustaría saber si le importaría que nos viéramos en alguna ocasión. Estaré aquí durante unos días.

—Por supuesto que sí. Faltaría más. Mi hijo viene a visitarme, pero hasta mañana no llegará a casa porque ya tiene planes. Si te apetece podríamos vernos hoy mismo, por ejemplo, dentro de dos horas. Hay una cafetería llamada La Dama de Oro, en la calle Elvira. ¿Sabes dónde se encuentra?

—Realmente no, pero el GPS de mi móvil me puede llevar a cualquier sitio —dijo riendo tímidamente.

—Perfecto. Nos vemos allí en un par de horas y hablamos un rato. Tu padre fue un excelente compañero y podría contarte muchas de sus bondades que quizá desconozcas.

—Estaré encantado, señor Vélez. Nos vemos después, entonces. Un saludo y muchas gracias por acceder a reunirse conmigo.

Santiago no esperaba recibir una noticia así el día en que su hijo le comunicó que volvía a casa después de cinco años sin verle. Toda la alegría que albergaba en su cuerpo se volvió oscuridad después de la conversación mantenida por teléfono. La muerte de Paolo Di Martino le afectó profundamente.

—Paolo ha muerto... —dijo mirando al vacío—. ¿Qué fue de ti?

Se levantó del sillón y se acercó a la estantería donde almacenaba todas las carpetas con sus investigaciones; las terminadas y las que aún quedaban por completar, que eran bastantes. Se alegró en ese instante de tener la costumbre de guardar un solo caso o investigación por cada carpeta. En el lomo de cada una de ellas anotaba el año en que se realizó y las personas implicadas en la misma. Paseó su huesudo dedo índice sobre cada uno de los

lomos hasta que pasados unos segundos localizó tres casos que le hicieron disminuir la velocidad de revisión. Leyó para sí mismo los títulos de los dos primeros: *Sanatorio de Sierra Espuña, S. Vélez / P. Di Martino. La casa de los ruidos. La cornudilla, S. Vélez / P. Di Martino.* Se detuvo entonces en una tercera carpeta. La última de las que andaba buscando. Podía leerse: *Chingle Hall, S. Vélez / P. Di Martino.*

Con los ojos iluminados, tomó las carpetas y volvió a su escritorio para abrirlas y extraer todos los documentos que había en su interior. Sobre la mesa quedaron esparcidos varios folios manuscritos y numerados en sus esquinas superiores, con abundantes notas, fechas y redacciones. Acompañaban algunas fotografías, la mayoría de un caserón con la fachada blanca y bastante desvencijada, con tres ventanas y un acceso a la estancia a través de un puente de ladrillo. Con la foto entre sus manos, Santiago recordó de golpe todo lo que allí vivieron tanto él como Paolo aquella tarde de marzo en Goosnargh, un pueblo al norte de Preston, en Gran Bretaña.

Quedó pensativo durante un rato y decidió llevar esos documentos a su cita con Luigi, el hijo de Paolo, para dárselos a él directamente. Se incorporó con fuerza y se dispuso a adecentarse un poco para su improvisada reunión. El día siguiente quería dedicárselo al cien por cien a su hijo... Encendió un cigarrillo esperando que, de una vez por todas, fuera el último.

## 6

El vuelo transcurrió más relajado de lo que el propio Roberto habría pensado. El azar hizo que Gabriela y él tuvieran asignados asientos contiguos. Cada uno a un lado del pasillo. Estuvieron charlando durante todo el trayecto, aunque fueron interrumpidos cada pocos minutos por un viajero que iba al baño o por algún tripulante de cabina que ofrecía revistas, bebidas o algo para comer.

Parecía que existía una cierta complicidad entre ambos y ellos lo sabían. Tanto uno como otro reconocieron esa sensación de cuando no importa el tema de conversación que mantengas con la otra persona ya que te sientes a gusto igualmente. Les dio la sensación de que acababan de subirse al avión, cuando la voz del piloto comenzó a anunciar por megafonía que debían abrocharse los cinturones ya que el avión se disponía a aterrizar. Unos minutos más tarde se encontraron esperando a sus respectivas maletas y a la gata de Roberto en la cinta transportadora. Mientras lo hacían, sintieron que, si ninguno lo evitaba, probablemente esa sería la última vez que iban a verse. Fue Roberto quien rompió el hielo.

—Me gustaría volverte a ver. —Ella quedó en silencio ante la frase de su compañero de viaje. Sintió que su temperatura aumentó levemente.

—Si vas a estar en Granada puedes llamarme cuando quieras — permaneció mirándole fijamente.

—¿Me has dado tu número? —sonrió él maliciosamente.

Ella soltó una carcajada enorme y le contestó volviendo a sentirse la protagonista de una telenovela. Extrajo un papel y un bolígrafo de su bolso,

anotó la numeración y se lo entregó directamente en la mano.

—Aquí lo tienes —dijo tímidamente—. Por cuestiones familiares no suelo salir mucho de casa, así que me vendría muy bien alguna distracción de vez en cuando.

—Vaya. Entonces te llamaré durante esta semana y nos tomaremos algo —volvió a sonreír.

Justo en ese instante llegaron las maletas de Roberto y el transportín con Catalina dentro. El equipaje de Gabriela apareció segundos después. Cuando recogieron sus pertenencias, ambos se dirigieron a la salida del aeropuerto. Se detuvieron enfrente de la puerta. Gabriela habló.

—¿Quieres que cojamos un taxi juntos? Pagamos a medias. Yo me dirijo a la zona centro. Antes de pasar por casa tengo que comprar materiales de trabajo para comenzar a desarrollar todo lo que he aprendido en el congreso. Si el lugar al que vas se encuentra de camino, puedes aprovechar el trayecto.

—Muchas gracias, pero vienen a recogerme unos amigos. Deben estar a punto de llegar. De hecho, ya deberían estar aquí —dijo mientras miraba entre la enorme maraña de coches que se acumulaban en la entrada del aeropuerto—. Te ofrecería venir con nosotros, pero creo que viene el coche lleno.

Gabriela no pudo evitar esbozar una leve mueca de tristeza. Esperaba continuar conociendo a aquel chico, pero asumió que ese era el final de la travesía.

—Vaya. Pues entonces solo me queda decirte que estoy encantada de haberte conocido, Roberto. Ha sido un auténtico placer.

—El sentimiento es mutuo. Jamás había sido víctima de espionaje, y visto lo visto, no ha resultado ser tan malo —guiñó a la chica.

Ambos rieron e incluso él se atrevió a tocarle el hombro demostrándole así cercanía y complicidad. Ella se dio cuenta de ello y sintió cómo su rostro se coloreaba cuando lo hizo.

El taxi de Gabriela llegó, y unos metros más adelante, un coche hizo sonar el claxon de forma constante llamando la atención de Roberto. Ambos se miraron. Se acercaron y se despidieron.

—Encantado de haberte conocido, Gabriela. Como te he dicho, esta semana te llamo y nos volvemos a ver.

—De nuevo te pido disculpas por la forma en que intenté oír lo que hablabas con tu padre. Espero que estés en lo cierto y nos veamos pronto. Ya tienes mi teléfono, así que no dudes en contactarme para lo que necesites.

Se acercaron y se dieron un tímido beso en la mejilla. Sonrieron y él permaneció observándola hasta que su coche desapareció entre la jungla de automóviles que había en el aeropuerto. El otro coche no paraba de hacer sonar la bocina, llegando al punto de ser molesto. Roberto se dirigió al auto y abrió el maletero para dejar su equipaje y a su gata dentro en el asiento trasero. Sus amigos salieron para echarle una mano y darle la bienvenida con abrazos y collejas que a Roberto le molestaban bastante. Ellos lo sabían y precisamente por eso siempre lo hacían.

—¿Quién era esa muchacha tan guapa? —preguntó uno de ellos.

—Una chica de aquí que he conocido en el aeropuerto de A Coruña... No vayáis a comenzar. Es una muchacha agradable y muy guapa pero no hay nada más.

Sus amigos se miraron y comenzaron a reír al no creer en las palabras de Roberto.

—Digas lo que digas, esa tía te gusta. —dijo otro de los presentes—. Conocemos perfectamente la cara de colgado que tienes cuando te pillas por alguien, y es exactamente la misma que tenías cuando la estabas mirando mientras subía al taxi.

Roberto rodeó a su amigo por el cuello con el brazo e intentando cambiar de conversación obligó a todos a entrar en el auto.

—Llevadme a la pensión para dejar el equipaje y después nos vamos de tapas y cervezas. Tengo que despejarme del trabajo, del hospital y de todo. ¡Ya estoy aquí!

Ella flotaba en un limbo con apariencia de taxi. Había sido el viaje más maravilloso del mundo y el que más había disfrutado desde que podía recordar.

Ese chico era perfecto. Intelectual, con muchísima conversación y también muy guapo. Adoraba los animales al igual que ella y, sobre todo, lo que más le gustó fue su forma de reaccionar ante el indefendible y vergonzoso comportamiento de ella cuando le espizó su conversación privada.

Estaba dispuesta a verlo de nuevo, pero antes de que eso ocurriese tendría que asegurarse de que su situación familiar no había cambiado, al menos a peor, durante los días que estuvo en A Coruña. De golpe y porrazo aterrizó en la realidad y recordó su vida, su día a día. Terminó el paréntesis que supuso el congreso y la sensación de paz que sintió cuando no tenía nada más que hacer más que tomar notas y conocer la ciudad gallega.

Veinte minutos después de abandonar el aeropuerto, entró en su casa arrastrando la maleta, cargada de recuerdos y vivencias; de nuevo, ese olor a medicina que impregnaba cada rincón de su hogar. Deseó que todo hubiera ido bien en su ausencia. Aunque dejó dicho que, si ocurría algo, la llamaran sin dudar, temía que no lo hubieran hecho para no estropear la enorme ilusión que le suponía asistir a ese congreso.

Dejó las pertenencias en su habitación, que era la primera estancia a la que se podía acceder tras entrar en la casa y tímidamente se adentró por el



largo pasillo que desembocaba en el enorme salón cargado de viejos muebles que parecían haber salido de alguna serie de televisión de época. Observó que todo estaba tal como lo había dejado. Al fondo, junto a la ventana, había un gran butacón igual de antiguo que el resto del mobiliario. Sobre él descansaba Carmen, una buena amiga de la familia que ayudaba a Gabriela en las labores de cuidado de su madre. Inmersa en un profundo sueño, no quiso despertarla. Seguramente había pasado una mala noche y ese era el único momento que había encontrado para intentar reponer fuerzas. Junto al butacón había una cama hospitalaria con una barandilla de seguridad que servía como lugar de reposo de su madre, Teresa. Gabriela se acercó y se sentó en una silla junto a ella. La observó durante varios segundos y se percató de la paz que había en su rostro. Respiraba relajadamente y apenas movía un músculo. Deseó que siempre fuera así y con todas sus fuerzas intentó aguantar el nudo que poco a poco se le fue formando en la garganta. La besó en la frente.

Maldijo el día en el que, en una consulta rutinaria, saltaron las alarmas que hicieron que su madre se hiciera aquellas pruebas que confirmaron que padecía cáncer de hueso. Maldijo el momento en que decidió levantarse de la cama para acompañarla. Maldijo al doctor por el poco tacto que tuvo al revelarles el diagnóstico. Maldijo no haber muerto aquel día y haber tenido que permanecer en el mundo para sufrir todo lo que estaba sufriendo, junto a su madre.

No tenían a nadie más. Su padre las abandonó a las dos cuando Gabriela era pequeña y nunca más supieron de él. No tenía hermanos ni otra familia que la ayudara a superar aquella prueba que Dios o quien fuera les había puesto por delante. Durante muchos años, ella sola tuvo que encargarse de su madre hasta que la enfermedad la arrastró hasta el más doloroso de los desahucios, postrándola en la cama, presa de infinitos dolores y de súplicas al Señor para que contestara a la eterna pregunta: ¿Por qué?

Carmen continuaba durmiendo y Gabriela no hacía más que mirar a su madre. Cuántas veces deseó escapar, evadirse de toda la responsabilidad que le exigía aquella situación. Pero un día encontró una solución a aquel sentimiento de huida que cada cierto tiempo la invadía. Mirarla a la cara, observar durante el tiempo que fuera necesario el rostro de su madre mientras dormía. Era entonces cuando se daba cuenta de que esa mujer, abandonada por la misma vida, le había dado a luz y a ella le debía estar en el mundo. Nadie más que ella podía ser capaz de cuidar como se merecía a esa mujer que sacó

adelante a su hija sola...

Entonces apareció él. Volvió a acordarse del chico del avión. Roberto aún estaba en su mente y se resistía a irse. El recuerdo de ese muchacho le devolvió la sonrisa a su rostro, ya cubierto de lágrimas, al saberse de nuevo en aquel infierno. Roberto podía salvarla y ella lo sabía. Ni siquiera pensaba en que pudiera nacer algo entre él y ella. Se conformó en ese instante en poder tener a alguien a quien acudir cuando lo necesitara y que pudiera hacerle olvidar por unos instantes su vida.

Tomó las manos de su madre y se las llevó a sus labios. Las besó durante varios segundos y volvió a meterlas bajo la fina sábana que la cubría. El colgante que la mujer enferma llevaba brilló al reflejo del sol. Ese colgante que jamás se quitó y que significaba todo para ella. Perteneció a su marido, padre de Gabriela, y se lo regaló poco antes de desaparecer aquel fatídico día, justo cuando Teresa tenía más ganas de vivir y cuando más feliz era con su hija pequeña. Esa piedra de color beige engarzada en un simple cordón de plata, además de ella misma, era lo único que unía a su madre con su padre, y algún día colgaría de su propio cuello, uniéndola a su madre hasta el fin de sus días.

Acarició su pelo y la besó de nuevo en la frente. Continuó observándola durante algunos minutos más hasta que decidió que era hora de que Carmen descansara en su propia casa. Se acercó a ella y la despertó suavemente para indicarle que volviera. Le agradeció que hubiera estado cuidando a Teresa durante esos días y le quiso pagar por su trabajo. Ella apartó la mano rápidamente.

—Tu madre es amiga mía desde que tengo quince años. La cuido porque la quiero, porque te quiero a ti y porque no tienes a nadie más que te ayude. Jamás aceparía un solo céntimo por hacer lo que hago.

Gabriela sintió que los ojos se le rebosaban de nuevo y la abrazó con fuerza, apretando sus brazos alrededor de ella. Quedaron así unos segundos más hasta que se separaron y Carmen abandonó la casa. El silencio reinó y Gabriela tembló, temiendo el momento en que éste fuera interrumpido por un alarido de su madre.

Santiago miró su reloj; ya marcaba la hora acordada con Luigi en la conversación telefónica que mantuvieron dos horas atrás. Sin embargo, el joven italiano no había llegado aún. La terraza de la cafetería La Dama de Oro estaba a rebosar. Conocidos eran sus deliciosos cafés y su repertorio de dulces típicos de Granada, con su producto estrella, los piononos, como carta de presentación para turistas y sibaritas de la repostería.

La gente charlaba entretenida mientras el viejo investigador observaba desde su silla, dejándose llevar por los pensamientos que sin control llegaban a su mente; preguntas que se hacía a sí mismo en aquellos momentos en los que no tenía nada que hacer. Observaba a la gente y se preguntaba cómo era posible que se encontraran precisamente ahí. Pensó en el milagro de la existencia, en la infinitamente escasa probabilidad que había de que la vida existiera tal cual se conocía y de que hubiera evolucionado en lo que estaba viendo en ese instante a través de sus ojos. Tenía escasos conocimientos sobre química, aunque sí los suficientes como para saber que el ser humano, el resto de animales y de vidas existían únicamente por el efecto del azar, el mismo que había provocado que las moléculas que nos forman y los elementos de la Naturaleza se unieran y se mezclaran desembocando en esa complejidad que era estar vivo.

Mientras observaba a los clientes de las mesas cercanas, valoró cada risa que oía, cada grito de los niños que caminaban por la calle. Supo apreciar el valor del calor que le llegaba desde el Sol. Todo eso era fruto de la más maravillosa de las casualidades. Una posibilidad entre millones de millones de que precisamente eso pudiera ocurrir y que, a pesar de todo, ocurría.

Se movió en la silla para acomodarse mejor y dar así un breve sorbo a su café cuando otra pregunta asedió sin miramientos a su cabeza: ¿Y si no existía el azar? Sabía que muchas mentes, incluso científicos, afirmaban que la vida tal cual se conoce era fruto de tantos factores aunados que era imposible haber llegado a ese punto por pura casualidad. Muchas personas poderosas a nivel intelectual y de renombre en el panorama científico se atrevieron en su momento a decir que una mano o guía nos había diseñado para que llegáramos al nivel de complejidad tan exagerado en que nos habíamos convertido. Algunos lo llaman *Dios*. Otros *Energía*. Otras personas le pusieron de nombre *Naturaleza*. Da igual cómo se le llame, lo importante es que afirman que, sin ayuda y sin una mente detrás de todo, hoy no seríamos lo que somos.

Un auténtico arquitecto.

—Buenas tardes. ¿Es usted Santiago? —sonó una voz sacando al viejo de su ensimismamiento metafísico.

—Sí, soy yo —respondió levantándose de la silla—. Disculpa que no te haya visto venir, estaba pensando. Siéntate por favor —le indicó con la mano.

El muchacho obedeció a Santiago y se sentó en el lugar que estaba frente a él y colocó un maletín en la silla que quedaba a su izquierda. Tuvo cuidado de no dañar una carpeta llena de papeles que ya se encontraba ahí y que Santiago depositó cuando llegó un rato antes.

—Soy Luigi Di Martino. Llego un poco tarde, perdóneme, pero aunque mi GPS me ha indicado el camino perfectamente, no he podido evitar confundirme un poco y por eso me he demorado algunos minutos más.

—No te preocupes, suele pasar. Además, tampoco tengo nada más que hacer esta tarde como ya te dije por teléfono. Por cierto, puedes tutearme si quieres —sonrió.

Santiago observó al chico con detenimiento. Debía tener unos veinticinco años, era muy delgado, bastante alto y se parecía enormemente a Paolo, su antiguo compañero. Tenía sus mismos ojos negros y el pelo peinado hacia atrás con mucha gomina. Usaba unas enormes gafas de pasta negra que le daban un marcado aspecto *nerd*, aun sin serlo. La piel era blanca como la de

su padre y la delgadez le marcaba los pómulos de forma exagerada. Se percató también de las enormes ojeras que lucía y de que se mordía las uñas de forma casi obsesiva. Le dio la impresión de que no había descansado mucho últimamente y que el estrés había hecho estragos en el chico.

Debido a los años durante los que estuvo investigando por diferentes partes del mundo asuntos de diversa índole, Santiago estaba bastante acostumbrado a fijarse en los más mínimos detalles de aquello que miraba. Por ese motivo, Luigi fue escrutado por sus ojos en cuestión de segundos, analizándolo por completo.

—Antes que nada, me gustaría darte mis condolencias de nuevo. Paolo fue una persona muy querida por mí, pero dejamos de tener relación tras un caso en el que estuvimos trabajando en Inglaterra. Entonces decidió marcharse. ¿Qué fue de él?

Luigi asintió con la cabeza intentando encontrar las palabras adecuadas para responder al hombre.

—Si no te importa, antes de responderte me gustaría pedir un café muy cargado —dijo sonriendo tímidamente y levantando la mano para llamar al camarero. Después continuó—. Me resulta curioso a la par que bastante intrigante el hecho de que mi padre jamás me hablara de usted. No tenía ni idea de que antes de que yo naciera hubiera estado dedicándose a asuntos relacionados con la investigación paranormal. Lo he averiguado a través de mi madre. Es así como he sabido de su existencia.

—Vaya... —dijo Santiago algo consternado—. Pues créeme si te digo que, aunque hubo de todo, fue un tiempo en que ambos hicimos lo que más nos gustaba: buscar respuestas. Es todo muy extraño porque no he sabido nada más de él desde hace veinticinco años y realmente no entiendo el motivo. Nunca lo entendí. Sí que es cierto que lo vi muy cambiado tras nuestra última investigación en Inglaterra, pero pienso que no fue razón suficiente como para perder el contacto de forma tan abrupta.

Luigi hizo un gesto con ambas manos indicándole a Santiago que no se adelantase a los acontecimientos. Después le contestó.

—Según le contó a mi madre, cuando era joven siempre amó lo paranormal y lo enigmático, aunque jamás encontró a nadie que le acompañara en esa pasión. Todo eso terminó cuando os conocisteis a través de una publicación de prensa relacionada con esos temas llamada *La Luna Roja*, y a partir de ahí comenzó una amistad. ¿Me equivoco?

Santiago asintió con la cabeza. Era totalmente cierto lo que el chico le estaba diciendo.

—Efectivamente —respondió con la mirada cargada de nostalgia y una inocente sonrisa—. Paolo envió a la revista un anuncio diciendo que le gustaría conocer gente en España, ya que en el lugar donde vivía, no lograba contactar con nadie medianamente serio para compartir impresiones y poder estudiar temas afines a sus gustos. Siempre quiso conocer este país y creyó que, si contactaba con alguien parecido a él, con sus mismas inquietudes, sería la forma perfecta de hacerlo. Un día, mientras me tomaba un café en casa y leía la publicación, encontré el contacto de tu padre. Decidí enviarle una carta a su domicilio en Cremona, que como bien sabes, queda al norte de Italia. Al menos era allí donde vivía cuando le envié la correspondencia. Paolo hablaba perfectamente el español, lo que facilitó la comunicación entre ambos. En aquella época no existían los teléfonos móviles tan avanzados. La comunicación era más básica e internet no había llegado aún.

Luigi no contestó. Observaba a Santiago como si quisiera que éste le contara algo más. Decidió de todos modos hacerle una pregunta directa.

—Santiago. ¿Qué fue lo que os ocurrió en Inglaterra? ¿Qué le pasó a mi padre en ese viaje?

Esa era una pregunta que el propio Santiago se había hecho durante bastante tiempo. Buscó una explicación para el súbito alejamiento de Paolo, hasta que el transcurrir del tiempo, en su océano infinito y en su imparable curso, provocó que tanto el italiano como lo vivido junto a él cayeran en el olvido a la espera de ser rescatados en algún momento.

—Cuando me llamaste, decidí buscar en mis archivos los casos que estudié junto a tu padre. Fueron tres. Trabajamos muy a gusto, mano a mano, pero lamentablemente no fue mucho tiempo. En total fueron doce meses muy intensos en los que disfrutamos bastante de lo que hacíamos —se detuvo para intentar situar su mente en el momento exacto del que iba a hablar—. Antes de responderte qué fue lo que nos pasó en Inglaterra, comenzaré desde el principio. El primer caso transcurrió en Sierra Espuña, en Murcia. Fuimos al sanatorio de tuberculosos que aún permanece allí e investigamos unas supuestas apariciones y voces en ese lugar. Recuerdo que entrevistamos a lugareños y que hicimos varias grabaciones, pero en ninguna de ellas obtuvimos resultado. Aun así, la experiencia nos sirvió de mucho y nos unió.

Luigi escuchaba atentamente las palabras de su interlocutor.

—Me parece realmente increíble. Aparte de lo poco que me contó mi padre, jamás le habría imaginado como a un hombre con curiosidad por esas cosas. No tenía la más mínima idea de que hubiera viajado tanto. En este instante, me hablas de alguien al que desconozco por completo pero que me habría encantado conocer. ¿Cuál fue el segundo caso? —preguntó con algo más de interés.

—Después de la leve decepción al no conseguir pruebas de lo que ocurría en el sanatorio de Sierra Espuña, transcurrieron dos meses hasta que me volvió a llamar para hablarme sobre un pueblo llamado La Cornudilla, en la provincia de Burgos. Yo nunca había oído hablar de él hasta que Paolo me lo comentó. Comenzamos a investigar como dos posesos y, tres semanas después, nos instalamos en un camping cercano; estaba en otro pueblo llamado Trespaderne, a veinte minutos en coche de La Cornudilla.

—¿Qué estabais buscando en ese lugar? ¿Qué tenía de especial?

—Efectivamente, en La Cornudilla existía la historia de que se podían oír ruidos en varias de las casas, pero sobre todo en una de ellas, apodada *La casa de los ruidos*. Podían oírse voces guturales, cadenas arrastrándose e incluso gritos desde lo más profundo de las paredes de esta vivienda que estaba más alejada del resto. El pueblo constaba de tan solo cuarenta habitantes antes de que fuera abandonado debido a los fenómenos que allí ocurrían y a la falta de recursos del lugar.

—¿Qué hicisteis allí? —preguntó intrigado Luigi.

—Prácticamente lo mismo que intentamos en Sierra Espuña, pero esta vez con un éxito arrollador —se detuvo para saborear de nuevo ese instante en el que uno se encuentra cara a cara con lo desconocido. Esa maravillosa sensación de saber que ha tenido contacto con algo que no tiene explicación pero que, si se pudiera explicar, cambiaría la Historia—. Conseguimos captar voces y sonidos provenientes de la famosa casa.

—Imagino que la impresión que os llevasteis debió ser enorme. No me imagino cómo reaccionaría yo si descubro que he grabado voces de ninguna parte.

Santiago no respondió inmediatamente, sino que analizó las palabras de Luigi.

—Cuando alguien se adentra en terreno desconocido, es consciente de que, si halla algo, lo que sea, corre el riesgo de no ser capaz de asimilarlo o de que le supere a todos los niveles de entendimiento —Luigi arqueó las cejas

—. Hay que tener mucho cuidado cuando se busca algo porque puede ocurrir que lo encuentres y entonces te des cuenta de que jamás debiste comenzar a buscar. Eso nos sucedió a tu padre y a mí. En La Cornudilla fuimos testigos directos de lo que allí estaba sucediendo. No era ningún relato leído. No era ninguna cinta grabada por otro, sino que nosotros mismos nos dimos de bruces con el suceso en sí.

—Debe ser difícil asimilar algo así.

—No puedes ni imaginarlo... No sabes lo que es oír tu nombre de entre tantas voces. Daba la impresión de que reclamaban nuestra atención desde el mismo infierno. Tu padre quedó muy impresionado y, dos días después de aquella experiencia, nos sentamos a hablar con franqueza. Ambos nos sinceramos y reconocimos que teníamos miedo de continuar investigando. Aquello nos superó y nos hizo ver que no estábamos preparados para encontrar la verdad. Al menos en aquella época.

Quedaron en silencio y tanto Santiago como Luigi apuraron un poco más su café. El italiano rompió el silencio.

—Sin embargo, existió una tercera investigación...

Santiago miró al chico directamente a los ojos. No quería recordar nada de lo que durante mucho tiempo ocultó en su memoria, pero tenía que hacerlo por Luigi, pero, sobre todo, por Paolo.

—Sí. Existió una tercera y última investigación —se inclinó levemente para acercarse al muchacho—. En mis casi treinta años que llevo dedicado a la investigación paranormal, no he vuelto a encontrarme con un caso igual ni he vuelto a sentir lo que aquel día sentimos —se detuvo un segundo para respirar profundamente—. Espero que estés seguro de querer oír la historia.



## 9

Con los nervios intentando dominar todo su cuerpo, Santiago tomó la carpeta que había traído y la abrió cuidadosamente mientras se aclaraba la garganta para continuar contándole su vivencia.

—Pasado un tiempo de nuestra visita a La Cornudilla, encontramos unas informaciones que hablaban sobre un lugar al norte de Preston, en Gran Bretaña, llamado Goosnargh. Supimos que allí existía un caserón llamado Chingle Hall; decían que estaba embrujado, encantado o como queramos llamarlo —Santiago miró directamente a los ojos del muchacho—. Y cierto era que lo estaba. Aquello sobrepasó nuestros límites.

Luigi se impresionó al ver la expresión en la mirada de su interlocutor.

—Tienes que contarme qué ocurrió allí. Según mi madre, mi padre le dijo que a raíz de un viaje que hizo a Inglaterra, todo cambió para él. Algo sucedió que provocó que llegara a sentirse muy vulnerable mentalmente y que desde entonces su carácter fuera completamente diferente.

El hombre no pudo más que reprimir las ganas que tenía de cerrar la carpeta y mantener esa historia en las sombras. Sin embargo, una explicación de lo sucedido era lo mínimo que podía darle a ese chico que buscaba respuestas. Contarle todo lo que recordaba sobre lo vivido allí quizá consiguiera darle la paz que tanto andaba buscando.

—Comenzaré desde el principio —se acomodó en la silla e inició su relato más amargo—. Ese lugar, Chingle Hall, fue donde nació John Wall en

1620. Este hombre fue el líder de un grupo católico que, a escondidas, practicaba sus oraciones y la veneración del Señor. En aquella época estaba prohibida la práctica de masas en Gran Bretaña por lo que siempre corrían el riesgo de ser descubiertos por las autoridades, cosa que ocurrió en 1678. Lo apresaron y condenaron a muerte tras rechazar apartarse de su fe cristiana. Fue descuartizado en Redhill un año después y su cuerpo fue enterrado en el cementerio de St. Oswald —Santiago levantó la vista de los papeles y miró a Luigi—. Tu padre y yo estuvimos en aquel camposanto y, efectivamente, la tumba de John Wall se encontraba allí. Ese hombre existió y toda su historia fue cierta. Únicamente nos quedaba saber si lo que se contaba sobre la casa donde vivió y donde practicaban su culto también lo era.

—Ese tal Wall debió quedar en la historia como un mártir si fue asesinado por negarse a abandonar su fe —reflexionó Luigi.

—Efectivamente. Bastantes años después, en 1970, el Papa Pablo VI canonizó a John Wall, haciendo justicia a su impertérrita postura de jamás abandonar a Dios ni a sus creencias. Tal hazaña quedó escrita en la Historia, que como ya te he dicho, fue reconocida por el Sumo Pontífice —tomaron otro sorbo de su café y el viejo continuó—. Paolo y yo nos dirigimos al lugar en el que se encontraba la casa, según nuestras fuentes, en un hermoso paraje verde, en medio de la nada y rodeada de cientos de árboles. La entrada de la casa, vieja, solitaria y silenciosa estaba precedida de una pasarela de ladrillo rojo con mucho musgo en su superficie. El color de la puerta era negro como el azabache y su robustez imponía con solo mirarla. No había nadie en el lugar y, como tampoco sabíamos si realmente alguna familia vivía allí, entramos directamente sin asegurarnos si en los alrededores de la casa alguien nos hubiera estado observando mientras allanábamos aquella propiedad.

—¿Qué equipamiento llevabais? —volvió a interrumpir Luigi.

—Lo de siempre. Una grabadora para ver si podíamos captar algo como nos ocurrió en La Cornudilla, víveres, dos linternas y un cuaderno de campo para tomar notas, además de la cámara de fotos de tu padre.

Luigi asintió con la cabeza como si estuviera conforme con la respuesta obtenida. Debía de tratarse de aquella cámara vieja que conservó hasta el fin de sus días.

—Discúlpame por interrumpir tantas veces. Continúa.

Santiago sacó algunas fotos y las colocó delante del chico para ilustrar sus palabras.

—Nos habían contado lo que más o menos ocurría allí, pero ni siquiera con esa información estábamos preparados para lo que íbamos a encontrarnos. Para que tengas una visión más completa de lo que nos ocurrió, he de contarte algunas cosas más.

—Soy todo oídos —respondió secamente.

—Antes de que John Wall viviera allí, esa casa perteneció a la familia Singleton. De hecho, tenía el nombre de Singleton Hall. La última de su línea fue una joven llamada Eleanor Singleton, que falleció en 1585 —hizo una breve pausa—. Te cuento todo esto para que sepas un poco más sobre la historia de quienes habitaron ese maldito caserón.

Luigi comprendió lo que Santiago pretendía hacer. Era muy común que las casas u otros lugares con fama de estar encantados o con testimonios sobre fenómenos extraños, tuvieran una historia que únicamente sus muros o antiguos legajos podían relatar. En la mayoría de los casos, para comprender lo que sucede en un lugar con este tipo de peculiaridades, es necesario conocer su historia al completo, y eso era precisamente lo que el viejo amigo de su padre estaba ofreciéndole a él.

—Mientras nos disponíamos a inspeccionar la casa —retomó Santiago—, entramos en una de las habitaciones que, supuestamente, perteneció a esta chica, Eleanor Singleton. Según supimos, la pobre muchacha estuvo encerrada ahí durante doce años, en una estancia de no más de cuatro metros cuadrados. Posteriormente murió asesinada, o eso dicen, a la edad de diecinueve años. Desde entonces, una profunda sensación de tristeza y pesar inunda a todo aquel que se adentra en la habitación. Esto mismo pudimos comprobar; algo incorpóreo e invisible nos hizo sentir extrañamente afligidos nada más poner un pie dentro del cuarto. La estancia era fría y austera. La única decoración de la que podía presumir era un cuadro con la imagen de una muchacha sobre una vieja chimenea de ladrillo. Paolo comenzó a hacer fotografías a cada rincón, a las paredes, al techo... El silencio reinó durante algunos minutos hasta que de repente oímos un sonido. Miré a tu padre y, sin crédito, sintió que algo o alguien le propinaban una tremenda bofetada en la cara que le hizo perder el equilibrio, provocándole una hemorragia nasal —calló para respirar profundamente—. No esperábamos que algo como eso pudiera suceder. Su mirada era la misma que la de un niño indefenso. Tenía reflejado auténtico terror en sus ojos y, durante unos segundos, ni siquiera pestañeó. Dejó caer su cámara al suelo y buscó torpemente un sillón donde sentarse ya que las piernas

comenzaron a fallarle.

Mientras Santiago y Luigi mantenían su conversación, el gentío continuaba con sus propias vidas alrededor de ellos. Sin embargo, tenían la sensación de que el tiempo se había detenido. Santiago continuó hablando.

—Ninguno de los dos fuimos capaces de decir nada al respecto debido al miedo que nos infundía la posibilidad de que el otro confirmara lo que acababa de suceder. «Alguien me ha dado una bofetada», me dijo finalmente con voz temblorosa. Yo no supe qué hacer y solo pude acercarme a él para tranquilizarle mientras le ponía mi mano sobre su hombro. Unos instantes después, conseguí que se recuperase y le convencí para que continuáramos con la inspección —Santiago se detuvo, pensando en aquel instante—. Quizá no debí insistirle en seguir allí dentro. Ahora, con el tiempo, creo que fue la peor decisión que pude tomar. Sin embargo, tu padre sacó una voluntad de hierro para no flaquear —le mostró a Luigi otra foto en la que aparecía Paolo con la cara morada por el golpe—. Nos adentramos en otra sala que parecía ser un lugar de oración. Sobre la pared lateral vimos un gran cuadro en el que aparecía un monje frente a una casa. Era exactamente la misma casa en la que nos encontrábamos, con la misma pasarela, el mismo musgo y las mismas ventanas.

Luigi, afligido al haber visto aquella fotografía en la que salía su padre con la cara amoratada, apenas acertó a decir nada. Aún conservaba la esperanza de que no fuera el mismo Paolo que le vio crecer, y que su padre no fuera aquella persona tan desconocida en la que de repente se había convertido. Pero esa foto eliminó cualquier duda.

Segundos después, consiguió recomponerse y volvió a demostrar interés en lo que le contaba Santiago.

—¿Podría ser ese monje de la imagen el mismo John Wall del que hablaste antes? —matizó Luigi.

—Es posible —afirmó Santiago con las fotos entre sus manos—. Aquí tienes una fotografía que realizó tu padre de esa habitación —la extendió frente al muchacho que la cogió entusiasmado. Luego continuó—. Una enorme cruz tras un pequeño altar adornaba la pared trasera y una gran cantidad de figuras de vírgenes y santos decoraban cada saliente y estantería de ese lugar de oración. Sin embargo, lo peor aún estaba por llegar —Santiago se detuvo para coger más aire, y con mucha dificultad y tras tragar saliva dos veces se atrevió a proseguir—. Al salir de la casa, cargados de pruebas fotográficas y

con bastantes minutos de grabación en nuestro equipo analógico de audio, nos detuvimos para contemplar la campaña que se situaba frente al caserón. Entonces ocurrió. Vimos lo que jamás pensamos que podríamos ver. Cada átomo de nuestro ser se estremeció. No existía forma de que alguien pudiera estar preparado para soportar lo que allí pasó.

Santiago se detuvo, incapaz de hablar. Bebió con dificultad otro sorbo de su café que ya estaba casi frío y se llevó las manos a la cara para estirársela y despejarse un poco. Luigi, consciente de la tensión que al viejo le estaba produciendo hablar de aquel asunto, decidió intervenir para ayudarlo.

—Por algún motivo que desconozco, mi padre decidió ocultar su anterior vida y comenzar una nueva junto a mi madre. Me imagino que algo muy fuerte os sucedió allí a tenor del mal rato que veo que estás pasando. Entiendo que te cueste, pero necesito conocer la historia completa para que pueda comprender por qué mi padre vivió y actuó de esa forma antes de morir —sentenció Luigi recordando lo que su padre dijo mientras tenía puesta la máscara. Se autocensuró al darse cuenta de que no había mencionado a Santiago nada de lo que sucedió cuando falleció Paolo.

Santiago miró fijamente al chico, intrigado por lo que acababa de decir. Le pareció que la muerte de Paolo escondía algo que aún no sabía. ¿Qué relación podía haber entre la muerte de su padre y lo que él le estaba contando? Optó por ignorarlo y, sacando fuerzas de donde no tenía, decidió continuar para terminar de contarle su odisea.

—Como te decía, nos encontrábamos observando el paisaje frente a la casa y comenzamos a hablar sobre qué era aquello que había golpeado a Paolo. Nos percatamos de que, de entre los árboles que estaban a unos quince metros de distancia, podía distinguirse la figura de alguien caminando sobre la hierba. Pensamos que era el propietario de la finca y que vendría a preguntarnos qué hacíamos en su terreno, pero no fue así. Lentamente se fue acercando a nosotros, y cuando se encontraba a unos metros de distancia, salió por completo de la maleza. Levantó los brazos y comenzó a moverlos en lo que interpretamos como un intento de decirnos algo. Horrorizados, nos dimos cuenta de que esa persona no estaba tocando el suelo con los pies, pues no tenía pies. Levitaba sobre la tierra y su aspecto era semitransparente. El miedo nos invadió y retrocedimos un paso en dirección hacia el interior de la casa. No podíamos creer lo que estábamos viendo. Aquella suerte de ente estaba paseando frente a nosotros mientras levitaba. Parecía que acariciaba la hierba

con los retales de tela de su pantalón gris roído. Parecía una prenda de hospital...

Las manos de Santiago comenzaron a temblar casi sin control y Luigi no tuvo más remedio que sostenerlas con las suyas e intentar tranquilizarle. Le miró a los ojos y sin mediar palabra comenzó a respirar invitando así al viejo a que le acompañara en su ritmo a la hora de hacerlo. Segundos después, y cuando el temblor bajo en intensidad, Santiago sacó un pañuelo de su chaqueta y se secó la frente con él.

—Estábamos muertos de miedo, así que tu padre y yo volvimos al interior de la casa creyendo que, si esperábamos un rato, aquello desaparecería y podríamos salir de allí sin mayor problema, pero nuevamente, estábamos equivocados. Cuando entramos, cerramos la puerta tras nosotros, quedando de nuevo en el salón de entrada. Pudimos sentir que dentro de la vivienda tampoco íbamos a estar a salvo. Al principio fue como un leve susurro, pero después se convirtió en algo insoportable.

—¿A qué te refieres? —Luigi no pudo evitar sentir un poco de angustia al imaginarse a su padre sufriendo en aquellos momentos.

—Un grito de dolor, o más bien un alarido de agonía invadió el lugar. No sabíamos de dónde provenía ese horroroso sonido y ninguno de los dos supimos cómo actuar. Entramos de nuevo en la sala de oración y al mirar hacia la puerta vimos que una mujer de una apariencia terrible cruzó delante nuestra sin siquiera percatarse de que estábamos allí. Su melena sobre los hombros, la cara desencajada y su ropa antigua le daba un aire tétrico y muy desagradable.

—¿Reconocisteis a esa mujer?

—No. Era imposible hacerlo tal y como tenía el rostro. Los ojos casi salidos de las cuencas, la piel le caía a tiras por la cara y en algunas partes de sus manos podían verse claramente los huesos al aire. Posteriormente supimos que desde que se tenía conocimiento de lo que allí sucedía, se han llegado a contabilizar hasta veintiún fantasmas o presencias diferentes. Nosotros no llegamos a contar tantos, pero tampoco nos fuimos de vacío. Esa mujer estaba apenas a dos metros de distancia y una gélida sensación de frío inundó el cuarto de oración. La bajada de temperatura fue enorme en muy poco tiempo. Afortunadamente solo la vimos durante dos segundos, tras los que ambos nos miramos y volvimos a intentar salir de la casa armándonos de valor. En nuestro camino oímos que de la cocina salían ruidos de utensilios chocando entre sí y de cosas cayendo al suelo. Cuando estuvimos de nuevo en el

exterior, ese hombre con pelo blanco y que levitaba continuaba allí, observándonos, pero ya nos daba igual, corrimos durante bastante tiempo a través del bosque, dejando aquel infernal sonido de lamentos detrás nuestra hasta que llegamos a las primeras casas de Goosnargh.

Santiago terminó de hablar y su semblante era como el de alguien que acababa de hacer un enorme esfuerzo físico. Rememorar todo aquello le había supuesto volver a sentir las sensaciones que tanto le costó olvidar. Sintió que se quitaba un peso de encima al compartirlo con alguien más, pero también renació en él un antiguo miedo y respeto hacia lo desconocido que creó a raíz de lo vivido en Chingle Hall. Transcurridos unos segundos, Luigi habló.

—Jamás te agradeceré lo suficiente lo que has hecho por mí contándome lo que os sucedió a mi padre y a ti. Necesitaba conocer la historia completa. Ahora lo comprendo todo un poco más y no me extraña que su mente y su cordura no pudieran soportar esa experiencia y decidiera dejarlo todo atrás.

—Pasados unos días, tu padre regresó a su pueblo. Me dijo que no se veía capaz de seguir con aquello, que no estaba preparado para asumir que algo invisible pudiera darle una bofetada, ni para normalizar el hecho de haber visto a alguien en el bosque que no tocaba el suelo, sin mencionar a aquella desfigurada mujer en la cocina. Imagino que todo aquello sobrepasó su límite psicológico y eso le hizo dejar a un lado la investigación.

Luigi sabía que, en realidad, su padre jamás consiguió apartarse completamente de todo aquello. Si no, no tendría sentido que conservara aquella enigmática y maldita máscara y que escondiera ese extraño cilindro bajo el roble. El joven, tras oír todo aquello sobre su padre, supuso que éste nunca dejó de investigar diferentes asuntos, aunque desde el cobijo que da el techo del hogar.

—Comienzo a darle sentido a algunas cosas que en su momento no conseguía comprender —dijo Luigi deteniéndose para pensar unos segundos—. Recuerdo perfectamente que, cuando yo era muy pequeño, estando mi padre completamente despierto, de repente gritaba al aire y a pleno pulmón: «¡Fuera de aquí, monstruo! ¡Vete de aquí! ¡No te acerques a mi familia!». A veces se levantaba y caminaba hacia atrás, como si alguien se le estuviera acercando. Tanto mi madre como yo pensábamos que eran terrores nocturnos e incluso llegamos a considerar que fuera sonámbulo —sintió una punzada al recordar todo aquello—. Creo que jamás se recuperó de lo que le sucedió en esa casa y que a raíz de eso su mente comenzó a desvariar gradualmente, poco

a poco...

Santiago estaba completamente asombrado con las palabras de Luigi. Ni en sus peores augurios habría imaginado que Paolo hubiera pasado por tanto sufrimiento después de su viaje a Gran Bretaña. Decidió no interrumpir al joven y se limitó a continuar escuchándole atentamente.

—Debió quedar tan grabado en su mente lo vivido en aquel caserón, que nunca se recuperó de esa herida emocional. La visión de ese señor, de la vieja de la cocina, así como de la bofetada que esa presencia le propinó dejó una huella imborrable. A partir de ahí, imagino que inconscientemente revivía todo como si fuera real.

—Muchas veces, creemos estar preparados para algo, pero después nos damos cuenta de que no era así. Tu padre no lo estaba, hasta el punto de que no soportó la idea de que lo ocurrido hubiera sido real. Creo que tras las grabaciones que obtuvimos en La Cornudilla, comenzó a ser realmente consciente de que sí que existe algún lugar, en algún plano, donde esas voces o entidades permanecen y que en ciertos momentos se mezclan con nuestra realidad. Pienso que siempre lo vio como una especie de juego, como algo estimulante. Pero cuando comprobó que realmente es algo que está ahí, su mente comenzó a quebrarse, terminando por destruirse cuando estuvimos en Chingle Hall.

Luigi permaneció con el semblante serio durante unos segundos mientras guardaba silencio. Analizaba la situación y pensaba si contarle a Santiago lo referente a la máscara. Si ese hombre, con su profundo conocimiento del mundo paranormal y lo enigmático, podía darle significado, tendría por fin la última respuesta que necesitaba. Al fin y al cabo, esa era la voluntad de su padre: dar a Santiago el cilindro y la máscara, aunque no de la forma en que se lo pidió.

Decidió entonces no guardarse nada dentro y decírselo todo.



La tarde estaba transcurriendo tranquila para Roberto, que disfrutaba mientras se tomaba una cerveza con sus amigos de toda la vida. Necesitaba justamente eso: no pensar en nada relacionado con el trabajo y sentir que el reloj le daba completamente igual.

Transcurrieron las horas charlando y riendo; todos se ponían al día, pero Roberto no podía dejar de pensar en el dulce sabor que le había dejado Gabriela. Hacía bastante tiempo que alguien no calaba de esa manera en él, lo que le hacía sentirse vivo y le daba un cierto incentivo en el plano personal. Le gustó mucho que fuera una estudiosa de todo lo relacionado con Japón. A él también le parecía un lugar digno de estudio; un país demasiado diferente al resto como para ignorarlo. Quizá fuera la excusa perfecta para acercarse a ella. Podría demostrar un incipiente interés por la cultura nipona y así encontraría una buena razón para hacer algo juntos. Realmente no era algo incierto; siempre pensó que le hubiera gustado conocer Tokio en algún momento de su vida.

Roberto también pensaba en su padre. Sentía que tenía que poner fin al distanciamiento entre ambos y recuperar junto a él todo el tiempo perdido. Estaba seguro de que su progenitor le hablaría de las investigaciones que había realizado durante los últimos años en los que no se habían visto; no le desagradaba para nada, aunque ya no compartiera ese gran interés con él. A lo largo de sus años en A Coruña, en la vorágine que supone abrirse camino en el

mundo laboral, perdió el norte, y ese vínculo tan importante que da la familia fue disipándose poco a poco. Echaba de menos la figura paternal y, aunque sabía que seguía ahí, era consciente de que no fue capaz de actuar como un buen hijo.

Junto al reencuentro con su padre, se presentaba la ocasión perfecta para intentar acercarse un poco más a Gabriela. Podría invitarla a dar un paseo por la ciudad. También existía la opción de pedirle que le contara cosas que hubiera estudiado sobre Japón. De esa forma ella percibiría que se interesaba por su objeto de estudio y se sentiría más cómoda.

Se dio cuenta de que apenas estaba atendiendo a sus amigos, lo que hizo que tomara la decisión de preocuparse de todo aquello en otro momento y disfrutar lo máximo posible el tan anhelado momento de emborracharse con ellos.

Gabriela, como tantas otras veces, quería ser otra persona. Deseaba otra vida. De nuevo la pena la inundó al verse otra vez en aquella rutina infernal. Apenas habían transcurrido cuatro horas desde que llegó de A Coruña y ya quería marcharse otra vez.

El calmante que le había dado a su madre había relajado bastante a la mujer y ahora dormía plácidamente. Al menos hasta que pasara su efecto y el negro de las pesadillas volviera a teñir el ambiente de la casa. Se sentía profundamente mal cada vez que ese pensamiento se instalaba en su mente, pero no podía evitarlo. Sabía lo enormemente feliz que podría ser si fuera libre. Si no tuviera nada que la atara a esa ciudad ni a esa casa. Entonces se daba cuenta de que la persona sobre la que pensaba era su madre. La persona que la trajo al mundo y la cuidó cuando ella más lo necesitó, haciendo que esos pensamientos desaparecieran para dejar paso a la más intensa sensación de apatía y desgana por todo.

Se esforzaba cada día en encontrar cosas que la animaran a seguir adelante. Planeaba futuros viajes que la llevaran a algún oasis como había sido su escapada a Galicia o ese aeropuerto. Como lo había sido él. Su mente se esforzaba cada segundo en lograr encontrar el equilibrio perfecto entre mirar a su madre en la cama y querer huir a toda prisa.

Recordó aquella vez que, cansada de todo y agotada por el firme látigo de la vida que golpeaba con tanto ímpetu su espalda, salió de casa y comenzó a caminar sin un destino fijado. Caminó y caminó durante horas hasta salir de la

ciudad sin pensar en nada que no fuese la certeza de estar alejándose del lugar que se había convertido en su infierno particular. Cuando llegó a ninguna parte, recobró el sentido y al cerrar los ojos vio el rostro de su madre, sonriéndole, animándola a continuar caminando sin detenerse. Entonces fue consciente de lo que estaba haciendo. Literalmente la había abandonado en la casa y ella había huido sin ningún miramiento.

Cuando volvió, aprovechó un momento de cordura de su madre y le contó lo que había hecho. Ella le contestó que la comprendía, e incluso le pidió perdón por todo lo que estaba sufriendo por su culpa. La animó a internarla en una residencia, pero a Gabriela, el simple pensamiento de hacerlo, le provocaba repulsión. Cuando esos momentos de debilidad se daban, no concebía la idea de dejar a su madre en un lugar sola, por muy bien que la cuidaran. Ella era su hija, y, por tanto, quien debía encargarse de protegerla.

Mientras buceaba en sus recuerdos más amargos, se levantó de la silla y se acercó a la cama para volver a tomar la mano de su madre. Sintió una fuerza que inexplicablemente la empujó a acercarse a ella, a su oído izquierdo, y comenzó a hablarle suave y lentamente.

—Ojalá algún día puedas verle, mamá. Se llama Roberto y es encantador. Le he conocido en el aeropuerto de A Coruña y, como es típico en mí, ha sido de la manera más desastrosa —sonrió mientras le hablaba—. Es cirujano en un hospital de allí y ha venido a Granada para reunirse con su padre al que aparentemente hace bastante tiempo que no ve. Me ha dicho que podríamos vernos estos días, pero... seguramente no podré asistir, si es que me llama en algún momento.

Se detuvo y observó cómo el pecho de su madre subía y bajaba lentamente. Estaba tan relajada y tranquila que a Gabriela le pareció que todo lo que estaban viviendo era una horrible ilusión y que despertaría de una siesta placentera en cualquier momento. Sana. Deseó con todas sus fuerzas que la casa estuviera siempre así de tranquila. Acariciando su rostro, continuó contándole su encuentro con Roberto y todo lo que su estancia en la capital gallega dio de sí.

—Las calles son preciosas y el aire del mar frío se puede respirar en cada rincón de la ciudad. El puerto es una maravilla y la playa, gris, es mágica. Hay un antiguo tranvía que recorre la línea del paseo marítimo y que aún funciona. Lleva a turistas y residentes a diferentes partes de la zona. Creía que estaba en un sueño al ver a tantas personas diferentes y de tan distinto

carácter juntas. Hacía tiempo que no disfrutaba de esa forma. Te hubiera encantado oler el mar de allí, ese mar frío y tan salado que se extiende más allá del horizonte. Estoy segura de que un día lo veremos juntas —una lágrima solitaria logró escapar de sus ojos y comenzó un lento paseo por la mejilla de Gabriela. Ella no se detuvo—. Si todo fuera de otra manera, tú y yo seríamos invencibles. Veríamos lugares más allá de este país, como siempre quisimos hacer cuando yo era pequeña. Ver el mundo y hacerlo nuestro. ¿Recuerdas cuando queríamos besar y dejar nuestro carmín en cada lugar que visitáramos? —Gabriela comenzó a sentir que la amargura la invadía de nuevo—. ¿Crees que podremos hacerlo algún día? No sé si esos besos existirán o no, pero nada de eso me merece la pena porque mientras respires, ninguna otra cosa va a importarme más que tu bienestar. Me da igual cuánto tiempo pase y cuántas horas permanezca aquí contigo. Me da igual el resto del mundo. Mientras tú estés en él, no tendré ojos para nada ni nadie. Porque tú eres mi mundo, mamá.

La respiración de la débil mujer fue relajándose muy lentamente, de forma casi imperceptible. Gabriela sintió que apretaba levemente su mano y le pareció que abría un poco los ojos. En el rostro de aquella mujer se hizo presente una calma y un sosiego tal que parecía que ni siquiera estaba enferma. Su hija, maravillada, se acercó para rozar su rostro con el de ella. Cuando sus ojos se cruzaron y sus narices se rozaron, tal y como era costumbre en la serie de *Los Gnomos*, aquella enferma mujer abrió sus finos y rosados labios para decir únicamente dos palabras.

—Sé feliz...

La presión sobre la mano de Gabriela fue cesando poco a poco hasta dejar de existir. El pecho ya no se elevaba lentamente ni marcaba el ritmo de una respiración leve.

La propia esencia de Gabriela supo lo que acababa de suceder. Su mirada, perdida, no logró en ese momento encontrar consuelo. Le resultó imposible articular palabra alguna y su mente, aunque le gritaba a su corazón lo que acababa de ocurrir, era incapaz de asumir dicha verdad. Se agarró fuerte a su madre, la abrazó y comenzó a soltar todo lo que tenía dentro, mientras asumía que la mujer que más había querido y la que más le había querido se había marchado y la había dejado sola.

Completamente sola.

—Aún no he terminado de contar todo sobre mi padre —dijo seriamente el joven italiano—. Hay una cosa que no quería decir hasta conocer más profundamente todo lo relacionado con esa misteriosa etapa de su vida. Se trata de algo sobre su muerte...

Santiago, asombrado, solo acertó a levantar una ceja a modo de sorpresa. El hecho de saber que en la muerte de su antiguo compañero había algo extraño que su propio hijo se había guardado para el final de aquella reveladora conversación, le provocó una agradable sensación de repulsiva emoción. Odió desde lo más profundo de su ser tener ese sentimiento, pero no podía evitar dejarse llevar por el misterio en su más pura esencia y entusiasmarse cada vez que hacía acto de presencia.

Luigi estaba convencido de que, si alguien podía darle alguna explicación a la errática actitud de su padre con la máscara, sobre todo antes de abandonar este mundo, y averiguar todo lo relacionado con ella, era Santiago.

—Puedes contarme lo que desees.

—Oírte hablar me ha ayudado a ver todo un poco más claro, pero existe un asunto que no consigo explicarme. —Se detuvo para sacar de su maletín un objeto envuelto en una tela de terciopelo negra. Extendió la mano y se lo entregó a Santiago, el cual quedó intrigado ante lo que Luigi acababa de

ofrecerle. Giró el bulto para inspeccionar cada ángulo, pero no logró adivinar de qué se trataba a simple vista.

—¿Qué es esto? —preguntó completamente confundido.

—Puedes desenvolverlo si lo deseas.

Raudo, Santiago no esperó a una segunda invitación para desvelar el contenido bajo esa preciosa tela. Ante sus ojos apareció algo que le dejó completamente sin palabras.

—¿Una... máscara? —dijo con el corazón desbocado.

La expresión del viejo investigador era la de alguien que siente que todo se desmorona a su alrededor. Sintió que era totalmente imposible que eso que acababa de tomar entre sus manos estuviera provocándole aquellas sensaciones tan fuertes. No dudó ni un instante de que esa máscara era algo especial, más que nada que hubiera tenido antes en su poder y más que cualquier caso que hubiera investigado.

Se trataba de una extraña y perturbadora máscara, de color uniforme; un tono rojizo cubría toda la superficie, aunque a primera vista no era fácil saber de qué elemento estaba hecha. No existía abertura para la boca, aunque sí podían apreciarse dos grandes huecos por donde se facilitaba la visión a quien la usara. Estaban levemente alargados hacia arriba, dándole a la máscara una expresión de enfado o de ira. La estructura de la cara en sí le recordó vagamente a la que usaban en aquella película de terror llamada *Scream*, aunque menos alargada en su parte inferior.

Luigi decidió ilustrar un poco al hombre al ver que aparentemente no sabía nada sobre el misterioso objeto.

—Voy a contarte lo que sé sobre lo que tienes entre tus manos. No tengo ni idea de cuál es su nombre, ni de quién la hizo, ni nada. Lo único que puedo decirte es que hace unos meses mi padre recibió un paquete de un antiguo amigo suyo en cuyo interior estaba esta máscara. Aparentemente no tenía más uso que el de decorar uno de los muebles rústicos de los que hay en nuestra casa. Sin embargo —se acercó despacio a Santiago—, mi padre, justo antes de morir, se colocó esta máscara sobre su rostro y después de abrir mucho los ojos y ver algo que jamás llegaré a saber exactamente el qué... pronunció tu nombre.

Santiago sintió que una losa caía sobre su espalda. Aquello que acababa de oír no tenía sentido alguno. Era ilógico que Paolo le nombrara antes de morir, después de tantos años sin verse y con esa cosa puesta sobre su rostro.

—¿Pronunció mi nombre? —preguntó confundido—. ¿Qué dijo exactamente?

Luigi guardó silencio durante unos segundos para asegurarse de que las palabras que usaba eran las exactas.

—Algo parecido a: «¡No era nadie más que yo! ¡Fui yo todo el tiempo!»

El veterano investigador, de fama reconocida después de más de treinta años en el mundillo, de repente, se quedó sin palabras. Sintió que no sabía cómo expresarse en ese momento. Tragó saliva, miró a la máscara, se preguntó si lo que Luigi acababa de contarle podía ser cierto y volvió a mirar al joven italiano.

—No sé qué decirte... Jamás había visto esto antes y ni mucho menos sé a qué se refería tu padre. Me dejás completamente destrozado...

—Cuando ya no te nombró más, me pidió que me acercara para decirme una cosa al oído, sonrió al vacío, y dejó de moverse. Entonces, su corazón dejó de latir. Es por todo esto que vine aquí a buscarte, ya que además de tener la intención de oír de tu propia boca todo lo sucedido en vuestras investigaciones, nadie más que tú puede ayudarme a saber qué diablos significa lo que hizo y dijo en sus últimos segundos de vida. Además de ayudarme a saber qué diablos es esta máscara.

Santiago volvió a sentir ese cosquilleo que le recorría toda la espalda. Pudo darse cuenta de que debió ser horrible para la familia presenciar el momento en el que su ser querido pierde la cordura y actúa de forma tan errática.

—¿Qué fue lo que te dijo tu padre antes de morir? —preguntó intuyendo que era importante tener esa información.

—Me indicó un lugar en el que había escondido un objeto y me pidió que se lo enviara a un hombre llamado Santiago. Fue cuando oí por vez primera tu nombre. Después, mi madre me contó lo de vuestro pasado juntos. Obviamente, no iba a conformarme con enviar todo esto. Quise venir personalmente para obtener respuestas.

Santiago se intrigó por ese segundo objeto que aún no había recibido, pero antes quiso despejar alguna duda más.

—¿Había usado tu padre antes la máscara?

Luigi no tuvo duda a la hora de responder.

—Bastantes veces. Desde que la recibió, la usaba casi cada día. No logro entender qué le veía a ese objeto, pero para él era algo fascinante.

—¿Sabes si tu padre se preocupó en saber más sobre su origen?

—Realmente no sabría contestarte. Pasaba muchas horas en su habitación consultando libros e internet. Lo que sí puedo decirte es que, cada vez que mi padre usaba la dichosa máscara, veía cosas que los demás no veíamos. De algún modo se hizo adicto a lo que fuera que veía a través de ella. Daba la impresión de que fue perdiendo la razón paulatinamente, se notaba en su comportamiento diario. Las cosas que hacía respecto a esa máscara no eran demasiado normales. Tanto es así que, en el propio lecho de muerte, su última voluntad fue usarla una vez más.

—De ese modo, podemos asumir que tu padre, antes de morir, me vio a mí, o al menos un recuerdo muy vívido sobre nosotros llegó a su mente. Quizá simplemente recordó nuestro tiempo juntos. A veces, las neuronas están en un completo desorden y nos hacen ver cosas pasadas. Es una de las explicaciones «científicas» que le dan, por ejemplo, al ver la vida pasar ante tus ojos antes de fallecer.

—O quizá, como acabo de decir, esa máscara le hacía ver cosas que nadie más era capaz de ver —replicó el joven. Esperando alguna respuesta de Santiago, Luigi cerró los ojos intentando visualizar la cara de su padre en sus mejores momentos, cuando ambos corrían por la pradera junto a su casa para ver quién de los dos llegaba antes al riachuelo. El que perdía, se encargaba de poner la carnada a los cebos durante toda la mañana de pesca.

Santiago retomó la conversación.

—Has dicho que hay otro objeto que tu padre te encomendó darme. ¿Dónde está?

Luigi volvió a meter la mano en su bolsa y sacó el cilindro de madera que días antes había desenterrado.

—Toma, estaba enterrado bajo uno de los robles que hay en nuestra pequeña finca. No tenía ni idea de que estaba ahí y aún no sé qué es lo que tiene en su interior. No lo he abierto.

Santiago, perplejo, lo tomó entre sus manos y casi pudo ver esa cara tan característica de Paolo, llena de misterio y picaresca, como cada vez que un interrogante se les presentaba por delante.

—¿Puedo abrirlo? —preguntó el viejo aún impresionado.

—Por supuesto —afirmó el joven—. Debes hacerlo...

Quitó la tapa del cilindro, no sin cierto esfuerzo, y sacó unos papeles enrollados. Diez folios cargados de notas, guiones, dibujos y direcciones. La



letra de Paolo estaba presente en cada papel y Luigi lo reconoció al instante sintiendo un pellizco de dolor en el pecho. El joven se adelantó a Santiago.

—Son notas de mi padre. Estoy seguro. Estas notas están relacionadas con la máscara... Por este motivo pasaba tantas horas aislado, inmerso en sus libros y el ordenador.

—Tu padre siempre fue así, aunque durante años reprimiera ese instinto. Recibir esta máscara, sea lo que sea, hizo que el Paolo que yo conocí volviera a resurgir. Si tu padre pasaba horas encerrado, no era porque le sucediese nada. Más bien, recuperaba el instinto que siempre llevó dentro.

Desplegó completamente los papeles sobre la mesa de la cafetería y al instante supo Santiago que no era ese el lugar adecuado para analizar lo que acababa de recibir; lo haría en su casa, en la mesa de su despacho, en el silencio que allí reinaba. A solas.

—Voy a ayudarte —respondió Santiago—, pero para poder hacerlo necesito que me des un poco de tiempo para estudiar lo que me has contado y lo que me has dado. Asimismo, debo comprobar más detalladamente qué es esta misteriosa máscara. He de confesarte que no esperaba que esto fuera a suceder hoy. Estaba convencido de que sería yo quien te sorprendiera al contarte todo sobre la vida de tu padre —dijo mientras pensaba en los pasos a seguir cuando llegara a casa con la máscara y con aquellos textos.

—Te lo agradezco muchísimo. Me gustaría quedarme más tiempo en España, pero me es totalmente imposible hacerlo más allá de un par de días. Saber que vas a investigar sobre todo lo que te acabo de contar me deja mucho más tranquilo.

—¿Puede saberse el motivo de que no puedas alargar tu estancia aquí algo más? —preguntó Santiago con algo de curiosidad.

—Es algo muy básico. Se trata de una cuestión monetaria. Estoy desempleado y mi padre no pudo ahorrar mucho mientras estuvo trabajando. Es momento de que, de nuevo, abandone mis estudios y busque algún trabajo para poder ayudar a mi madre.

Santiago caviló durante algunos segundos, hasta que convencido de lo que iba a decir, le propuso a Luigi.

—Si se diera el caso, quiero que sepas que puedes contar conmigo para ampliar tu estancia aquí. No tengo problema en hacerme cargo de pagar lo necesario. Creo que deberías quedarte hasta que pueda darte todas las respuestas. Es más, te pediría que te quedaras, al menos una semana más y me

dieras ese tiempo para investigar. Mañana, después de reunirme con mi hijo, te llamaré y te contaré lo que haya averiguado. Además, así podrás conocer a Roberto.

El joven asintió con la cabeza mientras sonreía al ver a ese hombre, ya entrado en años, con tanto ímpetu y energía, tal y como recordaba a su padre cuando era pequeño.

Ambos se dieron la mano y se despidieron. Entonces Luigi recordó algo que había olvidado por completo.

—Por cierto, Santiago. Toma —dijo mientras le extendía un sobre roído por los años pero que se notaba que había sido guardado celosamente durante mucho tiempo.

—¿Qué es esto? —preguntó incrédulo al ver que las sorpresas no habían terminado.

—Es la carta que recibí mi padre cuando llegó la máscara a la casa. Esta misiva acompañaba al paquete con ella dentro. Es de la persona que la tuvo antes que mi padre y que se la regaló antes de morir. Justo antes de salir de casa recordé dónde estaba guardada y la cogí.

Santiago observó el sobre y decidió no abrirlo. Lo haría en casa. Se fijó en que tenía remitente de Tarragona, cosa que hizo que su curiosidad volviera a latir.

Cuando volvió a casa, Santiago se sentó como un peso muerto en su sillón favorito. La reunión con ese chico había resultado ser muy reveladora. Tanto, que sintió que todos sus esquemas se desvanecían. Al día siguiente llegaría su hijo a casa; si quería averiguar algo, tendría que hacerlo en ese preciso instante. No quería quitarle a Roberto ni un solo minuto del tiempo que merecía.

La emoción por verle después de tantos años le volvió a inundar por dentro, pero no pudo evitar sentir que lo que el chico italiano le había contado lo cambiaría todo. Esa máscara tenía algo que no pudo reconocer y que lo hacía un objeto cargado de energía; transmitía un poder imposible y Santiago era muy consciente de ello.

Mientras se preparaba un vaso de su vino favorito: Tempranillo mezclado con Merlot, y se encendía un cigarrillo para intentar aplacar su leve ansiedad, sacó la máscara que se encontraba envuelta en el terciopelo negro, el cilindro de madera y la carta que le había entregado justo antes de despedirse. Pensó que, si esa misiva era de la persona que le envió la máscara a Paolo Di Martino, debía comenzar por ahí. Esa carta podía significar el inicio de toda la investigación la que, sin duda, le había devuelto el entusiasmo que hacía años que no sentía.

Impaciente, comenzó a leer.

*Mi querido amigo Paolo.*

*¿Cómo te encuentras? Espero que tanto tú como Martina estéis bien. No me quiero andar con rodeos así que, con pesar, pero a la vez con alegría, tengo que comunicarte que dentro de no mucho tiempo dejaré este mundo. Una enfermedad me come por dentro y los doctores únicamente me han dado unos meses de vida, aunque creo que tendré que contarle por semanas. Noto que viene a por mí.*

*Hace mucho tiempo que no nos vemos y créeme cuando te digo que te he echado mucho en falta. Cuando visitabas la tienda en aquellos viajes relámpago que hacías, era como si hablara conmigo mismo. Recuerdo el día en que te conocí como si hubiese sucedido ayer. Llegaste con una chica preciosa, que luego se convirtió en tu mujer. Entraste en mi tienda porque esa noche te ibas a quedar a dormir aquí, en Tarragona, en el Aparthotel Alexandra creo recordar, y decidiste matar el tiempo paseando por la parte alta de la ciudad, viendo la catedral, el anfiteatro y las murallas. De esa forma diste con mi tienda, y bendito el día en que lo hiciste. Comenzó una bonita amistad que ha perdurado a lo largo de los años pero que, sin embargo, en los dos últimos se ha visto bastante deteriorada debido a la situación que ambos nos hemos visto obligados a vivir. Tu esposa enferma, yo cada vez peor con la tienda, y ahora, esta enfermedad.*

*Aun así, ha sido una amistad preciosa y anhelada en esos huecos en el tiempo. Siempre esperaba que en algún momento pudieras escaparte a Tarragona para charlar horas y horas, como antaño, o para leer juntos. Durante años me hablaste mucho de Santiago. Santiago Vélez, al que nunca llegué a conocer, pero al que a raíz de todas las veces que le nombraste, terminé por sentir que le conocía. Me da la impresión de que habríamos sido buenos amigos. Nunca quisiste explicarme qué te llevó a alejarte de aquella persona que tanta huella dejó en ti. Debió ser algo que no pudiste afrontar o superar. Algo de lo que no eres responsable, ya que, como amigo, nadie podría compararse a ti. Recuerdo cómo me decías que volver a ver a Santiago significaría, irremediablemente, volver a acercarse al infierno. Espero que en el futuro puedas acercarte a él y que recuperéis el tiempo perdido. Estoy seguro de que ese infierno es más un producto del pasado que de vuestro presente.*

*Como te he dicho, me iré dentro de poco y es por lo que estoy dejando todos mis asuntos en orden. En primer lugar, he decidido cerrar la tienda de*

*antigüedades. De hecho, ya está todo en funcionamiento para que así sea. ¿Cuántas veces me pediste que te regalara la máscara que siempre estuvo colocada en el estante detrás de mí? ¿Recuerdas las innumerables ocasiones en que me insististe para que le pusiera el precio que yo quisiera porque la comprarías sin dudarlo? Siempre supe que existía una misteriosa atracción entre esa máscara y tú.*

*Por eso, ya la tienes en tus manos. Es tuya y será mi último regalo. El último recuerdo que puedo crear para ti. Esta pieza es muy especial para mí y por eso debía pertenecer a alguien también especial. Recuerdo que me la regalaron al comprar un lote de objetos antiguos que me trajeron unos cazatesoros italianos. Pero ahora ya tiene nuevo dueño. El mejor que pueda tener.*

*Voy a despedirme ya, amigo mío. No te diré adiós, pues estoy seguro de que te volveré a ver. Por favor. No vengas a verme. No será esta la última imagen que tendrás de mí.*

*Ya que no tengo nada que perder, tendré el valor que nunca tuve para decirte que siempre te quise. Más aún de lo que tú hayas llegado a quererme a mí como el amigo que siempre he sido. Nunca sabrás a qué nivel llegaste a calar en mí. Aunque ahora, ya lo sabes.*

*Te espero en la otra vida. T'estimo. Joan Ripoll*

El corazón de Santiago galopaba como caballo desbocado. A pesar de los años transcurridos, Paolo continuó hablando de él con cariño, con respeto, con añoranza. Sin embargo, la duda comenzó a hacerse presente en la mente de Santiago.

—¿Por qué relacionaba el volver a verme con el propio infierno? —se preguntó en voz baja—. ¿Tanto le impactó lo sucedido en Chingle Hall? ¿Tanto daño le hice al llevarle a ese lugar? ¿Al no forzarle a abandonar ese caserón cuando comenzaron a suceder cosas?

Llegó a la conclusión de que, definitivamente, la mente de Paolo no soportó aquel encuentro con lo desconocido y creó una barrera de protección que le obligó, incluso, a sacrificar el contacto que ambos tenían. Lo más seguro era que, pensar en volver a verle, significaría, irremediablemente, volver a tener contacto con todo lo relacionado con la investigación paranormal, algo que, aparentemente, le causó mucho dolor y que finalmente consiguió dejar atrás.

Santiago sabía que, aun con todo, siempre le quiso, a tenor de cómo le habló de él a su amigo el anticuario. Como alguien digno de admirar y a quien siempre tendría en alta estima. Aunque Paolo ya no fuera capaz de volver a reunirse con él jamás. Santiago era el misterio en persona, y precisamente, el misterio era lo que no deseaba volver a tener cerca el italiano.

Gracias a esa carta supo por dónde empezar su nueva investigación.

Acto seguido, sacó de la bolsa el cilindro de madera y volvió a colocar los documentos que había en su interior sobre su mesa, ya despejada de otros objetos.

Comenzó a leer detenidamente.

Minutos después, sus manos comenzaron a manifestar un leve temblor ante lo que Paolo le había legado. Fue justo en ese instante cuando supo que nada volvería a ser lo mismo.

—No puede ser...

En aquel viejo hostel, donde la calidad de las instalaciones brillaba por su ausencia y las cucarachas y moscas pululaban a sus anchas, descansaba Luigi. El camastro era todo lo cómodo que podía ser por el ridículo precio que había pagado por la habitación. No sabía si era más deprimente alojarse en un lugar así o asumir que no tenía posibilidad de optar a ninguno mejor.

En cada una de las cinco plantas había tres habitaciones, todas con un catre, una mesilla de noche y una especie de cuarto de baño donde poder lavarse la cara y hacer sus necesidades. Además, un diminuto plato de ducha invitaba a todo menos a usarlo para lo que debería ser usado.

Mientras intentaba pensar en la reunión con Santiago, le resultó enormemente irritante tener que oír por narices la dura e intensa sesión de sexo que mantenían los habitantes de la habitación de arriba. Aun así, consiguió enfocar su atención en lo que el viejo compañero de su padre le había contado.

Ahora sabía que lo sucedido en aquel caserón en Gran Bretaña fue el causante de que su padre abandonara cualquier interés en la investigación paranormal y también en su compañero de hazañas. Únicamente faltaba saber qué era esa máscara y qué plasmó en esas hojas manuscritas. El haberlas escondido significaba que no quería que nadie accediera a esa investigación.

Ese hecho hizo pensar a Luigi si no se trataba de algo peligroso y que por ello intentó mantenerles a su madre y a él al margen de todo.

Pensando en cómo estaban yendo las cosas, realmente le apetecía quedarse más tiempo en España, aunque le daba bastante vergüenza comentárselo a Santiago; bastante había hecho dándole tanta información sobre su padre. Además, antes de despedirse, le entregó la carpeta de investigación sobre Chingle Hall y los otros dos casos. Con ella tendría siempre un pedazo de su padre con él, una parte de su vida que no conocía y que en ningún momento llegó a pensar que hubiera existido.

Deseó con todas sus fuerzas que Santiago pudiera averiguar algo más sobre las dudas que se le planteaban. Desde hacía meses fue testigo de cómo su padre fue entregándose cada vez más a ese extraño objeto. Recordaba cuando pasaba las horas en medio de la colina junto a su casa con la máscara en sus manos e ignorando el resto del mundo. Parecía que al estar tocándola o usándola llegaba a un nivel de relajación y aislamiento tal que todo lo demás le daba igual. Luigi siempre supo que, a través de ella, las veces que su padre la usó, veía cosas que nadie más podía ver, y era eso precisamente lo que hizo que nunca se atreviera a usarla él mismo. Sin embargo, se lamentó de no haber impedido a su progenitor que siguiera usándola. No tenía ni la autoridad ni el mando para hacerlo.

Aun así, aquella última vez fue diferente. Lo que su padre hizo antes de morir no tenía sentido alguno. Aunque Luigi asumiera que con ella veía cosas, el nombrar a Santiago y decir el resto de cosas que dijo, se salía de todo esquema que aquel extraño hábito pudiera tener.

Cuando no soportó más el hedor de la estancia, el ruido de sus vecinos y la sensación de tener algún animal desagradable reptándole por la pierna, decidió salir para tomar un poco el aire. No conocía Granada en profundidad y pensó que la fama de su belleza debía estar justificada. Puso rumbo al barrio del Albaicín. Había leído mucho sobre ese y otros sitios de la ciudad así que decidió empezar por allí.

Pocos minutos después de comenzar a subir aquella eterna cuesta para llegar al mirador, pensó que hubiera sido mejor visitar otro lugar. No imaginaba que aquella parte de Granada fuera tan elevada, pero sacando fuerzas, consiguió llegar a la parte más alta. Se percató de que los turistas se agolpaban en una especie de precipicio para hacerse fotos. Se acercó y, maravillado, observó a lo lejos la majestuosa e imponente estampa de la



Alhambra. Su color era rojo como el fuego, el sol se estaba poniendo y eso creaba esa mágica y casi irreal imagen del monumento árabe.

Luigi supo entonces que cualquier cosa que le hubieran dicho o hubiera leído en el pasado sobre ese lugar, no hacía justicia a semejante visión. Sintió en su interior el mismo golpe seco que cuando te enamoras de alguien. Quedó en ese preciso instante prendado de aquellas vistas, marcado para siempre con el rojo de aquellos muros y supo que era ahí y no en otro lugar donde le gustaría pasar el resto de su vida. Su mente comenzó a fantasear con la idea de encontrar un trabajo en la ciudad, traer a su madre con él y comenzar allí una nueva etapa en sus vidas. Todo en su casa le recordaba a su padre y a todo por lo que pasaron hasta que murió.

Transcurrió así más de una hora hasta que decidió volver sobre sus pasos hasta el Paseo de los Tristes.

Cuando el ensimismamiento por lo vivido fue disminuyendo en intensidad volvió a la triste realidad. Nunca podría vivir allí. No tenía cómo hacerlo ni forma de proponérselo. Su madre apenas tenía lo suficiente para sobrevivir y él se encontraba sin empleo. De golpe, le pareció completamente inviable. Sintió una desagradable sensación de frustración, la cual no le impidió volver a sonreír al recordar el brillo de la Alhambra reflejado en sus propios ojos.

Mientras continuaba su paseo por los callejones de Granada, tuvo el impulso de perderse voluntariamente. Decidió dejar de consultar en su teléfono móvil los lugares de interés y lo guardó en su bolsillo. Pensó que la mejor opción sería caminar sin rumbo para llegar a rincones que quizá no aparecieran en ninguna web.

Las personas del lugar, el olor a azahar, el color de la vegetación... Todo le resultaba maravilloso, y se lamentaba por no haber nacido allí para ser parte de todo aquello. La tierra donde nació y vivió, al norte de Italia, no era un mal sitio, pero no era como Granada. Ella era única y su alma lo sabía.

Cuando fue consciente de que no tenía ni idea de dónde se encontraba, Luigi sonrió interiormente. No tenía referencia alguna de cómo salir de aquellas calles para llegar a algún lugar más conocido, pero se sentía cómodo y feliz de estar donde estaba. Lo intentó, pero no logró encontrar un nombre para aquello que sentía en su interior.

Finalmente, y tras mucho caminar, consiguió llegar a una plaza granadina llamada Bib-Rambla. Allí, numerosas cafeterías daban vida a aquel sitio lleno de personas en familia. Luigi caminó lentamente entre ellas, sintiéndose uno

más, preguntándose cómo no había visitado esa ciudad antes, enfadándose por haber estado tantos años recluido en su casa y perdiéndose semejante espectáculo. Sabía que había estado ayudando a sus padres, pero por primera vez, un leve sentimiento egoísta hizo acto de presencia, aunque no por ello se sintió mal.

Una hora más tarde y sin saber cómo, se encontró frente a la puerta del lugar donde estaba alojando. Entonces tomó una decisión. Cuando despertara, llamaría a Santiago y aceptaría su ofrecimiento. Se esforzaría como nunca para devolverle el dinero y el favor, pero ahora veía con total claridad que debía aprovechar la oportunidad y pasar más tiempo allí. Además, pensó, con un poco de suerte quizá pudiera saber algo más sobre la máscara de su padre.

La noche había sido larga, intensa y casi aterradora.

Un abismo de incertidumbre se abrió ante Santiago en el momento en que comenzó a leer las notas de la ardua investigación que Paolo había realizado sobre la misteriosa máscara.

Había pasado toda la noche preguntándose si lo que Luigi le había entregado y lo que su difunto colega afirmaba era real o no. No podía serlo.

—Los cuentos son ficción... Se suponía que esto no existía —repitió durante toda la noche.

Poco después de despertar del liviano sueño que había podido conciliar después de conseguir apartar todos aquellos pensamientos, a sabiendas de que el día que acababa de comenzar era muy importante para él, se encendió otro cigarrillo y despejó su mente todo lo que pudo para centrarse en lo que estaba a punto de suceder. Por fin iba a reencontrarse con Roberto. No sabía si estaba preparado, pero sí sabía que iba a ser algo especial. Sintió que el pecho se le llenaba de alegría y emoción al oír el sonido de la puerta de entrada; sonido metálico del pesado aro de hierro golpeando la placa del mismo material, el mismo que tan pocas veces escuchaba desde que se quedó solo en la enorme casa.

Aquella puerta había sido durante muchos años el lugar al que siempre

retornaba después del colegio, tras jugar al fútbol con los amigos, o para comer algo cuando tenía hambre, volviendo después a la calle. Aquella puerta, impertérrita al paso de los años, le había visto convertirse primero en un muchacho y después en un hombre. En más de una ocasión le había oído llorar en silencio al no querer entrar a la casa porque no deseaba ver a su padre, derrotado y hundido tras el abandono de su madre. Otras veces era el lugar al que necesitaba llegar para ver cuánto había avanzado su padre en su nueva investigación.

Roberto tenía la vaga esperanza de tener tras esa puerta la gran oportunidad de vencer sus demonios y afrontar su nueva realidad. Recuperar el tiempo perdido junto a su padre era su prioridad, pero aún, después de los años, le costaba asumir que la familia se había reducido a ellos dos. Nadie más.

Acercó su mano al gran aro de hierro macizo y lo golpeó con fuerza, haciendo notar en toda la calle que alguien llamaba en la casa del viejo Santiago. De nuevo, el sonido del metal lo transportó a sus más felices años, donde nada hacía presagiar la amargura que estaba por llegar. En los diez segundos que transcurrieron desde que llamó, recordó con total nitidez esa sensación cuando abría la puerta desde dentro y salía a la calle para reunirse con sus amigos que tan insistentemente le llamaban, aporreándola... Esa sensación de libertad y de perderse entre los callejones de una Granada morisca cargada de turistas y estudiantes, de los que siempre se podía aprender algo, aunque fuera algo fútil.

La puerta se abrió ante su temblorosa mirada. Frente a él apareció un hombre que distaba mucho de ser su padre, al menos el que él recordaba, pero que en su esencia no había cambiado un ápice. Un olor a incienso inundó sus sentidos y, de repente, sin haberlo previsto, su corazón le dio un vuelco ante aquella visión y explosión de sensaciones.

—Hola hijo —dijo Santiago esbozando una tierna sonrisa—. Bienvenido a casa.

Con un gesto de la mano le indicó que pasara dentro de la estancia. Roberto, mudo, simplemente se limitó a entrar y, al pasar junto a su padre, sintió una calidez en el pecho ante la que no podría evitar dejarse llevar durante mucho más tiempo. Preocupado, se fijó en los zapatos que el hombre llevaba puestos: viejos y un poco estropeados. Algo confundido, pensó que quizá su padre no se encontraba en tan buenas condiciones como él había

pensado; temió que su salud se hubiera resentido con el paso de los años.

Santiago cerró la puerta en cuanto su hijo estuvo dentro de la casa y se volvió para observarle. Delante de ellos, un típico patio andaluz se abría, dejando ver el cielo y decenas de enormes macetas bien cuidadas y de muy variados colores. Ambos se miraron y Roberto no tuvo más remedio que hacer caso a lo que el corazón le pedía. Se acercó a su padre para darle un fuerte abrazo.

—Hola, papá... —le dijo mientras sus orejas se apretaban una contra la otra.

Intentó contenerse y guardar la compostura, aunque lo que verdaderamente le apetecía era llorar como un niño pequeño al verse de nuevo entre esos anhelados brazos y aquel ambiente que únicamente podía darse en Andalucía y que tan lejano le parecía en el norte del país. Ambos se dieron cuenta de lo mucho que se habían extrañado y necesitado.

Minutos más tarde y después de permanecer bastante tiempo fundidos en ese abrazo que necesitaban imperiosamente, los dos se encontraron sentados en unos voluptuosos sillones frente a una gran mesa en medio del enorme salón. Ese era normalmente el lugar donde almorzaban ellos dos y la esposa de Santiago, junto a invitados y amigos de la familia. También sirvió como espacio donde hacer los deberes cuando Roberto traía a algún compañero de clase. La estancia estaba decorada con muebles de madera oscura y de una considerable antigüedad; techos altos y paredes oscuras con grietas, testigos del inevitable transcurrir de los años. Tres cuadros observaban colgados desde esas mismas paredes. En uno de ellos se podía apreciar una típica estampa familiar de Roberto junto a sus padres, en el otro se reflejaba una escena del matrimonio el día de su boda. A Roberto le extrañó mucho ver que su padre aún conservaba aquellas imágenes en el mismo lugar de siempre. Era el ancla emocional de Santiago para recordar siempre lo que un día fueron. Eso que llegó a pensar que iba a ser eterno.

Entre los dos cuadros familiares, un tercero se mostraba imponente. Uno que Roberto nunca había visto antes. En él, unos soldados se encontraban tras unas barricadas con cañones en lo que parecía ser una cruenta batalla. Era una escena de destrucción y caos.

—Al pie del cañón —dijo Santiago al sorprender a su hijo observando el cuadro—. Del buen artista Augusto Ferrer-Dalmau. Se trata de una reproducción, no del original. Representa a la perfección el terror que se vivió

en Belchite durante la Guerra Civil.

El viejo investigador se decidió, una vez acomodados en los sillones, a preguntar a su hijo.

—¿Cómo te encuentras?

Roberto se percató de que la voz de su padre había cambiado algo en estos años. Ahora era más apagada. La sentía más frágil que antes.

—Bien, papá. Todo va bien. Sigo en el mismo hospital en el que trabajaba la última vez que hablamos, y en lo personal va todo perfectamente.

—¿Tienes novia o novio?

Roberto sonrió.

—Pues no. No tengo a nadie en mi vida. Más de una vez he deseado que me gustaran los chicos ya que con las mujeres me entiendo cada vez menos. Quizá con un hombre todo sería más fluido. Aunque si me tocara uno como yo, sí que sería algo realmente complicado. Pero bueno... seguro que alguien aparece algún día. —De nuevo Gabriela se hizo presente en su mente. Poco a poco, el ambiente se fue descargando con preguntas triviales—. Papá. Quería decirte que siento mucho haber estado tan desconectado todo este tiempo y haber dejado de llamarte. Han sido años muy duros en los que me he sentido muy solo allí arriba y me centré en construirme una vida completamente nueva y separada de todo el dolor que aquí dejé... Sabes a lo que me refiero.

Santiago sabía que su hijo lo había pasado mal, ya que él tampoco había vivido demasiado en paz desde que su mujer se marchó con otro hombre y murió tiempo después.

—Siento mucho lo que me dices. Me hubiera gustado estar ahí para ayudarte, pero por los motivos que sean, no ha podido ser. Tengo la sensación de que no estuve a la altura después de que muriera tu madre. Creo que pude haberlo hecho mejor, pero fui incapaz.

Roberto se acercó a su padre y puso su mano sobre su hombro.

—Papá. Hiciste lo que pudiste y eso es algo que siempre he sabido. Lo más importante ahora es que no volverá a pasar y que nada se interpondrá de nuevo entre nosotros. Tengo decidido que si algo debo cuidar en esta vida es nuestra relación. Jamás pasará de nuevo tanto tiempo sin que hablemos o nos veamos.

Santiago, emocionado, miró a su hijo directamente a los ojos, buscando aquello que siempre vio en él. Buscaba *la verdad* en su mirada. Unos segundos después, sonrió ampliamente al comprobar que seguía siendo capaz de ver

aquella luz en su rostro. Cuando se repuso, consiguió hablar.

—Hijo, quiero que sepas que en todo momento te he tenido muy presente, pero necesitaba tiempo para luchar contra mi propio reflejo. He llegado a odiarme, a culparme por todo lo ocurrido con tu madre. Incluso he llegado a querer que hubiera sido al revés, ser yo el muerto en vez de ella.

Roberto frunció el ceño al oír aquellas palabras.

—No digas más estupideces. Nadie debería morir, y menos de esa manera. Sin embargo, fue ella quien nos abandonó y no fue culpa tuya. ¿Entiendes?

Santiago se limitó a asentir con la cabeza.

—Sí, ya lo sé. Actualmente no pienso de ese modo, pero cuando te marchaste al norte me sentí muy desorientado y perdido en esta casa tan grande. Aquella fue mi reacción, pero poco a poco fui despertando y conseguí volver a centrarme en lo que sabes que me hace sentir verdaderamente vivo.

—Tus investigaciones —respondió su hijo mientras una enorme sonrisa se dibujaba en su rostro. Ambos quedaron mirándose mientras se reafirmaban en la idea de lo afortunados que eran de tenerse el uno al otro. Roberto no fue capaz de reprimir el pensamiento que le vino a la mente—. Ella se lo perdió... —dijo mirando al suelo—. Ella fue la que se permitió el lujo de darnos la espalda. Nadie la habría hecho tan feliz como nosotros, si nos lo hubiera permitido —tras aquella reflexión, Santiago decidió cambiar el rumbo de la conversación y ofreció a Roberto unas pastas y un té moruno, que aceptó encantado—. Entonces —retomó su hijo—, ¿en qué andas metido ahora? ¿Investigas la existencia de Nessy? —rio burlándose de su padre.

Santiago llevaba semanas con la idea de ofrecerle a su hijo la oportunidad de viajar con él a San José e investigar todo lo relacionado con las apariciones sucedidas en la Mansión Winchester. Sin embargo, la reunión con Luigi Di Martino cambió sus planes por completo. Sentía en lo más profundo que debía ayudar a aquel muchacho a averiguar el motivo de que su padre tuviera aquella secuencia de muerte tan extraña en la que le nombraba a él mismo y usaba esa extraña máscara que había traído consigo.

—No voy a mentirte, hijo mío —dijo algo apesadumbrado—. Tenía una gran idea para cuando vinieras a Granada, pero ha pasado algo que hace que me lo replantee.

Roberto no entendió lo que su padre le estaba diciendo.

—¿A qué te refieres? Yo no tengo más plan que relajarme con mis amigos,

estar más tiempo contigo y recuperar energías para cuando vuelva a Galicia. Además de, obviamente, pegarme alguna que otra fiesta, que buena falta me hace.

Santiago permaneció algunos segundos callado, pensando en la nueva situación que se había presentado.

—Quería ofrecerte que me acompañaras a los Estados Unidos para que me ayudaras en una investigación de campo que estoy a punto de comenzar. Siempre has querido ir a ese país e imaginé que sería la ocasión perfecta. Además, he estado ahorrando para correr yo mismo con todos los gastos.

Roberto quedó mudo. Realmente, siempre fue su gran ilusión viajar a la otra orilla del Atlántico, con lo que aquellas palabras de su padre causaron una gran impresión en él. Después de unos segundos sin saber qué decir, reaccionó.

—Bueno... Es cierto que siempre he querido ir a los Estados Unidos, pero si tienes ese plan en mente, qué menos que me lo consultes antes, ¿no crees? Aun así, lo que más me sorprende es que quieras llevarme contigo para llevar a cabo una investigación —con extrañeza en la mirada, buscó la de su padre—. Me encantaría ir allí pero no para investigar nada, sino para ver todo lo que siempre he querido ver.

La respuesta de Roberto dejó algo desconcertado a su padre, ya que pensaba que le daría tremenda alegría el hecho de poder viajar juntos a un lugar tan marcado por el misterio como aquella casa encantada de los Winchester. Sintió dentro del pecho una leve punzada. Quizá no conocía tan bien como pensaba a su propio hijo. Fue consciente de que aquel niño que le preguntaba tan insistentemente por lo que investigaba, se había convertido en un hombre. Quizá, debido a los devenires de la vida, su hijo jamás volvería a ser aquel niño curioso de antaño.

—Para serte sincero, estaba totalmente convencido de que te iba a hacer mucha ilusión el viaje.

—Por supuesto que me la hace, papá. Lo único en lo que no tengo demasiado interés es eso de investigar juntos. Eso es para ti. Eres el experto en la materia. Yo no soy más que el hijo del famoso Santiago Vélez, un cirujano treintañero y solterón —dijo sonriendo.

—Cuando eras pequeño soñabas con volar y con conocer a los extraterrestres. Tenías curiosidad por el mundo en el que vivimos y querías dar respuesta a todo lo que no la tenía. Me llegaste a decir, en tu inocencia



infantil, que conseguirías solucionar el «problema» de la muerte —dijo Santiago con una voz cargada de nostalgia.

Roberto recordó en ese preciso instante que cuando era un crío le fascinaba el Universo. Le gustaba ver documentales relacionados con el espacio y siempre decía que estaba convencido de que no vivíamos solos en el negro infinito. Por otro lado, lo relacionado con la muerte también era un asunto que le producía cierta inquietud. Pensar en que al morir todo se acababa y que jamás volvería a suceder nada más, era algo que en aquella época le tenía bastante preocupado.

Santiago se percató de que después de decir aquellas palabras, algo había despertado dentro de Roberto. Sin duda se trataba de «eso» que el propio Roberto pensaba que se había extinguido. Tenía que conseguir sacarlo como fuera.

—¿Recuerdas? —retomó la palabra—. Hijo, tú eras de los míos. Se suponía que los dos haríamos muchas cosas juntos. Me prometías, cuando eras un zagal, que vendrías conmigo a expediciones para descubrir misterios.

Roberto recordaba perfectamente lo que su padre le estaba diciendo, pero esos ya no eran sus pensamientos ni sus ambiciones. Él ya no era aquella persona.

—Después de tantos años, no deberías dar tanto crédito a las promesas de un niño.

—Esas promesas no venían de un niño cualquiera. Venían de ti. De mi hijo.

Roberto no pudo evitar sentir una enorme melancolía al verse recordando aquellos momentos de su niñez. Fue aquella época la más feliz de su vida y pensaba, de forma ingenua, que duraría para siempre. Más tarde, descubriría que la vida puede ser tan amarga como dulce fue alguna vez.

—Recuerdo todo lo que estás diciendo, pero el destino me hizo tomar otro camino. Me vi obligado a recorrer mi propia senda después de que mamá se marchara de casa. Y, por más que tú continuaras en mi vida, aquello me afectó a todos los niveles, aunque no lo demostrara exteriormente. Mi planteamiento ante todo cambió y mi visión de la realidad también —Santiago permaneció en silencio. Oyendo muy atentamente lo que su hijo le estaba diciendo. Quería responderle, pero pensó que sería mejor dejar que Roberto terminara—. Después de lo sucedido, decidí estudiar Medicina ya que necesitaba aferrarme a algo que pudiera darme estabilidad. La medicina es

ciencia. La ciencia es lo que hay y sobre esa realidad se basa todo lo que vemos y lo que somos. Todo lo demás es pura fantasía, como la de aquel niño que creía con convencimiento que después de la muerte había algo —dijo con sosiego e intentando que su padre comprendiera su actitud—. Siento mucho decirte que no hay nada, papá. Te mueres y ya está. No podemos aún aportar pruebas reales y tangibles de que los alienígenas estén allí arriba. Aquello que con tantas ganas y durante tantos años has investigado puede ser real o no, pero siendo sinceros, no hay nada demostrado. Tampoco demostrable.

«Si hubieras leído más al Maestro Benítez», pensó su padre al tiempo que oía hablar a su hijo.

Cuando terminó de hablar, Santiago esperó unos segundos más para responderle. Le tomó de las manos y las apretó fuerte con las suyas. Después habló.

—Hijo mío. Desde el día en que tu madre nos dejó, todo fue de mal en peor, y yo no he sido ninguna excepción. Ahora que volvemos a estar juntos, soy consciente de que no debimos dejar pasar el tiempo de esa manera. Con lo del viaje, únicamente pretendía poder hacer contigo eso que siempre dijimos que haríamos.

Roberto comenzó a sentirse mal ante la insistencia de su padre.

—Soy un hombre de ciencias, papá. No voy a poner impedimentos para que recuperemos todo el tiempo que hemos tirado a la basura tan irresponsablemente. Es algo que he querido desde hace mucho, pero irme contigo a investigar es algo que va contra mi modo de ver la vida hoy en día. No quiero investigar nada contigo... ni con nadie. Lo siento mucho.

Santiago sonrió levemente.

—¿Estás seguro de eso?

Lo que Roberto vio en la mirada de su padre le dejó sin habla. Jamás había visto el rostro de su progenitor con aquella expresión triunfal trazada en él. No podía imaginarse qué era lo que tenía metido en la cabeza para que después de haberle hecho esa pregunta, su rostro se iluminara de aquella forma, rozando lo tenebroso.

No dijo nada. Santiago volvió a hablar.

—De todos modos, ya he dicho antes que no vamos a viajar a ningún país americano —retomó Santiago—. Esa era mi intención en un primer momento, pero ayer, alguien acudió a mí en busca de ayuda y, sobre todo, de respuestas. Por ahora he decidido aplazar el viaje e investigar la muerte de un antiguo

compañero de viajes. Su hijo, Luigi, está aquí en Granada, y necesita mi ayuda —hizo una pausa—. Si decides acompañarme en esto, estarás dándole una oportunidad a todo lo que de pequeño decías que querías hacer. Yo sé que ese niño sigue ahí dentro y estoy dispuesto a hacerlo salir, aunque sea a patadas. Además, te seré sincero. Me haría muchísima ilusión poder hacerlo contigo —al acabar, miró fijamente a su hijo.

Durante un segundo, que para Roberto fue más largo que cien años, su mente y su corazón lucharon por ponerse de acuerdo. Tal y como le ocurría cuando era más pequeño, el simple hecho de estar creando interrogantes junto a su padre, exactamente igual a como hacían años atrás, provocó en él un movimiento emocional tan profundo que no tuvo más remedio que rendirse ante él. No fue capaz de reprimirlo. Deseaba con todo su cuerpo buscar respuestas junto a su padre, fuera cual fuera el tema en cuestión. Era una asignatura pendiente después de todo lo sufrido.

Por otro lado, la versión más racional de su persona le indicaba que aquello ya no debía formar parte de su vida. La ciencia era la única verdad de este mundo y lo que la ciencia no podía explicar, siempre sería fantasía. Su vida actual estaba dedicada a la ciencia y a ella se debía. No eran esos sus planes al decidir pasar sus vacaciones en Granada. No debía permitir caer de nuevo en la locura de creer en cosas que no tenían demostración o que carecieran de apoyo por parte de la comunidad científica. Los fantasmas, nunca mejor dicho, no debían volver a aparecer.

Después de una lucha interna que pareció interminable, el veredicto fue claro en tan solo un segundo. Roberto respondió con la mirada de un niño de siete años.

—¿De qué historia se trata? —preguntó sin poder continuar negando su verdadera naturaleza.

Santiago sintió que en sus pulmones nacía una enorme sensación de satisfacción. Ahí estaba su hijo. Había vuelto y a partir de ese momento podrían retomar su vida desde donde lo dejaron, haciendo lo que siempre quisieron hacer antes de que el destino les golpeará tan duramente.

Antes de comenzar a relatarle a su hijo la nueva investigación que el destino le había puesto por delante, Santiago le explicó quién era Luigi y sobre todo quién fue Paolo Di Martino.

Roberto era conocedor de la pasión que su padre sentía por la investigación, lo mucho que influía en su vida, pero no recordaba que le hubiera hablado nunca de un compañero italiano. Tampoco le dio más importancia de la cuenta puesto que esa afición de su padre venía desde antes de él nacer, así que imaginó que aún hoy quedarían muchas historias por ser contadas. De todos modos, ahí estaba, atento mientras su padre le relataba lo sucedido el día anterior en la cafetería de la calle Elvira.

—Fue entonces cuando me dio esta extraña máscara —dijo desenvolviéndola del paño de terciopelo negro—. Y estos documentos —colocó el cilindro junto a las hojas frente a él—. Me ha pedido que averigüe su procedencia y por qué su padre tenía ese extraño comportamiento cada vez que la usaba, sobre todo antes de morir. Pero lo mejor de todo es que el propio Paolo ya había dado respuesta a todos esos interrogantes —quedó pensativo—. Aún me cuesta asimilar que dijera mi nombre en un momento tan dramático.

Su hijo, ensimismado con lo que su padre le estaba contando, apenas era capaz de hacer una sola pregunta. Si lo que ese chico italiano le había contado era verdad, esa máscara tenía la capacidad de hacerte ver cosas extrañas.

—¿Cómo sabes que ese muchacho te está contando la verdad? —preguntó Roberto.

Aunque le provocara cierta tristeza hablar de ello, Santiago no dudó un solo segundo en responder, esperando que quedara convencido con sus palabras.

—Justo cuando tu madre se marchó de casa, sin previo aviso y confesándome que estaba teniendo una relación con otro hombre, el primer pensamiento que se me vino a la mente fue en cómo te daría esa noticia a ti. En el momento en que lo hice y te miré a los ojos, vi que la amargura se había adueñado de ti. Ver la mirada que me dedicaste fue mil veces más doloroso que el hecho de su partida. Es exactamente la misma mirada que ayer pude ver en los ojos de Luigi. Ese chico me dice la verdad y el dolor que ha sufrido es el perfecto testigo de ello. No tengo ninguna duda.

La forma y la seguridad con la que respondió, hicieron que Roberto asumiera que todo lo que le relató Luigi era completamente cierto. Sin embargo, más interrogantes asaltaban su mente.

—¿Crees que si descubres qué es esa máscara podrías saber por qué actuó tu compañero Paolo de forma tan extraña?

—Definitivamente, sí. De hecho, ya he leído los papeles y he analizado las cosas que Paolo fue anotando referente a la máscara. Realizó una intensa investigación sobre ella, aunque no pudo acabarla debido a su estado de salud. Esta máscara es la culpable de su cambio de comportamiento durante sus últimas semanas y de lo extraño de su reacción al usarla por última vez —dijo sin querer revelar nada concreto de lo que descubrió la noche anterior. Para él, todavía era imposible que se tratara de lo que Paolo decía.

Roberto pensó de nuevo en que realmente no era ese su plan para sus días de vacaciones, pero en un ejercicio de total sinceridad consigo mismo supo que si su principal intención era recuperar el tiempo perdido con su padre, no existía mejor forma de hacerlo que realizando juntos aquella pequeña búsqueda de información. Tenía todavía un mes completo por delante y era muy probable que le diera tiempo de hacer más cosas.

—No sé por qué, pero me está apeteciendo mucho un viaje a los Estados Unidos —dijo sonriendo.

El ambiente en la casa era el mejor que ambos podían imaginar. Por fin había sucedido aquello que Santiago tanto deseó. Por fin cumplirían esa promesa que se hicieron cuando Roberto era apenas un chico de diez años. Era

el mejor homenaje que podían hacerle a esa vida tan perfecta que llevaban antes de ser abandonados por ella.

Roberto recordó aquella sensación. Cuando era pequeño veía a su padre enfrascado en papeles, libros y legajos, y se preguntaba por qué pasaba tantas horas leyendo y tomando notas. Ahora lo comprendía todo. Identificó esa imagen, pero en el lado opuesto. Se vio como al propio Santiago en aquella estampa de sus recuerdos. Logró dar respuesta a la pregunta que se hacía cuando aún no había cumplido los diez años.

—Antes de comenzar, he de hacer una cosa —repuso Santiago—. Dados los escasos recursos económicos de Luigi, le ofrecí quedarse en España y correr yo mismo con los gastos del alojamiento. De todos modos, se me ha ocurrido que podría quedarse aquí, en casa. De esa forma estaremos juntos y haremos un trabajo más efectivo.

Aquella idea no terminó de convencer a Roberto, que pensó en tener cierta intimidad en Granada. Se le planteó el dilema de rechazar el ofrecimiento de su padre para quedarse en la casa familiar. Realmente le apetecía iniciar todo aquello, de eso ya no tenía dudas, pero quería continuar teniendo cierta libertad de movimiento en la ciudad.

—Bueno... yo preferiría quedarme en el hotel que tengo reservado —dijo esperando que su padre no se molestara—. Además, mi gata necesita que la atienda. No conoce el lugar y no quiero dejarla sola demasiado tiempo.

—Oh. Claro que sí. No hay problema, hijo. No todo va a ser resolver acertijos —dijo guiñándole un ojo—. Debes tener tu espacio. Dije eso para que el hijo de Paolo no estuviera solo.

—Me parece una idea perfecta. Creo que toda la ayuda que le puedas dar será bienvenida por él.

Santiago sonrió y, observando de nuevo a su hijo, se dio cuenta de que no lo había hecho tan mal después de todo. Era todo un hombre y con unos valores bien definidos y firmes. Le llenó de felicidad ver que su mirada había cambiado. La amargura casi se había esfumado. Casi.

—Muy bien. Pues si te parece, esta tarde volvemos a vernos y comenzamos con el asunto —dijo Roberto.

—Claro que sí. Continuaré con lo que empecé anoche y me pondré en contacto con Luigi —sonrió—. Márchate con tus amigos y tu gata, y esta tarde nos vemos.

Roberto dio un abrazo a su padre, de nuevo rozando sus orejas, y salió de

la casa con la leve sensación de que era una persona completamente diferente a la que había entrado. Aquello no le desagradó en absoluto y comenzó el camino de regreso al hotel con una enorme sonrisa que no fue capaz de ocultar.

Minutos después de salir de casa de su padre, Roberto recibió una llamada a su teléfono. Sorprendido, leyó el nombre de quien llamaba y su sonrisa aumentó más si cabía.

—Gabriela —dijo en voz baja. Descolgó el teléfono e intentó hablar con toda la naturalidad de que era capaz ante tremenda sorpresa—. ¡Hola Gabriela! ¿Qué tal estas?

Un sonido parecido a un sollozo alertó a Roberto de que algo no iba bien. Esperó hasta que la voz habló claramente.

—Hola, Roberto. Soy Gabriela. ¿Estás ocupado en este momento?

—Para nada. Precisamente acabo de salir de casa de mi padre. Como te dije, había quedado con él para reencontrarnos. ¿Estás bien? Tienes la voz muy apagada.

—Pues, realmente no. Unas horas después de volver a casa... —se detuvo ante la imposibilidad de hablar adecuadamente. La pena la rasgaba por dentro—. Mi madre murió ayer. La hemos enterrado esta mañana.

Roberto quedó mudo y la enorme sonrisa que segundos antes dominaba su faz desapareció sin dejar rastro. Con cierto tartamudeo, logró responder.

—No sabes cuánto lo siento, Gabriela —esperó unos segundos para continuar—. Hacerte la pregunta de si estás bien es demasiado ridículo. Lo que sí me gustaría es que nos viéramos cuando quieras o cuando te sientas bien.



—Por eso precisamente te llamaba, Roberto. Necesitaría verte e intentar despejar un poco la mente. Ha sido una noche larga e intensa. Estoy muy cansada. Hace poco más de una hora que he salido del cementerio y no quiero ir a mi casa bajo ningún concepto.

—Por supuesto que sí. Dime dónde estás y voy a buscarte. No tienes que estar sola en un momento así.

Gabriela optó por no continuar resistiéndose a la pena y comenzó a llorar sin consuelo en un amargo llanto que apenas le dejaba respirar. Pocos segundos después consiguió responder a Roberto no sin cierta dificultad.

—Ahora mismo estoy en Camino de Ronda, junto a la gasolinera.

—Vale. No te muevas de allí. En quince minutos llego.

—Muchas gracias, Roberto...

—Por favor, no me las des.

Tras eso, puso rumbo al encuentro de la chica que había ocupado su mente desde que llegó a Granada. No tenía la más mínima idea de qué iba a decirle cuando la viera puesto que realmente no la conocía, como tampoco conocía a su difunta madre. No sabía cómo actuar frente aquella situación, pero su instinto le llevó a querer verla y ofrecerle su compañía. Sabía lo que era perder a un ser querido, aún sin morir, y si podía aliviar a alguien que estuviera pasando por lo mismo que él tuvo que pasar, sin duda lo haría.

Aunque únicamente había pasado con ella algunas horas entre la espera del avión y el vuelo en sí, pudo reconocer perfectamente su silueta en la distancia. Estaba sentada, cabizbaja y aparentemente ignoraba todo lo que sucedía alrededor de ella. Roberto se detuvo en seco antes de continuar su camino hacia el banco donde esperaba su llegada. Temió no estar a la altura de lo que ella esperaba de él. Le había llamado después de un suceso trágico en su vida, a él, que le había conocido un día atrás. «¿Acaso no tiene amigos?», pensó al verla ahí, sola y aislada del resto de los mortales. Se armó de valor y recorrió los pocos metros que le quedaban hasta llegar a ella. Colocó la mano sobre su hombro y le habló.

—Hola...

Ella levantó la mirada, y después de permanecer un instante mirándole, se incorporó y, en un vano intento de controlar su pena, se acercó a él y le abrazó intensamente y sin previo aviso. Roberto se sorprendió ante lo sincero de su reacción, pero lo agradeció infinitamente. Él también necesitó en su momento ese calor humano, aunque no tuvo dónde encontrarlo.

Ambos permanecieron así, hasta que poco después ella se separó. Se volvieron a mirar a los ojos y sin mediar palabra, comenzaron un lento y relajado paseo. Gabriela habló.

—Disculpa por haberte llamado. No es esta la idea que tenía en mente cuando dijimos que nos veríamos en alguna otra ocasión.

—Por favor, no pienses en eso —dijo algo nervioso—. Siento mucho lo sucedido. ¿Cómo ha sido? —inmediatamente después de hacer la pregunta, Roberto supo que quizá había resultado algo atrevido e innecesario. Reaccionó—. No me respondas si no te apetece...

—No te preocupes —respondió con la voz aún quebrada—. Mi madre estaba muy enferma desde hacía años. Padecía un cáncer de huesos muy agudo y la esperanza de que se recuperara era prácticamente nula.

El destino hizo que la madre de Roberto también pereciera del mismo mal. Se sintió más unido a ella que antes. Era lamentable, pensó, que algo tan nefasto como aquello, creara una unión entre dos personas. La comprendía perfectamente y sabía lo mucho que una enfermedad de ese calibre puede humillar a una persona, convirtiéndola en una sombra insignificante de lo que un día fue. Era un proceso tan doloroso que incluso después de la muerte del enfermo, todo lo sufrido permanece resonando para siempre en las vidas de quienes le querían.

—Puedo imaginar por lo que has pasado. En menor medida que tú, he vivido lo mismo y he tenido que ver cómo mi madre se marchaba para siempre. Admiro mucho tu dedicación y tu compromiso.

—Sinceramente, no merezco ningún reconocimiento. La cuidé hasta que murió, que es lo que toda persona debería hacer por alguien a quien quiere. Antes de morir me dijo que fuera feliz —se detuvo un segundo para respirar profundamente—. Ahora mismo todo me parece una larga cuesta arriba y sin final, pero lo haré. Obedeceré a mi madre, como siempre he hecho y seré feliz.

—Tienes que intentar, poco a poco, ir animándote. Me ha sorprendido mucho que me llamas. Es verdad que esperaba reunirme contigo en otras circunstancias, pero te doy las gracias por acudir a mí. Mientras llegaba, pensé en el motivo de que no hayas contactado con algún amigo o amiga o con algún familiar.

Gabriela movió la cabeza a ambos lados en gesto de negación.

—Roberto, no tengo absolutamente a nadie a quien acudir. Si no te hubiera conocido ayer, hoy estaría dando este mismo paseo, pero completamente a solas —parecía que la vida de la chica no había sido un camino de rosas. A cada segundo que pasaba, más le contrastaba a Roberto la imagen que tenía de ella en mente con la que estaba contemplando en ese momento. Ella continuó—. Hace algunos años tenía algunas amigas, pero todas fueron marchándose de la ciudad y, poco a poco, sin darme cuenta, cuidar a mi

madre y la ausencia de más familiares que pudieran ayudarme, me dejaron sin la opción de tener vida social —calló unos segundos mientras intentaba reprimir el nudo que se le fue formando en la garganta—. Mi madre me insistía en que saliera, pero yo únicamente quería estar con ella. Sabía que esa situación no iba a ser eterna, así que no me importaba sacrificar algo de mi vida porque terminara la suya junto a mí.

Roberto sintió una punzada en el pecho al ser testigo de la maravillosa relación que esa chica tuvo con su madre. Lamentó no haber podido ser tan afortunado de disfrutar de lo mismo. No podía evitar admirarla enormemente. Algo en ella le llamaba exageradamente la atención. No sabía si era la fuerza que demostraba tener, la actitud ante el duelo, el aura de soledad que la envolvía o esos ojos que le hipnotizaban.

—Jamás hubiera imaginado que fueras así... —dijo lentamente mientras la miraba.

—¿Cómo? —preguntó extrañada.

—Si te comparo con la chica que conocí en el aeropuerto... No tienes nada que ver. Creo que posees una profundidad personal que poca gente atesora.

Gabriela no reaccionó. Casi sonrió, pero cuando estuvo a punto de hacerlo, la amargura volvió a dominarla.

—En el aeropuerto estuviste hablando con la Gabriela cobarde. La que se evade de los problemas de su casa y escapa a Galicia para una chorrada de convención con tal de dar algo de color a su vida. Conociste la parte más superficial de mí, la menos profunda, la que imagina que el destino nunca fue tan cruel con ella como en realidad había sido. Obviamente, soy esa persona que conociste, pero aquí me esperaban mis sombras...

—Todos tenemos sombras, es cierto. Pero ahora que estoy contigo en este momento tan duro para ti, únicamente haces que la huella que dejaste en mí en el aeropuerto quede más marcada aún. Lamento mucho tu pérdida, debe ser lo más doloroso por lo que has pasado jamás, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites. No tienes por qué pasar por esto sola.

Durante un brevísimo instante, el dolor en su interior se apaciguó levemente y Gabriela sintió algo de calor en el pecho. Pensaba que se arrepentiría cuando marcó en su teléfono el número de Roberto, pero acababa de confirmar que era lo mejor que pudo haber hecho.

—Me gusta tu colgante —le dijo Roberto con una tímida sonrisa

refiriéndose a la piedra alrededor del cuello de la joven.

Ella le respondió con lo mejor que tenía en ese momento. Le devolvió el cumplido acercándose un poco más a él.

—Era de mi madre...

Ya no volaban por su cabeza aquellas fantasías de novela romántica, ni las perfectas historias de amor de esas películas melosas y azucaradas. El único pensamiento en la mente de Gabriela en ese preciso instante estuvo dedicado a lo más importante para ella. Mientras miraba a Roberto y le oía ofrecerse para ayudarla en todo lo que necesitase, inconscientemente habló directamente a su madre.

—Ojalá le hubieses conocido, mamá...

La luz del sol bañaba la cara de Luigi Di Martino. El ambiente de la mañana granadina se le antojó algo maravilloso. Acostumbrado al silencio del campo, aquel constante susurro que el gentío emitía en sus quehaceres diarios le pareció motivador y estimulante.

Si continuaba manteniéndose con su dinero, y según la reserva que había hecho para su viaje a España, debía abandonar el alojamiento al día siguiente, tal y como le había dicho a Santiago. Sin embargo, y acatando lo que había decidido el día anterior, aceptaría su invitación para poder permanecer allí un poco más. Con todo, se sentó en una cafetería muy cercana al hostel para, una vez que se bebiera el café, sin el que no era capaz de pensar con claridad, llamar tanto a Santiago como a su madre.

Extrañamente, la llamada realizada al teléfono fijo de su casa minutos antes no fue respondida por nadie. Era algo muy inusual ya que su madre, debido a sus limitaciones físicas, no acostumbraba a salir de la casa y normalmente se encontraba cerca del teléfono y el televisor. Rehusó la idea de llamarla al teléfono móvil ya que la mayoría del tiempo lo tenía silenciado.

Insistió dos veces más hasta que, un poco preocupado, desistió para volver a intentarlo algo más adelante. Quería saber si en su ausencia había ocurrido algo que necesitara de su presencia allí. También pretendía informarla sobre su decisión de permanecer en Granada algunos días más, así como contarle cómo fue la reunión con Santiago Vélez. Luigi decidió entonces

hacer la llamada al investigador para contarle que había decidido aceptar su ofrecimiento. Marcó el número y esperó algunos segundos.

—¿Quién es? —dijo la voz al otro lado de la línea.

—Buenos días, Santiago, soy Luigi Di Martino.

—¡Muy buenos días, muchacho! ¿Qué tal estas? Esperaba tu llamada. Dime que todavía estás por Granada. —La voz del hombre denotaba felicidad y entusiasmo.

—Efectivamente. Le llamaba para informarle de que voy a animarme y aceptaré su ayuda. Me gustaría ayudarle en lo posible con el asunto de la máscara. Si aún sigue en pie su oferta, claro...

—¡Por supuesto que sí! Me alegro muchísimo de que hayas tomado esa decisión —continuó Santiago—. Justo hace un rato le comenté a mi hijo sobre nuestra reunión y le dije que me encantaría que te quedaras más tiempo aquí. Es más, le comenté que lo ideal sería que te quedaras en mi casa.

El chico quedó mudo. No estaba acostumbrado a relacionarse con mucha gente, y menos aún a que fueran tan amables con él, a excepción de su propia familia. No sabía si desconfiar o dejarse llevar. Lo único que tenía claro era que todo estaba yendo mejor de lo que él mismo habría esperado. Con inmensa alegría respondió.

—No sé si es correcto o no, pero acepto encantado —dijo sonriente.

—¿Dónde te encuentras ahora? He quedado con mi hijo más tarde y podríamos vernos los tres, si te apetece. Anoche apenas dormí leyendo todo lo que tu padre dejó escrito. Tengo mucho que contarte.

Luigi tenía muchas ganas de ver a Santiago. Se había convertido en un símbolo de todo lo que no conocía de su padre, y en la única persona que podía ayudarle a comprender mejor todo lo relacionado con su muerte.

—Estoy tomando un café frente a mi hostel. Se llama Hostel La Perla. Si me dices dónde vernos y cuándo, estaré allí sin falta.

—No te preocupes, llegaré en unos diez minutos. En bus se puede ir a todos sitios bastante rápido. Granada no es tan grande —soltó una carcajada—. Espérame allí. Llevaré la máscara y la investigación de tu padre.

—Me siento muy agradecido por todo lo que estás haciendo por mí. Creo que mi padre se sentiría muy orgulloso si pudiera vernos en este momento. Entonces, ¿vienes con tu hijo? —preguntó a la vez que quedaba maravillado ante la implicación que Santiago había tenido con el asunto desde el primer momento.

—Por supuesto. Le llamaré y le diré dónde hemos quedado. Nos veremos en un rato. Pídemelo un café corto de leche para cuando llegue.

Justo antes de salir de casa, Santiago decidió informar a su hijo del lugar al que se dirigía. Como siempre, maldijo el programa para enviar mensajes de su teléfono. No conseguía hacerse con su funcionamiento y odiaba tener que usarlo, pero no tuvo más remedio. Sabía que enviarle un mensaje sería más efectivo que llamarle por teléfono.

Quince minutos más tarde, el viejo ratón de biblioteca llegó al lugar, y tras un fuerte apretón de manos, se sentó frente a Luigi.

—Esta vez eres tú el que llega tarde —le dijo a Santiago con una sonrisa—. Aquí tienes tu café —dijo el joven colocando la taza frente a él.

—No he podido evitar el retraso, tuve que enviarle un mensaje a mi hijo, tarea que no me ha resultado nada fácil.

Instantes después, llegó Roberto al lugar. Se acercó a la mesa y directamente se presentó al italiano.

—¡Hola! —dijo enérgicamente—. Soy Roberto Vélez. Hijo de Santiago.

Luigi se sorprendió al verle. No tenía nada que ver con su padre. Se trataba de un hombre alto, más robusto que Santiago y bastante apuesto. Nervioso y con su timidez natal invadiendo todo su ser, logró responder al saludo.

—Encantado. Yo soy Luigi Di Martino. Me alegro de conocerle.

—Tutéame por favor —dijo guiñándole un ojo—. Siento mucho lo de tu padre.

Luigi se ruborizó.

—Muchas gracias. Es un auténtico placer conocerte. Santiago debe estar muy contento de tenerte aquí. Me dijo que hacía tiempo que no os veíais.

Santiago sonrió mientras indicaba a su hijo que se sentara junto a ellos.

—Ha ido todo muy bien. Mi hijo ha venido de vacaciones, pero ha decidido ayudarme a ayudarte. ¡Valga la redundancia! —le miró con cara burlona. Luigi se encontraba ansioso. Sabía que Santiago tenía algo que contarle. Lo sentía dentro de sí. Y no se equivocaba. El viejo continuó—. En primer lugar, tengo que decir que tu padre recabó muchísima información sobre esta máscara. Lo que me entregaste ayer tiene un valor incalculable y déjame decirte que puedo incluso llegar a entender el motivo de que dedicara tantas horas al análisis de este objeto —comentó sujetando la máscara con su mano izquierda—. Lo que descubrí anoche es desconcertante a la par que



apasionante —soltó los papeles sobre la mesa.

—Voy a pedirme una cerveza helada. Creo que va a hacerme falta — interrumpió Roberto.

Los tres sonrieron, mientras Luigi aprovechaba para lanzar una furtiva mirada al hijo de Santiago, admirando su bonita dentadura y su piel morena. Santiago comenzó por aquello que sabía, sería el pistoletazo de salida a una investigación más allá de lo que él mismo hubiera imaginado jamás.

—La máscara que recibió tu padre de aquel hombre de Tarragona llamado Joan Ripoll, es un objeto creado por un alquimista del siglo XVI llamado Luca Adamo —Luigi y su hijo quedaron mudos—. En los círculos de la investigación histórica, y más concretamente en el campo de la alquimia, el nombre de Luca Adamo es sinónimo de enigma. Es bastante conocido y considerado algo casi utópico. Un auténtico mito. Casi de fábula. Es el ejemplo perfecto de lo que puede provocar el paso del tiempo, el transcurrir de las décadas y el contar una historia que ya desde sus comienzos poco tenía que ver probablemente con la realidad. Se sabe que tal persona existió, así como se conocen algunas de sus obras, pero la mayoría de aspectos de la vida de Luca Adamo son un verdadero misterio. Únicamente tenemos información fidedigna sobre la época en la que nació y sobre su profesión. Por otro lado, no se sabe realmente dónde murió ni cuándo, ya que desapareció por completo sin dejar rastro en 1555. Aun así, la leyenda siempre rodeó el resto de los aspectos de su vida.

Los ojos de Santiago rebosaban entusiasmo. Vida. Energía. Su hijo se dio cuenta de ello y fue consciente de que todavía quedaba mucha tela que cortar. Su padre no había siquiera comenzado a esbozar todo lo que había descubierto. Sus ojos se lo estaban diciendo claramente. Luigi lo oía como quien oye a un cuentacuentos. Comenzó a hacerse preguntas, pero decidió no expresarlas a la espera de que Santiago terminara de contarles todo lo que había resuelto a raíz de las palabras de su padre.

—Cuenta la leyenda que Luca logró crear un objeto con el que era posible hacer cosas maravillosas. Una extraña máscara —dijo lentamente y guardó silencio.

—¿Esta máscara? —preguntó Roberto. Santiago asintió a su hijo pero miró fijamente a los ojos de Luigi.

—De esta máscara se han contado decenas de cosas diferentes, pero pocos escritos dan veracidad siquiera a su existencia. Hay rumores que dicen

que con ella es posible hablar con los muertos. Otras fuentes aseguran que, si se usa, puedes perderte en una locura infernal que hace que te entregues al propio Diablo. También, hace años leí en alguna publicación de dudosa credibilidad que, en el caso de que esa máscara existiera, tendría la capacidad de hacer desaparecer a la persona que la usara transportándola a algún lugar desconocido por el hombre o incluso a otra dimensión.

Los presentes oían atónitos las palabras del viejo investigador, sin saber si darles crédito o si tomárselo como una simple redacción de los mitos y leyendas en torno a la máscara.

Roberto aprovechó para echar un rápido vistazo a lo que Paolo Di Martino había dejado escrito. Entendió únicamente algunas palabras. Decidió entonces volver a prestar atención a su padre. Santiago continuó aquella especie de ponencia sobre el objeto.

—La máscara de Luca Adamo y el Santo Grial se encuentran en el mismo nivel de misticismo y leyenda, aunque no en popularidad. Nadie ha visto nunca el grial, nadie podría demostrar de forma real que exista el cáliz que contuvo la sangre de Cristo. Aun así, toda una cultura se ha levantado en torno a dicha reliquia católica. Sin embargo —dijo observando la máscara—, esto que tengo frente a mí es, efectivamente, la máscara de Adamo. No hay duda de ello; la tan buscada y ansiada máscara de Luca Adamo. Y tu padre lo supo.

—¿Cómo es que estás tan seguro? —interrumpió Roberto. Santiago sonrió.

—Recuerdo con total claridad y nitidez el momento en que estuve frente a la Sábana Santa de Turín. La energía que sentí y el golpe emocional que localicé en el centro de mi pecho me confirmaron que, a falta de pruebas científicas fehacientes, ese trozo de tela efectivamente envolvió el cuerpo de Jesús. En esta ocasión he sentido exactamente lo mismo. No sabía qué era, pero sabía que este objeto no era algo normal. Su energía y su halo me indicaban que tenía mucho que contar, y todo eso me lo ha contado Paolo.

—¿Qué más has encontrado en estos papeles? —preguntó de nuevo su hijo.

Casi pareció que el mundo se puso de acuerdo con ellos tres para que nada interrumpiera esa conversación. Un silencio sepulcral se hizo presente en la calle. Apenas se oía a nadie hablando. Ningún coche circulaba por la calle. Los pájaros dejaron de cantar y la vida dejó de sonar. Después, Santiago respondió.

—Paolo averiguó qué es lo que hace exactamente esta máscara. Sabía perfectamente cómo proceder para responder a todos los interrogantes que la rodean —calló durante algunos segundos—. Él consiguió saber si la leyenda era cierta o no. Él dio con la verdad detrás del objeto, aunque lamentablemente sabía que no podría terminar con la investigación, así que quiso que yo lo hiciera. Le pidió a su hijo que me enviara los papeles y la máscara y así yo podría acabar lo que él empezó —miró a Luigi, esta vez con pena—. Recalcó, en los documentos que me diste, que te protegiera y que te mantuviera alejado de la máscara si yo decidía continuar con su trabajo.

Luigi se sintió culpable de ser el causante de que Santiago no pudiera cumplir con la voluntad de su padre, pero no cejó en su determinación en ayudar a esclarecer qué era ese objeto y por qué hizo que su padre se comportara de esa forma antes de morir. Santiago continuó.

—Ya no puedo evitar que te salpique nada relacionado con el asunto, pero puedo protegerte como a mi propio hijo. De eso puedes estar seguro —sonrió tristemente.

Roberto quiso relajar un poco el ambiente y retomó el tema de conversación.

—En ese caso... aún nos queda mucho por saber. Nos has dicho qué es la máscara, quién la hizo y de qué siglo data. Por otro lado, has dejado claro que todo lo que tiene que ver con Luca Adamo casi roza la leyenda y que es muy complicado demostrar cualquier aspecto de su vida.

—Hasta hoy, sí —contestó Santiago—. Hoy sabemos que algo de lo que se ha dicho durante tantos años sobre Luca Adamo es cierto. La máscara existe y tal y como se decía, es una creación suya.

—Si es así —retomó Luigi—, tenemos que continuar averiguando más cosas sobre ese hombre que nos haga acercarnos a la verdad.

Los dos cafés y la cerveza ya habían desaparecido de sus recipientes. Santiago todavía no había dicho su última palabra. Pensó en contar lo último que Paolo le había relatado en sus escritos, pero justo cuando iba a hacerlo, todos sus músculos se tensaron. Si comentaba cuáles habían sido las últimas palabras de su compañero en su especie de testamento, todo se complicaría y no estaba seguro de querer plantar aquella semilla de curiosidad extrema en los dos jóvenes que tenía frente a él.

Tras varios segundos de incertidumbre, admitió que no tenía otra opción que compartirlo todo. Comportarse de otra forma sería un acto egoísta e

injusto para con Roberto y Luigi. Justo cuando iba a hacerlo, sintió que su hijo le miraba. Sus miradas se cruzaron. Ninguno dijo nada. Ambos tuvieron la sensación de que ese era el comienzo del cumplimiento de aquellas promesas que tantas veces le hizo el pequeño Roberto a su padre. Esa mañana arrancaba la aventura tantas veces imaginada por Santiago y tantas veces renegada por su hijo.

La mañana fue muy tranquila en el lugar. Apenas había cosas que hacer en la casa y el silencio era la única compañía de aquella mujer, enferma; una compañía que le hacía daño a cada segundo que pasaba y que no sabía cómo quitarse de encima. Su único hijo había viajado a España dos días atrás y desde entonces pareció entrar en una especie de limbo del que le estaba resultando imposible salir. El simple hecho de acercarse a la cama que hasta hacía poco compartía con el hombre de su vida significaba remover un dolor extremo al que todavía no había llegado siquiera plantearse a acostumbrarse.

Su marido era el alma de la casa. A pesar de sus terrores y de esa cierta inestabilidad mental que sufría, fruto de un trauma vivido años atrás, el humor era su seña de identidad. Siempre tenía palabras amables con todos, nada era suyo, todo lo compartía con quien lo necesitase. Estaba convencida de que había estado casada con la mejor persona del mundo.

Sin embargo, todo cambió cuando llegó a casa con el paquete que había recibido de Joan Ripoll. Esa maldita máscara transformó a su marido en otra persona.

Martina nunca llegó a saber qué era ese objeto y qué le hacía tan especial. Llegó a maldecir a Joan, pero en realidad estaba convencida de que él no era ni responsable de lo sucedido, ni consciente de lo que verdaderamente era lo que le había regalado a Paolo. No sabía si el pobre Joan ya habría fallecido o no. Deseó que así fuera, para que él y su Paolo pudieran continuar con esas

largas conversaciones allá donde se encontraran.

El sonido de unos nudillos llamando a la vieja puerta de madera hizo que Martina apartara sus pensamientos a un lado y se viera obligada a mover su dolorido y entumecido cuerpo hacia la entrada de la casa. Veinte segundos después llegó a la entrada. Miró por la mirilla pero no vio a nadie. Se extrañó y supuso que debía ser algún animal pequeño que estuviera cerca de su casa. A veces sucedía que gatos salvajes jugaban frente a la puerta y hacían ruido, o el propio viento, cuando soplaba fuerte, hacía que pequeños troncos golpearan la entrada.

Al volverse y caminar algunos metros de vuelta, oyó de nuevo el mismo sonido. Comenzó a inquietarse. Claramente eran unos nudillos siguiendo un compás.

—¿Quién anda ahí? —preguntó todo lo alto que pudo. La voz de una mujer habló desde el otro lado.

—Buenas tardes. ¿Vive en esta casa Paolo Di Martino? Tengo que entregar un paquete a su nombre.

Martina reaccionó de forma reservada ante aquella voz. A esa hora ya no hacían entregas de nada y menos en una finca como aquella en medio del campo. Sin embargo, oír que buscaban a Paolo fue motivo suficiente como para albergar la esperanza de que fuese alguien que le hubiera enviado algo y que sin duda no sabía aún que su marido había fallecido. Segundos después, volvieron a llamar a la puerta.

—Es muy urgente. Si no entrego este paquete a Paolo Di Martino, mi jefe va a ponerme de patitas en la calle. No puedo volver a llegar tarde a la oficina de reparto.

—Un momento, por favor.

Finalmente se decidió a abrir la puerta. Seguramente se trataría de algún paquete con una de esas extrañas figuritas de dragones chinos que tanto le gustaban a Paolo. Su colección nunca dejó de crecer y ahora, incluso después de su muerte, habría de colocar una nueva figura en la vitrina que lucía con orgullo en el pasillo que daba al salón de la casa.

Ante Martina apareció la imagen de una mujer, de unos cuarenta y cinco años, delgada y vestida de forma muy elegante. «No es la vestimenta del personal de reparto», pensó Martina instintivamente. Aquella mujer, de pelo rubio, casi blanco, ojos azules y mirada fría como un iceberg la miraba como si contemplara un animal muerto. Apenas había vida en sus ojos.

—Buenos días —dijo con voz melosa—. Busco al señor Paolo Di Martino.

—Lo siento mucho, señorita, pero Paolo falleció hace dos semanas —dijo mientras sentía que sus rodillas comenzaban a resentirse causa del fuerte dolor. La mujer, que claramente no esperaba esa respuesta, hizo el amago de entrar en el domicilio—. ¿Dónde va? —increpó Martina haciendo una mueca de dolor. Necesitaba sentarse cuanto antes.

—¿Puedo serle sincera? —preguntó sin mirarle siquiera a la cara—. He venido a por lo que es mío.

Acto seguido avanzó un poco más y de un empujón apartó a la dolorida mujer de su camino, haciéndola caer al suelo. Martina profirió un grito de dolor mientras, absorta, veía cómo esa mujer entraba en su casa y comenzaba a caminar por las habitaciones sin ningún tipo de pudor.

El miedo comenzó a adueñarse de su cuerpo. Pensaba en su marido, pero sobre todo en su hijo Luigi. Agradeció que no se encontrara allí. Su pequeño, aunque muy buena persona, no tenía genio ni carácter como para agredir o enfrentarse a nadie. No habría sabido afrontar aquel escenario y se habría convertido en una víctima más de aquella situación.

—Oiga... por favor. ¿Quién es usted? —dijo mientras sentía el dolor en cada hueso. Como si penetraran cada articulación con finas agujas.

Se podía oír que la intrusa removía cajones y tiraba todo por el suelo. El sonido de cristales rompiéndose y madera cayendo fue partiendo poco a poco el corazón a la anciana y enferma mujer.

Consiguió ponerse de pie y con un valor que no supo de dónde le vino, comenzó a avanzar hasta llegar a la habitación de su hijo. La sofisticada mujer estaba rebuscando en cajones y bajo la cama. Las puertas de los armarios estaban completamente abiertas y la ropa yacía desordenada por el suelo. Esa persona actuaba como poseída por algo maligno en aquella búsqueda.

—¿Dónde está?! —gritó a Martina.

De repente, aquellas facciones finas y delicadas que observó cuando abrió la puerta, se habían desvanecido. Su rostro ahora mostraba fiereza, crueldad, rabia. Sus ojos estaban llenos de fuego y odio. Martina, desconcertada ante la poca idea de qué era lo que esa mujer estaba buscando y del motivo de que actuara de aquella manera, únicamente acertó a encogerse de hombros.

—No sé a qué se refiere... Por favor, váyase de mi casa. Mi marido ha

muerto y mi hijo está en otro país. No tengo lo que sea que está buscando. Estoy muy enferma... —afirmó balbuceando mientras se sentaba en un butacón que había en la habitación de Luigi.

La intrusa se incorporó, se alisó el vestido de raso celeste que llevaba puesto y se recogió el pelo todo lo bien que pudo en aquel instante. Después, volvió su mirada a Martina.

—Tenemos dos opciones. O me dice dónde tiene guardada la máscara de Adamo o la mato aquí mismo.

Al oír ese nombre, el corazón de Martina comenzó a latir desbocado. Era impensable para ella que todo aquel asunto fuera debido a la máscara. ¿Cuándo dejaría ese objeto de traer la ruina a su hogar? Instintivamente y sin razonar sus palabras contestó con algo de lo que se arrepintió nada más pronunciarlo.

—No está aquí. Mi hijo se la ha llevado a Granada.

La cara de esa mujer se iluminó como la de un crío cuando le regalan un algodón de azúcar. Martina, justo después de contestar, fue consciente de lo que acababa de hacer. Esa mujer era peligrosa, mucho, y se la había enviado directamente a su hijo. Supo que debió callarse y no exponerle de aquella forma, pero fue algo instintivo. Casi automático.

—Vaya... y ¿qué hace tu hijo con la máscara en un lugar como Granada?

Martina sabía que no debía contestar, debía proteger a su hijo y si no le decía en qué lugar de Granada se encontraba Luigi, sería muy probable que no diera con él. La máscara era el epicentro de todo, y si era tan importante como para que alguien destrozara su casa, le agrediera y quisiera saber dónde se encontraba su hijo y el objeto, estaba decidida a impedir que esa mujer llegara a localizarla.

—¿No vas a responderme? —dijo riendo entre dientes.

Ante la falta de colaboración por parte de la mujer, la intrusa se acercó al mueble más grande del salón, donde había una fotografía de tres personas. Reconoció a Martina, pero no a las otras dos personas.

—Este que es más mayor debe ser Paolo —dijo mirándola—. Lástima que no esté aquí para hacerme esto mucho más fácil de lo que me lo estás poniendo. Ahora debe estar pudriéndose como el gusano que es —continuó mirando la foto—. Y este tiene que ser su hijo. Sinceramente, muy guapo no es, pero es alto... ¡Tiene su morbo! —aquellas palabras hicieron que Martina sintiera náuseas, olvidándose momentáneamente del dolor que le taladraba el



cuerpo. Sin alterarse lo más mínimo, la mujer se agachó y se puso a la altura de la aterrada Martina—. Una vez más. ¿Dónde está el pequeño Di Martino?

Pensó en no contestarle, pero Martina sintió la necesidad de soltar todo lo que se estaba acumulando dentro de ella.

—Si por mí fuera te habría dado esa máscara muchos meses atrás. Ese objeto, en cierto modo, mató a mi marido. ¡Está maldito! Luigi únicamente quiere saber qué es esa máscara y se marchó para intentar averiguarlo. Si él está en peligro al llevar ese despreciable objeto consigo, no voy a ponértelo fácil para que le localices.

Su respiración se entrecortaba y el dolor físico volvió a su cuerpo, para su martirio.

—En ese caso, tendré que encontrarle de otra forma. Si he llegado hasta aquí, no me resultará muy difícil saber dónde se encuentra en este momento.

Acto seguido, se apartó de Martina unos tres metros y soltó la foto sobre el mueble en el que estaba. Miraba a la aterrada mujer. Sintió un extremo alivio al ver a ese ser débil temblando frente a ella. Más que nunca, estaba convencida de que su propósito con la máscara estaba más que justificado. Ese tipo de personas no merecían vivir. El mundo que habitaban no estaba destinado a ser suyo.

Metió la mano en su bolso y sacó un puñal de unos veinticinco centímetros de largo. El borde era muy brillante y su empuñadura, de cuero, tenía grabada una señal que la mujer frente a ella no tardó en identificar. Era el símbolo del mismo mal.

Se acercó a Martina, a paso lento y disfrutando de los leves espasmos que ya comenzaba a manifestar su víctima.

—Si quisieras, podría guardar esto en mi bolso y me marcharía a Granada en busca de mi máscara. Tú decides si deseas morir aquí o si prefieres que además de a ti, mate a tu hijo.

Las lágrimas y una profunda expresión de furia se mezclaron en el rostro de Martina. Sentía una enorme impotencia al verse tan limitada físicamente y no poder defenderse como deseaba. Hizo un esfuerzo titánico por analizar mínimamente la situación, y tras hacerlo durante apenas dos segundos, consiguió hablar.

—Si te digo dónde está, no le harás ningún daño a mi hijo.

—Efectivamente. Solo quiero recuperarla y olvidarme de gusanos como vosotros —contestó risueña.

Martina agachó la cabeza. Rendirse era la única opción de sobrevivir a aquello y de garantizar la seguridad de su hijo. Además, se librarían al fin de la máscara, pudiendo comenzar de nuevo. Levantó su rostro.

—Se encuentra en la capital. Se hospeda en el Hostal La Perla. Si me dejas llamarle, tendrá la máscara preparada...

Sintió la hoja del puñal deslizándose sobre la piel de su cuello. Sintió cómo resbalaba y cómo su propia sangre se fue abriendo camino para salir al exterior y bañar su ropa y su cuerpo. Su hijo no estaría a salvo y ella no podría avisarle. Aquella mujer no tenía escrúpulos ni humanidad. La crueldad con que había lanzado su puñal hacia su garganta fue tal que ni siquiera lo vio venir. Cayó al suelo mientras Luigi continuaba siendo dueño de sus pensamientos. Su pequeño príncipe tendría que continuar solo. Esperaba, al menos, que consiguiera salvarse de lo que sin duda le esperaba cuando esa mujer diera con él.

La luz se fue apagando. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro fruto de estar ya viéndose junto al hombre de su vida, para toda la eternidad. Ya le estaba viendo...

Finalmente, la luz se apagó.

Aquella mujer se aseguró de que su vestido no hubiese resultado manchado. El azul no combinaba bien con el rojo. Sería horroroso. Realmente la sangre de esa vieja había salido disparada con mucha presión y temió que algo le hubiera alcanzado.

Con evidente desagrado se agachó para tomar un teléfono que se había deslizado de la ropa de la muerta. Abrió la tapa y entró en la agenda. Rápidamente encontró un contacto llamado «Hijo». Volvió a sonreír.

—Ya te tengo, hijito.

Miró al suelo y observó cómo la sangre continuaba abriéndose paso entre las baldosas. Con evidente asco habló al cuerpo inerte de aquella desgraciada.

—Siempre será poca sangre vertida aquella que venga de despreciables seres como vosotros. Dueños de un mundo que nunca debió ser vuestro.

Se dispuso a marcharse, no sin antes percatarse de que el cadáver estaba sonriendo. Se acercó al cuerpo y, con rabia, propinó una serie de fuertes patadas en el rostro, con una furia inusitada, intentando borrar aquella plácida sonrisa. Contenta con su obra, se agachó y enfocó cuidadosamente con la cámara de su teléfono móvil, quedando todo bien encuadrado y nítido.

—¡Estás hermosa!

—No os quepa la menor duda de que hallaremos la verdad detrás de todo esto —aseguró Santiago—. A lo largo de los años, mucha gente ha intentado conocer más acerca de la alquimia de Luca Adamo, pero muy pocos han logrado acercarse a nada que resultara creíble, provocando que todos desistieran por falta de interés debido a la ausencia de una mínima prueba que les hiciera animarse a continuar en la búsqueda. Por eso mismo ha sido considerado siempre algo casi utópico. Sin embargo, ahora es diferente. Con todo lo que Paolo nos ha dejado escrito y con la máscara en nuestro poder, podemos comenzar a pensar que sí hay mucho que descubrir, y creedme cuando os digo que será más sencillo que nunca.

—¿Y cómo estás tan seguro de ello? —preguntó Roberto.

—Es muy sencillo. Paolo me ha dejado claro cuál es el siguiente paso que debemos dar para hallar la verdad.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de todos. Cada uno de ellos tenía una razón para decidir adentrarse en semejante empresa. Para Luigi se trataba de una cuestión personal. Era quien más implicación emocional tenía. Él ni siquiera quería estar allí, al menos haciendo eso, pero debía hacer justicia a su padre; para comprender qué sucedió con él en sus últimos momentos de vida e incluso algún tiempo atrás desde que llegó el maldito paquete.

El motivo por el que Santiago decidió llegar hasta el final de aquella especie de odisea que acababa de comenzar no era más que la lealtad hacia su

colega Paolo y por extensión a su hijo Luigi. En cierto modo, fue culpa suya el que su amigo italiano se encontrara con lo desconocido y le afectara hasta tal punto que decidiera apartar todo aquello de su vida, aunque no lo pudiera hacer desaparecer de sus recuerdos. Se sentía responsable de haber participado en aquel episodio tan dramático en la existencia del viejo Paolo. Por eso y por tener la oportunidad de resolver un enigma de tal calibre, tuvo la firme convicción de querer permanecer en aquella investigación.

Roberto vio en la petición de ayuda de Luigi Di Martino la oportunidad perfecta para volver a sentir todas aquellas emociones que sentía junto a su padre cuando él apenas tenía nueve años; la ocasión ideal para volver a ser quien era antes de marcharse al norte de España para intentar enterrar todo lo que le recordara a su vida en Granada y a todo el dolor que soportó mientras estuvo allí tras lo ocurrido con su madre. Sin duda, la búsqueda de la verdad detrás de la máscara ayudaría a Luigi, era lo principal, pero volver a tener nueve años y vibrar junto a su padre era lo que más incentivos le daba para hacerlo.

Mientras el gentío no cesaba en sus quehaceres, esos tres hombres continuaron aquella conversación tan productiva y estimulante para todos.

—Por último, hay algo más que anoche saqué en claro de todo lo que leí. Tu padre —advirtió Santiago mirando a Luigi—, dejó escrito al final de la última página de su investigación una frase bastante desconcertante, aunque algo dentro de mí me dice que no está demasiado alejado de la verdad. Paolo no era alguien dado a la fantasía ni a elucubrar teorías con poca base argumental —mostró a los otros dos lo que iba a comenzar a leer—. Literalmente, al final de todo, de su puño y letra, puede leerse: «Aquella persona que logre unir las tres partes, podría reinar en la Historia. Eso es lo que más me aterra. Eso es lo que más me intriga».

Lo que Roberto y Luigi acababan de oír les pareció más la típica leyenda de película de Indiana Jones que algo proveniente de una investigación, aparentemente seria. Roberto intervino.

—No puede ser. Suena a broma, papá. ¿Qué tres partes? Únicamente tenemos esta máscara...

Luigi pensaba exactamente lo mismo. Siempre había sido la máscara. Solo ella. No tenía sentido que su padre hablara de algo, y menos aún lo tenía el decir algo tan abstracto como lo que acababa de oír.

—No entiendo nada, ¿se está refiriendo mi padre a que además de la

máscara existen otras dos?

Santiago ya había dado la noche anterior con la respuesta a aquellas preguntas.

—Esta máscara, tal cual, no está completa. Le falta algo, que todavía no sé y que, según Paolo, haría que quien la poseyera pudiera, de algún modo que aún se me escapa, reinar en la Historia.

—No puedo creer que creas en esas cosas —espetó Roberto.

Quedó pensativo. Santiago, desde hacía muchos años, sabía a ciencia cierta, pues así lo había visto con sus propios ojos, que existe una realidad más allá de la que se podía ver a simple vista. Quizá, leer al Maestro Benítez, entre otros, hizo que sus ojos y su mente estuviera más preparada para poder acceder a esos otros planos de existencia. No podía demostrarlo, de ningún modo, pero ahí estaban. Los veinticinco años de carrera le habían dado, más allá de lo vivido con Paolo en Goosnargh, más de una oportunidad para ser protagonista de situaciones que nadie creería de primeras. Muchas cosas morirían con él. Por eso estaba tan seguro de que quizá su amigo Paolo no estuviera demasiado equivocado. De repente recordó algo.

—Verás hijo. ¿Recuerdas cuando hace algunos meses, súbitamente se oscureció el cielo y comenzó todo a temblar? —su hijo asintió—. Si consultas en cualquier medio, podrás leer que se trató de un terremoto que fue teniendo réplicas en todo el globo hasta hacer temblar el planeta entero. El cielo se tiñó de rojo, según la información oficial, debido a una reacción química de los vapores emanados desde el interior de la Tierra. ¿Recuerdas también que se podía incluso, desde cualquier parte, oír un sonido muy parecido a un zumbido? Pues se trataba del propio planeta. Sus placas tectónicas. «El Gran Cataclismo» lo llamaron. ¿Recuerdas?

Tanto Roberto como Luigi sabían a qué se estaba refiriendo Santiago. Meses atrás, un día cualquiera, hubo un terremoto, no demasiado agresivo, a nivel global. El cielo se tiñó de rojo y un tenue sonido parecido a un zumbido pudo oírse en todos sitios. Más tarde se supo que había sido algo a nivel general. A nivel planetario. Desde entonces, consciente de que el daño que se le está haciendo al planeta podía terminar por acabar con todo, se comenzaron a realizar tratados sobre cuidado del medio ambiente y, afortunadamente, se deslegitimizaron leyes y propuestas planteadas por países contrarios a aquella necesidad de cambiar de actitud frente a nuestro planeta.

—Pues todo es una gran mentira —dijo Santiago—. No creo que tenga

nada que ver el cambio climático ni nada parecido con lo que ocurrió. Me he informado, mucho, y aunque todavía no sé de qué se trataba, estoy seguro, al igual que mucha otra gente, de que lo que ocurrió no fue, para nada, lo que nos han contado y que ni siquiera los que mandan lo saben aún —calló durante unos segundos para contemplar la cara de circunstancia de aquellos dos—. Con todo esto quiero decir, respondiéndote —miró a Roberto— que creo en lo que Paolo dice porque estoy convencido y así lo he comprobado, de que lo que vemos es una mínima parte de lo que de verdad existe.

Roberto, pensativo, quiso hablar, pero se le adelantó Luigi para decir exactamente lo mismo que iba a decir él.

—Recuerda, Santiago, que mi padre no estaba en todas sus capacidades mentales en sus últimas semanas de vida. Sabes que estaba mal desde antes de que recibiera la máscara y que después empeoró. No sé si dar tanta credibilidad a las últimas palabras escritas sea lo más sensato. Quiero llegar al fondo de todo, pero creer que a través de la máscara puedes reinar en la Historia, es apostar una carta demasiado arriesgada.

Roberto quedó mudo. Él no hubiera añadido nada más a lo que acababa de oír. Santiago respondió.

—Efectivamente. Pero no te olvides de una cosa. Sabiendo que tu padre llegó a considerarme la representación del peor momento de su vida y que fue lo bastante fuerte como para alejarse de mí todo ese tiempo, el simple hecho de que sea precisamente yo la persona a la que acuda para terminar su trabajo lo convierte en la prueba definitiva de que fue lo más cuerdo que podía hacer. Si todo hubiera sido una simple fantasía, ahí se habría quedado, pero todo lo que ha escrito, no puede ser obra de una mente enferma y dada a la simple fábula —tras unos segundos, no le quedó más remedio que plantear una opción—. Antes de decir a qué lugar hemos de dirigirnos ahora, quiero ofrecer la posibilidad de que, si alguno de los dos quiere bajarse del barco, lo haga sin el menor problema. No deseo que esto sea considerado algo tan simple como seguirle el rollo a Paolo. Si no creéis que estos papeles y esta máscara sea real, podéis dejarlo sin ningún problema.

Ofendido, Luigi respondió.

—No haré eso. De ninguna manera. Si vine es, precisamente, para eso. Sea lo que sea, quiero llegar hasta el fondo. Siempre he sido un tipo muy cobarde, débil, que huía de los problemas, pero por culpa de todo el dolor que ha habido en mi casa a raíz de esa maldita máscara, estoy en la obligación

moral de dar respuesta a todo esto. No vuelvas siquiera a ofrecerme la opción de dejar el asunto, por favor.

Santiago le guiñó un ojo. Roberto no contestó, pero tampoco pensaba abandonar. Le apetecía realmente hacer aquello. Miró en su interior y consideró la opción de abrir un poco más la mente para que pudiera albergar todas las posibilidades que su padre albergaba. Éste sonrió y únicamente dijo.

—En ese caso, nos vamos a Arezzo.



Gabriela llegó a casa y se percató de que la cerradura no estaba cerrada al completo tal y como ella siempre hacía al irse. Aunque su madre quedara dentro, jamás salía sin darle dos vueltas a la llave. Aquello le resultó demasiado extraño, aunque lo achacó a lo descentrada que andaba últimamente desde que volvió de su viaje a A Coruña.

Dejó, como siempre, las llaves sobre la mesita de la entrada y se encaminó a su habitación, que quedaba justo antes del acceso al salón. Se tumbó sobre la cama y comenzó a pensar en la suerte que había tenido al conocer a Roberto. Se había convertido en su mayor y único apoyo. Le hubiera apetecido estar con él durante todo el día, pero comprendía que el verdadero motivo de que él hubiera viajado a Granada era recuperar su relación con su padre.

Cuando ya se quedaba dormida, fruto del cansancio acumulado, sintió que la puerta de su habitación se abría sola. Las bisagras rechinaron como siempre. «¿Quién más hay aquí?», pensó. Una silueta se dibujó bajo el marco de la puerta. Gabriela se asustó hasta el punto de incorporarse rápidamente y gritar asustada.

—¡Tranquila, tranquila! Soy yo, Carmen.

La amiga de la familia había ido a la casa para esperar a que llegara Gabriela. Como persona de confianza, tenía un juego completo de llaves por si ocurría alguna urgencia relacionada con la enfermedad de Teresa. Gabriela,

aliviada se levantó de la cama y fue a darle un abrazo a la mujer. Sentirla cerca era casi como sentir a su madre. Carmen siempre estuvo con ellas en todo momento y jamás les dio la espalda.

—Menudo susto que me has dado... —dijo Gabriela aún algo tensa.

—Lo siento mucho, cariño. Me quedé dormida en el sillón mientras te esperaba y entonces sentí la puerta de tu habitación cerrándose. Fue cuando supe que habías llegado.

Ambas se dirigieron al salón. La cama en la que su madre permaneció durante tantos años continuaba allí. Todavía no había tenido tiempo de deshacerse de ella. Pensaba donarla a algún hospital. El olor a medicina y a sábana limpia seguía impregnando el ambiente.

—¿Qué tal estás? —preguntó Carmen mientras se recogía el pelo en una cola baja.

—He estado con Roberto. Un chico que conocí al volver de Galicia. No me ha dado tiempo a hablarte de él todavía.

—No te preocupes. Ya tendremos ocasión —le dijo cogiéndole de la mano.

La sensación de que Teresa seguía en la casa era muy intensa. A pesar de que la mayor parte del tiempo estaba descansando y durmiendo, ambas mujeres tenían el fuerte sentimiento de que aún no se había marchado de allí.

Carmen, que había ido a la casa con un claro propósito, decidió no retrasarlo más.

—Mi niña. Tengo que decirte una cosa. Ahora que tu madre se ha ido, aunque todavía me parezca mentira, me veo obligada a hacer una cosa que ella misma me pidió.

Gabriela miró, bastante extrañada, a Carmen. Le pareció que el tono de voz le había cambiado, haciéndole parecer más solemne. No era debido a la pena o la tristeza por la muerte de Teresa. Se debía claramente a otra razón. Un leve escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó desconcertada.

—Verás... Cuando eras muy pequeña, tu padre se marchó de casa, como bien sabes, y os dejé aquí solas a tu madre y a ti.

Gabriela fue consciente de que aquella conversación iba a ser más amarga de lo que había pensado. Hablar sobre la marcha y ausencia de su padre le provocaba malestar general.

—Sí —respondió—. Mi madre me contó que un día se fue y ya nunca más

volvió. Jamás le he guardado rencor, únicamente indiferencia...

—Exacto. Él se marchó, aunque nunca fue su intención abandonaros.

Instintivamente, la joven soltó la mano de Carmen. Como si lo que acababa de oír le desagradara hasta tal punto de no querer tener contacto físico con ella.

—¿Qué? —dijo con los ojos entornados.

—Gabriela. Tu padre no os abandonó a ninguna de las dos. Se vio obligado a marcharse. Y créeme que estaba destrozado cuando lo hizo.

Parecía que lo que Carmen le estaba contando era un simple cuento o una broma muy pesada. Nunca tuvo Gabriela el más mínimo interés en saber dónde estaba su padre. A ella no le hacía falta nadie más que su madre para ser completamente feliz. Sin embargo, saber que ese hombre podría seguir vivo y que se fue por alguna extraña razón hizo que irremediamente naciera la curiosidad dentro de ella.

—Destrozado dices... —sonrió con tristeza—. Destrozada he estado yo, mi madre y hasta tú todos estos años por la desgracia que cayó sobre esta familia. ¿Acaso sabe él que su mujer ha muerto? ¿Acaso sabe por todo lo que hemos tenido que pasar mientras él estaba fuera? Por favor... ¡No quiero saber nada de esa persona!

—¿No quieres saber la causa por la que se vio obligado a irse? Tu madre me pidió que, si llegaba el día en que ella muriera, te contara todo esto e incluso te confesara el motivo por el que tu padre se marchó.

De nuevo, ese sentimiento de curiosidad. Gabriela no quería saber absolutamente nada de su padre, pero saber que su madre tampoco le había dicho nada acerca de todo eso, hizo que se enfadara tanto con ella como con él. ¿Por qué nunca le dijo la verdad? ¿Qué motivo habría para que permitiera que pensara que habían sido abandonadas? Finalmente le preguntó a Carmen.

—¿Dónde fue mi padre?

Un leve suspiro salió desde lo más hondo de Carmen. Había llegado el día en que soltaría aquella carga tan grande que durante tanto tiempo tuvo que soportar. Mentir a su Gabriela le había dolido tanto que muchas veces estuvo a punto de romper la promesa que le hizo a Teresa.

—Jamás olvidaré aquel día —volvió a tomarle la mano—. Tenías dos añitos y eras la niña más bonita de toda Granada. Sigues siéndolo —dijo tocando el rostro de Gabriela—. Tu padre llegó a casa después de trabajar, como cada día. Mientras comía junto a nosotras, ya que yo también estaba

presente, recibió una llamada de teléfono de alguien desde fuera de España. No sé qué es lo que habló con esa persona ni siquiera quién era, lo cierto es que después de esa conversación, tu padre se mostró muy diferente. Tu madre pasó unos días muy angustiada porque había notado un gran cambio en él. Días después, decidió marcharse, y créeme cuando te digo que lo hizo con mucho dolor y completamente desolado.

Gabriela sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

—¿Dónde fue mi padre? —repitió lentamente.

Carmen se levantó y se dirigió al mueble bar del salón. Esos muebles ya estaban muy pasados de moda, pero eran bastante funcionales por la cantidad de cajones que tienen y las repisas anchas para colocar libros o cualquier otra cosa. Abrió una de las puertas de cristal y tomó un libro llamado *El Padre Azul*. Acarició su tapa raída y volvió al sillón. Se acercó a Gabriela con el volumen en sus manos y comenzó a decirle justo lo que un día prometió decir.

—Según me dijo tu madre, ni ella misma sabía a qué lugar había ido tu padre. Lo único de lo que siempre estuvo convencida era que su intención siempre fue volver y que si no lo había hecho era porque algo o alguien se lo impedían.

Sorprendida, Gabriela echó mano a la piedra que se había colocado en su cuello hacía pocas horas. Justo antes de enterrar a su madre.

—¿Estás segura? —acarició su colgante—. Mi madre jamás quiso hablar demasiado sobre este asunto, pero siempre he creído que se marchó y que nos dejó abandonadas a las dos. Nunca tuve ningún tipo de explicación y su ausencia era lo único seguro que tenía. Yo me he sentido abandonada. Es lógico que ese haya sido mi pensamiento toda mi vida —volvió a tocar la piedra—. Esto es lo único que me queda de él. Se supone que es una reliquia familiar que ha ido de una a otra generación de la familia Blesa. Lo único que mi padre me dejó y que aún con todo lo sucedido, sigue sobreviviendo...

Carmen abrió el libro. Ese tomo había estado en el mismo lugar durante toda la vida. Para Gabriela era parte del propio mueble y jamás había tenido el más mínimo interés en leerlo. Su temática, según le contó su madre, no era muy de su perfil. Todo lo relacionado con Dios, la religión y esos asuntos no le atraía demasiado. Sin embargo, siempre estuvo ahí, contemplando el paso del tiempo, como esperando a que llegara su momento.

—No sé el motivo, pero tu padre tenía miedo de que la persona que lo llamó por teléfono viniera a casa y os hiciera daño —dijo con un leve temblor

en la voz—. Han pasado muchos años y siento que él... efectivamente, no volverá jamás. Sin embargo, sí que puedo cumplir el deseo que me pidió tu madre si no lo hacía y ella también se marchaba. Si quieres saber más sobre lo que pasó, únicamente puedo darte este libro. Ella me dijo que dentro de él encontrarías respuesta a la pregunta que te habrás hecho infinitas veces. Imagino que tu padre se lo diría previamente a Teresa.

—La única pregunta que siempre me he hecho ha sido: ¿por qué se fue mi padre?... —dijo Gabriela en voz baja.

—Exacto. Me dijo que cuando fueras mayor tendrías derecho a saber qué fue lo que sucedió si él no estaba aquí para contártelo, así que, de algún modo que desconozco, a través de este libro, su favorito, lo sabrás todo. Recuerdo que me dijo que era una invitación para jugar con él —rompiendo todos sus esquemas, el tiempo se detuvo para Gabriela, que acababa de ser consciente de una realidad completamente diferente a la que había vivido. Carmen se levantó, con los ojos inundados en lágrimas y le dio un beso en la frente—. Ahora voy a dejarte aquí. Llámame si necesitas algo. Esto tienes que pasarlo tú sola. Tienes que saber que tu padre te quería muchísimo y que tu madre siempre esperó a que volviera. Espero que les perdones y que me perdones, pero todo ha sido por mantenerte a salvo.

Gabriela levantó la vista y, también con lágrimas, le dedicó la más calurosa de las sonrisas. La acompañó a la salida con el libro entre sus manos y después de despedirla quedó completamente sola, con la persistente sensación de que su madre continuaba allí. Se sentó en el mismo lugar donde se encontraba antes e instintivamente llevó su mano al filo de la cama de enfermería. Se sorprendió al verse buscando la de su madre como siempre hacía cada vez que quería echarse la siesta. No encontró nada y se conformó con acariciar la sábana.

—¿Esto es real? —preguntó a la nada.

Abrió el libro. En la primera página, de puño y letra de su padre, había unas pocas palabras escritas: «Juguemos a las letras». Gabriela recordó que su madre siempre le contaba que lo que más le gustaba a su padre eran los juegos de palabras, con letras, con sinónimos, antónimos o incluso acrónimos. Cada vez que podía proponía algún reto para adivinar la palabra, buscar palabras extrañas o plantear acertijos que provocara que la persona con quien jugaba se devanara los sesos. Ella no recordaba apenas nada de aquello porque era muy pequeña cuando se fue, pero Teresa se encargó de recalcar

bastantes cosas de la personalidad de su padre durante toda su vida. Un cosquilleo se elevó desde la parte baja de la espalda de Gabriela y sintió la emoción de lo desconocido. Sonrió tímidamente al aire.

No sabía en qué consistía ese juego, así que fue pasando una página detrás de otra, de forma muy lenta. Agradeció el aroma a antiguo que inundó su nariz. Le encantaba ese olor.

Durante varios minutos no vio absolutamente nada raro ni extraño. Esperó encontrar algún tipo de carta o nota en la que su padre le dijera más claramente dónde había ido y el motivo por el que lo había hecho, aunque tuvo que conformarse con el dichoso juego de las letras. Aun así, no entendía por qué tanto secretismo. ¿Seguiría vivo?

En un momento dado se dio cuenta de que, en una de las páginas en una palabra cualquiera, una letra «a» tenía escrito a lápiz un pequeño punto bajo ella. Intrigada, continuó mirando esa misma página, sin leer el texto en sí, únicamente comprobaba si había más letras así. No encontró nada más, pero al pasar a la siguiente, claramente vio la letra «m» con un punto exactamente igual que la anterior letra. Supo en ese instante que ese era el juego de su padre. Volvió al principio del libro y confirmó que desde la primera página había determinadas letras con esa marca. A partir de ahí, en diferentes hojas halló una o dos letras diferentes con el mismo punto bajo ellas.

Horas después, con la vista muy cansada y con tres tazas de café en el cuerpo, pudo terminar de analizar todas las páginas del libro. Las había anotado en un papel aparte y después de darle forma y estructura, un claro mensaje apareció ante sus ojos. El juego había terminado.

*Perdóname // Tuve que irme // Quieren mi tesoro // Amenazaron // Les daré falsa // Guárdala // Si no vuelvo moriré en Arezzo // Te quiero*

—¿Arezzo?! —exclamaron a la vez Luigi y Roberto. Santiago, que parecía disfrutar bastante de aquella situación, asintió con la cabeza luciendo una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, señor. Arezzo. Como bien sabrá Luigi —le miró—, se encuentra en Italia, al norte del país. Concretamente en la Toscana. Es la capital de la provincia llamada también Arezzo. ¿Me equivoco?

—Para nada —respondió Luigi—. Es una zona preciosa y no se encuentra demasiado lejos de donde vivo. Arezzo está más hacia el Mediterráneo y Fontanelle, de donde vengo, está más al límite con Austria y Eslovenia. Es un lugar grande y con un clima estupendo. Posee bastantes lugares interesantes que visitar. He estado allí en un par de ocasiones. Una de ellas fue en agosto, para las fiestas de San Donato.

—Sí que sabes sobre esa ciudad —dijo Roberto sonriendo. De nuevo, la luz de su sonrisa desconcertó a Luigi. No se explicaba qué tenía ese chico que le causaba esa inquietud interior.

—Bueno, he tenido tiempo para estudiar. Me gusta mucho la historia de mi país y durante el tiempo en que no estaba trabajando para ayudar en casa, leía bastantes libros.

Poco a poco el sol fue bajando por el firmamento y la luz fue tomando un tono crepuscular.

—Según las notas de Paolo —retomó Santiago—, en Arezzo existe un

lugar llamado Museo Casa Vasari. Se supone que allí daremos con las respuestas que él no pudo encontrar debido a su estado, tanto físico como mental.

—¿Qué es ese museo? —dijo Luigi.

—No soy muy diestro en las artes, de ningún tipo, más bien soy inculto en ese campo, pero se trata de un museo en nombre de Giorgio Vasari. ¿Sabes quién es? —preguntó al joven.

—No.

—Esta persona fue un arquitecto, pintor y escritor del Renacimiento italiano, que poco o nada tiene que ver con la máscara, al menos hasta donde yo sé. Únicamente he conjeturado que quizá conoció a Luca Adamo ya que fueron contemporáneos y vivieron en la misma ciudad, pero nada más. Es primordial que vayamos a ese lugar y salgamos de dudas. Si Paolo dejó escrito que la investigación debía ser continuada a partir de ese lugar, es allí donde tenemos que dirigirnos.

—En ese caso, ve buscando un hotel donde admitan animales. Catalina viene con nosotros —remarcó Roberto.

—Hijo mío. Ya he pensado en todo y si no he dormido en toda la noche es para que todo quede bien atado —guiñó a Roberto.

Poco después de fijar el siguiente destino al que se debían dirigir, Luigi se encontraba en la habitación del hostel para recoger todas sus cosas. Santiago y Roberto le esperaban en el *hall*, si es que a aquello podía llamársele así. Dos sillas roídas y una mesa baja junto a una vieja máquina de café eran lo único que acompañaban a la recepción y la escalera que daba a las plantas superiores, sin olvidar el olor a humedad reinante, fruto de la falta de una buena limpieza en años.

Cuando casi hubo terminado, y antes de salir de la habitación, decidió llamar a su madre una vez más. Ese cambio de planes era algo que no vio venir, además de ese nuevo viaje a Arezzo. Tenía que comentárselo. Marcó su número y esperó a que contestara. La ausencia de noticias suyas durante el día le tenía bastante preocupado y desconcertado.

—Hola, hijito —respondió una dulce voz.

Aquella persona no era su madre. Pensó en que se había equivocado de número, pero claramente el contacto al que había llamado era «Mamma».

—¿Quién eres? —preguntó algo confundido.



—Soy tu mami. ¿Dónde estás? —dijo la voz riendo entre dientes. Luigi sintió un leve mareo. Algo no andaba bien. ¿Dónde estaba su madre?

—Quería hablar con mi madre, pero creo que me he equivocado de número.

—No te has equivocado. Este teléfono lo tenía tu madre, pero ahora no puede ponerse. Voy a ser clara. Si no me dices dónde estás, ella morirá.

—¿Cómo dice? —respondió Luigi que poco a poco fue perdiendo el control de sus piernas. Se sentó sobre la vieja cama y la frente comenzó a sudarle abundantemente. ¿Qué estaba pasando? Todo comenzó a darle vueltas y apenas era capaz de que su voz saliera de la garganta—. ¿Dónde está mi madre? ¿Qué quieres? —comenzó a sollozar.

—Tu *mamma* está aquí en casa. Muy relajadita. No llores mi niño, que todo va a salir bien. Únicamente tienes que hacer lo que yo te diga y nadie tiene por qué salir herido.

Algo dentro de Luigi sabía desde un principio que no debió marcharse de casa y dejar a su madre sola. Su enfermedad y su limitación física la convertían en alguien muy vulnerable. Se arrepintió de haber querido saber más acerca de la máscara y de haberse embarcado en aquel viaje...

—¿Qué quieres? —titubeó.

—Es muy sencillo. Me dices dónde te encuentras, en qué parte de la ciudad de Granada, me das mi máscara y todos tan contentos —soltó una espeluznante risa.

—¿La... máscara? ¿Todo esto es por esa maldita máscara?

—No sabes de lo que estás hablando, muchacho. Veo que eres totalmente ignorante sobre lo que ese objeto verdaderamente es. Para mí, sin embargo, es algo que deseo con toda mi alma y que conseguiré tener en mis manos sea como sea. Si no me dices dónde te encuentras, ya sabes lo que puede pasar.

Ni siquiera tenía la máscara en su poder. La tenía Santiago. Si quería dársela a esa mujer tendría que decir a sus nuevos compañeros lo que estaba sucediendo.

—Me encuentro en un hostel llamado La Perla, aunque no tengo la máscara conmigo en este momento.

—Pues muy mal. Hazte con ella y llámame cuando la tengas. Afortunadamente ya estoy en la ciudad y me llevará poco tiempo ir al lugar en el que te encuentras. Por cierto, muy importante, si llamas a la Policía o a alguien, no vuelvas a casa porque te encontrarías demasiado solo.

La llamada se cortó. Los nervios comenzaron a adueñarse de Luigi. No podía siquiera imaginarse a su madre, que sufría tantos dolores, siendo amenazada por alguien. Se le partía el alma solo de pensar en lo sola e indefensa que estaba, y todo por su culpa.

Cuando bajó al *hall* del hostel, allí le esperaban Santiago y Roberto; se dieron cuenta de que algo había sucedido. El color de su cara se había vuelto pálido y aparentaba un desgaste físico como si hubiera estado sin dormir durante días. Extrañados, se acercaron a él.

—¿Estás bien? —preguntó Roberto.

Luigi, víctima de aquel sentimiento de culpa y desasosiego que le inundaba, volteó la mirada y uniendo sus ojos a los de Roberto, únicamente acertó a agarrarse a sus hombros al sentir que las piernas le fallaban. Fue perdiendo poco a poco el conocimiento hasta desmayarse en brazos del hijo de Santiago. Padre e hijo, asustados, consiguieron agarrarle bien y le sentaron en una de las sillas que antes ocupaban. La ausencia de recepcionista hizo imposible recibir ayuda de ningún tipo por parte del establecimiento. Santiago fue a por un poco de agua al baño de la planta baja y le echó en la cara. Roberto le quitó algo de ropa para que se refrescara y su cuerpo se espabilara. Minutos después, fue recobrando poco a poco el sentido.

—Oye muchacho, ¿cómo te encuentras? —preguntó Santiago.

Luigi, no sin esfuerzo, intentó hablar. Sentía la boca seca y pastosa. Roberto le acercó un poco de agua de la cual bebió unos sorbos. Cuando se sintió algo más recuperado, les contó lo que había ocurrido. Decidió que era mejor no ocultarles nada a aquellas personas que tanto estaban ayudándole.

—Antes de salir, decidí llamar a mi madre para informarle de que dormiría en tu casa, y de que nos marcharíamos a Arezzo para intentar averiguar algo más sobre la máscara. Sin embargo, me respondió una mujer diciéndome que si no quiero que le pase nada a mi madre tendría que decirle dónde me encontraba yo. Ha venido a Granada a por la máscara. Dice que es suya y que, si no se la doy, le hará daño a mi madre.

Al volver a recordar a su desprotegida madre, volvió a sentir que el mundo se le quedaba pequeño y que todo le oprimía el pecho. Comenzó a llorar desconsoladamente. Santiago quedó perplejo y apenas pudo reaccionar. Roberto agarró a Luigi de los hombros y tiró de él para darle un abrazo. Le apretó fuerte. El italiano pudo sentir la calidez de aquel gesto y dio gracias a Dios por no verse en esa situación.

—Tenemos que entregársela —dijo Santiago, todavía consternado.

Luigi, en pleno llanto, miró a Santiago y únicamente dijo.

—Sí... Por favor...

—Ninguna investigación merece tanto la pena como para poner en peligro a nadie. Si esa mujer está tan loca como para amenazar a tu madre y a ti con tal de conseguir la máscara, es que, indudablemente, es un objeto de un enorme valor que ni siquiera llegamos a comprender.

—Tenemos que llamar de nuevo para decirle dónde estoy y entregarle el objeto —pidió el joven italiano—. También me dijo que no llamara a la Policía ni a nadie.

—No te preocupes —respondió Santiago—. Ahora mismo voy a casa, cojo la máscara y la llamamos para dársela.

A Roberto no terminaba de encajarle todo lo que estaba sucediendo y lo que Luigi acababa de contarle, pero prefirió callarse a la espera de tener más claro lo que tenía en mente.

—Llámalas y dile que dentro de media hora estarás en la Fuente de las Batallas, en la propia Plaza del Campillo. Indícale que estarás sentado en el banco que hay frente al estanco. Le daremos la máscara y solucionaremos esta situación —ordenó Santiago.

Treinta minutos después, el paño de terciopelo negro que envolvía la máscara se encontraba sobre las piernas de Luigi. El joven, muy nervioso, esperaba a que esa mujer se presentara en el lugar para recogerla. Rezaba en silencio para que nada le sucediera a su madre. A cien metros, Santiago y Roberto observaban desde el interior de una tienda de suvenires. Roberto continuaba con la sensación de que todo lo que estaba ocurriendo era ilógico. Cuando no pudo más, optó por comentárselo a su padre.

—Oye, papá. ¿No crees que, si esa mujer tiene amenazada a la madre de Luigi, debería estar junto a ella? —Santiago entornó los ojos—. Quiero decir. Es normal que si esa mujer dice que si no haces lo que dice le hará daño a tu madre, actúes accediendo a lo que te está pidiendo sin apenas razonar. Pero si te paras a pensar, si Luigi no le da la máscara, supuestamente le hará daño a su madre. Y yo me pregunto: ¿dónde está ella?

Durante unos segundos, Santiago razonó las palabras de su hijo.

—Tienes razón...

—He estado pensando y existen tres opciones, aunque solo una de ellas

pasa por entregar la máscara. La primera de todas es que efectivamente esa mujer esté en disposición de hacer daño a la madre de Luigi si no cumple con su exigencia, pero de ser ese el caso, debe haberla traído a Granada, sino sería imposible que cumpliera con su amenaza. Otra de las opciones es que no actúe sola y efectivamente alguien se encuentre en la casa de Luigi esperando órdenes de esta mujer. En ese caso la mejor opción es entregar la máscara. La tercera y última, aunque la menos deseable es que, como he dicho antes, no haya traído a la madre, pero porque ya le ha hecho daño previamente.

Santiago quedó pensativo ante lo que acababa de oír. La capacidad de análisis de su hijo le había pillado desprevenido. Supo que sería muchísimo mejor investigador que él si se lo llegaba a plantear en serio.

—Es cierto, hijo. Pero desgraciadamente no sabemos a cuál de esas posibles situaciones nos enfrentamos. Eso nos deja en la misma posición en la que nos encontramos ahora. Si aún no ha hecho daño a esa mujer, la única forma de impedirlo es entregando la máscara. Si ya lo ha hecho, tendremos que asumir que nos equivocamos...

Desde el banco, Luigi miraba a todas las personas que pasaban junto a él. Cualquiera podría ser la que esperaba. Miró su reloj. Justo treinta minutos desde que la llamó. Levantó la vista y vio la esbelta silueta de una mujer que, a paso firme, se dirigía hacia su banco. Era ella, sin duda.

Apenas podía girar la mirada a su izquierda. A aquella mujer, con esa amplia sonrisa, parecía que esa situación le estaba resultando gozosa. Luigi, paralizado, no movía un solo músculo. ¿Y si no es ella?

—Hola, Luigi —dijo la dulce voz.

Era ella. Sin duda. Jamás podría olvidar de por vida ese tono neutro e incluso agradable al oído. Esa persona le había dicho minutos antes que haría daño a su madre si no le entregaba lo que ella había llamado «su máscara». El joven italiano no tuvo más remedio que contestar. Lo hizo sin mirarle a la cara.

—Hola...

—¿Has traído lo que te he pedido?

Desde la tienda de recuerdos, con una vista del perfil izquierdo de Luigi, Roberto y Santiago observaban inquietos.

—Es ella papá. Se ha sentado a su lado y están hablando.

—Eso parece...

—¿Estás seguro de que darle la máscara es la única opción? —preguntó Roberto tensando los músculos de la cara.

—Lo que acabas de decirme tiene bastante lógica, pero no sabemos si esa mujer actúa sola o no. Lo más sensato es darle lo que pide y garantizar que la madre de Luigi no sufra ningún daño. En cuanto se vaya, nos acercaremos al banco, recogeremos a Luigi y nos iremos a casa. Allí pensaremos qué hacer.

—Sí. Aquí la tienes —le entregó el bulto envuelto en el terciopelo negro. La mirada de la mujer se tornó triunfante. Tomó la máscara con suma delicadeza como quien toma en brazos a un recién nacido.

—Al fin...

Luigi se giró y la miró a los ojos por primera vez. La frialdad de su mirada y la casi inexistencia de vida en la misma, provocó en el joven una sensación de miedo interior, profundo. Parecía que esa mujer no era humana. Aun así, se armó de valor, como nunca había hecho, y se dirigió a ella.

—Ahora debes asegurarme de que no harás daño a mi madre.

—Querido, no te preocupes que tu madre está muy tranquila. No estés inquieto por eso ya que no está sufriendo ni nada parecido —rio entre dientes—. Te dejo un regalito. Ahora me levantaré, me iré y esperarás aquí tres minutos hasta que me haya marchado del todo. Dentro de un rato recibirás una llamada.

—¿Un regalito? —preguntó Luigi.

La mujer guardó la máscara en su gran bolso, se incorporó y se dispuso a irse. Cuando dio tres pasos, se giró sobre sí misma y volvió a hablar al joven italiano.

—Por cierto, mi nombre es Odeliah. Acuérdate bien de mí, porque soy aquella que, una vez logre reunir todas las piezas, hará justicia con la esvástica y reinará en la Historia. Y tú serás la única persona a quien se lo tendré que agradecer. ¡Tan responsable como yo!

Volvió a girarse y se marchó de la plaza. Allí quedó Luigi, sobrecogido por lo que acababa de oír. Roberto y Santiago salieron de la tienda y se dirigieron raudos al banco donde el joven permanecía sentado.

—¿Le has dado la máscara? —preguntó Santiago.

—Sí, lo he hecho, Pero no sé por qué, tengo un presentimiento de que he hecho algo que no debía hacer.

Al levantar la vista, nadie fue capaz de localizar a la mujer entre todos los transeúntes del lugar. Había desaparecido por completo.

—¿Qué te ha dicho? —se interesó Roberto.

—Dice que mi madre no está sufriendo y que no está pasándolo mal en este momento. Antes de irse me dijo que me dejaba un regalito, que no sé cuál es, y que su nombre es Odeliah. También comentó algo que me ha dejado totalmente impactado —se detuvo unos segundos sabiendo que los otros

esperaban que continuara—. Me ha dicho que será ella quien hará justicia con la esvástica y reinará en la Historia una vez reúna las piezas que faltan.

Santiago oyó aquellas palabras como si un gélido cubo de agua cayera sobre sus hombros. ¿Qué sentido tenía aquello? Roberto tampoco supo reaccionar, aunque fue quien puso algo de perspectiva al momento.

—Será mejor que vayamos a casa para pensar en todo lo que ha pasado hoy.

—Dijo que me llamaría pasado un rato. Necesito saber que mi madre está bien.

Se levantaron para comenzar su camino hacia la casa de Santiago, y Roberto se percató de que había algo justo en el lugar en el que esa mujer había estado sentada, casi tocando el pantalón de Luigi. Se acercó y lo cogió sin que su padre ni Luigi se dieran cuenta. Al observarlo, quedó tan impresionado que guardó aquella fotografía en su bolsillo. No podía mostrársela a nadie, y menos aún al italiano.

—Mierda... —dijo entre dientes y lleno de rabia—. Tenía yo razón...

Nervioso y con la mirada perdida, Luigi apenas podía controlar la ansiedad que crecía dentro de él.

—Ha pasado una hora y media y no me ha llamado. Imagino que cuando lo haga, volverá a hacerlo desde el teléfono de mi madre, a no ser que haya copiado el contacto al suyo propio —. Luigi se paseaba por el salón de la casa de Santiago. Apenas podía estar quieto y la angustia cada vez iba ganando más terreno—. Por cierto —dijo acercándose a Santiago—. No voy a poder agradecerte nunca lo suficiente todo lo que estás haciendo por mí. Gracias por traerme a tu casa. Soy un desconsiderado. Con todo esto apenas me he parado a pensar en qué habría sido de mí sin vosotros.

—No tienes que agradecerme nada y menos en la situación en la que nos encontramos.

Roberto apenas podía mirar a la cara a Luigi. La fotografía que recogió del lugar en el que se reunió con aquella mujer era algo que podría hundir a cualquier persona. Se debatía entre ocultarlo y alargar más esa agonía o mostrarla y acabar con todo de una vez.

De repente el teléfono de Luigi sonó, despertando a todos de sus pensamientos. Miró la pantalla, pero en lugar del nombre de algún contacto o de una numeración concreta, en la pantalla podía leerse «Número oculto».

—¡Dígame! —respondió con el móvil a punto de resbalársele entre las manos.



—Hola, hijito. —respondió Odeliah con tono alegre.

—¿Dime que mi madre está bien, por favor!

El silencio en el salón era casi absoluto. Únicamente podía percibirse el leve rumor de las personas paseando frente a la Alhambra.

—¿Cómo? ¿No has visto el regalito que te dejé? —exclamó la mujer.

—¿Qué regalo? ¡No he visto nada! —gritó confuso.

—Una fotografía con la prueba de que tu madre no estaba sufriendo cuando tú y yo nos hemos visto —dijo riendo como una niña pequeña.

—¿Una fotografía?

Roberto tembló por dentro al oír a Luigi pronunciar esa palabra. No le quedaba otra opción.

—Bueno, esperaba que la hubieras visto. Lástima que se haya quedado allí. Solo quería oírte sufrir como el gusano que eres, pero veo que no será posible. Qué lástima.

La llamada se cortó justo cuando el hijo de Santiago se levantó del sofá y le quitó el teléfono de las manos.

—Siéntate —le dijo con tono solemne.

Luigi, asustado, obedeció a Roberto sin entender nada de lo que estaba pasando. Únicamente pensaba en su madre. Quería verla y oírla. Quería irse de allí para estar con ella. La máscara ya no le importaba lo más mínimo.

—Cuando nos fuimos de la Plaza del Campillo, me percaté de que había algo junto a ti. Mientras esperábamos en aquella tienda de suvenires, le comenté a mi padre si no cabía la posibilidad de que esa mujer no nos estuviera mintiendo. Fue cuando pensé que era posible que ese daño ya estuviera hecho, pero ante la falta de pruebas, no podíamos poner en peligro la opción de que estuviera diciendo la verdad —se metió la mano en el bolsillo—. Imagino que el regalo al que ella se refería era esto. Lamento mucho tener que decir esto, pero yo tenía razón. No había forma de evitar que esa mujer hiciera daño a tu madre..., porque ya se lo había hecho.

Luigi se sobresaltó y un espasmo le hizo querer levantarse de donde estaba. Santiago, que no sabía nada de lo que estaba diciendo su hijo, pero que podía imaginarse lo que estaba a punto de hacer, agarró al italiano por el hombro, le indicó que se quedara donde estaba y le habló con tono suave.

—Por favor...

Roberto retomó lo que estaba diciendo.

—Tienes la opción de oírme decir esto sin tener que ver la foto y

ahorrarte una situación bastante desagradable y traumática, pero también tienes el derecho de querer verla, puesto que es tu madre —se acercó a él—. Luigi, tú decides.

El sudor comenzó a bañar la frente del joven.

«¿Qué está queriendo decir Roberto?», se preguntaba.

No quería llegar a la conclusión que aquellas palabras y la reacción de Santiago le estaban llevando. No podía ser verdad que la mujer hubiera jugado con él hasta tal punto. ¿Herida? ¿Muerta? Apenas esa palabra cabía en su mente al pensar en su madre. Era imposible. La había dejado sentada, en aquel sillón viejo, pero tan querido por ella, viendo la televisión y deseándole buen viaje tras un beso en la frente, como siempre hacía.

—*Mamma...* —dijo en su idioma y casi sin voz.

Roberto miró a su padre con los ojos cargados de tristeza mientras Luigi parecía que era tragado por el sillón. Esperaba una respuesta a lo que acababa de decir.

—Luigi..., ¿prefieres que destruya esto? Ya puedes hacerte una idea sobre lo que ha sucedido y no solucionarás nada grabando esta imagen en tu retina. Aun así, haré lo que me digas.

Pasaron algunos segundos hasta que Santiago quiso pronunciarse.

—Sea lo que sea que decidas, debes saber que nada ha sido culpa tuya. Si esa mujer andaba buscando la máscara, estaba haciéndolo desde hace bastante tiempo. Seguramente descubrió dónde estaba y cuando fue a buscarla, tú acababas de marcharte con ella. Si hubieras estado allí, estoy seguro de que ahora también estarías...

Luigi miró a Santiago de forma fulminante.

—¿Muerto? —dijo incorporándose con decisión—. Déjame ver esa foto, Roberto.

Éste abrió los ojos. Esperaba que hubiera preferido eliminarla.

—¿Estás seguro? Piénsalo...

—Dame esa foto. —Su mirada había cambiado por completo.

La ira y el odio se habían adueñado de Luigi. Comenzó a respirar profunda y rápidamente. Daba la impresión de que fuera a descargar su ira con lo primero que pillara si no conseguía relajarse de alguna forma.

—Está bien. Estás en tu derecho. Pero intenta relajarte un poco... —contestó entregándole la fotografía boca abajo.

Luigi la tomó y le dio la vuelta. El precioso y delicado rostro de su madre

aparecía golpeado, deformado y ensangrentado. Casi parecía que una apisonadora había pasado por encima de ella. De los ojos brotaba sangre al igual que de su nariz. Sin embargo, un gesto parecido a una sonrisa continuaba esbozándose en sus labios.

Luigi cayó al suelo. Sus párpados no se movían y las pupilas estaban completamente dilatadas. Aquella imagen terminó por destrozar cualquier resto de cordura que quedara en su mente. Apretó fuerte el puño con la foto dentro de él y comenzó a gritar como un poseso.

Roberto y Santiago corrieron hacia él para sostenerle antes de que se hiciera daño. Ejecutaba movimientos con una fuerza inusitada mientras gemía y gritaba a partes iguales. Durante varios minutos apenas pronunció palabra alguna más que sonidos que rozaban lo gutural. Poco a poco, la rabia y la ira se fueron transformando en desconsuelo e impotencia, para terminar en un llanto profundo con una sola palabra.

—¡*Mamma!*

Santiago y su hijo acompañaron al desgraciado en ese llanto, intentando en vano aliviar el inmenso dolor que abrasaba el pecho del chico. Unos minutos después, Luigi se desplomó entre los brazos de sus compañeros y, sin darse cuenta, se desmayó. Santiago miró a Roberto mientras ambos le sujetaban.

—¿Quién haría algo así?

—Esto es más serio de lo que habíamos pensado en un primer momento, papá. Nos viene grande...

Llevaron a Luigi a la habitación de invitados y le acostaron en su cama. Esperaban que debido al enorme estrés al que había sido sometido y al cansancio acumulado, pudiera dormir hasta el día siguiente.

—Mañana veremos qué hacer a partir de ahora —sentenció el viejo investigador nada más terminar de acomodar a Luigi.

—Me parece bien. Si hay alguien que ha sido capaz de llegar hasta el punto en el que nos encontramos, quiere decir que esa máscara es tan peligrosa o más que esa misma persona.

Roberto tomó la decisión de quedarse a dormir en la misma habitación que el italiano, aunque antes tuvo que ir al hotel donde pretendía quedarse para recoger a su gata y cancelar el resto de la estancia allí. Santiago se fue a su habitación con la esperanza de que el día siguiente las cosas se encauzaran de otra manera.

El trayecto hacia su hotel no era demasiado largo, y al contrario de lo que había pensado en un primer momento, lo estaba recorriendo de forma muy tranquila y sosegada. Mientras analizaba todo lo sucedido en la jornada, no dejó de estremecerse cuando de nuevo recuperó la imagen de la madre de Luigi y esposa de Paolo Di Martino en aquella fotografía.

Los alaridos de dolor del joven y la impotencia de no haber actuado antes para evitar que cayera víctima del retorcido juego llevado a cabo por esa mujer llamada Odelliah le estaban comiendo por dentro. Supo ver que algo no andaba bien pero no reaccionó a tiempo. Si hubiera compartido sus impresiones, era consciente de que no hubiera cambiado el destino de esa pobre señora, pero al menos seguirían en posesión de la máscara. Estaba claro que esa despreciable mujer había hecho lo imposible por hacerse con ella y no existían dudas de que llevaba mucho tiempo intentándolo.

¿Qué demonios era esa máscara? En los papeles que dejó Paolo no puede encontrarse ninguna respuesta clara. Ni Santiago ni el propio Roberto eran aún capaces de aclarar ese asunto. Supuestamente, el siguiente paso era ir a Arezzo, al Museo Casa Vasari, y allí debían encontrar algunas respuestas a todas sus preguntas.

¿Merecía la pena continuar? Roberto lo tenía bastante claro. Luigi había perdido a su madre a causa de todo aquello y a su padre, de forma indirecta, también. Además, Odelliah dijo que reinaría en la Historia, y nombró la

esvástica. Roberto sabía, en lo más profundo de su ser, que si no hacían nada algo muy malo estaba por suceder.

Tenía la certeza de que ese no era el final del camino para lo que había comenzado con la visita de Luigi a Granada. Se acordó súbitamente de Gabriela. Ojalá hubiera tenido más tiempo de estar con ella. Esperaba no estar fallándole por ausentarse unos días, si finalmente decidían ir a Arezzo. Tuvo la necesidad de darle una explicación. Sacó su teléfono del bolsillo y comenzó a redactar un mensaje en el que le explicaría lo más básico del asunto para no dar demasiados detalles que pudieran ponerla en alguna situación peligrosa dadas las circunstancias. Diez minutos después llegó al hotel y ahí estaba Catalina esperándole, con el cuenco para la comida vacío y el del agua a medio llenar. Se acercó al pantalón de Roberto y comenzó a rozarse contra él, demostrando así la alegría que le daba volver a verle. Emitía pequeños maullidos cargados de amor que Roberto acogió con suma satisfacción.

—Hola, preciosa. Perdona por haber estado hoy tan ausente... —dijo mientras le llenaba el cuenco con más pienso—. ¿Cómo estás?

Se tumbó en la cama y estuvo durante un largo rato acariciando el lomo y la cabeza de su leal compañera de vida. Sintió que el pecho se le llenaba de relajación y de paz. Como siempre, su gata era el perfecto bálsamo contra cualquier problema que la vida le planteara.

—¿Quién me mandaba a mí bajar a Granada en vacaciones? —le dijo al felino.

Sabía que, aunque existían miles de opciones, volver a su ciudad, a pesar de todo, había sido la mejor opción ya que, aunque de una forma un tanto peculiar, estaba recuperando tiempo junto a su padre. Lo ideal, pensó, hubiera sido hacerlo de otra manera, pero así se habían presentado las cosas. Luigi había llegado para hacerles la vida un poco más complicada, aunque obviamente no fuera esa su intención.

El suave lomo de Catalina estaba resultando de lo más reconfortante para Roberto, que sopesó durante algunos instantes la opción de no volver a casa de su padre y quedarse a dormir en el hotel. Podría hacerlo así y al día siguiente salir temprano para comenzar a planear qué hacer a continuación. Estaba en el aire si irían a la ciudad de Arezzo o si, por el contrario, decidirían abordar el tema de otra forma. Incluso abortar todo lo planeado por seguridad para todos.

Transcurrido un buen rato, volvió a incorporarse para ponerse el pijama.

Había decidido abandonar el hotel al día siguiente. Esperaba que Luigi durmiera toda la noche y que su padre también lo hiciera. Él necesitaba relajarse a solas, con su gata, como siempre.

De repente, un pensamiento sacudió la mente de Roberto, que acababa de recordar una de las palabras que consiguió leer en los documentos de Paolo en aquellos segundos que los pudo ojear y a la que en un primer momento apenas prestó atención. El estado de relajación en el que se encontraba había propiciado que su mente volviera justo a aquel instante. Esa palabra debía significar algo, sin duda.

Se levantó, apartando lentamente a Catalina, que disfrutaba de un plácido sueño, y se sentó frente a su ordenador portátil. Tecleó aquella palabra y comenzó a leer, entusiasmado, sintiendo que podría aportar algo bastante valioso a la investigación.

La noche se le estaba haciendo eterna. Apenas confiaba en llegar a dormir. Ese mensaje oculto en el libro favorito de su padre fue algo que provocó un tsunami de sentimientos dentro de ella. La persona que ella pensaba que la había dejado abandonada desde que era pequeña no hizo tal cosa. Se vio obligado a marcharse para reunirse con «alguien» que le amenazó con hacer daño a su familia si no le entregaba «su tesoro».

Según ese mismo mensaje, él le entregaría a esa persona una falsificación y le pedía que guardara otra cosa que Gabriela desconocía por completo. Al no regresar jamás, y coincidiendo con lo que Carmen creía, lo más seguro era que hubiera muerto en ese lugar llamado Arezzo. «¿Con quién se vio mi padre en esa ciudad?», se preguntó una y otra vez desde que se echó la sábana por encima y se dispuso a intentar conciliar el sueño.

No lograba llegar a ninguna conclusión convincente. Si llamaron a su padre debió ser porque averiguaron dónde vivía. Si era ese el caso, ¿por qué no fueron directamente a Granada en vez de solicitarle que se desplazara a Italia para entregarles ese dichoso tesoro? ¿Qué tesoro? Algún motivo de mucho peso debía existir para que él se viera obligado a marcharse, sabiendo incluso que existía la posibilidad de que no regresara a casa.

Gabriela continuó varias horas más dándole vueltas a todos los interrogantes que se le amontonaban, uno tras otro, en la cabeza. Al haber transcurrido treinta años de aquello, debía significar que aquella persona o

personas creyeron que lo que fuera que les entregó Ernesto era auténtico y no una falsificación. Por eso nunca más se volvió a saber del asunto.

Volvió a mirar el reloj después de dar la enésima vuelta sobre el cómodo colchón. Las dos de la madrugada. De nuevo, llevó a su mente la imagen de su padre en aquella fotografía familiar del día que fueron al parque acuático de Cenes de la Vega. Otra vez sintió enfado al recordar que le ocultó lo que verdaderamente ocurrió. ¿Se negaría a aceptar la posibilidad de que su marido hubiera muerto? Quizá, hasta que ella no vio de cerca su propia muerte, no quiso asumir esa realidad, protegiendo, con su propia ingenuidad a su hija de un dolor mayor e innecesario.

El teléfono de Gabriela sonó. Se sobresaltó y lo tomó de la mesilla de noche. Miró la pantalla, que le cegaba con la claridad, y comprobó que se trataba de un mensaje de Roberto: *«Me encantaría poder verte mañana. De hecho, es lo que tenía planeado, pero creo que no será posible. Las cosas se han complicado y no sé si estaré disponible en los próximos días. Te llamaré en cuanto me sea posible. Quizá viaje dentro de uno o dos días a Arezzo, en Italia. Ya te avisaré cuando vuelva. Espero que estés mejor y más animada. Buenas noches. Un beso. Roberto».*

—¡¡Arezzo!! —gritó en medio de la oscuridad.

Se incorporó y encendió la luz de la mesilla. Sorprendida ante lo que acababa de leer se preguntó cómo era posible que Roberto quizá hiciera un viaje al mismo lugar al que su padre fue cuando se marchó de casa. ¿Qué le llevaba a esa ciudad?

Se levantó y fue a hacerse una infusión relajante. Tenía que dormir cuanto antes. Quería llamar a Roberto, pero prefirió no hacerlo debido a la hora que era.

¿Sería cosa del destino, que pretendía unirles de nuevo? No estaba dispuesta a esperar más de lo necesario. Quizá era la señal para saber qué sucedió con su padre. Era imposible que fuera algo relacionado con el motivo que llevaba a su caballero de corcel blanco a desplazarse a la ciudad italiana.

Media hora después se vio obligada a tomarse una pastilla con diazepam para dormir. Su mente no dejaba de trabajar, ajena a su propia voluntad. El día siguiente tendría que resolver algunos asuntos y tenía que estar con todas sus fuerzas repuestas.

—Buenas noches, mamá...



Nadie pudo imaginar jamás que el infierno podía desatarse de aquella manera sobre la tierra. Nadie pudo pensar bajo ningún concepto que el campo de batalla serían las calles donde se criaron y donde fueron tan felices los zagales, donde las jotas sonaban alegrando el lugar para padres, hijos y nietos.

El cielo se abría entre estruendos que parecían anunciar la llegada del mismísimo apocalipsis. La tierra temblaba como si de ella pudiera emerger la más gigantesca y letal de las bestias. El rojo comenzó a inundar las calles, las paredes y las puertas de todas las casas. Salpicada y mezclada con lágrimas de desesperación.

Una auténtica guerra se libraba sobre sus cabezas, y eran precisamente ellos quienes derramaban la sangre para victoria de otros. No había piedad, pues los cuerpos fueron llenando cada esquina del pueblo. Cuerpos en muchas ocasiones incompletos. En muchas ocasiones, aún vivos, aunque sentenciados. Las familias salían de sus casas entre gritos de desesperación y pánico, corriendo sin rumbo ni destino y tropezando entre ellos en una demencial competencia para ver quién podía sobrevivir.

Una casa cualquiera, como todas las demás de ese pueblo, aunque lejos del centro, albergaba dentro a cuatro personas atemorizadas. Cuatro almas que veían que la muerte llamaría a su puerta en cualquier momento para llevarse

sus vidas con ella.

Esa familia, aquella noche y entre sonidos de bombas cayendo y explotando, pudo ver que, tras la puerta de entrada a la casa, una figura se había asomado, reclamando su atención. Parecía, efectivamente, la misma muerte; una persona que sin preguntar antes, se dirigió a ellos con voz firme y autoritaria.

—¡Poneos de pie! ¡Tienen que seguirme! —dijo con ímpetu.

Los dos niños, de siete años cada uno, corrieron a arrojarse a las faldas de su no menos atemorizada madre. El padre de familia se levantó del suelo donde se encontraba acurrucado junto a los demás y se dirigió a la puerta. Se armó del poco valor que le quedaba debido al bombardeo que el pueblo estaba sufriendo, y habló directamente al hombre apostado bajo el marco de la puerta, a quien no pudo identificar ya que la densa oscuridad solo era interrumpida por los fognazos de las explosiones.

—¿Quién es usted? —le espetó con disimulada inquietud.

—No pierda más tiempo. Coja a su familia y venga conmigo. Deben salir de aquí cuanto antes. Les indicaré dónde deben ir para estar a salvo.

El hombre volvió su mirada para contemplar a su familia, aterrada, tras la mesa del centro de la vieja y empobrecida sala. Sin pensarlo dos veces agarró a su mujer y la ayudó a levantarse. Cada uno de ellos cogió a un niño en brazos y siguieron al hombre misterioso calle abajo. Cuando recorrieron pocos metros, se detuvieron y esperaron nuevas instrucciones. El pueblo continuaba muriendo a su espalda y pudieron ver más personas corriendo en direcciones diferentes a la que ellos seguían.

—Escóndanse ahí —dijo el hombre señalando una pequeña cueva a algo más de cien metros de distancia—. Si lo hacen, saldrán con vida. Si no me hacen caso, morirán aquí.

La mujer y el hombre miraron al desconocido, y con el simple brillo de su rostro, que pudieron percibir gracias a la explosión de otra bomba, fueron capaces de asumir que tenían que hacer caso a esa persona salida de la nada. Su aspecto, aunque extraño, y su apariencia, indicaban que no había maldad en él. Se volvió y, de nuevo, le preguntó.

—¿Quién es usted?

No contestó. Simplemente se limitó a mirar a los niños. Lloraban sin consuelo y únicamente eran capaces de abrazar a su madre como quien abraza al mismo Dios. Sonrió tiernamente al ver la cara de los pequeños y contestó:

—Me llamo Santiago.

El padre de los niños observó a ese hombre como quien contempla la misma aparición de un santo. Continuó admirándolo mientras agarraba a su mujer y a sus hijos. No podía apartar la mirada de esa persona que les sonreía con una bondad y una esperanza infinita. Definitivamente no tenía nada que ver con la muerte. Ese ángel venido del cielo y con extraños ropajes les había avisado de lo que iba a suceder. Les había salvado la vida.

Bajaron la pendiente y un segundo después, una bomba cayó justo encima de la casa donde se encontraban minutos antes. Su propia casa. El matrimonio fue consciente de que ellos deberían haber estado ahí si ese hombre no hubiera aparecido. Un segundo en el que la vida y la muerte se cruzaron y se dieron una tregua para ampliar su contrato.

Cuando volvieron la mirada hacia su ángel de la guarda, a cincuenta metros de distancia, vieron horrorizados que yacía bajo una enorme roca que le aplastaba medio cuerpo. La cabeza no podía vérselo, y la sangre y algunos de sus miembros quedaron esparcidos a su alrededor.

No pudieron permitirse el lujo de quedarse allí y que la advertencia venida de ese hombre de ninguna parte quedara en algo inútil. Entre llantos infantiles y dolor adulto rebosando de sus ojos, corrieron colina abajo hasta cobijarse debajo de la pequeña cueva que servía de almacén de una casa ahora sin habitantes. Allí esperaron durante horas hasta que fueron atendidos y puestos en un lugar más seguro. Allí fue donde más de seis mil personas debían morir los días siguientes. Más de seis mil almas que debían firmar su nuevo contrato, esta vez, con la muerte.

Ese día fue el primero de tantos en los que la sangre y la pena fueron los únicos elementos en el lugar. Desde entonces, en el pueblo viejo de Belchite, ya no rondan los zagales, ni se oyen las jotas que sus padres cantaban.

**J**usto cuando despertó, entre fríos sudores, Santiago supo que el recuerdo del relato que su padre le había contado cuando era pequeño, siempre le perseguiría, por mucho que hubiera pensado en lo contrario. Le debía su nombre a esa persona que apareció aquella noche del 24 de agosto de 1937 en el pueblo donde vivía su padre: Belchite.

Nunca le contó a su hijo Roberto que su bisabuelo sobrevivió a la encarnizada lucha que libraron los Nacionales contra los Republicanos en su pueblo natal. Nunca le contó a su hijo que un extraño hombre apareció de la nada la noche en que comenzaron a caer las bombas sobre el lugar.

El padre de Santiago, uno de esos niños que tanto miedo pasaron aquella noche de bombardeos sobre Belchite, decidió nombrar a su hijo con el mismo nombre que ese ángel que les salvó. Santiago nació en 1958, cuando su padre contaba con veintidós años. Fue un niño querido y feliz, pero cuando comenzó su adolescencia, conoció el motivo de que se llamara así. La historia que le contaron le dejó profundamente impactado, siendo consciente de que, si esa persona nunca hubiera aparecido en la casa de sus abuelos, él jamás habría existido, y por extensión, hoy tampoco existiría Roberto.

Todo se lo debía a ese hombre. Desde entonces, cada cierto tiempo, unas terroríficas pesadillas atormentaban las noches de Santiago, llevándole al momento que tantas veces había imaginado a partir de lo relatado por su padre. Como si de un recuerdo propio se tratase, podía verlo con todo lujo de

detalles; sonidos y secuencias que su cerebro recreaba con una facilidad asombrosa y que estuvieron atormentándole durante muchos años. Más de los deseados. Fue por ese motivo que jamás le contó nada a su propio hijo. Quería evitar que pudiera sucederle lo mismo a él.

Pensó que las pesadillas habían desaparecido ya que llevaba años sin tenerlas, pero aquella noche, después del día tan duro que vivió, volvieron con más intensidad. Aún resonaban en sus oídos las bombas y los llantos desesperados.

Decidió levantarse para hacerse una infusión y relajarse con un buen cigarrillo junto a la puerta de entrada de la casa. Ni siquiera sabía la hora que era, aunque imaginó que ya poca gente andaría por la calle siendo de madrugada. Con suerte, lograría encontrar esa paz que tanto deseaba en aquel momento.

Justo al pasar junto a la habitación donde horas antes habían acomodado a Luigi, oyó un leve sollozo ahogado. Se detuvo, sabiendo lo que estaba ocurriendo. Dudó entre golpear suavemente la puerta para pedir permiso y entrar en la habitación, o darle espacio al joven para que se desahogara por todo lo que estaba sucediendo. Tras varios segundos, supo que nadie debería interrumpir un momento tan íntimo y doloroso como aquel.

Por lo visto, y dado el estado en el que se encontraba Luigi, Santiago supuso que su hijo finalmente había decidido pasar la noche en el hotel. Regresó a su habitación y, de nuevo, tomó los papeles de Paolo entre sus manos. Por enésima vez los leyó detenidamente ante la falta de sueño provocado por el mal rato vivido a raíz del sueño sobre Belchite.

Volvió a leer aquella frase donde se citaba aquello de reinar en la Historia. Paolo sabía que Arezzo y aquel museo eran la siguiente parada en su investigación, pero jamás pudo hacerlo él mismo. Sin duda, Paolo sabía más sobre la máscara de lo que parecía y, sin embargo, no lo dejó reflejado en ninguno de sus escritos. ¿Por qué?

—Reunir las tres partes... —dijo en voz baja.

No tenía ni idea de qué quería decir con eso y la duda e incertidumbre le estaban matando. Esperaba poder aclarar algo al día siguiente, cuando pudiera sentarse de nuevo con su hijo y Luigi. Entendía que el italiano quisiera marcharse a su casa para encargarse del entierro de su madre, así como para recuperar energías. Comprendía que incluso se diera el caso de que decidiera desvincularse de todo y prefiriera quedarse en Fontanelle y continuar con su

vida de la mejor manera que fuera capaz.

Lo que no admitía duda era que, visto lo visto, fuerzas más oscuras y peligrosas de lo que él pensaba andaban detrás de la máscara. Solo faltaba por saber qué efecto tenía reunir la máscara con esas otras dos partes o piezas y si esa persona, Odeliah, ya las tenía en su poder, aunque sabiendo lo que dijo antes de despedirse de Luigi, no era descabellado pensar que no era esa la situación. «Tenemos que llegar hasta esas piezas antes que ella», pensó. «Si no, cualquiera sabe a qué se puede referir cuando habla de reinar en la historia...»

Un ruido le sacó de sus pensamientos. Luigi acababa de cerrar la puerta de su habitación y la luz ya no podía verse por debajo de la misma. Santiago deseó que pudiera descansar y que consiguiera reunir las fuerzas suficientes como para superar todo lo que le había ocurrido.

A la mañana siguiente, Roberto se despertó muy temprano. Su estado de emoción era únicamente equiparable al de preocupación por cómo habría pasado Luigi la noche. Iba cargado con su enorme maleta, el transportín, con Catalina dentro, y con el maletín de su portátil colgado del hombro. Se arrepintió de no haber cogido un taxi para desplazarse, pero en el momento, la casa de su padre le pareció estar increíblemente cerca de allí.

Minutos después y con la camisa completamente sudada, llegó al gran portón de su antiguo hogar. Agarró el enorme aro de metal y lo golpeó con fuerza. Deseaba entrar, soltar todo su equipaje y darse una ducha caliente. El olor del desodorante ya había desaparecido e intuía que estar junto a él no debía ser demasiado agradable.

Cuando se abrió la puerta, su padre le esperaba con un aspecto bastante sombrío y con la mirada cansada de no haber conseguido dormir con facilidad. Cuando entró y dejó a su gata en libertad, ambos accedieron a la pequeña sala que había junto a la cocina donde ya estaba sentado Luigi con una taza de café entre sus manos y con un aspecto aún peor que el de su padre. Sobrecogido, Roberto se acercó a él.

—Buenos días, campeón. ¿Cómo te encuentras?

El italiano levantó la mirada, inundada de infinita tristeza, y sonrió tímidamente.

—Bueno... He estado mejor —calló algunos segundos mientras Roberto

tomaba una taza y se servía un café para él—. Gracias por intentar protegerme ayer al intentar que no viera la fotografía. Debí hacerte caso...

—No tienes que dármelas. Lo más lógico fue lo que terminó sucediendo. En el hospital donde trabajo tenemos que dar la noticia del fallecimiento de un ser querido más veces de las que deseamos, y en un altísimo porcentaje, la familia insiste en ver a su familiar o amigo fallecido. Obviamente, no en todos los casos se les permite, pero cuando se les concede su petición, la mayoría coincide en que hubiera sido mejor no hacerlo.

Santiago se sentó junto a Luigi y le puso la mano sobre su rodilla. Apretó levemente los dedos y miró a su hijo a la cara.

—Anoche me desperté porque tuve una pesadilla, como siempre, y me di cuenta de que la luz de la habitación de Luigi estaba encendida. Lo oí llorar, pero preferí no molestarle y me volví a mi cuarto para intentar dormir de nuevo. Esta mañana, sin embargo, me he animado a preguntarle qué le sucedía. Me lo ha contado todo y me ha dado permiso para compartirlo contigo — Roberto dio un sorbo a su café, incrédulo ante la posibilidad de que la desgracia de Luigi pudiera ser más grande todavía. De ninguna forma, pensó, podía darse esa situación. Enarcó las cejas y su padre continuó—. Recibió un mensaje en su teléfono móvil. De nuevo era de esa mujer. Decía que sentía mucho que no hubiera visto la foto. Se encargó de describir al dedillo qué era lo que aparecía en la imagen y finalmente le dijo que, si pensaba en ir a su casa a buscarla, sería inútil, ya que de las cenizas nada puede rescatarse. Dijo también que jamás la encontraría y que se había fundido en una sola con la propia casa.

La mirada de Luigi continuaba mirando al vacío. Parecía que nada podía hacerle ya más daño, y la insensibilidad se había convertido en el único modo de sobrevivir a todo aquello. En la única manera de hacerlo mínimamente soportable. Roberto quedó estupefacto ante las palabras de su padre. Soltó el café sobre la mesa y puso ambas manos sobre su rostro, intentando encontrar las palabras adecuadas para afrontar lo que acababa de oír.

—¿Cómo puede ser?! ¿Qué diablos tiene esa máscara para que haya provocado toda esta mierda?! ¿Qué mente enferma hace eso y encima se revuelca disfrutando como un cerdo?! —gritó con rabia.

Santiago se levantó y lo agarró por ambos hombros.

—Precisamente esto es lo último que Luigi necesita. Yo necesito que seas templado, hijo. Eres cirujano, así que imagina cuando tienes que hacer una



operación delicada y debes destensar cada músculo de tu cuerpo. Relájate y no te dejes llevar por la emoción.

Su hijo hizo caso y se volvió a sentar en el sillón.

—Lo siento...

Luigi se levantó de donde estaba y se dirigió a la que se había convertido en su habitación. En el trayecto se encontró con Catalina, y al ver la belleza del animal, el brillo de sus ojos volvió por unos segundos. Se agachó frente a ella, ya que estaba rozando su pequeña cabeza con sus piernas.

—Hola... Creo que te llamas Catalina, ¿verdad?

Permaneció durante algunos segundos más acariciando al animal mientras se acordaba de cómo su madre le enseñó cuando era pequeño a acercarse a los gatos monteses sin que saliesen huyendo. Desde pequeño, Luigi mostró un talento natural para estar entre animales. Se sentía cómodo así y más a gusto que con las personas. Fue con sus padres con quienes aprendió a amar a los animales y a la naturaleza. Esa gata había logrado recuperar un bonito recuerdo y consiguió hacer que un débil destello de luz naciera en su alma. La bondad en su rostro provocó que Catalina supiera que él era alguien a quien podía acercarse sin nada que temer.

Las lágrimas volvieron a asomar por los ojos negros del italiano, el cual, al sentir las, se incorporó y continuó su camino hasta el lugar donde tenía guardada sus cosas. Poco después, regresó a la salita con un sobre sin cerrar, pero con la solapa sujeta para guardar su contenido. Lo colocó sobre la mesa y lo abrió con mucho cuidado después de apartar su taza de café. Se descubrió una foto de Paolo Di Martino y de Martina. Aparecían junto a Luigi bajo la sombra del roble donde su padre enterró sus descubrimientos sobre la máscara. Luigi acercó su dedo índice a la imagen y lo paseó sobre los rostros de sus padres. Miró a Santiago y Roberto con determinación.

—Estas dos personas eran mis padres: Paolo y Martina. Lo tenía todo en la vida junto a ellos. He sido el niño más feliz de Italia, a pesar de sufrir las enfermedades que tenían cada uno de ellos. Jamás hubo ningún tipo de violencia en casa, ni de malos hábitos, ni siquiera una palabra más alta que otra. Siempre había sonrisas. Mi casa era el paraíso para cualquier infancia — respiró hondo y colocó la foto que la noche anterior había tomado de la mano de Roberto—, Ésta también es mi madre. Esta mujer se quedó sola en casa porque yo decidí venir a España para investigar sobre la máscara. Esta mujer —volvió a señalar la segunda foto—, a pesar de todo, sigue sonriendo, como

siempre hizo —ni Roberto ni su padre fueron capaces de interrumpir lo que el chico les estaba diciendo. Estaba cargado de emoción y totalmente vacío de rabia tal y como sucedió cuando vio la fotografía por primera vez. Luigi continuó—. Esa máscara me lo ha quitado todo. Esa mujer, por la razón que sea, ha decidido arrasar con todo lo que le pille por delante para conseguir algo tan absurdo como, literalmente dijo, reinar en el tiempo. No creo que nadie pueda reinar en ningún sitio. No creo que esa máscara sea mágica y tampoco creo que la leyenda detrás de ella esté justificada. Por supuesto, no vale las vidas que ya se ha cobrado, porque estoy seguro de que mis padres no son los únicos que directa o indirectamente han caído a causa de ella —recogió las fotos y las guardó en el sobre—. Me ha dejado sin nada y no estoy dispuesto a que esto quede impune —de sus ojos comenzaron a brotar lágrimas que no se preocupó en ocultar ni secar—. Esa mujer y esa maldita máscara me han arruinado la vida. Me han dejado vacío por dentro. Me han matado junto a mi madre, porque yo ya estoy muerto. Pero no voy a quedarme a mirar cómo la vida sigue sin hacer nada para encontrar un mínimo alivio a mi alma. La vida no puede continuar así, sin más, simplemente porque a mí me la han quitado. No permitiré que la vida siga de ningún modo —se detuvo para coger aire—. Voy a llegar hasta el final de todo esto y destruiré esa máscara. Y si puedo, me llevaré por delante todo lo que se me cruce en el camino. Mataré a esa hija de la gran puta.

Tras aquellas palabras, nadie en la sala dijo nada durante varios minutos. Luigi lloraba, en silencio, pues no emitía sonido alguno. Sus lágrimas eran la única prueba del fuego que ardía dentro de su cuerpo. El silencio continuó un rato más y el café se enfrió.

Gabriela caminaba por el centro de Granada, pensando en el mensaje que Roberto le envió la noche anterior, sin atreverse a hacer conjeturas precipitadas. Por más vueltas que le daba al asunto, no conseguía encontrar lógica a lo que estaba sucediendo. Recordó entonces aquel libro que leyó algunos años atrás titulado *Señales y señales* de un reconocido autor que hablaba sobre la forma en que la vida, el cosmos o el destino tienen de mandar señales a las personas para que puedan ser interpretadas. Esas señales son advertencias sobre qué camino tomar o cuál desechar para que tu vida sea más positiva, más provechosa o para saber si lo que estás haciendo es lo correcto o no.

No tenía duda de que, tal y como leyó, el Universo quería decirle algo al hacer que Roberto le enviara aquel mensaje de texto la noche anterior. Algo que, a pesar de todo, no sabía cómo interpretar. No tenía claro si debía ir a esa ciudad, Arezzo, con él, o si tenía que informarle sobre toda su historia personal y que todo fluyera como tuviera que fluir. Tenía muchas dudas en su cabeza y ninguna forma de solventarlas. Aún estaba acostumbrándose a la idea de que su padre partiera de casa con la intención de dar algo a alguien que le estaba amenazando o que él consideraba peligroso. Había detalles de esa historia que no le terminaban de quedar claros, pero creyó que, si iba a la misma ciudad que su padre, conseguiría, de algún modo, obtener respuestas.

Entonces tomó una decisión. Era hora de cometer otra locura, como cuando tuvo la genial idea de viajar sola a ver las auroras boreales y no avisó a nadie más que a Carmen para que cuidara de su madre. Todavía sonreía al recordar la cara de Teresa cuando le contó que se iba de viaje a más de tres mil kilómetros de distancia y por un lapso de dos semanas. Esas eran las cosas que a Gabriela le funcionaban. Actuar por impulsos, siguiendo las señales, siempre le trajo cosas buenas, y en esa ocasión no debía ser diferente, pensó. Rauda, puso rumbo a la calle donde se situaba su agencia de viajes habitual. Así había surgido y así tenía que hacerlo.

—Imagino, entonces, que estás decidido a continuar con lo que tu padre comenzó —advirtió seriamente Santiago.

—Efectivamente. Terminar lo que él empezó es la única forma que se me ocurre para que todo por lo que he pasado no sea en vano. Por eso, nunca podría terminar de daros las gracias por estar conmigo. Sin embargo, antes tengo que ir a casa para dar a mi madre el descanso que merece. Tengo que despedirme de ella. Cuando haga eso, iré donde estéis y continuaré junto a vosotros.

Padre e hijo se miraron y sin decir nada se reafirmaron mutuamente en la decisión de acompañar a Luigi en todo aquello.

—Es completamente comprensible, Luigi. Aun así —dijo el cirujano—, tenemos que tomar muchas medidas de precaución. No podemos permitir que esa mujer vuelva a cruzarse en nuestro camino y vuelva a hacernos daño.

Los demás asintieron y de forma casi automática, las miradas se centraron en Santiago. Él sabía que debía ser quien llevara la batuta en la empresa que estaba a punto de comenzar. Era él la persona elegida por Paolo para continuar con su investigación y era quien podía organizarlo todo para que todo saliera bien dada su experiencia en el campo de la búsqueda de información y exploración de lo desconocido. Meditó durante algunos segundos más y finalmente supo lo que debían hacer.

—Si seguimos el orden de los acontecimientos y la lógica de las

circunstancias, debemos dirigirnos a esa ciudad, a Arezzo —se levantó de su sillón y fue a por los papeles que recibió de Luigi—. Según Paolo, allí está el Museo Casa Vasari y es el lugar donde podríamos dar el siguiente paso que él no pudo dar para terminar de conocer las propiedades de la máscara y el motivo por el que se hagan tantas atrocidades en su nombre.

—¿Cómo podemos organizarnos? —preguntó Luigi bastante más calmado.

Roberto quiso hablar, pero prefirió dejar a su padre llevar la voz cantante.

—Creo que lo mejor será preparar lo más básico para el viaje y partir cuanto antes. Tenía dinero ahorrado para costear un viaje para dos a San José, en los Estados Unidos, pero dados los últimos acontecimientos, creo que la mejor forma de invertir este dinero sería en todo esto. Creo que eso es lo primero que tenemos que hacer. Una vez allí, ya buscaremos ese museo y veremos la forma de conseguir la información que necesitamos sobre la máscara.

Catalina subió sobre las piernas de Luigi. Le caía bien y se lo hacía saber a través del continuo ronroneo que emitía. Él sonrió y volvió a dedicarle las mejores caricias que podía dar en aquel momento. El pecho de Luigi sintió calidez junto a ella. Roberto sonrió. Ella era capaz de ablandar el más frío de los corazones. A él mismo logró curarle de la amargura cuando ésta era negra y profunda.

—Ella viene con nosotros —dijo Roberto.

—¿Quién? —preguntó su padre.

—Catalina. Yo no voy a ningún sitio sin que ella venga conmigo. Si un hotel no acepta animales, llamamos a otro, hasta que encontremos dónde hospedarnos con ella —contestó, sonriendo al animal.

Luigi le miró. Otra vez esa sonrisa. No era atracción lo que sentía. No había nada sexual en aquello. Era algo desconocido que le resultaba familiar. Mirar a ese chico le recordaba cosas de sí mismo que pensó que había olvidado. Tal era así, que contemplarlo, con su gata en su propio regazo, hizo que Luigi tuviera un encuentro consigo mismo a un nivel completamente diferente a ocasiones anteriores. Observar esa perfecta sonrisa, no por bonita, sino por cálida y cercana, hizo que, por primera vez, el joven italiano supiese realmente quién era la persona que veía cada mañana frente al espejo.

—Catalina vendrá con nosotros —respondió Santiago—. No tienes de qué preocuparte. Lo que a mí me preocupa es que podamos organizarnos para

no ir a ciegas. Necesitamos recopilar todo lo que sabemos hasta ahora sobre la máscara y ordenar lo que ha sucedido de forma cronológica.

Sobre la mesa comenzaron a aparecer papeles y fotografías, la mayoría, material que había traído Luigi desde Fontanelle, pero algunas cosas eran del propio Santiago. Roberto sacó una hoja con notas que había tomado la noche anterior en su casa. Estaba deseando contar qué fue lo que descubrió. Pensaba que conocer ese detalle sobre la máscara ayudaría mucho a la hora de alcanzar respuestas.

Santiago comenzó la síntesis de lo sucedido.

—Si me olvido de algo, ruego que me lo digáis —Roberto y Luigi asintieron—. Hace algunos meses, Paolo Di Martino recibió una máscara que, desde hacía bastantes años, le llamaba la atención. Estaba expuesta en una tienda de antigüedades de un tal Joan Ripoll en Tarragona. La consiguió a través de unos hombres que se la vendieron junto a otras cosas, aunque nunca supo a ciencia cierta de dónde la cogieron ni cuál era su origen. Joan quiso regalar esa máscara a Paolo, así que se la envió a su domicilio junto a una carta despidiéndose de él. Según me contaste, el comportamiento de tu padre cambió desde entonces. Pasaba mucho tiempo leyendo libros sobre alquimia y en internet buscando información sobre la máscara, pero lo preocupante fue su cambio de actitud a raíz de que la usara.

—Eso creía yo... —contestó lentamente.

—Aunque antes dijeras que no crees que esa máscara tenga nada de especial, sabes perfectamente que no es así. En el momento de su muerte, pidió usarla por última vez, y fue entonces cuando me nombró y dijo cosas aparentemente sin sentido. Te confesó que había escondido lo que después descubriste que era su investigación sobre la máscara, bajo el roble en el que jugabais cuando eras pequeño. ¿Cierto?

—Efectivamente. Nunca tuve la más mínima sospecha de que había trabajado tanto en conocer los detalles sobre la máscara.

—Después, llegaste a Granada y me lo contaste todo. Lo siguiente que ocurrió fue que recibiste la llamada de esa mujer amenazando la vida de tu madre si no le dabas la máscara. Esto me hace pensar que la andaba buscando desde algún tiempo atrás y que, casualmente, cuando dio con su origen, acababas de marcharte para buscarme —buscó las palabras que quería decir para no sonar rudo—. Entonces, hizo lo que hizo y cuando llegó a Granada se llevó la máscara.

—Olvidas hablar sobre lo que decían los papeles de Paolo —interrumpió Roberto.

—Cierto. En sus documentos, Paolo citaba cada paso que había dado en su búsqueda de información. Estaba convencido de que se trataba de la legendaria Máscara de Adamo. Una leyenda que nadie ha podido probar, aunque dados los últimos acontecimientos, es lógico pensar que sí es cierta —Catalina alternaba las piernas de uno con las de otro. Parecía que sabiendo que en poco o nada podía colaborar con lo que se estaba tratando en ese lugar y en ese momento, su única opción era la de dar compañía y sosiego a los presentes. Santiago continuó—. También decía que la máscara debía unirse a otras dos piezas para estar completa, y acompañaba con la frase: «Aquella persona que logre unir las tres partes, podría reinar en la historia». Me da la sensación de que esos dos elementos que aún faltan también son objetivo de esa mujer, a tenor de lo que le dijo a Luigi sobre que sería ella quien reinaría en la Historia.

—Sin hablar de lo de la esvástica —comentó Luigi.

—Tienes razón —respondió Santiago—. El Museo Casa Vasari era el siguiente punto que Paolo quería tratar en su investigación. Por lo visto, allí hay algo que podría ayudarnos a esclarecer la historia de la máscara.

Roberto sabía que su padre se estaba dejando un dato atrás, pero quiso ser él quien lo expusiera.

—En los papeles de Paolo aparecía una cosa más que quizá te haya pasado desapercibido, papá.

Santiago le miró intrigado. Su hijo estaba despertando un instinto y perspicacia digna de ser quien era.

—Cuéntame —dijo entusiasmado.

—Cinabrio —contestó.

Todos quedaron callados. Su padre le respondió.

—Sé qué es el cinabrio, pero no sé qué importancia podría tener.

—He estado investigando y pienso que podría estar relacionado con lo que nos ocupa más de lo que creemos. Veréis. El cinabrio es el material del que está compuesta la máscara. Es un mineral que pertenece a la clase de los sulfuros. El color de la máscara es el típico de este material. Se trata de un material que se compone de mercurio en un ochenta y cinco por ciento y de azufre en un quince por ciento. En los papeles de Paolo vi esa palabra y busqué en internet qué significaba, pero no queda ahí la cosa —Luigi y su

padre no se atrevieron a hablar—. Dijiste que Luca Adamo fue un alquimista del siglo XVI y es precisamente en el ámbito alquímico donde el cinabrio podría tomar, si no me equivoco, una importancia a considerar. El mercurio era considerado en alquimia como un conector del alma con la energía. Por otro lado, el azufre es, y siempre según la alquimia, un catalizador de energía. Sería capaz de captar la energía del entorno.

Santiago se sintió algo perdido. No lograba adivinar qué camino pretendía llevar su hijo. Preguntó.

—¿A dónde nos lleva esto Roberto?

—Pues que, si esa cosa fue fabricada por las manos de un alquimista, y los elementos usados son unos muy concretos y específicos, con un significado o cometido tan definido, quizá debemos comenzar a considerar la opción de que el uso que se le pueda dar a la máscara también esté relacionado con el mundo alquímico. Quiero decir que todo eso de reinar en la Historia y demás, podría ser parte de algún proceso de la alquimia que desconocemos y que quizá sea la clave para terminar de entender qué está pasando y qué quiere esa tal Odeliah. Podría dar también explicación al comportamiento de Paolo e incluso sería la excusa perfecta para que durante tantos años todo lo relacionado con la máscara haya estado oculto —tenía toda la razón y Santiago lo sabía. Luigi asintió a las palabras de Roberto, aunque comprendió menos de lo que le hubiera gustado. Roberto terminó—. Dicho esto, solo me queda pensar que el Museo Casa Vasari debe estar conectado con la alquimia, con la máscara o con el misterioso Luca Adamo.

Catalina maulló sin previo aviso. Pareció apoyar las palabras de su dueño. Santiago se acercó a su hijo y le sonrió.

—Estoy muy orgulloso de ti. Has llegado a un planteamiento bastante fuerte y sostenible. Creo que estás en lo cierto. Eres el mejor.

Luigi, que contemplaba la escena con ternura, lamentó no poder disfrutar de esa escena con su padre. Le había pedido que le enviara el paquete a Santiago, y ahora su madre había muerto y todo se había complicado demasiado. No le quedaba otra que justificar sus pérdidas y continuar avanzando. Sintió alegría de tener a aquellas dos personas frente a él, ayudándole.

—Bien. Entonces, queda decidido que nos vamos —dijo Santiago—. Preparad vuestras cosas porque tomaremos el primer avión a Florencia ya que en Arezzo no hay aeropuerto y ese es el más cercano. Tendremos que consultar



también qué aeropuerto queda más cerca de Fontanelle, para que Luigi pueda planificarse su viaje.

—Venecia. Aeropuerto Marco Polo.

—Perfecto. Entonces, teniendo todo claro, solo queda que no olvidéis nada y, sobre todo, Roberto, encárgate de buscar un hotel donde pueda alojarse Catalina y nosotros.

—Me parece genial, pero hasta mañana no hay vuelos a Florencia. Únicamente hay uno al día y es por la mañana. Ya lo he mirado e imagino que para Venecia habrá alguno más, pero es preferible que viajemos lo más a la vez posible.

—Pues que así sea —sentenció su padre.

La emoción que la embriagaba únicamente podía ser comparable a la de alguien que comienza a tocar el Edén. Las cosas se habían complicado, pero finalmente había conseguido hacerse con la legendaria Máscara de Adamo. Comprobó que los años invertidos en averiguar dónde fue a parar su máscara habían dado resultado. Sabía que no era una fábula ni un cuento, sino algo enteramente real. Ahora solo quedaba volver a casa, a su nueva casa, guardarla en un lugar seguro y dar el siguiente paso. Aunque para ello aún le faltaba información, lo que le obligaba a hacer una parada antes de ir hacia Berlín.

Tenía que hacerle una visita a su hermano mayor, eso significaba pisar Italia antes de ir a Alemania. Tenía la ligera sospecha de que ella no era la persona a la que a Oswald le gustaría ver aquel día, pero la tentación de darle la noticia de que había encontrado el místico objeto era demasiado fuerte como para ignorarla. Además, era él la persona que tenía que facilitarle el resto de información poder continuar con sus planes. Era su hermano quien sabía dónde encontrar las piezas que completaban la máscara. Él no creía siquiera que existieran, pero conocía la historia a la perfección.

Aún le quedaba un largo camino por recorrer hasta que terminara su periplo, pero con paciencia, como hasta ese momento, lo conseguiría todo.

El vuelo había sido bastante precipitado y se sentía algo cansada. Había tomado tres aviones en pocos días y comenzó a sentir un leve agotamiento.

Cuando llegó a Arezzo puso rumbo a la casa de su hermano.

La ciudad seguía como siempre. Las mismas tiendas, la misma gente, el mismo olor. Parecía que el reloj de la vida se había parado en ese lugar. Agradeció haber decidido marcharse en cuanto pudo. Avanzó por las calles hasta llegar a las últimas casas de la ciudad, antes de salir de la misma. Apartada, como si estuviera marginada por la propia Arezzo, estaba el lugar al que se dirigía. Cuando se encontró frente a la puerta de la casa de su hermano, el antiguo hogar familiar, pensó durante algunos segundos qué hubiera sido de ella si no hubiera leído aquellos viejos documentos que él le mostró aquel lejano día. Su vida sería igual de miserable que la de Oswald; sin ningún tipo de meta ni de plan, sin ninguna huella que dejar en la Historia.

Sonrió y volvió al presente. Llamó a la puerta y esperó a que él abriera. Unos segundos después, ésta se abrió lentamente.

—¡Hola, hermanito! —exclamó mientras entraba sin esperar permiso.

La persona que abrió la puerta, con semblante serio e inexpresivo, simplemente se apartó.

—Vaya... Hola, Odeliah...

—¿Qué pasa? ¿No te alegras de verme, Oswald?

Cerró la puerta y volvió a lo que estaba haciendo. Se sentó frente a un escritorio lleno de papeles y restos de comida basura, y continuó ojeando un texto sobre el manuscrito Voynich. El hermano de Odeliah era una persona bastante culta. Siempre estaba leyendo algún libro de historia, de arte o tratando de averiguar cómo adquirir nuevos conocimientos a través de lenguas muertas o en su defecto, muy antiguas. Era un hombre comprometido con la Historia y esa era precisamente la razón de que repudiara todo lo que tuviera que ver con su pasado, su familia o lo que una vez fueron éstos. Sin embargo, no podía deshacerse de su hermana pequeña, que sí mostró desde muy pequeña una afinidad a los pensamientos e ideología nazi que tuvieron los miembros del clan. Aunque odiara todo lo que su familia representaba, jamás pudo poner tierra de por medio entre él y Odeliah. Era su hermana y como él, estaba sola en el mundo.

En la casa únicamente había una habitante más además de Oswald. Caren Rivera, una mujer de procedencia andaluza y con sesenta y cinco años, que ya trabajaba allí como sirvienta desde antes de que los padres de Odeliah y Oswald murieran. No les tenía el más mínimo aprecio, pero tras el fallecimiento de éstos, los jóvenes herederos pidieron a Caren que se quedara

para continuar su trabajo como había hecho hasta entonces, a lo que ella accedió al considerar que eran muy pequeños para dejarlos solos en la casa. Oswald tenía quince años cuando sucedió y Odeliah contaba con tan solo doce.

Actualmente, ya algo mayor, vivía allí para continuar sirviendo, aunque para Oswald se trataba de darle alojamiento a aquella persona que tantos años dedicó a su familia.

La estancia donde Odeliah accedió para hablar con su hermano estaba imbuida en un olor, mezcla de humo de cigarros, porros, alcohol e incluso sexo reciente. Se estremeció ante aquella situación. No quiso ni pensar en lo que habría sucedido la noche anterior allí, ni con quién. Le preocupó que se le impregnara ese fétido aroma a su vestido o piel. El cuidado, mimo y dinero dedicado a su cuerpo no merecía ese entorno, pero tenía que hablar con su hermano. Era crucial que él supiera de su éxito.

—Oswald, la he encontrado —dijo mirando con asco el sillón donde se suponía que debía sentarse.

Su hermano dejó de leer. El corazón acababa de darle un vuelco en el pecho y sintió que por un instante le faltó la respiración. El enigmático manuscrito Voynich podía esperar. Levantó la mirada y durante algunos segundos no dijo nada.

—Eso es imposible —respondió secamente mientras ella sonreía, saboreando ese momento de triunfo, pero no dijo nada—. Enséñamela.

Inusualmente obediente, Odeliah se acercó a su bolso de viaje y sacó el objeto envuelto en terciopelo negro. Lo colocó sobre un hueco que había en el escritorio libre de papeles y restos de comida y se retiró un metro.

—Ahí la tienes. La auténtica máscara de Luca Adamo.

Con gesto delicado, Oswald tomó lo que su hermana acababa de depositar sobre la mesa y se lo acercó. Comenzó a sentir un leve temblor. Debía ser cierto. La energía que transmitía ese objeto no era normal. Cualquier persona con un mínimo de sensibilidad se estremecería ante tal poder.

La desenvolvió con mucho cuidado de no provocarle ningún daño, y la descubrió. Quedó hipnotizado.

—Es verdad... ¿Cómo lo has conseguido? —preguntó con auténtico pavor ante la respuesta que pudiera darle su hermana.

—Sabías que estaba dispuesta a cualquier cosa, Oswald. Y así ha sido.

Algo dentro de él se rompió. Estaba seguro de que Odeliah no había

conseguido la máscara pidiéndola por favor ni a través de ninguna operación comercial. No tenía la menor duda de se había acercado aún más a la oscuridad de lo que ya lo estaba.

—Odeliah, has conseguido hacerte con algo que es casi una leyenda. Tengo la sensación de que efectivamente se trata de la auténtica, esto emana un poder y una energía insólita. No quiero ni imaginarme qué sucedería si se completa —se detuvo y la miró—. No puedes hacerlo. Quiero pedirte que la dejes aquí para que pueda estudiarla con detenimiento. Sabes el equipo del que dispongo y podría ser el comienzo de un descubrimiento que además de fama y fortuna, cosa que me importa más bien poco, podría proporcionar un gran conocimiento a la humanidad.

Los ojos de su hermana se abrieron de par en par y comenzó a reír a carcajadas.

—¿Perdón? ¡Mira que eres ingenuo, Oswald! ¿Cómo piensas que te dejaría aquí la máscara? De sobra sabes los planes que tengo para ella. Desde hace cinco años, desde aquel día en que decidiste enseñarme aquellos escritos para que te diera mi opinión sobre su veracidad, sabes que la única idea que he tenido en mente es justificar lo que les pasó a padre y madre. Su muerte tendrá más sentido que nunca a través de mis acciones, porque sé que hago la que hubiera sido su voluntad. Podría hacer realidad el sueño de tantas personas como ellos, que deseaban un mundo mejor. Un mundo donde jamás se hubiera derrotado al régimen del Führer. Desde que leí esos papeles, sabes que mi obsesión con la máscara únicamente tenía este motivo, que está cada vez más próximo.

Oswald se puso de pie y sintió cómo le fallaban las piernas. No podía creer que ella hubiera dado con el objeto. Se llevó las manos a la cara, temeroso de lo que eso podría llegar a significar. Lamentó profundamente haberle enseñado esos documentos de Vasari. Todo era culpa suya. Intentó centrarse para explicarle a su hermana la gravedad del asunto.

—Jamás tuve intención de detenerte porque pensaba que era todo una leyenda o que te cansarías de hacerlo al ver que no te llevaba a ninguna parte, pero ahora que la has encontrado y la tengo delante, todo cambia. No puedes hacer nada de lo que me dijiste. Es de locos, Odeliah, y las consecuencias serían desastrosas. ¿Cómo iba yo a hacer caso de las fantasías de alguien así?

La expresión en el rostro de su hermana cambió totalmente.

—¿Así? ¿A qué te refieres con eso?

—Odeliah, tú no estás bien y lo sabes. Jamás has podido controlarte y yo tampoco he conseguido hacerlo. Tienes una atracción hacia el mal y lo perverso, propio de nuestra familia, que he intentado que trates de ignorar, pero nunca has consentido hacerme caso.

—¿Me estás llamando loca?

—En absoluto. Te estoy llamando inestable. Te estoy llamando peligrosa. Ese plan que me dijiste que tenías para la máscara es imposible de realizar, hermana. No puedes hacer eso. No puedes hacerle eso a la Historia ni al género humano. Voy a quedarme con esta máscara. Está decidido.

Acto seguido, un fuego se encendió dentro de Odeliah, que reaccionó sacando su puñal del bolso donde había sacado la máscara minutos antes. Oswald, instintivamente retrocedió, asustado. Aquella reacción fue totalmente imprevista por él.

—¿Qué haces? —dijo titubeando.

—Me has insultado. No confiaste en mí cuando te dije que me marchaba a buscar la máscara. Me llamas inestable. Quieres quedarte con lo que es mío. ¿Qué quieres que haga?! —se acercó a la mesa y tomó la máscara y el paño—. Solo quise venir para que supieras que lo había logrado. Todavía me falta encontrar las otras dos piezas y entonces podré, al menos, justificar la muerte de nuestros padres. Darle un sentido a lo que pasó. Después, si todo sale bien, vendrá la gloria —Oswald se estremeció—. Por cierto, hoy me quedaré a dormir aquí. Mañana por la tarde saldré hacia Berlín y necesito descansar. La casa es suficientemente grande como para no verte más en todo el día.

—¿Te quedas a dormir?

—Claro. Todavía es mi casa ¿no? Además, tienes que darme la información sobre el paradero de los ojos de la máscara. Dile a Caren que quiero una infusión con doble carga de azúcar y no demasiado caliente. Estaré en mi habitación.

Se marchó dando un sonoro portazo que hizo vibrar la mesa de su hermano. Éste, temblando y asustado, comenzó a vestirse para irse a su lugar de trabajo. Faltaba tan solo media hora para que comenzara su turno.

—No puede ser... Si la máscara es real, los ojos deben existir también...

Todo estaba dispuesto. La reserva en el Persian Hotel de Arezzo había sido confirmada. Después de tres intentos, habían encontrado un lugar en el que afortunadamente admitían animales. Los billetes de avión habían sido comprados el día anterior y el equipaje de todos estaba completo, únicamente con lo que necesitarían para los próximos tres días, o al menos eso previeron, ya que realmente no sabían cuánto tiempo estarían allí.

El vuelo de Luigi salía únicamente con una diferencia de una hora respecto al de Santiago y Roberto, así que decidió que iría con ellos al aeropuerto y estarían juntos hasta que se separaran. Estimó que permanecería en Fontanelle durante dos días para hacer todo lo que tenía pendiente y luego podría reunirse con sus compañeros.

De nuevo, como pocos días atrás, Roberto se vio esperando en una cola de embarque, con su gata durmiendo dentro del transportín y listo para facturar.

—Pensaba yo que tendría unas vacaciones tranquilas... —murmuró con la intención de que su padre le oyera.

—Te habrías aburrido —le contestó éste con una disimulada sonrisa dibujada.

Ambos se miraron con complicidad y se percataron que Luigi hacía bastante tiempo que no había dicho nada. El italiano aún procesaba todo lo ocurrido. Cada segundo que continuaba viviendo se convertía para él en una

dura prueba de lo que la vida puede cambiar en cuestión de un chasquido de dedos. El recuerdo de sus padres continuaba ahí y sabía que jamás dejaría de ser así. La imagen de su madre le perseguiría hasta el día de su propia muerte y aún no sabía cómo podría vivir con aquello. Los pensamientos le ayudaban a no observar el mundo en el que estaba. El mundo sobre el que caminaba le repugnaba, y la mejor forma de soportarlo era ignorarlo y vivir dentro de su propia mente.

—Luigi, después de facturar a Catalina iremos a comer una hamburguesa. ¿Te apetece o prefieres hacer otra cosa? —comentó Roberto.

No contestó. Continuaba en sus pensamientos. No soportaba tener que estar, después de todo, siendo una carga para aquellas personas. No tenía dinero ni nada con lo que poder corresponderles. No deseaba provocarles ningún gasto, y aceptar una simple hamburguesa se convertía en un enorme compromiso para él. Tenía hambre y sed y era consciente de que así no podía seguir, pero era la forma en la que se sentía a gusto.

Finalmente, sabiendo que el hijo de Santiago esperaba una respuesta de él, afirmó con un gesto de cabeza y volvió a mirar al suelo. Extrañó la fuerza que sintió en su interior cuando decidió continuar con todo aquello. Había desaparecido con el paso de las horas y le había dejado hueco por dentro. Esperaba poder recuperarla poco a poco, sino sabía que la pena se lo comería por dentro.

El gentío iba y venía mientras los tres esperaban a que la cola avanzara algún metro hasta el ansiado mostrador. Aunque Luigi se dirigiera a otro destino, estuvo con los otros en su cola de facturación. Ya tenía su billete de embarque. De repente el corazón de Roberto dio un vuelco. Tuvo que frotarse los ojos y soltar el transportín en el suelo ante lo que estaba viendo.

—No puede ser... —dijo al vacío.

Santiago le miró.

—¿Qué sucede?

Roberto no contestó. Indicó a su padre que vigilara a la gata y comenzó a caminar en dirección al mostrador paralelamente a la cola. Los viajeros que también esperaban su turno comenzaron a quejarse al pensar que el joven se estaba colando deliberadamente. Pocos metros antes de llegar al final de la cola, se detuvo y tocó el hombro de la persona que tenía a su derecha.

—¿Gabriela?

La chica se volvió, mostrando su rostro y respondiendo a la pregunta de



Roberto. Sonrió ampliamente y le contestó.

—¡Hola! Ya estaba dudando si te vería o si me saldría mal la jugada.

Se abrazaron durante algunos segundos. Al separarse, él le habló.

—¡No sé qué decirte! ¿Qué haces aquí? ¿Estás más animada?

Ella, sonrojada y muy agradecida por el interés que él mostraba, amplió aún más su sonrisa. La amargura desaparecía día tras día, aunque junto a él, lo hacía a pasos agigantados.

—Bueno, estoy bastante mejor. Poco a poco se van asumiendo las cosas y es inevitable continuar viviendo, así que no queda otra que seguir luchando —respondió con brillo en los ojos. Roberto apenas podía creer que se la hubiera encontrado en un aeropuerto, como cuando se conocieron días atrás. Con cara de desconcierto la miró, recordando lo que ella acababa de decir.

—¿Has dicho que dudabas si me verías o no? ¿Acaso sabías que estaría hoy aquí?

—Exactamente no. Sabía que ibas a viajar, aunque no estaba segura si sería hoy o mañana. Me enviaste un mensaje antes de anoche comentándome que quizá hicieras un viaje a Arezzo, en Italia, ¿recuerdas? —Roberto afirmó rápidamente. La duda sobre qué hacía Gabriela en el aeropuerto seguía sin resolverse. Ella continuó—. Pues si te parece, cuando me den mi tarjeta de embarque, nos sentamos a tomar algo y te termino de contar todo —miró a Roberto con picardía. Él no supo que más decir. Le había dejado totalmente fuera de combate. Únicamente acertó a responderle.

—De acuerdo. Me dejas con una duda enorme... He venido con un amigo y con mi padre. Espéranos en la hamburguesería y allí hablamos. Tenemos dos horas para hacerlo —se detuvo al darse cuenta de que ella se encontraba, efectivamente, en la misma cola que él. Sorprendido ante lo obvio de lo que estaba pasando, exclamó—. ¡¿También vas a Florencia?!

Ella asintió con la cabeza regalándole a Roberto la mejor de sus sonrisas.

—Concretamente a Arezzo.

Le tocó el turno y entregó su documentación. Él volvió a la cola, con el rostro sonriente y cargado de felicidad. En el lugar de antes le esperaban su padre y Luigi.

—¿Quién era esa chica? —preguntó Santiago.

—Nos va a esperar en la hamburguesería. Ahora te lo contaré todo. Ella también tiene mucho que contarme. Te la presentaré cuando nos reunamos dentro de un rato.

Minutos después, se encontraron los cuatro sentados, con una enorme hamburguesa cada uno. Roberto ya había hecho las presentaciones oportunas.

—¿Cómo es posible que estés aquí y que vayas a la misma ciudad que nosotros? —volvió a preguntar Roberto intrigado.

Gabriela, tomando un poco de aire, se dispuso a contestar a esa pregunta. Aprovechó para informarle sobre todo lo relacionado con su padre.

—Pues me dirijo a Arezzo por un motivo muy sencillo. Acabo de descubrir que mi padre, que pensaba que me había abandonado siendo yo muy pequeña, no hizo tal cosa, sino que viajó a esa ciudad, amenazado por alguien que le pedía que le entregara un objeto. Si no lo hacía, haría daño a su familia, o sea, a mi madre y a mí. Ese «algo» que tenía que entregarle no tengo ni idea de qué es. Únicamente sé que mi padre lo nombró «mi tesoro». Sabía que si viajaba allí existía la posibilidad de que no volviera, al menos vivo. De hecho, no lo hizo —dijo ensombreciendo su rostro—. A través de un juego de letras que dejó en su libro favorito para cuando yo fuera mayor, acabo de conocer la verdadera razón de su ausencia durante tantos años. Al recibir tu mensaje diciéndome que ibas a Arezzo, supe que yo también debía ir. No podía ser casualidad. Estoy convencida de que ha sido una señal del Universo para que haga una locura como esta y me embarque en este viaje —Santiago levantó una ceja—. Como no sabía si harías el viaje hoy o si ya lo habías hecho ayer, porque no me lo dejaste muy claro en el mensaje, pensé en hacerlo hoy, y si ya estabas allí, te contactaría por teléfono. Si, por el contrario, me había equivocado, ya llegarías.

Los tres escuchaban sus palabras con mucha atención. Santiago se percató de que esa chica se acercaba más de lo que aparentaba a sus propias creencias. Las señales que el Universo nos da en determinadas ocasiones para indicarnos qué camino tomar o para darnos respuesta a alguna pregunta hecha desde lo más profundo de uno mismo, estaban ahí y Santiago también estaba convencido de ello. Roberto habló.

—Entonces, ¿crees que en Arezzo vas a encontrar alguna respuesta que te diga qué sucedió con tu padre?

—Efectivamente. No tengo ni la más remota idea de cómo, pero voy a dejar que el destino lo haga por mí. Lo único que tengo claro es que debo coger ese avión a Florencia y después dirigirme a la ciudad de Arezzo —miró a todos y volvió a sonreír. Luigi, ahora más animado con aquella nueva cara, se animó a hablar.

—Parece que la muerte envuelve a Arezzo.

Gabriela se sorprendió al oírle decir eso. Se había dado cuenta de que apenas había hablado desde que Roberto les presentó, pero no esperaba ese comentario tan sombrío.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Santiago miró a Luigi, buscando su aprobación para contarle lo sucedido. Él no hizo ningún tipo de gesto. Decidió que tenía que ser él quien hablara sobre lo que habían vivido hasta entonces desde que llegó a Granada. Pensó que quizá de esa forma aliviaría un poco el vacío que sentía.

Veinte minutos más tarde, Gabriela estaba al corriente de todo lo relacionado con Paolo, la máscara y esa mujer llamada Odeliah. Quedó completamente impactada. Le pareció una historia aterradora la que acababa de oír pero, por otro lado, sintió un profundo respeto y admiración por los tres, aunque más por el chico italiano. Todo lo que le había ocurrido hundiría a cualquier persona.

—¿Qué tal estás? —le preguntó con ternura.

—Si no fuera por ellos dos, no sé si ya me habría reunido con mis padres. Yo no voy a viajar con ellos a Florencia. Mi vuelo es a Venecia. Tengo que ir a mi casa para dar sepultura a mi madre y a arreglar algunas cosas con las autoridades referente a su muerte...

Todos callaron. Roberto reaccionó.

—Vamos. No pienses así. Antes de que pasara nada te dijimos que te ayudaríamos a terminar la investigación de tu padre. Además, fuiste tú el que ayer nos llenaste de energía y valor a mi padre y a mí. —dijo poniendo su mano sobre el hombro de Luigi—. ¿Dónde está ese coraje y esas ganas que tenías?

El italiano agradeció profundamente las atenciones de Roberto. Sin él saberlo, le estaba ayudando más de lo que pensaba. Le guiñó un ojo y decidió que era hora de, al menos, intentar dejar atrás la oscuridad.

En ese momento, Santiago miró el reloj y comprobó que faltaban apenas treinta minutos para embarcar. Animó a todos a dejar el lugar para dirigirse a la puerta de embarque. Mientras caminaba disimuladamente se acercó a su hijo y poco a poco se fueron apartando de los otros dos. De forma casi imperceptible le habló.

—Hijo, creo que lo ideal sería que esa chica viniera con nosotros. Ya sé que lo que vamos a hacer es algo peligroso, pero estoy convencido de que el

hecho de que su padre viajara a Arezzo quiere decir algo. No me refiero a algo relacionado con lo que nos ocupa, sino que es matemáticamente imposible que dos personas que se conocieron hace pocos días, tengan que hacer, de forma imprevista, un viaje a un lugar como Arezzo. Europa es muy grande, el mundo es muy grande, y mira tú por donde, ambos viajáis al mismo sitio. Puedes creerme o no, pero eso tiene que significar algo.

—No sé lo que significa, papá. Estoy muy confundido. Justamente ahora es cuando ella se entera de lo de su padre. Tienes razón. Es algo muy improbable, pero recuerda que al igual que tú quieres que yo crea en tus ideas, debes creer tú también que las casualidades existen y que algo improbable no quiere decir imposible. Quiere decir lo que quiere decir.

**D**urante el trayecto, Gabriela aprovechó el tiempo, desde la cola del avión, para repasar los datos que había recabado sobre la ciudad a la que se dirigía. Como era de esperar, le tocó un asiento separado de Roberto, pero no le importó. Le parecía algo mágico que el destino hubiera tenido ese extraño comportamiento. Saber que lo tenía a escasos metros hacía que sus miedos desaparecieran. Intentando concentrarse, comenzó a leer.

—Arezzo, ciudad capital de su provincia homónima, se sitúa en la Toscana italiana. Tiene una población de casi cien mil habitantes y se encuentra a una distancia de doscientos quince kilómetros de Roma. Se encuentra cerca del río Arno y durante la época de los romanos fue llamada *Arretio* o *Arretium*. Tiene bastantes lugares de interés turístico, entre los que destacan la Basílica de San Francisco, con una obra de Piero della Francesca, la *Leyenda de la cruz*, un ciclo de frescos impresionantes, la Catedral de Arezzo, considerada otro lugar de obligada visita para turistas y vecinos, y la Plaza Mayor de la ciudad, con una gran remodelación realizada por Giorgio Vasari.

En ese momento, dejó de leer. Ese nombre hizo que se detuviera en seco. Recordó que Santiago, el padre de Roberto, había comentado que se dirigían al Museo Casa Vasari. Se lamentó de no haber ampliado la información recabada sobre los artistas nacidos en esa ciudad.

En el morro del avión se encontraban sentados Roberto y su padre.

Ambos estuvieron hablando largo rato sobre la conveniencia de que Gabriela se uniera a ellos o no. Estuvieron incluso elucubrando rebuscadas teorías de qué habría podido sucederle al padre de la chica. Sabían que nada de lo que pensarán se acercaría a la verdad, y que ésta sería bastante más sencilla que toda la historia que estaban imaginándose.

Una hora más tarde, el avión llegaba a su destino y sus ocupantes bajaron en busca de sus maletas. Gabriela buscó a Roberto y su padre para después recoger a la que faltaba. Era hora de que Catalina se reuniera con ellos.

El avión con destino a Venecia llevaba a bordo a Luigi Di Martino. Se encontraba sentado en el asiento de ventana, en la fila quince. Veía el Mar Mediterráneo. Al fondo comenzaba a divisarse su tierra. Italia saludaba desde el horizonte, dándole la bienvenida a quien nunca debió irse de allí. El corazón se le fue encogiendo muy poco a poco, casi sin darse cuenta. Al contrario de lo que él mismo hubiera pensado inicialmente, ver tierras italianas no le desanimó ni le afectó de forma negativa. Asumió que fue un error salir de casa. Al menos, su madre quizá hubiera tenido alguna opción de continuar con vida si él hubiera obedecido lo que su padre le pidió, pero eso no quería decir que el camino que estaba tomando fuera necesariamente incorrecto. Si todo eso sucedió, era para que él estuviera montado en ese avión, de vuelta a su país, pero con una misión completamente diferente.

Lo siguiente que debía hacer era acudir a las autoridades, explicar lo sucedido sobre la muerte de su madre y darle sepultura junto a su padre. Apenas confiaba en que pudieran detener a aquella persona, pero tenía que intentarlo. Sabía que esas cosas funcionaban de forma lenta, pero segura. Ni siquiera sabía si Odelliah era el nombre verdadero de esa mujer.

Cuando el avión tomó tierra, Luigi supo que todo había sido real. La muerte de su padre, de su madre, la máscara, Arezzo. Debía continuar caminando y ahora debía pasar sobre terreno espinoso y doloroso.

Tragó saliva y salió del avión.

**E**l trayecto de Florencia a Arezzo les resultó más corto de lo que habían pensado. Durante el mismo, Gabriela y Roberto hablaron de tantas cosas como les fue posible. Ambos sabían que el motivo por el que se dirigían a esa ciudad era de todo menos ocioso, así que hasta que no llegaran, decidieron emplear el tiempo en hablar de cosas banales. Recordaron lo bien y a gusto que se sintieron en aquel avión de vuelta de Galicia. Parecía que hacía meses de aquello, aunque en realidad fueron días.

Santiago vio cómo su hijo volvía a sonreír. No sabía apenas nada de cómo le había ido su vida en A Coruña. No tenía ni idea de las novias que había tenido, ni de si lo pasó mal al dejarlo, ni si fue él quien lo decidió o por el contrario fue ella. No tenía ni idea de qué cosas le hacían especial ilusión y de qué era lo que detestaba. Viéndole conversar con Gabriela, al margen del tema del que hablaban, se dio cuenta de que había algo en él que no había cambiado: su sonrisa seguía siendo la misma, esa sonrisa amplia, sincera y contagiosa. Le pareció normal que aquella muchacha estuviera tan prendada de él, así como Roberto lo estaba de ella. Saltaba a la vista. Santiago sabía perfectamente que esas dos personas que tenía delante querían estar juntas. Su infalible capacidad de análisis ya le había avisado de aquello. Esa misma capacidad que por otro lado alertó de que en Arezzo podrían suceder bastantes cosas, no todas buenas y que la mayoría, seguramente, escaparían a su propio control.

Esa despiadada mujer había demostrado no tener ni un solo ápice de

humanidad en su interior. Su forma de hablar, de actuar, todo en ella recordaba más a un monstruo. De repente, todos aquellos fantasmas y situaciones paranormales a los que hace años temió y que durante tanto tiempo estudió le parecieron irrisorios. Sabía que, a raíz de ese viaje su percepción de la realidad visible y la invisible cambiaría por completo, que una nueva etapa en su crecimiento personal estaba por comenzar.

Cuando bajaron del autobús, en la estación central, se asombraron de la vida y el ambiente que había en el lugar. La gente iba y venía, cargada de maletas e historias y parecía que era la tónica diaria. Ninguno esperaba ese volumen de personas allí, así que ver a tantos individuos diferentes y con tanta alegría, no hizo más que llenarles a ellos también de ese optimismo.

Gabriela tuvo una extraña sensación al preguntarse si su padre se habría bajado del mismo autobús que ella y con la misma sensación que ahora le inundaba su cuerpo. Roberto y su padre supieron en ese instante que, aunque el ambiente de la ciudad quisiera distraerles de todo lo demás, el auténtico motivo por el que habían viajado hasta allí era bastante más oscuro y serio que todo lo demás.

Se reunieron a pocos metros del propio autobús. Santiago les habló.

—Gabriela. ¿Qué hotel has reservado?

Roberto ya sabía la respuesta a esa pregunta, pero dejó que ella hablara.

—Ninguno —sonrió.

—Ya veo... —dijo Santiago.

Roberto tomó la palabra.

—Vendrá con nosotros. No sé si habrá habitaciones libres, pero ya que el destino la ha traído hasta aquí, lo mínimo que debemos intentar es que pueda quedarse en el mismo hotel que nosotros.

—En ese caso, vamos al hotel. ¿En qué dirección está? —dijo Santiago.

—Via Beato Angelico. Está muy cerca del anfiteatro de Arezzo. Podríamos ir a verlo si queréis —dijo ella.

Roberto sabía lo que iba a decir su padre. Comprobó segundos después que no se había equivocado.

—No hemos venido a hacer turismo, Gabriela. Cuando terminemos lo que hemos venido a hacer, veremos el anfiteatro y al Papa de Roma si queréis. Tú también deberías estar atenta si quieres saber algo más acerca de tu padre. Si, como yo, crees en las señales que nos manda el Universo, y que estás aquí, con nosotros, por alguna razón concreta, debes estar muy atenta a tu entorno, a



cada sonido, persona, animal o sensación que tengas, pues éstas te guiarán al lugar al que debas ir. No pierdas el norte entre tanta bruma.

—Tiene usted razón. Ya habrá tiempo para ver cosas.

El GPS de Roberto los llevó desde Viale Piero della Francesca, donde se encontraba la estación, hasta la calle antes mencionada por Gabriela. Unos minutos después llegaron a la puerta del hotel. Afortunadamente tenían habitaciones libres y Gabriela reservó una individual. Estaba muy a gusto con Roberto. Una bonita ilusión hacía acto de presencia cada vez que hablaba con él o pensaba en él, pero eso no significaba que estuviera preparada para dar ningún paso más. Cuando terminaron de hacer el *check-in*, cada uno fue a su habitación para asearse un poco y sacar todo de las maletas. Quedaron en verse media hora más tarde.

Eran las doce del mediodía y aún tenían tiempo suficiente como adelantar todo lo posible las tareas que tenían pendientes para hacer allí. A muchos kilómetros de allí, y después de bastantes horas de viaje, Luigi Di Martino llegó al lugar en el que una vez vivió. Lo que sus ojos vieron no podría haberse descrito nunca con palabras. Aún había humo emanando de las cenizas de lo que durante tantos años fue su hogar. De repente, todos sus recuerdos, vivencias, temores, fantasías, ilusiones y decepciones se esfumaron junto con lo que quedaba de su casa. Todo tomó color ceniza en la mente de Luigi y fue desapareciendo poco a poco. Parecía que se iba quedando sin memorias a cada segundo que pasaba, pero no era así. Era la imagen que tenía delante la encargada de destruirlo todo, sin miramiento ni respeto. Era la confirmación de que todo fue real. Era la verdad sobre su presente. Su madre se hallaba ahí, entre los restos de la casa, y tenía que encontrarla de algún modo.

Bajó la colina a paso lento, sintiendo el olor a quemado penetrando por su nariz de forma más intensa a cada metro que se acercaba. La voz de su madre comenzó a sonar dentro de su cabeza: «Hijo. Ten cuidado en la colina que todavía eres muy pequeño para ir corriendo solo». Le pareció oír también a su padre, como siempre, defendiéndole: «Pero Martina, si no va solo, nunca aprenderá a qué sitios debe o no debe ir».

Sonrió al vacío. Aún seguían dentro de él. Oyó otra voz, esta vez detrás de él, que le llamaba.

—¡Luigi!

Se volvió instintivamente. Casi se parecía a la voz de su madre, pero

comprobó que no era así. Una mujer, que también vivía en el campo, a dos kilómetros de ellos, se acercó a él. Julia Rizzo, de cincuenta años, viuda y sin hijos, siempre vivió allí, como la familia Di Martino, y de vez en cuando iba a su casa por si Martina necesitaba ayuda. A veces también le encargaba pequeños trabajos a Luigi para que se ganara algunos euros para sus gastos.

Verla acercarse supuso un enorme alivio para el alma de Luigi. Por fin algo cotidiano. Algo de su antigua vida allí. Corrió hacia ella y la abrazó con fuerza.

—¡Ay mi niño! —exclamó ella—. ¿Dónde estabas? Te he buscado por todas partes.

Julia no disponía de línea telefónica en casa. Vivía en condiciones bastante humildes y eso le imposibilitó contactar con el hijo de los Di Martino. Verle allí supuso un gran consuelo para ella, que temía que le hubiera sucedido algo. Ella continuó hablándole.

—Estuvieron aquí los bomberos. Fui yo quien les llamé porque desde mi casa podía ver el humo que salía. Vinieron los Cuorpo del Fuoco a apagarlo. Tardaron mucho tiempo en hacerlo...

—Mi madre estaba dentro de la casa... —dijo aún agarrado a ella—. Julia, mi madre estaba dentro...

Julia, que había estado con los bomberos en todo momento, separó lentamente a Luigi de su cuerpo. Sorprendida, le miró a los ojos, idénticos a los de su padre, y le habló con toda la seguridad que fue capaz.

—No, Luigi. Tu madre no estaba dentro. Estás equivocado.

Los ojos del muchacho se abrieron de par en par, y la esperanza apareció de nuevo en su pecho. Las palabras de Julia parecieron dichas por el mismísimo Dios.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó temblando.

—Los bomberos no encontraron a nadie dentro de tu casa, Luigi. Tu madre no se encontraba allí.

—¡¿Está viva?! —gritó exaltado.

Julia, que se percató de que Luigi no sabía nada sobre lo que realmente le había sucedido a su madre, intentó calmarle al comprobar que se estaba haciendo una idea de algo que no era cierto.

—Luigi. Mírame —le dijo tomándole el rostro—. Martina no estaba dentro de la casa. Tu madre fue encontrada fuera, a unos veinte metros...

Luigi, sorprendido, recordó las palabras de Odeliah cuando recibió

aquella llamada telefónica durante la noche: «No podrás encontrarla porque de las cenizas nada puede rescatarse. Se ha fundido en una sola con la casa»

No encontró sentido al motivo por el que le había dicho eso si su madre estaba fuera cuando la casa ardió. Supuso que le prendió fuego a todo para borrar posibles huellas de su paso por el lugar, pero mentir sobre dónde estaba su madre le parecía algo ilógico.

Intentó recuperar el control. Por un momento pensó que había sobrevivido, pero todo fue un espejismo cruel que su mente creó ante las palabras de Julia. La tomó de las manos y le preguntó.

—¿Dónde se la llevaron?

Julia se quedó callada. Agachó la mirada y supo que tenía que decirle lo sucedido a Luigi.

—No tenían ni idea de cómo contactar contigo, hijo. Nadie en todo Treviso tenía tu número de teléfono, y el de tu madre había ardido junto con la casa. Al menos no consiguieron localizarlo —Luigi cerró los ojos al darse cuenta de que Odeliah tenía, o tuvo en algún momento, el teléfono de su madre. Julia continuó hablando—. No existía forma de avisarte de lo ocurrido... Incluso llegué a sospechar que habías tenido algo que ver con lo ocurrido, justamente cuando todo eso estaba pasando... ¡Ni siquiera pudimos decirte nada sobre el entierro de tu madre!

El chico supo de inmediato a qué se estaba refiriendo la mujer. Vivía en medio del campo, iba al pueblo en muy contadas ocasiones, y los amigos brillaban por su ausencia en la vida de Luigi. Jamás tuvo la más mínima necesidad ni el más nimio interés en que los demás tuvieran su número de teléfono, aparato que tampoco solía usar, ya que prefería estar en su casa, en el campo o estudiando tranquilamente a la lumbre de la chimenea. Cuando trabajaba en Fontanelle era puntual como pocos, jamás llegaba tarde y nunca dio motivos a nadie para requerir su teléfono.

—¿La han enterrado junto a mi padre?

—Sí. El seguro se hizo cargo de todo y ayer por la tarde fue la ceremonia. Estábamos muy preocupados por ti. Decían que estabas desaparecido, otros decían que también aparecerías muerto, otros hasta dijeron que te habías ido de viaje.

—Estaba en España. Hace unos días fui a ver a un antiguo amigo de mi padre. Era cierto que estaba de viaje. Julia, muchas gracias por todo: por avisar a los bomberos, por intentar contactarme y, por supuesto, por velar con

lo relacionado con el entierro de mi madre.

Ella no dijo nada. Le dio un abrazo y le invitó a que emprendieran el camino hacia el cementerio. Intrigada, Julia le preguntó.

—¿Cómo has sabido entonces lo de la casa? Que yo sepa, nadie había conseguido hablar contigo.

Luigi, agarrándola del hombro mientras caminaban, simplemente respondió.

—Nadie. Ha sido por casualidad. Debía volver hoy.

La Plaza Mayor o Piazza Grande de Arezzo era un lugar con un encanto y una belleza sin calificativos. Además de su aspecto tan diferente por la cantidad de edificios que la rodeaban, de diversos estilos y de época diferente, ese sitio tenía una peculiaridad muy llamativa: tenía forma trapezoidal.

Mientras buscaban un lugar en el que parar para tomar algo y ver cómo procedían, Gabriela se detuvo en un pequeño puesto de información turística para recoger información. Era consciente de lo que Santiago le había dicho al respecto, pero le parecía totalmente aberrante tener la oportunidad de ampliar sus conocimientos y desaprovecharlo por el simple hecho de tener que hacer otras cosas. Eso también era hacer caso al destino y a sus señales.

Encontraron un buen sitio con una amplia terraza y decidieron sentarse. Cuando hubieron pedido lo que deseaban, ella leyó en voz alta sin que nadie le hubiera pedido hacerlo.

—Bueno, ese de allí —dijo señalando un edificio a la par que leía— es la Fraternidad de Laicos, de estilo Gótico y en parte Renacentista. Su construcción estuvo a cargo de Baldin di Cino y Niccolò di Francesco. Ese otro de ahí es el Palazzo delle Logge y fue construido en el siglo XVI por Giorgio Vasari. Sinceramente, me gusta más éste que el de al lado.

Roberto y Santiago reaccionaron al nombre que Gabriela pronunció.

—¿Giorgio Vasari? —preguntó Roberto, interrumpiéndola.

—Exacto. Giorgio Vasari. Por lo visto, este señor era un artista bastante

completo e hizo mucho por esta ciudad según puedo leer en estos folletos.

—Es por ese Giorgio por el cual existe el museo al que pretendemos ir — dijo Santiago—. No podemos esperar más tiempo. Tenemos que dirigirnos a ese lugar y ver para qué hemos venido. No olvidéis que Luigi se reunirá lo más pronto posible con nosotros y sería preferible ahorrarle cualquier situación tensa después de todo por lo que ha pasado.

Apuraron sus refrescos y pusieron rumbo a Via XX de Settembre, lugar en el que supuestamente se situaba el museo. Durante el camino, Santiago pensó en cómo pudo su amigo Paolo hacer una investigación tan profunda sin haberse movido de su casa. Le parecía algo completamente imposible haber llegado a la conclusión de que la máscara era la de Luca Adamo, saber que existían, supuestamente, dos piezas más que la completaban, y que en el Museo Casa Vasari se encontrarían las respuestas al resto de interrogantes. Se le antojó algo titánico para alguien en las circunstancias en las que él se encontraba. Consideró la posibilidad de que hubiera podido tener ayuda externa, pero viendo que desde su muerte, nadie se había puesto en contacto con la familia Di Martino, esa opción era bastante poco probable. Así con todo, no logró eliminar esa sensación de que algo no terminaba de parecerle lógico.

Gabriela caminaba junto a Roberto, tratando de averiguar qué podrían encontrarse en el museo. Consideraron que ir directamente al grano sería la mejor opción si querían llegar al fondo de todo el asunto. Si en todo ese trayecto, algo indicaba la presencia del padre de Gabriela en la ciudad, sería el camino que debería tomar para averiguar qué fue de él. Una pequeña esperanza de que Ernesto se encontrara aún con vida permanecía viva dentro de Gabriela, la cual se empeñaba en eliminar, aunque sin demasiado éxito.

Veinte minutos después de abandonar la Plaza Mayor, llegaron a la calle donde se suponía que debía estar el museo. Miraron el mapa un par de veces hasta que se detuvieron frente a la puerta. Una austera fachada se alzó ante ellos. Siete ventanales con hojas de madera asomaban en cada uno de los dos pisos que formaban el edificio. La entrada era una puerta con un marco enladrillado y con un pequeño arco de piedra sobre la misma. A la izquierda de la puerta, un cartel informativo anunciaba que ese lugar tenía por nombre Casa Vasari.

La puerta estaba abierta, así que se adentraron y esperaron a que alguien les atendiera en recepción. Un hombre delgado y con bastante mal aspecto salió de la trastienda, dando la sensación de que se encontraba algo

desorientado. Tenía la piel muy blanca y con bastantes arrugas. Los ojos, claros, contrastaban con su pelo negro. Tenía los pómulos tan marcados que parecía estar enfermo. El uniforme que llevaba puesto indicaba que se trataba de la persona encargada de dar acceso a los visitantes al lugar. Se acercó al mostrador y se dirigió a las tres personas que acababan de llegar.

—Buenos días —dijo en un perfecto español.

Sorprendidos ante la habilidad mostrada para adivinar la lengua de los visitantes, Santiago respondió.

—Buenos días. ¿Es este el Museo Casa Vasari?

—Efectivamente.

—Nos gustaría poder acceder y hacer una visita, si es posible.

—Por supuesto que es posible. ¿Cuántos son? —respondió con toda la amabilidad que fue capaz. Se le notaba tenso y nervioso.

De repente, el teléfono del hombre sonó con un tono bastante estridente e inmediatamente lo tomó para alejarse unos metros de los visitantes. A Santiago, la sangre se le heló al instante. Sin embargo, prefirió callar ante lo que acababa de ver. El hombre hablaba en voz alta, aunque intentando controlarse para que nadie oyera lo que decía.

Gabriela estaba intrigada por cómo iban a suceder a partir de ahí los acontecimientos. No tenía ni idea de si preguntarían directamente por la máscara y todo lo demás al hombre que les acababa de recibir o si por el contrario, darían un rodeo y tantearían la situación para saber si era esa la persona a la que debían dirigirse. No había nadie más allí. Ni personal que ejerciera de guía turística, ni de limpieza ni de nada, con lo que las opciones eran bastante escasas.

Cuando el hombre encargado del lugar regresó a su puesto después de atender la llamada, les dedicó un gesto de reverencia.

—Deme tres entradas, por favor —dijo Santiago.

El recepcionista tecleó en su ordenador algún comando y unos segundos después, tres tickets salieron de una pequeña máquina impresora que tenía a su derecha, junto al ratón de su computadora. Los cogió y se los entregó.

—Son seis euros, por favor.

Santiago pagó y entregó un ticket a cada uno.

—¿Van a querer audioguía, sin guía, o prefieren tener una guía personalizada? Es un servicio totalmente gratis —ofreció el recepcionista con un tono de voz neutro.

—Preferiríamos que alguien nos fuera explicando mientras vamos avanzando por el museo —respondió Santiago.

—En ese caso, pasen al *hall* y esperen allí. Denme unos minutos y me uniré a ustedes para ofrecerles una visita lo más completa posible. —Se adentraron al interior del recinto, extrañados de que el recepcionista fuera quien les iba a hacer la visita guiada.

El hombre volvió a entrar en la trastienda de la recepción. Necesitaba coger unas carpetas con la información que debía entregar a los visitantes para que fueran consultándola a la vez que él iba hablando.

Roberto y Gabriela no entendían nada. Santiago no había dicho ni mostrado interés alguno en averiguar nada sobre la máscara. Intrigado, le preguntó a su padre una vez entraron en el *hall* del museo para esperar allí al hombre de recepción.

—Papá, ¿por qué no has dicho nada sobre la máscara? Hemos venido a eso ¿no?

—Creo que lo mejor es informarse bien de quién era el tal Giorgio Vasari y después ya tendremos oportunidad de pensar, o al menos teorizar, sobre su relación con la máscara y la investigación de Paolo. Quiero saber un poco más de todo, y también de nuestro guía.

Ninguno entendió a qué se refirió Santiago con esa última frase, pero ambos decidieron callar. Un minuto después, comenzaron la visita. El hombre inició su discurso.

—Buenos días, de nuevo. Mi nombre es Oswald Ackerman y seré vuestro guía para que descubran todo sobre Giorgio Vasari aquí, en el Museo Casa Vasari —entregó las carpetas con tres hojas dentro de cada una de ellas cargadas de datos sobre el artista—. Giorgio Vasari fue un artista italiano nacido el 30 de julio de 1511, aquí en Arezzo. Falleció el 27 de junio, sesenta y dos años después en Florencia, no muy lejos de aquí. Perteneciente a las disciplinas artísticas de la pintura, la arquitectura, la escritura y la historia, era una persona capaz de dominar estas artes como nadie. Se le considera uno de los primeros historiadores del arte e incluso se dice que fue la persona que acuñó el término «Renacimiento» —Santiago, Roberto y Gabriela le oían con mucha atención—. Vasari consiguió labrarse una gran fama y reputación pública entre las personas de Arezzo, consiguiendo hacerse con una considerable fortuna. Fue en Florencia donde conoció al universalmente conocido artista Miguel Ángel, para posteriormente viajar a Roma para



estudiar a Rafael y a otros maestros. Se construyó una casa aquí, lo que podríamos llamar un típico *palazzo* Toscano Manierista, cuyo suelo están pisando en estos momentos y donde curiosamente nunca llegó a residir el artista —dijo sorprendiendo a los visitantes mientras continuaba el paseo pertinente por los pasillos—. Tal y como les he dicho, como pionero historiador, creó una enciclopedia de artistas, siendo ésta una entre tantas muestras de su dominio de la redacción. Su primera edición, dedicada al Duque Cosme I, presentó el Renacimiento como una etapa de completa renovación artística. En este trabajo biográfico, podemos encontrar historias divertidas y bastante entretenidas. Muchas de ellas incluso fueron inventadas. De hecho, al final del libro incluyó una biografía propia, hablando de él mismo y su familia —se detuvo para abrir una puerta que daba acceso a una enorme sala cargada de ejemplares de manuscritos—. Como digo, parte de los artistas de esta obra jamás existieron y es ese el motivo de que en alguna ocasión, el trabajo literario de Giorgio Vasari quedara empañado a ojos de críticos poco afines a su obra. Lo que es indudable es el alma humana y teatral de estas biografías. Este trabajo se conoció como *Vida de los Pintores, Escultores y Arquitectos más excelentes*. Hoy en día, como sucedió en su propia época, la crítica tiende a subestimar el trabajo de Vasari.

El paseo continuó mientras admiraban unos frescos pintados por Vasari que llamaron poderosamente la atención del trío. No les resultaron especialmente bonitos, pero tenían una esencia que les hacía contemplarlos con bastante respeto y admiración. Pasaron por la Sala de las artes y la fama, la Sala Zaballi y también por la Sala de Apolo y las musas, donde podía verse un fresco de la esposa de Vasari y otro donde aparece él mismo leyendo.

—Este museo contiene un tesoro aún mayor que sus frescos y otras obras pictóricas. En el archivo que tenemos puede encontrarse el manuscrito original de la obra que les cité anteriormente, así como la correspondencia que se enviaron Giorgio Vasari y Miguel Ángel o Pío V, además de otras obras no mostradas al público por diferentes motivos —esbozó una mueca de desconcierto y preocupación que ninguno esperaba ver en ese momento. Santiago enarcó una ceja.

La visita terminó, veinte minutos después, en el jardín de la casa. Una vez concluyeron el paseo libre por los jardines, el guía volvió a acercarse a los tres visitantes. Intentando esbozar una sonrisa, que se notaba bastante artificial, les preguntó.

—¿Han quedado con alguna duda o pregunta sobre Giorgio Vasari y su obra?

—Sí. Yo tengo dos —dijo Santiago alzando levemente la mano izquierda.

—Adelante. Espero que sean preguntas fáciles.

—No se preocupe. Estoy seguro de que sabrá responderme. Por un lado, quisiera saber qué tenía que ver la obra de Vasari con el alquimista contemporáneo Luca Adamo y una misteriosa máscara que creó. Imagino que sabe de qué le hablo —el rostro del guía mudó su color aún más—. Y la segunda cosa que me gustaría saber, si se me permite el atrevimiento, es el motivo por el que le ha llamado hace un rato por teléfono una mujer llamada Odeliah.

Roberto y Gabriela sintieron que quedaron pegados al suelo y no se movieron ni un milímetro de donde estaban, aunque pudieron notar todo su cuerpo en tensión. No podían creer que esa llamada hubiera sucedido y Santiago no hubiera dicho absolutamente nada hasta ese momento. El guía quedó mudo. Sintió el calor inundar su rostro y la sangre recorriendo a toda velocidad cada centímetro de su cuerpo. Era incapaz de entender quiénes eran esas personas y por qué ese hombre le había hecho aquellas dos preguntas.

Le pareció mentira estar de vuelta en aquel lugar. A todo el mundo, el cementerio se le antoja un lugar muy lejano. Preferimos no pensar que, en la mayoría de los casos, será en ese lugar donde pasaremos la eternidad, al menos nuestro recipiente físico. Por eso, verse allí, entre tanta lápida, en un plazo inferior a dos meses desde la última vez, era para el joven italiano una dura prueba para la que pensaba estaba preparado pero que, sin embargo, comprobó que estaba completamente equivocado.

Acompañado por Julia, que no consintió separarse de él ni un solo instante, se dirigieron al lugar en el que enterraron a Paolo Di Martino. Junto a él podía leerse en otra lápida el nombre de su madre y la fecha de su nacimiento y muerte. Una corona de flores adornaba el lugar.

—Es mía... —dijo Julia mirando al suelo.

Él apretó con su mano el hombro izquierdo de su vecina y ahora su único apoyo.

—Gracias. Por todo...

Permanecieron allí durante algún tiempo más, preguntándose cómo podía haber salido todo así de mal. Si hubiera sabido el camino que iban a tomar sus acciones, no se habría marchado. De esa forma quizá hubiera podido protegerla. Le hubiera dado la máscara a esa mujer y todos hubieran salido ilesos. Había comprendido al fin que su muerte no era culpa suya, pero si se hubiera quedado en Fontanelle, todo hubiera sido diferente. No podía quitarse

ese pensamiento de la cabeza.

Tenía asumido que no podía recuperar nada de su casa. Absolutamente todo había sido pasto de las llamas. No le había quedado nada material que le recordara que una vez pasó ahí toda su vida. Eso apenas le importaba, pero repentinamente una sensación de vacío bajo sus pies se hizo presente. Sin rumbo, sin familia, sin amigos, irónicamente, lo único que le había quedado era lo referente a la máscara. Decidió que, a la mañana siguiente, y una vez hablara con las autoridades sobre lo del incendio y les explicara dónde se encontraba, partiría a Arezzo para encontrarse con los demás.

De algún modo, esas personas se habían convertido en su familia provisional, así que iría con ellos y haría uso del dinero que Santiago le dio para gastarlo precisamente en eso.

Dio un fuerte abrazo a Julia y le dijo que tenía que marcharse. La dejó allí. Ella prefirió permanecer en ese lugar, donde más tranquila estaba, entre personas que ningún daño podrían hacerle.

Luigi fue al pueblo para buscar algún sitio donde dormir. No quería quedarse donde Julia porque era consciente de que sus ganas de no marcharse de su tierra irían en aumento si lo hacía. Iría a hablar con las autoridades y ya solo tendría que comprar un billete de tren para ir a Arezzo al día siguiente a primera hora.

Mientras tomaba algo de merendar, Odeliah recordó el momento en el que unos años atrás, su hermano le enseñó los documentos que había descubierto sobre Giorgio Vasari. Fue el comienzo de todo. En su poder se hallaba el cuaderno en el que su padre anotó cada paso que dio en su investigación sobre aquella máscara. Ellos no pudieron cumplir el sueño que tenían, pero ella podría hacerlo. No podía soportar la idea de que la información que necesitaba estuviera en poder de su hermano y que éste aún no se la hubiera dado. Sin eso no podría avanzar. No podría completar la máscara. Su intención era salir hacia Berlín cuanto antes, pero la paciencia con él se le estaba acabando.

A Oswald no le había sentado bien saber que ella pretendía continuar con su cruzada, pero era inevitable que las cosas sucedieran como tenían que suceder. Sabía que sus padres estuvieron a punto de obtener una de esas piezas, pero que, por algún motivo, nunca pudieron hacerlo. Su asesinato se lo impidió. Ahora, conocía el paradero de dichas piezas.

Sintió que la rabia volvía a turbarle los sentidos, esa rabia tan poderosa y difícil de controlar que la dominaba cada vez que recordaba cómo su familia estuvo a punto de conseguir un cambio en el mundo que conocían y unos infelices se lo impidieron. Con gusto los mataría, pero nunca consiguió saber quiénes fueron los responsables de la muerte de sus adorados padres. Para colmo, ahora era su hermano el que le ponía difícil las cosas. No quería tener que hacerle daño, pero lo haría si no le quedaba más opción que esa. Todo por la esvástica.

Hasta el día siguiente a primera hora no saldría su avión hacia Berlín, aunque antes tendría que volver a Florencia. Pensó que no sería mala idea, antes de regresar a su casa, la casa de su hermano, para descansar algo más, dar un breve paseo por las calles donde una vez jugó con los niños del lugar y fue feliz. Una época pasada y de color gris en sus recuerdos, retazos de una vida llana y plana cuando no era consciente de lo que el destino tenía reservado para ella.

—¿Quiénes... son ustedes? —preguntó el guía.

—Yo he preguntado primero. Usted quería saber si teníamos alguna duda y yo he expresado las mías —respondió Santiago, seriamente.

El hombre lo intentaba, pero ninguna palabra conseguía salir de su boca. Le parecía imposible que alguien preguntara con aquella naturalidad sobre la máscara de Luca Adamo. Ese objeto era pura fantasía, al menos hasta el día anterior en que su hermana se presentó con la que para él era la verdadera máscara, pero no entendía cómo ese hombre sabía que su existencia era efectivamente real. Menos aún comprendía el motivo por el que supiera que Odeliah le había llamado un rato antes.

—Se ha fijado en mi teléfono cuando recibí la llamada ¿verdad? — consiguió decir.

Santiago solo afirmó con la cabeza.

—¿Por qué me pregunta usted por la máscara de Luca Adamo?

—Tutéeme, por favor —respondió Santiago.

Roberto se sintió completamente incapaz de participar en la conversación. Sabía que era el momento justo para no interrumpir a su padre. Aquella determinación que tantas veces le fascinó cuando era pequeño era exactamente la que estaba observando en ese momento. Era su padre en su más pura esencia. Esa situación en que sabe perfectamente qué es lo que está haciendo y diciendo, siendo consciente de que es el camino que le llevará, de algún modo

u otro, a la verdad que anda buscando. Era a ese hombre al que siempre quiso parecerse.

—Responder a sus preguntas me llevaría mucho tiempo. Además, no le conozco. No sé quiénes son ni con qué finalidad quiere usted saber todo eso.

Santiago miró alrededor, haciendo una mueca con su rostro, indicando que en el museo no había nadie que requiriera su atención.

—Que yo vea, no tiene usted nadie a quien atender en este momento. Ahora su cliente soy yo y estoy solicitando una información que hace pocos segundos me ha ofrecido.

—Saber el motivo de la llamada de teléfono que he recibido es entrar en el terreno de lo personal.

—Tiene usted razón. En ese caso, contésteme a lo referente a Vasari y Luca Adamo, si es tan amable. Eso sí que tiene que ver con su trabajo. Es competencia suya e incluso una obligación de su puesto el responderme.

Gabriela, algo nerviosa, asistía al duelo dialéctico sin realizar el más leve movimiento. Observó a Roberto y se dio cuenta de cómo miraba a su padre. Lo interpretó como admiración pura. Era la misma mirada que ella le dedicaba a su madre cada vez que se daba cuenta del carácter luchador de la misma frente a la enfermedad.

—La máscara de Luca Adamo es una leyenda. No existen pruebas de su existencia, y nadie ha sido capaz de demostrar lo contrario —afirmó Oswald.

—Estoy en completa disposición de afirmar que está usted equivocado, en completa disposición de afirmar que la máscara existe y también estoy en completa disposición de decirle que la he tenido entre mis manos hasta hace muy pocas horas.

Oswald sintió sus piernas temblar. ¿Había robado Odeliah la máscara a esas personas? ¿Cómo habían conseguido la máscara antes que ella? Todo su ser comenzó a quebrarse, resultándole imposible soportar lo que estaba sucediendo en su vida desde que su hermana llegó a su casa el día anterior.

—¿Cómo...?

Buscó una silla donde sentarse. El aliento comenzó a faltarle. Si esas personas estaban allí preguntando por la máscara quería decir que de algún modo habían averiguado que Vasari estuvo relacionado con el alquimista, tal y como había dejado constancia la persona con más edad de los tres cuando le preguntó minutos antes. Alzó la vista y vio al joven que acompañaba al señor que le estaba haciendo las preguntas y a la muchacha que claramente estaba

viviendo aquella situación de forma bastante violenta. Segundos después, supo que debía confiar en ellos y a su vez, confiarle lo que sabía.

—Vengan conmigo. Espérenme unos segundos en la trastienda de recepción y ahora me reuniré con ustedes —señaló abatido.

Roberto, que no terminaba de fiarse de él, finalmente participó en la conversación.

—Mejor le esperamos aquí.

Admitiendo su petición, el hombre se levantó y recogió un cartel en el que se indicaba que, por motivos de reforma y acondicionamiento del museo, permanecería cerrado. Lo colgó en la entrada y cerró por dentro con una llave. Gabriela, instintivamente, se acercó a Roberto.

—¿Está bien que nos quedemos aquí encerrados?

Roberto la miró y con seguridad le contestó.

—Confía en mi padre. Sabe lo que hace... —sonrió.

Oswald les indicó el camino para que le acompañaran y entró antes que ellos.

Dentro solo había un sofá y una pequeña mesa de madera. Ni ordenador, ni televisor, ni nada que indicara que se podía aprovechar el tiempo estando allí. Únicamente un libro reposaba sobre la mesa. Un ejemplar bastante antiguo de *Fausto*, de Johann Wolfgang von Goethe.

—En este lugar descanso cuando no hay mucha gente. Es donde me relajo cuando no me apetece volver a casa después del último grupo con visita programada. Apenas hay comodidades. Disculpad el desorden.

La actitud de Oswald había cambiado completamente a ojos de Santiago y el resto. Parecía haber asumido que no estaba en disposición de enfrentarse a ellos.

—¿Qué sabéis de Luca Adamo? —preguntó Oswald.

Santiago miró a su hijo. Éste asintió. Respondió.

—Luca Adamo fue un alquimista que vivió en Arezzo en el siglo XVI. Poco se conoce de su vida más que algunas obras de bajo calibre y la leyenda que rodea a la máscara por la que le pregunté antes, además de algún detalle como que no se sabe dónde murió ya que desapareció sin dejar rastro —Oswald asentía a medida que Santiago hablaba—. La máscara ha sido considerada siempre un objeto casi legendario ya que nadie la ha visto nunca y nadie puede comprobar que haya existido. Aun así, en las crónicas de la época puede consultarse lo que la gente decía sobre Luca y su trabajo. Aparte de eso,



nada más —se detuvo un segundo para asegurarse de que encontraba las palabras adecuadas para continuar—. Sin embargo, a raíz de una información que me llegó a través de un amigo, he sabido que aquí, en Arezzo, lugar de nacimiento y donde Adamo vivió, y más concretamente en el Museo Casa Vasari, podría encontrar detalles sobre la máscara y su fabricante. Ese es el motivo de que le haya hecho esa pregunta hace unos instantes, aunque me sería de gran utilidad que también me respondiera a la otra cuestión que le he planteado.

—Antes de poder responder, creo que deberías hacer lo propio aclarándome cómo es que afirmas haber tenido la auténtica máscara de Luca Adamo. Si deseas que conteste a lo que me requieres, te pido que antes des respuesta a lo que yo estoy preguntando.

Ese hombre necesitaba que diera respuesta a esa cuestión con urgencia. Incluso se podía adivinar un alto nivel de angustia en sus ojos. Respondió sin dudar.

—Un antiguo amigo me la envió a casa. Su hijo me la trajo para que me encargara de terminar la investigación que él había comenzado. Lamentablemente, su muerte le impidió hacerlo él mismo, así que me hice cargo de la petición. De algún modo que aún desconozco, mi amigo Paolo sabía que se trataba de la auténtica máscara de Luca Adamo, así que fiándome de su palabra y del instinto que tenía debido a experiencias personales, concluí que efectivamente era la verdadera máscara.

—¿Podrías mostrármela? —preguntó Oswald para ver si se trataba de una mentira.

Él sabía que la máscara auténtica la tenía Odeliah así que, si ese hombre sacaba algún otro objeto, sabría que se trataba de un farsante y nada más.

—Me es totalmente imposible. La persona que le ha llamado hace un rato a su teléfono, la tal Odeliah, nos la quitó.

Oswald sintió que se quedaba sin saliva. No mentían y eso significaba, al menos, que tuvieron la máscara en sus manos tal y como le había contado. Intentó controlar su creciente nerviosismo poniéndose de pie y dando la espalda al trio.

—Lo que acabas de decirme tiene sentido.

—Es más. La persona a la que me estoy refiriendo y que usted conoce ya que no ha negado nada en ningún momento, ha actuado de la peor forma posible para conseguirla.

—¿A qué te refieres? —preguntó volviéndose de nuevo.

—El hijo de mi amigo Paolo, Luigi, que fue la persona que me trajo la máscara, recibió una llamada de esa mujer, ordenándole que se reuniera con ella en un lugar de Granada, en España, para que le diera la máscara. Amenazó diciendo que, si no lo hacía, le haría daño a su madre. Cuando Luigi le entregó el maldito objeto, esa detestable mujer le dio una fotografía en la que aparecía su madre con el cuello abierto y la cara pateada hasta la saciedad. Estaba muerta.

Oswald se llevó las manos a la cara aterrorizado ante lo que ese hombre le estaba contando. La oscuridad que siempre había tentado el corazón de Odellia finalmente había ganado la batalla y ahora ella era presa de lo más bajos instintos únicamente para conseguir su demencial objetivo. No podía creer que su hermana, sangre de su sangre y a la que siempre intentó proteger, estuviera comportándose finalmente de una forma tan digna de su propia familia. Se acercó de nuevo al camastro y se sentó al ver que era incapaz de mantenerse en pie.

—Discúlpame... Es muy duro lo que acabas de decirme... Es muy duro ver el monstruo en que se ha convertido tu propia hermana...

**E**n la Via XX de Settembre, las personas paseaban completamente ajenas al drama que dentro de la Casa Museo Vasari estaba viviendo el guía Oswald Ackerman.

La tarde se iba acercando a su fin, haciendo que el sol impactara con tono anaranjado sobre las fachadas blancas de las casas. La temperatura fue bajando gradualmente hasta alcanzar unos agradables quince grados. Los niños jugaban y gritaban presos de la jovialidad que da el no tener preocupaciones ni nada de lo que estar pendientes más de que no marcaran un gol en la improvisada portería que habían montado con dos botellas de agua vacías.

Dentro, el mayor de los huérfanos Ackerman estaba viviendo una de las peores experiencias de su vida. Acababa de saber que su hermana Odeliah había asesinado a una mujer enferma para conseguir la máscara de Luca Adamo.

Esas tres personas que entraron en su museo no venían con la intención de conocer más sobre el artista Giorgio Vasari. Llegaron como portadores de un infierno que, en el mismo fondo de su persona, Oswald siempre supo que llegaría, aunque no de esa forma, y mucho menos tan pronto.

—¿Tu hermana? —dijo Roberto sorprendido.

—Sí. Mi única hermana es la persona que os ha quitado la máscara y muy a mi pesar es también la responsable de la muerte de la madre de ese pobre chico. Esta mañana vino a casa para decirme que la había encontrado. En un principio no la creí, pero un segundo después supe que estaba diciendo la

verdad...

Gabriela intentaba calmar a Roberto, que cada vez parecía más alterado. Santiago, sin embargo, aún mantenía la calma. No iba con su forma de actuar el dejarse llevar por el instinto ni por los sentimientos. Era eso precisamente lo que le faltaba a su hijo para ser capaz de analizar y actuar frente a las situaciones de una forma más efectiva.

Santiago, sabiendo que no estaba resultando agradable para el hombre hablar sobre ese asunto, supo que lo apropiado era darle un poco de tregua. Decidió abandonar el papel de poli malo para adoptar un comportamiento más parecido a como él era realmente. Así, volvió a dirigirse a Oswald.

—Creo que debería contarnos todo desde el principio, si le parece bien —dijo apoyando su mano sobre el hombro izquierdo del hombre—. Necesitamos saber todo lo relacionado con la máscara, Vasari, Luca, esas supuestas piezas que la completan y cómo supo su hermana que la máscara podía ser real y dónde buscarla.

Oswald agradeció el gesto y se sintió con ánimos para continuar.

—¿Sabéis que la máscara está incompleta?

Santiago asintió. Él decidió entonces rendirse a la evidencia y dar toda la información. Se sintió aliviado de poder compartir lo que sabía con otros. Estaba profundamente arrepentido de haberle enseñado a su hermana lo que descubrió.

—Es una historia muy larga, y no sé por dónde empezar...

—Nadie aquí tiene prisa —dijo Santiago—. Comience desde el principio. Díganos lo que sepa de Luca Adamo, por favor.

—Está bien. Como ya sabéis, Luca era alquimista y poco o casi nada se sabe de él más que la leyenda de la máscara. No existen escritos sobre su vida y aunque parezca mentira, no hay nada en lo que basarse para afirmar que fue quien creó la máscara. Sin embargo, y como perfecto ejemplo de lo que el saber popular puede hacer, nunca murió el cuento de su invento. Su historia resistió a las décadas y a los siglos. Todo el mundo que esté un poco interesado en la alquimia o simplemente en las leyendas en general ha oído hablar alguna vez de Luca Adamo. Es como si alguien que se dedica a la literatura no hubiera oído hablar nunca de Shakespeare y su Hamlet o de Cervantes y su Quijote.

—¿Conocía Giorgio Vasari a Luca Adamo? —preguntó Santiago.

—Efectivamente. De hecho, como os dije antes durante la guía, Vasari es

considerado el primer historiador e incluso cronista de la historia. Fue amigo personal de Luca Adamo y tuvo la intención de añadirle como parte de su obra *Vida de los Pintores, Escultores y Arquitectos más excelentes*, pero Adamo declinó su ofrecimiento, lo cual quiere decir que toda la información que Vasari recopiló sobre Luca existe y está escrita, aunque no se incluyera en ninguna obra completa.

—A eso te referías cuando dijiste que además de la correspondencia que mantuvo con el Papa Pío V y con Miguel Ángel, existían otros documentos —puntualizó Gabriela.

—Así es —respondió Oswald. Santiago sonrió. Ella también se había dado cuenta—. Al no tener nada que ver con el aspecto artístico de Vasari, estos documentos quedaron relegados a no exponerse en el museo, aunque permanecen perfectamente conservados en el archivo.

—¿Tienes o has tenido acceso a esos documentos? —preguntó Roberto.

Oswald guardó silencio unos segundos, haciendo memoria, antes de responder.

—Llevo trabajando en este museo trece años, desde que tenía veinticinco. No me queda ningún rincón por descubrir ni ningún escrito sobre Vasari que no conozca de memoria. He leído todo lo que su puño y letra escribieron y he estudiado su vida al pie de la letra. Aun así, nunca creí que lo referente a la máscara fuera verdad —Oswald no tenía intención de detenerse ahí. Contarles todo era lo mínimo que podía hacer después de saber lo que su hermana había hecho, pero no era ese el lugar apropiado para hacerlo—. Si os parece bien, podemos ir a mi casa. Allí estaremos más cómodos y podré continuar contándoos todo lo que sé sobre la máscara y sobre la relación entre Vasari y Adamo.

El reloj marcaba las ocho de la tarde. Todos convinieron en que acompañarían al hombre a su casa y que allí continuarían con la conversación. Santiago pensó en todo lo que hasta ese momento le había contado Oswald. Saber que Odeliah era su hermana fue algo revelador, pero comprobar que eran tan diferente uno del otro fue casi perturbador.

La sirvienta, Caren Rivera, sirvió con diligencia a cada uno de los invitados lo que previamente habían pedido, aceptando el amable ofrecimiento de Oswald Ackerman. Gabriela optó por un sencillo café con leche, Roberto quiso un refresco de cola y Santiago prefirió beber un simple vaso de agua fría. Oswald por el contrario se sirvió una copa de vino blanco que había abierto la noche anterior.

—Agradeceríamos mucho si continúas con lo que nos estabas contando en el museo —comentó Santiago.

—Tienes razón —dijo antes de dar un sorbo al vino—. Como dije, Vasari y Luca Adamo fueron contemporáneos e incluso amigos.

Oswald se levantó del sillón donde estaba sentado y se ausentó unos segundos. Instantes después volvió con una carpeta cerrada. Acercó una pequeña mesa y la abrió frente a todos.

—¿Estos son los documentos del museo? —preguntó Gabriela sorprendida.

—Son fotocopias. Si llegan a saber que tengo esto en casa perdería mi trabajo. —sacó algunas hojas y las sostuvo en la mano—. Luca Adamo era hasta ese momento un estudioso más de la alquimia, aunque con habilidades bastante más avanzadas que el resto. Él siempre quería llegar más lejos y superar fronteras que nadie hubiera podido siquiera imaginar. Deseaba llegar más allá que la propia doctrina alquímica. Incluso la piedra filosofal se le

quedaba pequeña. Era una persona convencida de que todo en el mundo en el que vivimos emite energía; animales, plantas, rocas, el simple movimiento y hasta las emociones de las personas desprenden una energía que queda impregnada en el lugar donde fueron emitidas.

Santiago reaccionó a lo que Oswald acababa de decir. Él también era creyente de esa teoría: una energía que deja huella allá donde se emite. Era una de las múltiples posibles explicaciones para las psicofonías, las apariciones o los fenómenos paranormales como el movimiento espontáneo de objetos o el oír sonidos de ninguna parte. Su interés por continuar oyendo a Oswald aumentó.

—Luca Adamo era profundamente creyente y católico, y tenía un firme convencimiento de que la alquimia era una forma de acercarse a la grandiosidad del poder del Señor. Pensaba que, a través de los conocimientos adquiridos por medio de estas artes, el humano sería capaz de asomar a una mínima parte del poder de Dios. Aquello a lo que se le llamó «Piedra Angular» era lo que necesitaba para conseguirlo.

—Yo pensaba que eso servía para convertir el metal en oro —interrumpió Gabriela.

—Eso es lo que la mayoría de las personas cree, pero es algo completamente incierto. Cualquiera que se acerque un mínimo a estudiar la alquimia sabrá que la Piedra Angular no servía para eso. Se trata del alma, de que es la conciencia del hombre la que se eleva hasta un nivel superior al que tenemos por defecto. Se trata de transmutar nuestra alma a otro estado, o convertirla en oro, que era el símil que se usó en su momento. El metal somos nosotros, el oro, que es el metal máspreciado, es esa elevación de la conciencia, y la Piedra Filosofal es el estudio de la alquimia hasta grados que poca gente ha conseguido llegar.

Oswald dejó repentinamente de hablar y el silencio se hizo presente. Un pensamiento volvió a su mente. Una parálisis momentánea ante lo que estaba sucediendo. Santiago se inquietó al ver que el hombre casi sonreía al vacío. No dijo nada y decidió esperar a que retomara lo que les estaba contando. Unos segundos después lo hizo.

—¿Cómo podría nadie dar por verídica esa historia? Madre mía, lo más lógico era pensar que la máscara nunca existió. Que todo era un cuento más, una fábula más. El relato de Vasari no tiene sentido se mire por donde se mire, y si lo tuviera, sería motivo más que suficiente como para reescribir la historia

moderna. Cada vez que lo he leído, no lo he interpretado más que como una historia ficticia. Es como tomarse la Biblia al pie de la letra. Una locura...

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó Roberto intrigado.

—Esta tarde os dije que muchos de los personajes que aparecen en el libro que Vasari escribió sobre biografías de artistas eran inventados. Muchas de las cosas que dejó escritas fueron puras fantasías suyas. Era lógico pensar que lo referente a Adamo también lo era.

—¿Qué dejó Vasari escrito sobre Adamo? —volvió a preguntar Roberto.

—Algo que poca gente daría por cierto. Algo más propio de una invención que de un relato que se aproxime a la realidad... Según los manuscritos del propio Giorgio, Luca Adamo le confesó que una noche de agosto, mientras paseaba por los alrededores de Arezzo, vivió una experiencia dramática. Mientras pensaba en su propia existencia y volvía a sentirse abrumado por el absoluto poder de Dios, observó una fuerte luz que se encendió repentinamente sobre su cabeza. Luca aseguró que dos figuras con forma humana descendieron de dicha luz y se detuvieron frente a él. Según lo escrito por Vasari, oyó dentro de su cabeza la voz de esas dos figuras hablándole en un idioma que no era el suyo y que sin embargo entendía a la perfección. Supuestamente, le extendieron las manos y como si las ideas entraran directamente en su cabeza, le dieron instrucciones y pasos para crear algo que podría ayudar a la humanidad a rectificar los errores cometidos a lo largo de su corta existencia.

Lo que Oswald acababa de decir escapaba a cualquier esquema que las tres personas que le oían se hubieran hecho antes. Cualquier cosa les hubiera parecido posible excepto aquello que les estaba contando.

—¿Qué?! —dijo Santiago estupefacto.

Oswald asintió.

—Luca le contó a Vasari que esos seres en ningún momento dijeron quiénes eran. Después de hablarle, si es que se le puede llamar así, ascendieron lenta y suavemente hasta que el brillo cegador sobre su cabeza desapareció —hizo una breve pausa—. ¿No creen que es inevitable que uno piense que es un relato más sin fundamento como otros que Vasari escribió?

Después de unos segundos de silencio, Gabriela respondió.

—Es lógico que se pueda pensar eso. Es lo más normal del mundo diría yo.

Santiago, aunque perplejo, quiso oír más.



—¿Termina ahí lo sucedido?

Roberto, que nunca dejaba de sorprenderse con su padre, supo que éste creía las palabras de Oswald y a su vez las de Luca Adamo. Él mismo, cuando era pequeño, preguntaba incansablemente sobre si había alguien arriba, sobre el cielo. Parecía ser que Luca recibió la visita de ese alguien en algún momento de su vida, y Santiago, con una sed insaciable, quiso saber más.

—No... Hay más... Luca razonó lo sucedido y pensó que esas figuras fueron enviadas por el mismísimo Dios, el cual le estaba encomendando una importante misión: fabricar el objeto de las instrucciones, tal y como en su día supuestamente hicieron con Noé y su arca. Antes de comenzar a trabajar en lo que posteriormente sería la famosa máscara, Luca le envió a Vasari un escrito, que os voy a mostrar a continuación, donde dejaba claro que estaba en proceso de fabricar algo y que se trataba de un objeto de carácter casi divino.

A continuación, Oswald extendió una hoja donde aparecía escrito un texto en italiano, aunque fue traducido por él a medida que se los iba leyendo.

*«Querido amigo Giorgio. Si las artes de la alquimia me permiten terminar el instrumento que me fue confiado, creo que podría tratarse de la única oportunidad que tenga el hombre de poder redimir sus pecados y recuperar así el Edén que Eva nos arrebató. Si lo consigo, habré comprobado por fin que Dios está ahí y que quiere que nos acerquemos a él. Me han dado la oportunidad de hacer algo que nos permita rectificar todos los pecados que hemos cometido hasta nuestros días.»*

Oswald retomó.

—Poco después comenzó a trabajar en su misión, y ayudado por la alquimia, arte que dominaba, creó la máscara. Como veis —miró a los ojos uno a uno—, no son cosas para ser tomadas en serio, ni siquiera en aquella época. No me digan ustedes que no era lógico pensar que la máscara no existía. Aun así, no queda ahí la cosa.

Santiago estaba disfrutando de aquello como nadie. A eso se refería cuando le dijo a su hijo que lo que Luigi le pidió sobre terminar la investigación de su padre sobre la máscara sería algo grande. Acababa de confirmar que desechar el viaje a la Mansión Winchester había sido la mejor opción que pudo haber tomado.

—Prosiga, por favor —le indicó Santiago.

—Cuando tuvo la máscara terminada, únicamente faltaba comprobar si funcionaba. Luca Adamo decidió usarla, aparentemente, en Pompeya y antes de partir le dejó este escrito a Vasari en el que detallaba la que sería su última voluntad si no volvía. —Sacó otro papel y, como antes, lo tradujo para sus oyentes.

*«Mi querido amigo Giorgio. Si vuelvo de Pompeya, quedarás autorizado a publicar todo lo que has estado escribiendo sobre mí. Por el contrario, si ves que trascurren dos meses y mi retorno nunca se produce, te ruego que entierres cada una de tus letras, pues será entonces cuando sabrás que lo que he creado funciona, tal y como esperé. Sin embargo, si no vuelvo, nadie más debería usar la máscara y así lo he dejado dispuesto de acuerdo con mis seguidores. Creo que la humanidad todavía no está lista para redimir sus pecados, pues en el intento volvería a pecar de la forma más atroz. Creo que el hombre todavía no ha crecido lo suficiente como para conseguir evitar hacer un uso malvado de ésta, mi creación. Giorgio, reza a Dios para que vuelva de Pompeya y mi invento no funcione, porque si no lo hago, solo os quedará preocuparos por que nadie descubra cómo usar la máscara en días futuros.»*

—¿Cuál era la función de la máscara? —preguntó Gabriela, cuya intriga, como la de todos, iba en aumento.

—Supuestamente, la máscara era capaz de transportarte en el tiempo. Concretamente hacia atrás.

Gabriela emitió un leve y ahogado grito. No esperaba que ese hombre le diera esa respuesta y súbitamente, lo que hasta poco antes eran meras fantasías, comenzaban a tomar leves toques de realidad.

—Eso es imposible. No se puede hacer eso. ¡Es ridículo! —dijo Roberto.

Santiago prefirió mantener silencio. Analizaba con su mirada el comportamiento de Oswald y, de algún modo, sabía que ese hombre no les estaba mintiendo.

—¿Qué crees tú? —le preguntó al guía.

—Como dije antes, hasta hace muy poco, todo esto eran cuentos de Vasari. Pero ahora no sé qué pensar...

—¿A qué podría estar refiriéndose Luca con lo que acabas de leernos? —preguntó Roberto—. ¿Qué era lo que tanto miedo le daba referente al uso que

podieran darle a la máscara?

—Sin duda y, según estas palabras, si la máscara permitía a las personas volver al pasado para redimir pecados cometidos y hacer del hombre una especie mejor y más pura, Luca Adamo debió pensar que, si alguien con otras intenciones la usaba, tendría la oportunidad perfecta para cometer pecados que por designios del destino no llegaron a cometerse. Un ejemplo que os pongo: imaginad que alguien usa esa máscara para viajar atrás en el tiempo y asegurarse de que el atentado que sufrió Juan Pablo II tuviera éxito y no tuviera el resultado que tuvo. Ahora mismo estaríamos viviendo en un mundo completamente diferente. Cualquier cambio que se hiciera en el tiempo que significara que el mal tuviera alguna oportunidad, se convertiría en un peligro inimaginable para la historia conocida.

Todos en la sala entendieron a la perfección lo que Oswald les estaba contando.

—Pero todo esto puede ser una auténtica farsa —matizó Santiago—. La máscara existe, lo hemos comprobado, pero que tenga las habilidades que acabas de leernos es otro tema muy diferente.

—Es por ese motivo por el que jamás tomé en serio las palabras de Giorgio Vasari ni las del propio Luca Adamo. El fanatismo y la pasión religiosa son capaces de nublar hasta la más ilustrada de las mentes.

La noche continuó avanzando sin que ninguno de los presentes se diera cuenta de ello. Casi era la hora de la cena, pero nadie parecía hacer caso al aviso de sus estómagos. Ningún estímulo externo era lo suficientemente potente como para conseguir que dejaran aquella conversación. Estaban viendo la luz, poco a poco, detrás de lo que la máscara de Luca Adamo significaba. Roberto preguntó.

—Mientras leías, me he percatado que decías algo referente a unos seguidores de Adamo. ¿Tenía aprendices o algo parecido?

Oswald respondió sin vacilar.

—Os diré algo que muy poca gente en este mundo sabe sobre Luca Adamo y que yo mismo he podido conocer a través de esos escritos de Vasari que han estado cogiendo polvo en lo más profundo del archivo del museo —Santiago sintió su espalda vibrar—. Tenía tres seguidores y aprendices que le seguían a todas partes. De esto no hay absolutamente nada escrito más que lo que Vasari dejó, y son precisamente ellos los que toman especial importancia una vez desaparece el alquimista del mapa. De ellos os hablaré más tarde —dio otro

sorbo al vino.

—¿Cómo funciona la máscara? ¿Cómo hace para transportarte en el tiempo? —intervino de nuevo Gabriela. Oswald no dudó en contestar.

—¿Conoce alguno de vosotros los principios básicos de la alquimia? —preguntó Oswald. Roberto contestó.

—No sé demasiado, pero sí que pude saber que la máscara está compuesta de cinabrio.

—Efectivamente —dijo Oswald—. El mercurio y el azufre que conforman el cinabrio tienen una vital importancia en la alquimia y en este caso, juegan un papel fundamental en el supuesto funcionamiento de la máscara. El azufre es un catalizador de energía. Capta la energía que haya en el entorno. Recordad la firme creencia de Luca sobre que todas las cosas y seres vivos desprenden energía que queda impregnada en el ambiente. Por otro lado, el mercurio, supuestamente, crea una conexión entre el alma y la energía. Supongamos que usas la máscara y gracias al azufre que la compone, captas energía residual que haya quedado impregnada en el entorno debido a algún evento, tan importante, como para que se pueda detectar en cantidad suficiente y, por otro lado, el mercurio, conecta tu alma con dicha energía. Ahí tenemos el principal funcionamiento de la máscara: crear un puente, una conexión, entre tu alma y la energía impregnada en tu entorno.

En cierto modo, y siguiendo los principios alquímicos, lo que Oswald estaba diciendo tenía cierto sentido. Aun así, Santiago albergaba aún una duda.

—Sin embargo, hay dos piezas que completan la máscara. ¿Cierto? —Oswald sonrió.

—Efectivamente. Existen dos elementos sin los cuales la máscara no puede funcionar para lo que supuestamente fue creada. Luca Adamo, siguiendo las instrucciones que recibió de esa extraña aparición que dice que tuvo, creó dos ojos que se debían colocar sobre la máscara. Básicamente son dos piedras que encajan en los huecos donde deben ir los ojos de la máscara. Si os fijáis bien y recordáis la forma de la máscara, ésta no está diseñada para usarse estando de pie. No tiene agarres para la cabeza. Me di cuenta nada más verla ayer cuando mi hermana me la mostró. Sin duda debe ser usada estando tumbado, boca arriba.

Santiago y Roberto, que recordaban perfectamente la forma de la máscara, dieron la razón a Oswald, que continuó.

—En ese caso, los ojos que Luca creó y siempre según Vasari, deberían

colocarse sobre la máscara una vez colocada. Pues bien, esos ojos están hechos en un cien por cien de sal.

—La sal es otro elemento alquímico, ¿verdad? —preguntó Gabriela.

—Exactamente. En este caso y como siempre todo tiene un motivo de ser. La alquimia nos cuenta que la sal es un elemento creador de materia. Materializa. Eso quiere decir que, unido a lo que el mercurio y el azufre pueden hacer, completan el funcionamiento de la Máscara de Adamo.

Santiago, en cuestión de un segundo, recreó el proceso del uso de la máscara, y así lo dijo.

—Te colocas la máscara sobre tu rostro, tumbado boca arriba. El azufre que la compone capta la energía impregnada en el lugar en el que te encuentres en ese momento. El mercurio conecta tu alma a esa energía captada, y finalmente, la sal... crea o materializa tu cuerpo allí. La sal es la encargada de llevarte al momento en el que la energía captada fue emitida y al cual tu alma ya está conectada a través del mercurio... —quedó en silencio algunos segundos—. Es... fascinante...

Oswald, maravillado con la capacidad de síntesis de aquel hombre, únicamente acertó a decir.

—¿Quién, en su sano juicio, creería que todo eso es cierto?

—¿Sabe tu hermana todo lo que nos has contado? —preguntó Santiago. Oswald negó con la cabeza.

—Únicamente conoce lo que la máscara es capaz de hacer y que existen dos piezas más con forma de ojo que la harían funcionar. Un día le dije que, si era capaz de encontrarla, le daría el resto de información para que su fantasía se realizase, pero estaba tan seguro de que no lo conseguiría que apenas le di importancia. Eran tiempos en los que todavía creía que la maldad que habitaba en ella no ganaría la batalla a su cordura —se detuvo unos segundos—. Ella no sabe nada de los aprendices de Luca Adamo ni de qué hizo cada uno de ellos con los ojos de la máscara una vez desapareció el alquimista, así que, si los encontramos antes que ella, estaremos un paso por delante.

Caren Rivera sirvió otra copa de vino a Oswald y tres vasos de zumo a los invitados. Acto seguido, la mujer se acercó al oído del hombre y le susurró algo. Él la miró con dulzura y agradecimiento. Luego se marchó.

—Gracias Caren —se incorporó y volvió a dirigir a ellos—. Siento mucho tener que deciros esto, pero tendremos que continuar mañana. Tengo que tomarme mi medicación e irme a la cama. Créanme que si lo hago y no me acuesto no estaré despierto más de diez minutos y es de vital importancia que la tome.

Santiago, que quedó con ganas de más, comprendió las razones que Oswald les estaba dando y se incorporó. Gabriela y Roberto le imitaron.

—No puedes imaginarte lo importante que nos está siendo la información que nos estás dando. Espero que mañana podamos continuar —dijo estrechando su mano.

—Créanme si les digo que la vergüenza que siento por el comportamiento de mi hermana y el dolor que os ha causado es más grande que su agradecimiento, aunque valoro sus palabras. Mañana pueden volver si quieren a partir de las diez de la mañana y les daré el resto de información de que dispongo.

—Eso haremos.

Acto seguido, los acompañó a la puerta y les despidió con un saludo y una sonrisa en el rostro que intentaba camuflar la desdicha por el comportamiento de su hermana.

Roberto, su padre y Gabriela se dirigieron al hotel casi sin mediar palabra, Toda la información que habían recibido era difícil de digerir y aun así había muchos interrogantes que permanecían sin responder.

Veinte minutos después, entraron en el *hall* del hotel, recogieron las llaves de sus habitaciones y se encaminaron al ascensor. Santiago prefirió tomar las escaleras.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Roberto a Gabriela.

—Pues... lo que sucede es que me parece fascinante todo lo que ha pasado hoy, pero no consigo ver la relación con mi padre. No he sacado nada en claro y no creo que su marcha tuviera nada que ver con la máscara o con ese tal Adamo. Ni siquiera con esta ciudad. Creo que mi padre simplemente me dejó un mensaje pensando que nunca llegaría a él y así dejar su conciencia tranquila...

Roberto se acercó a ella y la rodeó con su brazo.

—No pienses así. Si realmente existen esas fuerzas en el Universo que te guían, según tus palabras, no debes tener prisa, así que relájate y déjate llevar por lo que vaya sucediendo. Si finalmente no encontramos nada relacionado con él, al menos habrás conocido Italia. Nuestro primer viaje juntos —sonrió.

Ella, algo nerviosa como cada vez que le veía sonreír, hizo lo mismo y le dio un beso en los labios.

—Buenas noches, Roberto.

Sin mirar atrás, Gabriela imitó a Santiago y tomó las escaleras hasta la segunda planta. Necesitaba estar a solas, aunque a sabiendas de que él estaba en la planta superior.

En la casa de las afueras de Arezzo, Oswald volvió a sentarse en el sillón en el que había estado todo el tiempo que estuvo conversando con los tres turistas españoles. Apartó a un lado los papeles que les había mostrado para colocar un vaso con una infusión de tila y estevia, como hacía cada noche. Estaba cansado y muy débil. Su enfermedad del corazón, aunque aparentemente no demostraba ningún síntoma que indicara que la padeciera, hacía que el estrés o cualquier momento de tensión le dejara bastante destrozado anímicamente y moralmente. Era ese el motivo por el que en ocasiones se dejaba llevar y se rendía ante sus más oscuros instintos. El tabaco, la marihuana o el sexo a su manera, eran sus vías de escape cuando más necesitaba alejarse del mundo terrenal.

Acababa de tomarse su pastilla cuando oyó que la puerta de entrada de la casa se abría para volver a cerrarse de nuevo. «Debe ser Caren que ha ido a tirar la basura», pensó.

Segundos después sintió la puerta del salón abrirse. Oswald esperaba no tener que volver a ver a esa persona en mucho tiempo. Más aún a raíz de saber lo que había hecho para conseguir la máscara. De repente, cualquier atisbo de cariño o sentimiento de protección que hubiera podido albergar en el pasado hacia ella había desaparecido por completo.

—Hola, querido Oswald —dijo ella con sorna.

Él, indignado, apenas supo qué decir. Era como ver al mismísimo diablo y no estaba preparado para eso. No después de saber lo que ya sabía.

—¿Qué haces aquí?

—Verás... —dijo acercándose lentamente a su hermano—. ¿Recuerdas cuando hace cinco años me enseñaste los papeles de Vasari?

—¿Cómo olvidarlo? Lo recuerdo perfectamente. No debí hacerlo nunca y me arrepiento muchísimo de aquello.

—No digas esas cosas, hombre —respondió sentándose junto a él, en el sillón contigo—. Seguro que también recordarás cuando te reíste de mí cuando te dije que iba a buscarla —Oswald no respondió, pero a su hermana le valió su silencio como respuesta—. Cuando deduje que la máscara que se citaba en los papeles de Vasari podría ser la misma que aquella que nuestros padres encontraron en el sótano y tomé la decisión de buscarla. En ese preciso instante, te reíste de mí y me afirmaste que el día en que el sol saliera por occidente en vez de por oriente sería cuando consiguiera encontrar la máscara



de Adamo. Fue entonces cuando me aseguraste de que solo en ese caso me darías la información que necesitaría para encontrar las otras dos piezas de la máscara —se detuvo para mirarle fijamente a los ojos—. Ahora sabes que no se trataba de ningún cuento. Así que he venido para que cumplas con tu palabra.

Oswald recordaba lo que su hermana le estaba diciendo. Pensaba que Odeliah deliraba y le dijo que si conseguía la locura que se había propuesto le daría la información necesaria para que buscara lo que para él era, en ese momento, otra fantasía más. Las piezas para completar la máscara.

—Sí... lo recuerdo...

—Pues creo que va siendo hora de que me digas qué hacer para conseguir lo que falta. En el diario de nuestros padres no aparece nada sobre eso y únicamente tú puedes darme esa información que me falta y que sin embargo sé que tienes.

Sintiéndose cada vez más agotado, por primera vez no sintió miedo del demonio que siempre habitó en cada miembro de su familia. Tuvo, a pesar de su estado de semi sedación, el valor para enfrentar las palabras de su hermana.

—No. No te diré nada. ¡Asesina! —apretó los puños contra el reposabrazos del sillón.

Odeliah no esperaba que su hermano le dijera eso. Supo que algo debió ocurrir mientras ella preparaba su partida y paseaba por la ciudad. Sin ningún tipo de pudor, reconoció la acusación vertida sobre ella.

—Sí. ¿Y qué? Únicamente hice lo necesario para encontrar la máscara. A partir de lo poco que sabíamos pude localizarla. Logré saber que poco después de robárnosla, la vendieron a un anticuario de Tarragona, en España, al que por cierto también he matado —sonrió maliciosamente—. Daba bastante penita verlo. El pobre estaba enfermo de cáncer y ya había vivido más de lo que él mismo hubiera pensado. Me dijo que la máscara estaba en un pueblo cercano llamado Fontanelle, así que fui a por ella —sintió la rabia de nuevo en su nuca—. Tuve mala suerte porque la máscara tampoco estaba allí. ¿Puedes creerlo?! Así que no me quedó otra opción que conseguir que la persona que vivía allí me dijera dónde estaba.

—Y luego la mataste...

—Efectivamente —respondió riendo—. Después de eso fui a Granada y encontré al hijo de la zorra esa. Finalmente tuve la máscara en mi poder. La auténtica máscara de Adamo. Y ahora solo me falta que me digas por dónde

comenzar a buscar para encontrar los dos ojos y poder completarla. Sé que nuestro padre casi se hizo con uno de esos ojos siendo nosotros muy pequeños, pero no llegó a conseguirlo jamás.

—Odeliah, no voy a decirte nada. No participaré en tu comedia ni me usarás para que consigas la locura que te has propuesto.

—¡Tienes que darme los papeles de Vasari! Si no lo haces, vas a ver que soy capaz de mucho más de lo que piensas. Por cierto, ¿cómo sabes que maté a esa mujer?

Oswald únicamente pudo reaccionar encogiéndose sobre sí mismo. Sabía que no podía atacar a esa mujer que estaba completamente loca. La pena le inundó por dentro al ver cómo había fracasado en su intento de hacer de ella una mujer decente. Los genes Ackerman debían estar malditos y contra eso, aunque luchó, no pudo ganar.

—Gente que quiere al chico que has dejado huérfano está detrás de la máscara y pronto descubrirán lo de los ojos porque yo mismo se lo voy a contar todo. Espero con toda mi alma que puedan encontrarlos antes que tú y que pagues por todo lo que has hecho, Odeliah.

La mujer no podía creer lo que acababa de oír. ¿Quiénes podían ser esas personas de las que hablaba su hermano? Siempre pensó que el chico italiano que tenía la máscara estaba solo, pero según lo que su hermano decía, estaba en un error. De repente echó un rápido vistazo al salón y, maravillada, se percató de los papeles que descansaban sobre la mesa, junto a la infusión de Oswald. Instintivamente metió la mano en su bolso y rozó con sus dedos el puñal del que jamás se separaba.

—Pues parece ser que no voy a tener que pedírtelo más veces querido hermano. Todo lo que necesito me está esperando aquí mismo —esbozó una malévola sonrisa.

Él se dio cuenta de que ella había visto los papeles y sacando fuerza de donde no las tenía se incorporó y se lanzó hacia la mesa de un salto. Sin embargo, ella fue más rápida y sin apenas despeinarse se hizo con la carpeta.

—Bueno, bueno, bueno, parece que estabas preparándote para contarle todo a esa gente. No te estabas marcando un farol. ¿Desde cuándo eres tan valiente hermanito?

Oswald, sintiéndose agotado, luchó por incorporarse del suelo y apoyarse de nuevo en el sillón.

—Odeliah, por favor, debes detenerte aquí.

—Dime hermano, ¿dónde están los ojos? Necesito que me digas por dónde comenzar a buscar. Me ahorrarías mucho tiempo de lectura.

La habitación le daba vueltas sobre la cabeza. Oswald comenzó a sentir miedo de su propia hermana. El aliento que salía de su boca cuando le hablaba era completamente gélido. No reconocía a esa persona, inundada de odio y maldad. Supo que nada podía hacer contra ella. Tenía los papeles de Vasari y sería cuestión de tiempo que encontrara los ojos de la máscara en cuanto saliera de la casa. Sería entonces demasiado tarde para Santiago y los demás.

—¿Me lo vas a decir o no? —dijo ella sacando el puñal del bolsillo.

—Odeliah... ¿de verdad harías esto? —preguntó asustado sintiendo la hoja del arma bajo su barbilla.

Ella le miraba a los ojos. De sus pupilas salía fuego. La sonrisa desapareció y un gesto serio dominó su rostro por completo.

—Oswald. Lo que quiero conseguir está por encima de ti. Por encima de mí. Por encima de cualquier cucaracha que nos rodea. Lo que persigo significa la gloria para nuestra raza —se acercó un poco más—. Así que no temas. Voy a asegurarme de que no le dices nada a nadie sobre los ojos de la máscara llevándome estos papeles y silenciando tu voz.

—No serías capaz...

El corazón de Oswald estaba desbocado. Sintió que podía explotarle en cualquier momento. Ver a su hermana así, completamente poseída por la ira y el odio había derrumbado cualquier ánimo de querer vivir. El sentimiento de fracaso fue tan grande que deseó que lo que tuviera que suceder fuera lo más rápido posible.

—Como te digo, esto está por encima de ti y si te conviertes en obstáculo para mi avance, debo encargarme de ello. Gracias por los papeles. No te olvides de saludar a nuestros padres —se acercó a su oído y susurró—. Heil Hitler.

Hasta ese momento, Oswald pensó que había conocido la sensación de terror, pero lo que en ese instante inundó sus sentidos no tenía nada que ver con eso. Un intenso escalofrío cargado de pánico recorrió su espina dorsal y terminó explotando dentro de su cabeza. El horror de aquellas palabras hizo que el dolor causado por la hoja seccionando cada centímetro de su cuello apenas se sintiera.

La sangre brotaba rápidamente tras cada latido del corazón mientras caía en un profundo sueño. Sus ojos contemplaron la imagen de su hermana, antaño

querida, recogiendo los papeles y guardándolos en el bolso. Esas palabras susurradas a su oído confirmaban que el monstruo que siempre moró dentro de ella había aparecido para hacerse dueño de todo.

Antes de marcharse del salón sin ningún tipo de sentimiento de remordimiento por lo que acababa de hacer, Odeliah se volvió y le miró.

—Si llegas a tiempo, dile a Caren que echaré mucho de menos sus infusiones.

Retomó su camino y salió de la casa.

Allí quedó Oswald, solo, bañado en sangre y aún con tiempo de preguntarse qué era lo que había salido mal. Antes de caer en el sueño profundo, tuvo tiempo de agradecer no haber llevado dentro aquella semilla del mal que su familia siempre había tenido y de la cual incluso presumían. Se alegró de haber sido tan diferente a ellos. Tan diferente de esos monstruos.

Finalmente, y tal y como hizo Martina, esbozó una leve sonrisa y dejó de respirar.

La sensación de no encontrar aquello que había ido a buscar no abandonó la mente de Gabriela. Continuaba pareciéndole curioso, casi mágico, el hecho de coincidir allí con Roberto, pero él parecía que iba hallando respuestas, así como Santiago. Sin embargo, ella seguía anclada y sin saber nada sobre el paradero de su padre o sobre qué había ido a hacer a Arezzo.

Los primeros rayos de sol entraban por la ventana y el cantar de los pájaros daba color al silencio gris que reinaba en aquella habitación. Se reafirmó en la idea de que si estaba allí era por algo y que únicamente tenía que dejarse llevar. Tres días antes ni siquiera sabía que su padre no las había abandonado a voluntad, así que tampoco tenía por qué tener prisa.

Se levantó, abrió la ventana y sintió el fresco aire de la mañana italiana. El rumor del gentío se dejaba oír entre los callejones y la sensación de que iba a ser un buen día le dio ánimos para poder recuperar el entusiasmo con el que había llegado a la ciudad.

Eran las nueve de la mañana. Roberto y su padre pasarían pronto a por ella, desayunarían y se dirigirían de nuevo a casa del tal Oswald. Aún quedaban cosas que debían conocer sobre la máscara.

—¡Buenos días! —saludó Gabriela nada más abrir la puerta de su habitación.

—Buenos días, Gabriela —respondieron casi al unísono Roberto y Santiago.

Salieron del hotel y emprendieron de nuevo el camino a la gran casa de Oswald durante el que Santiago recibió un mensaje. Leyó atentamente y asintió para sí.

—Luigi llegará después de la hora de comer, sobre las cuatro de la tarde. Ha tomado un tren en Fontanelle y viene directamente a Arezzo. Le he dicho que me llame cuando llegue y le indicaremos dónde estamos.

—Me parece genial —respondió Roberto—. Espero que cuando llegue tengamos más claro todo lo referente a la máscara. Ojalá haya resuelto todo lo de su madre.

Pocos metros antes de llegar a la casa de Oswald, un pequeño grupo de personas reunidas ante su puerta alertó a Santiago de que algo no iba bien. Instintivamente apresuraron su paso para llegar cuanto antes. Cuando lo hicieron, encontraron a Caren en la puerta acompañada de un agente de policía.

—¿Qué ha pasado, Caren?

—¡Me lo han matado! —dijo hundida en la pena—. ¡La loca de su hermana lo ha matado!

Gabriela se llevó las manos a la boca intentando reprimir el grito que desde su garganta luchaba por salir. Roberto y Santiago quedaron en shock ante la noticia.

—¿Quiere decir que Odeliah ha estado aquí? —preguntó Santiago.

—Sí. Estuvo aquí por la mañana y por lo visto anoche volvió a casa. Yo suelo acostarme muy temprano. Soy muy mayor y el sueño me vence desde muy pronto. ¡No oí nada raro! Cuando me levanté y fui al salón con mi café, como siempre, lo encontré ahí tirado, en el suelo...

Justo en ese momento, dos agentes salían de la casa con el cuerpo de Oswald sobre una camilla y dentro de una bolsa con la cremallera cerrada. Un escalofrío recorrió cada centímetro de Gabriela y Roberto al ver aquella escena. A pesar de ser cirujano y haber visto muchos cadáveres a lo largo de su carrera, algo había en aquella estampa que hizo que Roberto se estremeciera como nunca antes. Todo permaneció en silencio hasta que las puertas de la ambulancia se cerraron.

—¡Oswald! ¡Oswald! —gritó Caren al verle marchar.

Un agente de policía se acercó a la mujer y le habló.

—Aunque ya haya declarado y respondido a nuestras preguntas, la llamaremos dentro de poco, cuando se haya recuperado, para que pueda

testificar sobre lo sucedido al encontrarse dentro del domicilio cuando sucedió todo. Si necesita algo, póngase en contacto con nosotros. La empresa aseguradora también la llamará durante el día de hoy ya que es usted quien aparece como persona de contacto.

Tocó el hombro izquierdo de la mujer y se marchó.

—Será mejor que vayamos dentro —dijo Roberto.

Entre los tres acompañaron a la vieja Caren al interior de la casa y la sentaron en uno de los bancos de la cocina de la casa. Al dirigirse a ella pasaron junto al salón y pudieron ver, además de la cinta policial que impedía el paso al interior del salón, la enorme mancha de sangre que había aún en el suelo. Gabriela quiso vomitar. «Hoy iba a ser un gran día...», pensó.

—¿Está segura de que ha sido su hermana? —preguntó Santiago. Mientras, Roberto preparaba una infusión de tila para intentar relajar a la señora. Hizo además un café para cada uno de ellos.

—No me cabe la menor duda. A pesar de venir de la familia que venía, todo el mundo quería a Oswald. No se metía con nadie, era muy trabajador y siempre intentaba ayudar a todo el mundo. Nadie querría hacerle daño, pero si alguien lo ha hecho, no tengo duda de que ha sido ella.

—¿Se odiaban entre ellos? —preguntó Santiago.

—Esa mujer odia a todo el mundo. Mi Oswald no albergaba ese sentimiento en su corazón. Desde siempre supe que ese niño no era como el resto de su familia y por eso es tan injusto que le haya pasado algo así. ¡¿Qué será de mí ahora?! —dijo sollozando.

Volvió a sentir un tremendo dolor en el pecho y comenzó a llorar desconsoladamente. Gabriela se le acercó e instintivamente le dio un abrazo fuerte. La mujer se dejó querer y se lo devolvió con un lamento desgarrador. Roberto, incapaz de estar sin hacer nada, comenzó a dar pequeñas vueltas por la cocina. Segundos después, sin darse cuenta, llegó al salón donde Oswald había caído muerto. Reconoció ese olor al instante: olor a hierro, a sangre; olor a muerte. Ese hedor que tanto se pegaba a las fosas nasales cuando alguien se marchaba entre sus manos en el quirófano.

Durante algunos segundos observó a los técnicos que continuaban operando en el lugar donde se había cometido el crimen e inspeccionando la estancia. Minutos después, se percató de que uno de ellos les dijo algo a los otros dos. Lentamente se irguieron y pasando junto a Roberto, abandonaron la sala en dirección a la puerta de salida. El joven observó que habían decidido

darse un breve descanso y fumarse un cigarro antes de continuar con su labor. Fue entonces cuando vio clara la oportunidad de intentar saber qué había ocurrido ahí dentro. Saltándose la cinta que previamente había colocado la Policía para impedir el acceso al salón a toda persona ajena a la investigación, se acercó al sillón y observó que los papeles que él les había enseñado la noche anterior ya no estaban y que un vaso con una infusión casi completo descansaba muy cerca del borde de la mesa.

—Apenas tuvo tiempo de beber...

La sangre formaba un enorme charco junto a la mesa que sostenía dicho vaso. Roberto intentó esquivarlo para no manchar la suela de su zapato y extenderla por el resto de la casa. Además, quería evitar delatar su presencia allí. Miró al vacío, lamentándose de no haber sido capaces de prever aquella lamentable situación. Después de casi un minuto de observación y justo cuando se disponía a marcharse, se percató de que algo brillaba bajo la misma mesa a la que se había acercado previamente. Sopesó la idea de cogerlo.

—¿Y si...?

En la cocina, Caren fue calmándose poco a poco gracias a la infusión y a las atenciones de Gabriela. Santiago, que no dejaba de estar sorprendido por lo sucedido, quiso saber algo más.

—¿A qué se refería cuando hablaba de la familia de Oswald y Odeliah?

La mujer, casi al instante, transformó su rostro en una mueca de auténtico asco.

—Los Ackerman... Comencé a trabajar con ellos cuando yo solo tenía veintiocho años. Ahora tengo sesenta y cinco. Eran las personas más despreciables que he conocido nunca y estoy segura de que Arezzo tampoco ha visto jamás gente tan miserable que esa. Eran de ideología nazi y por todos era sabido. Conozco su historia al dedillo y no pasa un día sin que me arrepienta de haber pasado mi vida junto a semejantes monstruos... pero Oswald era diferente y únicamente por él decidí quedarme.

—¿Por qué dice que eran monstruos? —preguntó intrigada Gabriela dando un sorbo a su café.

—Aquellos que llevan el mal en su interior no se molestan en ocultarlo y esta gentuza no era diferente. Los primeros Ackerman que vivieron en esta ciudad fueron los abuelos de Oswald. Según pude saber, durante los primeros años que vivieron en Arezzo, fueron gente normal, pero a raíz de la llegada de



Hitler al poder en Alemania y del empoderamiento del Fascismo en otros países de Europa como Italia, el pensamiento nazi se instauró con mucha fuerza en estas familias.

Santiago recordó las palabras que, según Luigi, Odeliah le dijo tras la entrega de la máscara en la Plaza del Campillo, en Granada: «Hacer justicia con la esvástica». ¿Tendría algo que ver con lo que aquella mujer les estaba contando?

—Si no es mucho pedirle —dijo suavemente Santiago—. Quisiera que me comentara todo lo que sepa de la familia de Oswald, de los Ackerman.

Caren, más tranquila, quiso levantarse para preparar algo de desayunar a aquellas personas, pero Gabriela, que se percató de ello, la detuvo y se ofreció para hacerlo ella misma. Roberto volvía en ese momento del salón y se puso junto a ella para ayudarla. La mujer volvió a hablar.

—Según me contó Oswald en una de tantas noches en las que los dos nos quedábamos a hablar hasta que nos venciera el sueño, sus abuelos llegaron a esta ciudad en 1910. Por lo visto, un incendio accidental devoró la casa que antes estaba construida sobre este mismo suelo que pisamos. Las personas que vivían aquí murieron y la casa quedó para nadie pues no existían herederos. Unos meses después, los Ackerman compraron el terreno y levantaron esta misma casa sobre las ruinas de la anterior. Durante años todo fue bien, pero cuando el Nazismo comenzó a cobrar fuerza, esta, como otras familias afines a su ideología, y arios según su patética percepción, empezaron a tomar poder y a cometer abusos, sintiéndose apoyados por el nuevo régimen. Fueron muchos los judíos que localizaron por culpa de soplos o chivatazos por parte de este tipo de personas. Eran muy mala gente.

—Pero de eso hace mucho tiempo —remarcó Santiago—. No somos responsables de los actos de nuestros abuelos. Si Odeliah hace lo que hace no es porque sus abuelos hubieran sido malas personas...

—Créame que sí. El mal es como un veneno que corre por las venas. Es como un virus y se transmite igual que éstos. Cuando uno nace en la oscuridad, en la mayoría de los casos te vuelves parte de esa misma oscuridad.

—Sin embargo, dice que Oswald era diferente.

—Cierto. Ese niño era pura luz entre tanta tiniebla. Siempre lo supe, pero fue a raíz del asesinato de sus padres cuando pude confirmarlo.

—¿¡Asesinato?! —exclamó sorprendido Santiago.

—Fue en el año 1995. Oswald tenía quince años y Odeliah doce. Por eso

decidí quedarme aquí a pesar del alivio que para mí supuso que esas dos personas murieran. Eran muy pequeños para quedarse solos, y ambos me pidieron que no me fuera.

—¿Quién mató a los padres de Oswald? —preguntó Santiago.

—Como digo, todos sabían que esa familia era de pensamiento nazi. Al contrario de lo que sucedía durante la época de sus abuelos, los padres de Oswald no podían ir presumiendo por la calle de ser nazi porque ya no les estaba permitido incluso por ley, pero dentro de casa no ocultaban su utópico deseo de la vuelta de un Führer como Hitler y de una sociedad aria. Convivir con personas así es muy difícil. Saber que te tratarían como un perro si las leyes lo permitiesen es bastante duro, pero no había trabajo en ningún sitio, así que tuve que conformarme con trabajar para ellos —se detuvo para beber algo de su infusión—. Dos personas de la ciudad, nietos de presos en campos de concentración, conocían los pensamientos de la familia Ackerman. Sabían que los primeros Ackerman que vivieron en la ciudad, los abuelos de Oswald, causaron mucho dolor y sufrimiento a muchas familias de Arezzo. Un día cualquiera, sin ningún motivo aparente, estas dos personas tuvieron una loca idea y decidieron venir aquí, a esta casa, para matar a los padres de Oswald con un machete como venganza por todos los caídos a manos de gente como ellos. Yo diría que estaban borrachos. Les dejaron completamente desfigurados. Fue un acto cruel, pero aunque parezca una barbaridad lo que voy a decir, más cruel era el alma de los Ackerman, si es que la tenían en algún lado —se detuvo un instante para recordar un detalle más—. Además de eso, estas dos personas robaron varias cosas de valor de la colección personal de los Ackerman.

Roberto, con un plato y varias tostadas sobre él, se acercó a la mesa y se sentó al lado de Caren. Gabriela permaneció de pie junto a ella y le ofreció una con mantequilla.

—Gracias... —dijo la mujer con gesto noble.

—¿También les robaron? —preguntó Gabriela.

—Los Ackerman tenían una colección de objetos provenientes de muchas culturas y civilizaciones. Les gustaba tener cosas de Centroamérica, África, este de Europa y demás. También poseían objetos sin ningún tipo de valor económico, aunque con bastante importancia para ellos, aunque yo no entendiera el porqué de esa devoción.

Santiago sabía que aquello que Caren les estaba contando podía darles

más información útil. Sintió ese hormigueo en las manos.

—¿Uno de esos objetos era por casualidad una máscara? —preguntó.

Roberto y Gabriela se sorprendieron ante la pregunta planteada. ¿Cómo había llegado siquiera a plantearse esa cuestión? Caren se quedó pensando unos segundos, intentando recordar lo suficiente como para poder responder a la pregunta que acababa de hacerle Santiago.

—Pues sí. Una máscara bastante fea que guardaban en una caja de metal junto a un papel muy antiguo. ¿Cómo sabe eso?

Santiago vio confirmadas sus sospechas.

—Hasta hace poco, esa máscara la teníamos nosotros. El destino hizo que cayera en nuestras manos. Es una historia muy larga, pero Odelliah fue a Granada a buscarla. Cuando lo hizo, se refirió a ella como *su* máscara. Por eso he pensado que quizá estuvo en su poder o en el de su familia en algún momento.

De nuevo, la agilidad mental de su padre maravilló a Roberto.

—Pues no entiendo para qué querría esa máscara porque, además de ser bastante desagradable incluso para ser expuesta, no tenía ningún tipo de valor económico. O eso pienso yo, que tampoco soy muy entendida en esas cosas.

—¿Conserva la caja de metal que mencionaba anteriormente? —solicitó Santiago.

—Creo que está en alguna parte del desván. Si me permiten puedo ir a buscarla.

Sin esperar una respuesta, la mujer se levantó y abandonó la cocina. Roberto se acercó a su padre mientras Gabriela acompañaba a Caren.

—Papá, ¿crees que Odelliah buscaba la máscara porque ya sabía todo lo que Oswald nos dijo ayer?

—Creo, sin temor a equivocarme, que Odelliah supo, en algún momento, todo lo relacionado con la máscara y que tiene en mente llevar a cabo algún plan que todavía escapa a nuestro conocimiento. Si la máscara estuvo en esta casa antes y luego fue robada, algo tuvo que suceder para que repentinamente ella tuviera ese interés tan grande en recuperarla incluso sin importarle tener que matar a personas mientras lo hacía. Incluso a su propio hermano...

—Debes saber que los papeles que Oswald nos enseñó ayer ya no están sobre la mesa del salón. Creo que ella se los ha llevado.

—Si se los ha llevado, quiere decir que los necesitaba, lo cual significa que en esos papeles hay información que no tenía hasta ahora. La misma

información que Oswald iba a darnos hoy... Juega con ventaja.

En ese momento, Caren y Gabriela volvían a la cocina con la vieja caja de metal que colocaron sobre la mesa, junto a los cafés. La mujer la abrió y en su interior únicamente había una hoja de papel enrollada y atada como si de un antiguo pergamino se tratase. Santiago miró a Caren pidiéndole permiso para cogerlo. Ésta asintió. Lo desenrolló y un pequeño texto apareció: *«Per il mio maestro Luca Adamo, questa maschera rimarrà separata dai suoi occhi, e non verrà mai più completata. L'uomo non è pronto per un simile potere e, secondo la sua volontà, non conoscerà mai più il genio di cui un tempo si fece uso a Pompei. Io, Santino Argento, lascio il mio sangue a custodire l'eredità di Luca Adamo, così come fecero prima di me i miei fratelli Enzo Salvatore e Noé Lafayette, dei quali sentirò la mancanza per il resto della mia vita e che faranno l'ultimo viaggio con la promessa con loro.»*

—¿Podría traducirnos por favor? —solicitó Santiago a Caren.

—Por supuesto. El texto dice: «Por mi Maestro Luca Adamo, esta máscara quedará separada de sus ojos para nunca más ser completada. El hombre no está preparado para semejante poder y según su voluntad, jamás conocerá el prodigio que una vez se usó en Pompeya. Yo, Santino Argento, dejo mi sangre como custodio del legado de Luca Adamo, así como mis hermanos Enzo Salvatore y Noé Lafayette, a quienes extrañaré con toda mi alma durante el resto de mi vida y que realizarán el último viaje con la promesa junto a ellos».

Todos quedaron en silencio, como si cada uno analizara aquellas palabras de manera individual para luego comentarlas con el resto. Caren, que tampoco dijo nada, sintió que la tila le estaba haciendo bastante efecto pues se encontraba cada vez más relajada, aunque el dolor por la pérdida de Oswald no había remitido lo más mínimo.

—Claro... —dijo Santiago—. Creo que ya sé qué ha sucedido.

—Puede que yo también lo sepa —dijo Roberto.

—Pues yo no. Explicadme, por favor —protestó Gabriela.

—¿Recordáis cuando Oswald nos dijo ayer que Luca Adamo tenía tres seguidores? —ambos afirmaron con un gesto con la cabeza—. Uno de ellos debió ser el tal Santino Argento que firma este documento tan antiguo. Según lo que hay aquí escrito, sus descendientes tenían la máscara y vivían en este lugar, en la casa que se erigía aquí antes de ser destruida por el fuego. Si Santino Argento era contemporáneo de Luca, es decir, del siglo XVI, significa

que dejó la máscara de Luca como legado familiar para que fuera pasando de generación en generación, hasta que en 1910 un incendio arrasó la casa de sus últimos descendientes, que todavía tenían la máscara en su poder. Fue entonces cuando los Ackerman compraron el terreno, construyeron su propia casa y encontraron la caja metálica con la máscara y esta nota en su interior.

—Tiene sentido —dijo Gabriela.

—Más tarde, quienes les asesinaron robaron varias de sus posesiones, entre ellas, la máscara, y las vendieron en el mercado negro hasta que, en un momento dado, llegó hasta el anticuario de ese hombre llamado Joan Ripoll, en Tarragona. El resto ya lo sabemos, se hizo amigo de Paolo Di Martino y antes de morir a causa del cáncer que padecía, se la regaló a éste.

Caren escuchaba atentamente las palabras de esas tres personas. Le parecía increíble que aquella fea y vieja máscara hubiera sido motivo de tantos problemas para tantas personas. Roberto expresó una duda que acababa de presentársele.

—Entonces, en algún momento, Odeliah leyó los papeles de Vasari, que imagino que se los debió enseñar su hermano Oswald, y recordó que esa máscara a la que se referían esos escritos era la misma que sus padres tenían. Debía recordarla de cuando era pequeña. Supo lo que supuestamente es capaz de hacer, o sea, enviarte al pasado, y empezó a buscarla. Finalmente, la encontró como todos sabemos. ¿Por qué ella sí creyó lo que Vasari decía sobre la máscara y su hermano no lo hizo?

—¿Creerías tú, un hombre de ciencias, si te digo que un objeto puede hacerte viajar en el tiempo? —espetó Gabriela.

Asumiendo la respuesta, Roberto solo entornó los ojos, dando la razón al lógico argumento que encerraba la pregunta de Gabriela. Santiago quiso saber algo más referente a la muerte de los padres de Oswald.

—¿Presenciaron los niños el asesinato de sus padres? —le preguntó a Caren.

—No. Los niños se encontraban en ese momento en la escuela. Desgraciadamente, ese día había una persona más en la casa que también cayó muerta, ya que se encontraba con los padres de Oswald en el momento en que entraron a matarles. No pudieron identificar de quién se trataba y tampoco llevaba ninguna documentación encima que lo aclarara. Una pena, porque murió solo y sin nadie que llorara su pérdida. Además de esa persona, nadie más había dentro de la casa en ese momento. Ni yo, ni los niños.

Sorprendidos ante las palabras de Caren, ninguno entendió cómo una persona puede morir en un sitio y que no se lograra identificar.

—¿Había visto antes a esa persona? —preguntó Roberto.

—Jamás. Era un hombre muy amable y bondadoso. Estuvo en la casa algunas horas, aunque a mí me dio tiempo solo de recibirle y prepararle algo para beber ya que me tenía que ir pronto a mi casa. En aquella época yo vivía en un pequeño apartamento en el centro de la ciudad. Ese hombre me dio muy buena sensación y me causó mucha tristeza que cayera víctima de aquella venganza que ejecutaron contra los Ackerman —calló algunos segundos hasta que recordó un dato más—. Además, cuando me dijo que era andaluz como yo, me dio mucha alegría. Creo recordar que era de Granada.

Justo en ese instante, el vaso lleno de café que Gabriela tenía entre sus manos cayó al suelo haciéndose añicos. Sintió las piernas flaquear y cómo la vista fue nublándose.

Dentro de aquel avión con destino a Berlín, en clase preferente, Odeliah acariciaba con gesto casi maternal la tapa de la carpeta que contenía los documentos sustraídos de su antigua casa. Casi había acabado de leer todo lo que aparecía escrito en esos papeles, y por fin, casi tenía toda la información necesaria para comenzar a buscar los ojos de sal que faltaban para completar la máscara y poder usarla correctamente. Sin embargo, antes de hacer nada de eso, tenía que pasar por la casa que tenía en la capital alemana para cambiar su maleta y coger otro tipo de ropa. Los lugares a los que debía ir requerían usar algo más cómodo. Además, conocía en qué ciudades podían estar los ojos de la máscara, pero no tenía idea de por dónde comenzar a buscar.

—Quizá le he matado demasiado pronto... —susurró mientras guardaba la carpeta en su bolso.

Un pequeño resquicio dentro de sí sabía que eliminar a su hermano de esa forma podría haberse evitado, pero tampoco lo lamentó del todo. Fue un sentimiento parecido al que tuvo después de eliminar a la madre del chico italiano y no quiso finalmente dejarla dentro de la casa para que ardiera con el resto del mobiliario. No supo darle una explicación, pero consideró que un cadáver quemado no merecía eso. Después de muerta, una persona debe quedar tal cual está, no deformada por el fuego. Además, no quedaría huella de su aportación a la estética de la muerta si el fuego la calcinaba por completo.

En ese momento fue exactamente igual. No lamentó lo más mínimo haber matado a su hermano. Lo que sintió fue haberlo hecho tan pronto. Le preocupaba pensar en aquellas personas que habían ido a visitarle poco antes de que ella llegara a la casa. No tenía ni idea de para qué se habían presentado allí ni de cómo habían averiguado que Vasari tenía relación con la máscara. Lamentó no haber visto de nuevo al muchacho italiano. Ver su cara con la huella de la pérdida de su madre era algo que le hubiera hecho sentir muy realizada. Al fin y al cabo, ella consideraba al resto de personas que no fueran como ella simples gusanos, y como tales, sin derecho a nada más salvo arrastrarse por el suelo y a morir pisoteados.

Media hora después, su avión tocó suelo alemán en el Aeropuerto de Berlín-Tegel.

Roberto se apresuró a agarrar a Gabriela, que había perdido momentáneamente el equilibrio.

—¡Ey! ¿Estás bien?

Caren y Santiago también acudieron a socorrerla.

—Sí, sí, estoy bien. Solo me ha dado un pequeño mareo —dijo algo aturdida.

Roberto se imaginaba qué era lo que había provocado aquella situación, aunque prefirió no decir nada. Gabriela se dirigió a Caren con dificultad al hablar.

—¿Ha dicho que ese hombre... era de Granada?

—Sí. Me contó que había venido a Arezzo por requerimiento de los Ackerman para entregarles algo que le habían pedido, pero que volvería pronto a casa una vez concluyera ese asunto.

Santiago también comenzó a comprender la situación. Miró de soslayo a su hijo, pero únicamente tenía ojos para Gabriela.

—Por favor... dígame que recuerda su nombre... —suplicó ella.

Caren quedó pensativa y durante algunos segundos y sin pretenderlo, consiguió que Gabriela se sintiera morir de pura agonía. Finalmente respondió.

—Puede ser que se llamara Ernesto, aunque no recuerdo el apellido.

Instantáneamente, Roberto agarró a Gabriela y la apretó fuerte contra su pecho. Ella únicamente abrió los ojos de par en par sin conseguir articular ninguna palabra. Caren quedó desconcertada ante lo que estaba pasando y no



lograba entender absolutamente nada. Miró a Santiago, intentando encontrar alguna respuesta. Él le despejó todas sus dudas.

—Es altamente probable que ese hombre que mataron cuando los Ackerman fueron también asesinados, fuera su padre.

Caren se llevó una sorpresa mayúscula. No podría haber imaginado bajo ningún concepto que esa chica fuese hija de aquel hombre que visitó la casa de los Ackerman tantos años atrás. Casi lamentó haber mencionado el asunto al ver la reacción de ella. Gabriela, que no conseguía llorar, únicamente era capaz de sentir su propia sangre recorrer todo el cuerpo con grandes pulsaciones. Sentía el corazón casi desbocado en su propia garganta y un leve temblor se manifestó en sus manos que se mantenían agarradas a Roberto. «Ya tienes lo que venías a buscar», pensó. Santiago se levantó y se dirigió a ella.

—¿Quieres salir un rato a la calle? Quizá deberías marcharte con Roberto al hotel o a dar un paseo, Gabriela.

Ella ni siquiera le miró. Continuaba absorta en sus pensamientos intentando comprender lo que acababa de suceder. Las dudas se le agolpaban en la cabeza y la sensación de que le quedaba mucho por saber se hacía más grande a cada segundo. Tras un breve lapso, devolvió la mirada a Santiago y entendió que hacerle caso era lo más apropiado.

—Sí... tienes razón. Necesito que me dé un poco el aire —respondió mientras se separaba de Roberto y le dedicaba una sonrisa. Se acercó a Caren y habló a los ojos mientras le tomaba ambas manos—. Acaba usted de darme la peor noticia del mundo, pero también acaba de quitarme un peso enorme que llevaba a cuestas. Ese hombre era mi padre, estoy segura, y siempre pensé que nos abandonó a mi madre y a mí. Ahora, gracias a usted, sé que nunca quiso hacer eso y que fue asesinado porque cayó en medio de una lucha que no era la suya.

Besó en la mejilla a la sirvienta de los Ackerman y se dirigió a la salida de la casa. Necesitaba dar un paseo, y si era con Roberto, mucho mejor. Dentro quedaron Santiago y Caren, que aún se disculpaba por lo que acababa de suceder.

—No se preocupe —le tranquilizó Santiago—. Esa chica vino a esta ciudad buscando respuestas sobre su padre y acaba de encontrarlas. Es lo peligroso de querer tener la verdad, que la encuentras y apenas la crees, o es más dañina que la mentira en la que antes vivías. «Las señales finalmente fueron ciertas», pensó.

El teléfono de Santiago sonó. Luigi acababa de llegar a Arezzo.

—Discúlpeme, pero tengo que marcharme a recoger a un amigo a la estación de tren. Espero que esté bien y si necesita algo llámenos sin ninguna duda —dijo mientras anotaba su número de teléfono en una servilleta. Ella hizo lo propio con el suyo.

—Muy bien. Muchas gracias por todo y, sobre todo, por haber hecho que la mirada de mí querido Oswald fuera tan diferente en sus últimas horas. Era feliz de poder ayudarles.

—No se equivoque. Gracias a él y también a usted por ayudarnos como lo han hecho. Cuídese.

Dio un apretón de manos a Caren y se marchó de la casa para recoger a Luigi.

La estación de tren de Arezzo era un hervidero de turistas y viajeros. Santiago miraba en todas direcciones buscando alguna señal de que Luigi hubiera llegado, pero no obtuvo resultado alguno. Minutos después sintió una mano tocar su hombro. Se volvió y vio al italiano de frente. Algo en su mirada había cambiado. Algo dentro de él se había transformado, aportándole una cierta serenidad que antes no tenía. No sabía el motivo, pero el viaje a su pueblo le había ayudado a reconciliarse consigo mismo y su mirada era la encargada de dar testimonio de ello.

—Hola Santiago —dijo intentando sonreír.

—¡Hola Luigi! —respondió dándole un abrazo—. Parece que hace semanas que no te veo. ¿Cómo ha ido todo?

Luigi explicó detalladamente lo sucedido durante su visita a Fontanelle mientras ambos se dirigían al hotel donde ya debían estar Roberto y Gabriela. Santiago a su vez, puso al día a Luigi de todo lo acontecido en el tiempo que llevaban en Arezzo. Le contó lo que Oswald les había dicho sobre la relación de Vasari con Luca Adamo y todos los detalles sobre la alquimia que forma parte de la máscara. También le habló de los seguidores de Luca y las propiedades supuestamente imposibles del uso de la misma. Además, le puso al corriente de la reciente revelación sobre lo sucedido con el padre de Gabriela y su viaje a la ciudad.

Todo parecía estar, de algún modo, conectado. Sin duda era un aspecto

que había que tener en cuenta y Santiago estaba completamente seguro de que no acabarían ahí las revelaciones.

Durante el trayecto pensó que lo ocurrido era un claro ejemplo de lo que el día anterior hablaban sobre las señales que el Universo envía. Si Roberto no hubiera enviado aquel mensaje a Gabriela diciéndole que se disponía a viajar a Arezzo, ella nunca se habría planteado hacer el mismo viaje, con lo cual jamás hubiera tenido la oportunidad de descubrir lo que verdaderamente sucedió con su padre.

Dentro de la habitación de Gabriela, en el Persian Hotel, ésta y Roberto conversaban sobre lo que acababan de descubrir.

—Es increíble pensar que si Caren no hubiera mencionado lo de ese hombre que estaba en la casa cuando asesinaron a los Ackerman, yo nunca hubiera sabido nada —dijo ella algo más recuperada—. No hubiera sabido por dónde empezar a buscar información sobre mi padre. Habría sido algo titánico intentar averiguarlo por mí misma y, de repente, ella me lo ha dado todo.

—Tienes razón. Es muy desconcertante pensar en casualidades de tal magnitud.

Gabriela se quedó pensando algunos segundos.

—No creo que sean casualidades, Roberto. Desde el principio supe que tenía que hacer este viaje y venir con vosotros. Algo dentro de mí me decía que había que hacerlo. Es la prueba de que hay veces en que el instinto es más fuerte que el propio pensamiento o la propia razón.

—Entonces, ¿volverás a Granada ahora que tienes tus respuestas?

Ella quedó pensativa, analizando la pregunta de Roberto. Resuelta, contestó.

—No. No pienso volverme todavía. Por un lado, quiero continuar con vosotros para ayudaros en lo posible a resolver todo lo relacionado con la máscara. Por el otro, si vuelvo únicamente serviría para pensar y darle vueltas a lo mismo sin poder solucionar ya nada.

—Pero es peligroso que nos acompañes —interrumpió Roberto.

—No me importa. Además, todavía me quedan dudas respecto a qué fue lo que vino mi padre a hacer. Caren nos ha dicho que los Ackerman le pidieron algo. Yo quiero saber qué era exactamente. Quiero saber qué es eso a lo que mi padre llamó «su tesoro». Tengo la sensación de que, de algún modo,

todo está relacionado.

Roberto supo repentinamente que esa chica era aquella con la que quería pasar el resto de su vida. Su mirada, su determinación, su valor, pero sobre todo su forma de afrontar cada situación, eran algo que le hipnotizaba por completo. Se alegró infinitamente al saber que ella quería quedarse y continuar esclareciendo los vericuetos de lo que su padre fue a hacer a Arezzo.

—Está bien. En ese caso, únicamente queda esperar a que mi padre vuelva con Luigi y todos nos pongamos al día. Sé exactamente qué es lo que deberíamos hacer para revertir la situación en la que nos encontramos, ya que Odeliah se ha marchado con todos los papeles de Oswald y, por ende, con toda la información que nos faltaba por saber y que al pobre hombre no le dio tiempo a darnos.

Justo en ese momento, llamaban a la puerta de la habitación. Eran Santiago y Luigi que acababan de llegar. Todos se saludaron. Roberto dio un fuerte abrazo al italiano, haciendo que volviera a sentir ese leve estremecimiento que tanta alegría le daba. Gabriela y Luigi apenas habían tenido tiempo de hablar en el aeropuerto de Granada, pero ambos sabían, y más aún después de que Santiago pusiera al día a Luigi de todo lo sucedido en su ausencia, que esa situación iba a cambiar.

Cuando terminaron de saludarse, Santiago informó a su hijo y a Gabriela de todo lo que Luigi le había contado estando de camino al hotel. Supo entonces de la decisión de la joven de permanecer en Arezzo junto a ellos pese a haber averiguado que su padre había muerto cuando mataron a los padres de Odeliah y Oswald.

—Créeme si te digo —dijo Santiago— que me parece la mejor decisión que hayas podido tomar. Si te quedas, la verdad se hará más grande hasta descubrir el verdadero destino que el Cosmos tiene guardado para ti. Sin embargo, los papeles donde estaba toda la información que Oswald iba a darnos hoy han desaparecido. No sabemos quiénes eran esos seguidores de Luca Adamo. No sabemos dónde están guardados los ojos de sal que conforman el total de la máscara. No sabemos cómo impedir que Odeliah se haga con ellos antes que nosotros. Es más, ni siquiera sabemos qué es lo que esa mujer pretende hacer cuando lo tenga todo.

Roberto decidió entonces dar el siguiente paso en la investigación.

—¿Recordáis cuando Oswald nos dijo ayer que los papeles que nos enseñó eran fotocopias de los originales?

—Sí —dijeron al unísono Santiago y Gabriela. Roberto metió su mano en el bolsillo y sacó aquello que llamó su atención mientras estuvo en el salón donde murió Oswald.

—Pues creo que estas son las llaves del museo —dijo provocando el asombro del resto—. Estaban debajo del sillón donde asesinaron a Oswald y creo que si abren las puertas del museo, podríamos hacernos con los documentos originales y conseguir la información que supuestamente iba a darnos hoy y que todavía no tenemos...

Luigi, que intentaba seguir la conversación, le resultaba muy difícil participar en la misma ya que no había estado en ninguno de los momentos de los que Roberto estaba hablando. Aun así, admiró la actitud del hijo de Santiago. Le gustaba la gente así, decidida, sin filtros, poco analista y que se movía por impulsos. Básicamente alguien todo lo contrario a lo que era él. Gabriela habló.

—No sé si lo que quieres hacer es una genialidad o lo más irresponsable que podrías haber dicho.

La mirada de Roberto expresó confusión.

—Es una genialidad —dijo Santiago.

—¡Claro que sí! —respondió su hijo—. Con estas llaves tenemos acceso directo a todo lo relacionado con Vasari. A todo lo que no está expuesto y a todo lo que nos hace falta antes de dar el siguiente paso. Oswald nos ha dejado las llaves ahí para que las encontremos y podamos continuar con lo que vinimos a hacer. Además, es muy fácil. Tan sencillo como colocar el cartel de que el museo está cerrado por reformas y tendremos vía libre. Ayer mismo él lo hizo.

—También podemos entrar de noche. Hoy, por ejemplo —recalcó Luigi.

Roberto sonrió. Santiago también. Gabriela alucinaba.

—Veo que vienes recuperado de Fontanelle —le comentó Santiago.

—Quiero acabar con esto, cuanto antes. Y cuando eso suceda, destruiré esa máscara.

La oscuridad cubrió con su manto la ciudad de Arezzo. El cobijo que daban sus callejones, con la ayuda de la luna nueva, servía de hábitat para criaturas de la noche, ansiosas por salir y vivir donde les correspondía. Las sombras de actividades de dudosa legalidad entre calles estrechas eran las únicas que podían dar testimonio de lo que sucedía en la noche aretina; actividades que únicamente podían darse al caer el sol y despertar las tinieblas. Actividades como la que Santiago y compañía estaban a punto de realizar...

En el llavero que Roberto sustrajo de casa de Oswald, además de las numerosas llaves del museo, colgaba un pequeño mando a distancia. Imaginaron que podría ser para activar o desactivar la alarma. Eso desearon los inexperimentados delincuentes ya que, si había un sistema de seguridad, no tendrían forma de anularlo. Gabriela esperaba en la esquina de la Via XX de Settembre que daba con Via Di S. Domenico. Luigi hacía lo propio en la inferior, que cruzaba con Via delle Fosse. Ambos debían quedarse ahí apostados por si acaso veían alguna actividad sospechosa. En ese supuesto, debían avisar a los otros dos por mensaje al teléfono móvil. Aunque todo saliera bien y las puertas quedaran cerradas por dentro, no sobraba el tener medidas de precaución fuera de las paredes del museo.

Dentro, Roberto y su padre, quienes previamente fueron elegidos por unanimidad para encargarse de entrar y localizar la información, buscaban

como locos y en una oscuridad casi total, algún acceso al archivo del museo. El pasamontañas, que ambos usaban por si acaso existiera alguna cámara de seguridad, no les facilitaba mucho la tarea. Los pasillos que se abrían ante ellos les proporcionaban una imagen del lugar bastante fantasmagórica.

Por un instante, Santiago sintió una leve presión en la nuca. Estando ante esa profunda oscuridad, entre esos pasillos largos y sin un final a la vista, recordó su visita, diez años atrás, al Fuerte de San Cristóbal, en el Monte de Ezcaba en Navarra. Un lugar que, a pesar de haber sido diseñado para ser usado con fines defensivos, se usó durante muchos años como prisión militar. Tiene una gran fosa común donde yacen los doscientos siete cuerpos de presos fugados en lo que se conoció como la mayor fuga de presos del mundo. Un total de setecientos noventa y cinco reos huyeron, cayendo muertos algo más de doscientos. A lo largo de muchos años se dijo que entre aquellos muros podían experimentarse fenómenos extraños, aunque nadie pudo obtener pruebas fehacientes que apoyaran dicha afirmación. Estar en aquellos pasillos del museo, en la cara oculta al público, con tal silencio y en plena noche, hizo que aquella sensación de ahogo y asfixia que sintió cuando visitó el fuerte reaparecieran de nuevo. Santiago tuvo que detenerse dos veces para coger aliento, haciendo todo lo posible para que su hijo no se percatara de ello.

Al final de uno de los pasillos, se toparon con una puerta con un letrero en italiano en el que se podía leer. «*Archivio. Accesso limitato*».

—Es aquí —susurró Roberto—. Cuando encontremos lo que buscamos tenemos dos opciones. Llevárnoslo o leerlo y memorizarlo todo bien.

Santiago no había pensado en lo que su hijo acababa de decir. Si sustraían esos documentos, alguien podría darse cuenta de que habían desaparecido. Oswald no era el único que trabajaba en el museo, y si les atrapaban estarían en un buen lío. Obviando el detalle de que Oswald ya no estaba vivo y sabrían que él no había sido la persona que se llevara los documentos, lo que daría lugar a que pensarán que alguien robó las llaves de la casa del difunto guía.

Si, por el contrario, optaban por leer y memorizarlo todo, existía el riesgo de olvidar algo importante. El estrés bajo el que se encontraban en ese momento no facilitaba la toma de decisiones.

—Los cogemos y ya los devolveremos. No creo que nos encontremos en situación de andar con miramientos —respondió Santiago casi sin pensar.

Roberto esperaba que su padre optara por la opción de leerlos y dejarlos donde estaban. Siempre fue muy respetuoso con los legajos y documentos de



cierta antigüedad e importancia. De todos modos, se alegró ya que él también pensaba que llevarse esos papeles de allí era la mejor forma de sacarles provecho. Encontrarían la manera de devolverlos.

Las tres cerraduras se abrieron con tres de las ocho llaves que colgaban del llavero de Oswald. Al cerrar la puerta tras de sí, vieron unas estanterías altas que formaban tres pasillos largos y estrechos. Cajas y carpetas con mucho contenido se apilaban sobre los estantes sin orden ni concierto. En algunas de ellas aparecían letreros indicando su contenido, en otras no. Se separaron para tener más rango de búsqueda.

—Busca alguna caja o carpeta donde aparezca el nombre de Luca Adamo —indicó Santiago—, o algo relacionado con correspondencia, o al menos alguna etiqueta donde se indique que son documentos de poca importancia. Algún método habrá seguido el personal del museo para catalogar u ordenar todo esto.

Se quitaron el pasamontañas imaginando que, en ese sitio, ninguna cámara estaría vigilando. Santiago deslizó su dedo sobre las carpetas y cajas viejas esperando encontrar algo que indicara que buscaba en el lugar correcto. Roberto hacía lo propio. Sin embargo, un pensamiento aterrizó en su mente. Recordó ese día, no hacía mucho, en el que operó a aquel chico que participó en un combate ilegal en un polígono industrial a las afueras de A Coruña. Era su último día de trabajo antes de sus vacaciones. Esos días libres en los que estaría charlando con su padre, bebiendo cerveza con los amigos o ligando con alguna chica en un pub de Granada. Pero ahí estaba, en Arezzo, al norte de Italia, dentro de un museo en plena noche y robando unos documentos personales de un artista italiano. Le pareció que la vida se burlaba de él por hacer planes, por tener la sensación de tener todo bajo control, por creer que tenemos la capacidad de manejar nuestras vidas.

Les pareció oír un ruido procedente de la puerta de entrada. Ninguno dijo nada al otro, esperando a que se repitiera, cosa que no ocurrió.

—Deben ser las maderas de las propias paredes o incluso la puerta al estar entreabierta. —dijo Santiago—. No le des más importancia. Sigue buscando.

Minutos más tarde y casi desesperados al no ser capaces de dar con lo que habían ido a buscar, Roberto encontró una caja. Sobre ella, con un rotulador negro, podía leerse: «*Corrispondenza di Giorgio Vasari e Luca Adamo*».

—¡Papá! —dijo en un grito ahogado—. ¡Lo he encontrado!

Santiago dejó instantáneamente de buscar y fue en busca de su hijo siguiendo su voz entre tanta oscuridad. Cuando ambos estuvieron juntos, rápidamente tomaron la caja que Roberto estaba señalando y salieron del archivo, intentando dejar todo tal y como se lo habían encontrado. Volvieron a colocarse el pasamontañas y cerraron la puerta. Lo hicieron con las tres llaves que previamente habían usado para abrirla.

Caminaron de vuelta a la salida, teniendo mucho cuidado de no hacer el más mínimo ruido. Santiago quiso, no obstante, tener la oportunidad por última vez de admirar los frescos del techo de las salas por las que fueron pasando antes de salir de allí. No sabía si tendría una nueva oportunidad de hacerlo en el futuro.

Antes de cerrar la puerta principal, Roberto le cedió la caja a su padre para asegurarse de que la llave quedaba bien girada y no quedaba rastro de que nadie había estado allí. Fuera les esperaban Luigi y Gabriela, los cuales apenas habían visto ningún movimiento por las calles, y así se lo hicieron saber.

—¿Ya está todo? —preguntó Gabriela.

—Sí —respondió Santiago—, Tenemos que irnos cuanto antes. Separémonos y volvamos al hotel cada uno por un camino. Nos reuniremos en la habitación de Roberto. —Todos asintieron y cada uno tomó una ruta diferente para volver al Persian Hotel.

Quince minutos después, todos esperaban en el lugar indicado a que llegara la persona que faltaba. Santiago no había dado señales de vida durante los diez minutos que llevaban ahí. Luigi, que se quedaría en la habitación de Roberto aprovechando que había dos camas individuales, pagó el precio de la cama supletoria y había colocado el escaso equipaje que llevaba nada más llegar allí.

—Mi padre tarda demasiado... —dijo Roberto preocupado.

—No debes preocuparte. Quizá por pretender volver por una ruta diferente ha tomado un camino más largo. Debe estar casi llegando —respondió Gabriela.

A bastantes metros de allí, en un parque llamado Passeggio del Prato, que alberga el Monumento a Francesco Petrarca, sentado en un banco junto a un enorme árbol, Santiago se aseguraba de que nadie le observaba desde ningún

lado.

La poca gente que aún paseaba por ese lugar a aquellas horas, lo hacía de forma sosegada y tranquila; varias parejas de enamorados, algún deportista que únicamente encontraba tiempo para practicar deporte en ese momento del día o alguna que otra alma solitaria buscando respuesta en lo más profundo de su propia mente. La única persona que deseaba ver era aquella con la que se había citado en ese lugar. Colocó la caja sobre sus piernas y la abrió. Una sola carpeta albergaba en su interior varios folios, sin orden ni concierto, con dos tipos diferentes de letras. Supuso que una de ellas pertenecía a Giorgio Vasari y la otra sería de Luca Adamo. Reconoció un sentimiento que mezclaba la excitación y el vértigo ante lo que en ese preciso instante sostenía entre sus manos.

Semanas atrás apenas habría podido asegurar que Luca Adamo hubiese existido realmente, mucho menos su máscara. La falta de pruebas sobre su vida y muerte lo convertían en un personaje más fantástico que histórico. Sin embargo, ahí estaba él, con unas cartas escritas de su propio puño y letra, en medio de un parque, casi a solas, y en Arezzo, lugar donde nació Giorgio Vasari. Lamentó haber tenido que engañar al resto de sus compañeros, incluido su hijo, pero debía leer antes que nadie esas cartas. Ellos le estaban acompañando, pero el verdadero encargado de continuar la investigación de Paolo era él. Si en esas cartas aparecía algo que pudiera poner en peligro a alguno, era su deber evitar exponerles al mismo. Suficiente había sucedido ya con la muerte de Martina Di Martino y de Oswald Ackerman.

El nivel de italiano de Santiago era básico, casi nulo, pero tenía que conseguir averiguar qué se decía en aquellas cartas de la forma que fuese. Fue por ese motivo, que antes de llegar al parque, se puso en contacto con Caren Rivera para que acudiera al lugar al que pensaba ir y le ayudara a traducir lo que las cartas decían. El estado de templanza en el que normalmente se encontraba Santiago comenzó a flaquear al ver que la mujer tardaba demasiado. Lamentó haberla llamado tan tarde. Según le dijo, estaba a punto de acostarse, pero accedió de muy buena gana a satisfacer la petición que acababa de hacerle.

—Buenas noches, Santiago —dijo una voz detrás de él.

—Hola, Caren. No sabe el alivio que siento al verla —ella se sentó junto a él y esperó a que hablara. Tenía bastante intriga por saber el motivo de su apresurada llamada—. Necesito que lo que voy a contarle a continuación sea

un secreto entre usted y yo —ella dudó durante un segundo. Finalmente aceptó con un movimiento de cabeza—. Estos documentos que tengo son la correspondencia entre dos personas muy importantes para mí y tienen muchos años de antigüedad —dijo crípticamente para evitar detalles—. Necesito, si no es mucho pedirle, que me ayude a traducirlas.

Ella miró los papeles que Santiago sostenía entre las manos. Sonrió y habló.

—Son las cartas de Vasari y Luca. ¿Verdad? —Santiago, perplejo, afirmó mientras la miraba con los ojos bien abiertos. Ella continuó—. Reconozco los papeles que Oswald manejaba en casa. Me los enseñó en más de una ocasión. Llegó a referirse a ellos como una más de las invenciones de Vasari, como la de muchas de las biografías de ese libro que escribió sobre artistas italianos. Gracias a Oswald aprendí mucho sobre Vasari y otros tantos. De todos modos, estos no son los papeles de Oswald. Estos no son... fotocopias. ¿Se trata de los originales? —preguntó mirando a Santiago.

Éste dudó si decirle la verdad, aunque poco margen tenía para inventar otra respuesta.

—Sí. He de admitir que hemos accedido al museo y hemos sustraído estos documentos. Mañana le devolveremos la llave. Mi hijo la cogió de su casa porque creemos que se le cayeron a Oswald cuando sucedió lo que sucedió.

Ella mantuvo el silencio un rato más hasta que comprendió la situación.

—A mi Oswald lo mató su hermana por algo relacionado con esto. Estoy segura. Ustedes tienen buen corazón y creo que, sea lo que sea lo que quieran hacer, es para un buen fin. Creo que, si no le ayudo a traducir estos textos, la muerte de Oswald habrá sido en vano. En cambio, si lo hago, ayudaré a que se haga algo de justicia —miró a los ojos de Santiago—. Tome papel y lápiz porque deberá anotar lo que le diga.

Él sonrió y tomó lo necesario de su pequeña bandolera. Ella comenzó a leer lentamente.

**E**ran ya las doce de la noche cuando Roberto, casi desesperado a causa de la preocupación ante la falta de noticias de su padre, se disponía a salir a la calle para buscarlo. Gabriela y Luigi intentaron hacerle cambiar de opinión.

—Si algo le ha pasado a Santiago, lo más irresponsable sería salir en su búsqueda —dijo Luigi—. Puede que haya personas implicadas en todo este asunto de la máscara de los que ni siquiera tengamos conocimiento. Espera un poco más. Lo más seguro es que llegue a salvo y tenga una explicación válida que darnos.

Dos minutos después, el sonido de unos nudillos llamando a la puerta de la habitación sacó a Roberto de sus más oscuros pensamientos. Raudos, se levantó del sillón en donde estaba sentado y abrió la puerta, esperando ver el rostro de su padre detrás de ella. Así fue.

—¿Dónde diablos estabas? ¡Nos tenías muy preocupados! —le recriminó.

—Disculpadme, pero tenía que asegurarme de que los papeles que habíamos cogido del museo eran los que necesitábamos —dijo mientras entraba—. No voy a permitir ponerlos en peligro bajo ningún concepto. Decidí separarme y revisar estos documentos para cerciorarme de que no existía ningún riesgo al tener la información que se detalla en los mismos.

Luigi se percató de que Santiago no sostenía esos papeles de los que

hablaba.

—Pero, ¿dónde están? No llevas contigo lo que habéis cogido del museo —le dijo.

—Los tiene Caren Rivera —dijo ante el asombro de todos—. La llamé para que me ayudara a traducir lo que decían esas cartas que se enviaron Giorgio Vasari y Luca Adamo. Muy amablemente acudió y gracias a ella tengo toda la información resumida, traducida y anotada en mi cuaderno personal.

—¿Por qué le has dado los papeles? No tiene sentido... —dijo Roberto enfadado.

—Es mejor así. Lo que realmente nos importa está aquí —tomó el cuaderno con su mano izquierda—. Ella va a devolver los documentos mañana por la mañana y dirá a la dirección del museo que Oswald los había tomado días atrás para hacer una revisión de su estado de conservación. Al tratarse de documentos fuera de la exposición pública por su escaso valor histórico y de veracidad, podría ser una explicación válida.

Santiago hizo hueco en el único sillón que quedaba libre en la habitación y acercó hacia sí una mesa baja para depositar sobre ella el cuaderno con todo lo que había anotado.

—Según todo lo que hemos leído, he podido aclarar varios puntos sobre los cuales teníamos bastantes dudas y creo que sé qué es lo que debemos hacer ahora.

Gabriela, Roberto y Luigi se acercaron a la mesa pequeña para oír con atención lo que Santiago tenía que decirles. Antes de que comenzara, Gabriela tuvo una idea. Preguntó al grupo.

—¿Os apetece tomar algo? Yo muero por una copa. Después del día de hoy, no se me ocurre nada mejor para terminar bien la jornada que un buen gintonic —los tres hombres se miraron y sonrieron. Ninguno negó la propuesta de Gabriela. Ésta se dirigió al teléfono de la habitación y pidió hablar con el bar del hotel—. Buenas noches. Llamo desde la habitación 212. ¿Serían tan amables de subir cuatro vasos de ginebra con tónica? Bien cargado, por favor. Muchas gracias —colgó el auricular—. Puedes continuar, Santiago.

—Antes que nada, quiero recapitular lo que Oswald nos contó sobre la máscara de Luca. Es muy complicado, pero hay que tener todo muy claro —se aclaró la garganta antes de proseguir—. En primer lugar, habló sobre las propiedades alquímicas que supuestamente tiene la máscara. Nos indicó qué es lo que en teoría hace el mercurio y el azufre que la forman, y también que

existen dos ojos que deben usarse junto con la máscara y que están compuestos de sal. En su conjunto, nos contó que la máscara, según lo que Luca Adamo confesó a Vasari, era capaz de hacer que quien la usara pudiera viajar al pasado si se encontraba en el lugar apropiado. Es decir, si alguien se encuentra en un sitio impregnado de energía residual, producto de algún evento traumático, se supone que la máscara capta esa energía gracias al azufre de su composición, conecta el alma a ella a través del mercurio y, finalmente, los ojos de sal provocan que el cuerpo se materialice en ese momento en el tiempo, ya que es la propia sal, según la alquimia, la encargada de crear la materia —seguía pareciéndole que lo que decía no tenía ningún tipo de lógica—. En los papeles que hemos tomado del museo y que Caren me ha ayudado a traducir, he podido saber que, según contó Luca a Vasari en una de sus misivas, el uso de la máscara sin estar completa con las dos piedras de sal en forma de ojo podría provocar que el sujeto que la usara perdiera la razón de forma progresiva. Eso podría deberse a que, al conectar el alma a una energía residual a causa del mercurio y el azufre de la propia máscara, se crearía un desequilibrio al no poder ser transportado el cuerpo, ya que esa es una función solo posible a través de los ojos de sal. Por ese motivo, al quitarse la máscara, quien la estuviera usando sin los ojos, sentiría que la realidad en la que vive puede ir deformándose poco a poco, debido a que su alma se ha conectado a otro tiempo, viéndose obligada a volver al presente ante la imposibilidad de materializarse en el momento al que su alma fue conectada —se detuvo unos segundos para tomar aire—. Si ese caso se llegara a dar y alguien usara la máscara sin los ojos en su lugar, podría, y siempre según la teoría del propio Luca Adamo, llegar a presentarse en ese momento en el tiempo, pero sin cuerpo. Sería como un simple suspiro de sí mismo. Como una imagen cubierta por un fino velo. Básicamente sería como popularmente se describe a la aparición de un espectro o un fantasma...

Luigi sintió un estremecimiento en su pecho. Comenzaba a ver un poco de luz en las palabras de Santiago. Repentinamente, les comenzó a parecer muy complejo lo que el viejo investigador les estaba diciendo. Fue Gabriela la que intentó analizar sus palabras.

—Lo que quieres decir, en resumidas cuentas, es que, si se usa la máscara con los ojos colocados en su lugar, lleva a quien la use al pasado. Al momento en que la energía captada fue emitida. Teóricamente, claro —Santiago afirmó con la cabeza—. Por otro lado, si se usa sin los ojos, el alma, que ya ha sido

conectada a esa energía y a ese tiempo, no tiene forma de mantenerse allí puesto que el cuerpo no consigue materializarse, ya que eso es función de la sal que forman los ojos. En ese caso, podría presentarse en ese tiempo como un espectro, parecido a lo que conocemos como fantasma. ¿Cierto?

—Nadie podría haberlo explicado mejor —contestó.

—Entonces —concluyó Gabriela—, por eso se crea un trastorno. Porque supuestamente, el alma, que ha conectado con esa energía y ya está allí, en ese otro tiempo, debe volver, ya que el cuerpo sigue aquí, en nuestro presente.

Santiago volvió a asentir. Luigi sintió que las dudas comenzaban a despejarse a pasos agigantados y que una de sus grandes preocupaciones desde que comenzó todo lo relacionado con el maldito objeto podría estar ya resuelta.

—En ese caso, eso fue exactamente lo que le sucedió a mi padre. Desde que recibió la máscara, la fue usando de forma cotidiana. Nunca supe qué es lo que veía a través de ella, pero es cierto que fue perdiendo el norte.

—Ya había pensado en eso —respondió Santiago—. Imagino que su mente fue víctima de esto que acabo de decir y que tan bien ha resumido Gabriela. Tu padre, seguramente, veía a través de la máscara algún momento en el tiempo en el que quedó energía residual con mucha fuerza. Me atrevería a decir incluso que lo que nos sucedió en Goosnargh fue el evento más traumático que vivió en toda su vida y que sea lo que fuera que veía a través de ella, estaba, sin duda, relacionado con aquello...

De repente la mente de Santiago comenzó a acelerar pensamientos en lo que estaba resultando ser una auténtica revelación para él mismo. Asombrado, abrió los ojos de par en par y se dirigió a Luigi casi gritando.

—¡Claro! La frase que tu padre dijo antes de morir... No era nadie más que yo... Fui yo todo el tiempo... —se llevó las manos a la cabeza—. Luigi, ¿recuerdas lo que te conté sobre lo que vimos en el prado donde se encontraba Chingle Hall?

—Sí, claro... —respondió expectante.

—¡Un espectro! ¡Alguien flotando en el suelo! Ahora dime, ¿sabrías decirme qué ropa llevaba tu padre cuando murió?

Luigi, casi asustado ante la pregunta de Santiago, contestó.

—Jamás podría olvidarlo... Un pijama de hospital de color gris...

El pecho de Santiago se hinchó ante aquella frase. La verdad había salido a la luz. Al fin tenía la respuesta que Luigi fue a buscar a Granada.



—Aquella tarde, creo, que tu padre y yo vimos al Paolo Di Martino del futuro, justo antes de morir. Ahora lo sé y no me caben dudas. Por eso tu padre dijo aquello de que fue él todo el tiempo... Es increíble... Paolo nos vio a nosotros dos desde el momento de su propia muerte. Ese espectro que vimos era él...

Los ojos de Luigi se inundaron de lágrimas. Lo que estaba oyendo era algo que escapaba a su entendimiento. También al de Roberto y Gabriela. Por fin, ese fuego que ardía en su alma desde que su padre comenzara a perder la cordura comenzaba a apagarse.

—¿Estás seguro?... —preguntó aguantando el llanto.

—Por supuesto que sí. Si no, dime qué sentido tendría que tu padre, con la máscara puesta sin los ojos de sal, pronunciara aquellas palabras: «No era nadie más que yo. Fui yo todo el tiempo». Lo único a lo que tu padre le tenía más miedo que a la propia muerte era a aquello a lo que nos enfrentamos cuando fuimos a Goosnargh. Toda la energía que allí se emitió fue canalizada por la máscara y le llevó a ese momento justo antes de fallecer. Por eso, nosotros creímos ver, hace tantos años, a un fantasma, pero tal y como él dijo, no era nadie más que él...

Durante varios segundos, nadie dijo nada. Roberto y Gabriela querían dejar que Luigi tuviera su tiempo para digerir lo que Santiago acababa de decir. Imaginaron lo difícil que debía ser asumir que la máscara había provocado la visión de ese espectro tantos años atrás, y que éste fuera su propio padre antes de morir. Poco después, el joven italiano levantó la mirada y se dirigió a Santiago.

—Tienes razón... Era él y me lo dijo antes de morir... —tomó las manos de Santiago—. Gracias por darme la respuesta que andaba buscando. Ahora siento que mi padre no estaba loco ni había perdido la cabeza por ninguna enfermedad. Fue esa maldita máscara la que se lo comió por dentro y él solo quería investigar sobre ella, pero se lo tragó la propia investigación —Santiago le correspondió a su gesto y retomó lo que estaba diciendo después de acercarse a Luigi y abrazarle de forma paternal. El italiano creyó estar oliendo a su propio padre. El viejo continuó—. Con todo lo que estamos hablando, hay que tener en cuenta que nos estamos acercando a un punto vital en lo que estamos investigando. Si comenzamos a asumir que lo que le sucedió a Paolo fue producto del argumento que acabo de exponeros, por extensión también deberíamos empezar a creer que la máscara tiene realmente el uso que

Oswald nos dijo y que es capaz de llevar a quien la usa al pasado. Si aceptamos ese hecho, si aceptamos que es real que tiene esos poderes, tenemos que ser muy consciente de que nada volverá a ser como era hasta ahora, y que la hermana de Oswald, Odeliah, cree firmemente en ese poder y que busca algo que, mucho me temo, no sería nada relacionado con hacer de éste un mundo mejor.

Todos callaron y fueron conscientes de que, efectivamente, debían asumir que lo de la máscara comenzaba a dejar de ser algo teórico para convertirse en una posibilidad real. Llamaron a la puerta de la habitación. El camarero entró con una bandeja y cuatro vasos llenos de la bebida solicitada por Gabriela. Acompañaban unas patatas chips y unas servilletas.

—Mil gracias —dijo Gabriela, dándole una propina al chico.

Santiago retomó lo que les estaba contando después de dar un sorbo a su vaso.

—Tenemos también el asunto de los seguidores de Luca Adamo que Oswald nos comentó. De algunas de las cartas que se guardaban en el museo, puede saberse que eran tres los seguidores que tenía el alquimista. Sus nombres eran Noé Lafayette, Enzo Salvatore y Santino Argento. Según la carta que ayer pudo leerlos Oswald, Luca Adamo se dirigió a Pompeya para comprobar si la máscara realmente funcionaba. Dejó órdenes a sus seguidores para que fueran al lugar al que él se dirigió si pasado un tiempo no había vuelto. Si eso sucedía, significaba que la máscara funcionaba y que ellos tres eran los encargados de salvaguardar una pieza cada uno y separarlas para siempre —se detuvo para organizar sus ideas—. Creo que Luca Adamo fue consciente del poder tan grande que entrañaría poseer ese objeto y supo con total seguridad que el género humano todavía no sabría darle un buen uso. Esa era la clave; si volvía de Pompeya significaba que la máscara no funcionaba, con lo que no había peligro alguno. Por eso autorizaba a Vasari a publicar todo lo que escribió sobre él. Al fin y al cabo, sería una biografía más de la obra literaria del historiador. Si, por el contrario, no volvía, significaba que la máscara sí que había funcionado y que había que poner remedio para impedir su uso hasta que la humanidad estuviera preparada para ello.

Luigi, buen conocedor de la historia y los principales eventos de su país, intervino.

—¿Podrías decirme, si tienes el dato, en qué fecha fue Luca a Pompeya?

Santiago se enorgulleció de la pregunta que el italiano acababa de

hacerle. Su agilidad mental era envidiable.

—Su intención era, según le dijo a Vasari, estar allí en torno la última semana de agosto.

—Me lo imaginaba... —respondió el joven. Roberto y Gabriela no conseguían seguir el ritmo de la conversación. Ella preguntó.

—¿Qué pasa con esa fecha?

Santiago tuvo el impulso de aclarar la duda de Gabriela, pero dejó que Luigi se encargara de hacerlo.

—Creo que Luca Adamo fue a Pompeya en agosto para comprobar su funcionamiento ya que la erupción del volcán Vesubio que se tragó dicha ciudad tuvo lugar, concretamente, el veinticuatro de agosto del año setenta y nueve después de Cristo —miró a los demás—. Quiso ver si era transportado a ese momento en el tiempo.

—Claro... —dijo Roberto en voz baja—. No me imagino un lugar con más energía emitida e impregnada que Pompeya en el momento en que fue tragada por el humo, cenizas, y esa explosión de calor y magma. Ahora sabemos el motivo de que el cuerpo de Luca Adamo no hubiera sido localizado por nadie aquí, en Arezzo. Ninguna persona supo de su viaje más que Vasari y sus seguidores. Nadie iba a imaginarse que ese hombre se había ido a otro tiempo... Nadie hubiera buscado su cadáver en Pompeya...

—Pasado un tiempo desde su viaje —retomó Santiago—, los seguidores, supuestamente, y siempre según las indicaciones del propio Luca, irían al lugar al que su maestro se dirigió y recuperarían la máscara para cumplir con su voluntad y separar las piezas que la componen. Creo que ese momento fue el último en que ellos tres se vieron. De hecho, en la carta que Caren nos dio y que estaba en la misma caja donde los Ackerman encontraron la máscara, ya lo decía Santino Argento, uno de esos tres discípulos —sacó un papel con las palabras anotadas y leyó—: «Yo, Santino Argento, dejo mi sangre como custodio del legado de Adamo, así como mis hermanos Enzo Salvatore y Noé Lafayette, a quienes extrañaré con toda mi alma durante el resto de mi vida y que realizarán el último viaje con la promesa junto a ellos». De estas palabras podemos saber que cuando dice «su sangre», se está refiriendo realmente a su descendencia, que se hará cargo de proteger la máscara después de que él falleciera y, por otra parte, cuando habla de «sus hermanos», está señalando a los otros dos discípulos, cada uno de los cuales se haría cargo de uno de los ojos de la máscara. No volverían a verse jamás, por eso se sincera y dice que

les extrañará durante toda su vida.

Roberto aún albergaba una duda referente a las palabras de Santino Argento.

—Lo que todavía no me queda claro es qué quiere decir cuando dice eso del «último viaje» y la «promesa junto a ellos».

—Es muy sencillo. Noé Lafayette y Enzo Salvatore morirían y se llevarían la piedra con ellos. El último viaje es el camino hacia Dios. La muerte.

—¿Cómo iban a llevarse una piedra con ellos después de morir? —preguntó Gabriela, ingenua. Santiago sonrió. Aquella muchacha podía sorprenderle con un argumento o razonamiento excelente y brillante, y al siguiente instante hacer lo mismo con un comentario inocente como el que acababa de hacer.

—La única forma de que esa frase pueda tener sentido es que la piedra esté en el lugar en el que fueron enterrados. Imagino que Santino Argento habría hecho lo mismo con la máscara, pero por algún motivo decidió dejarla como legado a proteger por los miembros de su descendencia.

Poco a poco, las cosas fueron aclarándose para todos. Aunque todavía existían aspectos con cierta duda, parecía que poco a poco todo iba tomando forma. Sin duda, a todos les pareció que aquellas respuestas que habían ido a buscar a Arezzo superaban con creces cualquier expectativa que hubieran podido tener. Santiago quiso comentar al resto algo de lo que se acababa de percatar antes de comunicar al grupo lo último que había descubierto a través de las cartas entre Vasari y Adamo.

—El hecho de que los seguidores de Luca Adamo fueran a Pompeya a buscar la máscara y los ojos al comprobar que su maestro no aparecía, nos da a entender que, aunque el cuerpo del sujeto que la usa se transporte, la máscara no lo hace —Roberto y los demás asintieron. Santiago continuó—. Lo último que he resuelto gracias a la inestimable ayuda de Caren es que, si todo se hizo tal y como Luca dispuso, lo que tenemos que hacer a continuación sería dirigirnos a los lugares en los que supuestamente se encuentran los ojos de la máscara e impedir así que Odeliah los localice antes que nosotros.

—Y ¿cómo pretendes que hagamos eso? Han pasado casi quinientos años —protestó Luigi.

Santiago le miró a los ojos. Con serenidad le contestó.

—No corras muchacho. Como dice el refrán, más vale tener un amigo,

aunque sea en el infierno. Y yo tengo varios allí —sonrió.

**E**l precioso apartamento que tres años atrás había comprado en plena Hanna-Arendt Strasse era el mayor orgullo de Odelliah Ackerman. Se trataba de un ático con una gran terraza de quince metros cuadrados. La decoración de interior seguía un estilo minimalista con muebles de acabado simple y en su mayoría de color blanco. Las paredes del salón estaban revestidas de un papel con motivos florales en blanco y negro. Las habitaciones tenían un sencillo color beige y un par de plantas adornaban el pasillo que comunicaba una estancia con otra.

Odelliah, a quien el abrigo de la madrugada le ayudaba a pensar con claridad, descansaba tumbada sobre el gran sofá *chaise longue* con capacidad de hasta ocho personas. Sobre su regazo descansaban los papeles que había cogido de casa de su hermano y donde estaba todo lo que necesitaba para dar el siguiente paso.

Se levantó y se acercó lentamente a la ventana con un vaso lleno de licor de manzana. Odiaba profundamente el alcohol. El comportamiento de las personas que lo consumen llega a ser penoso y lamentable. Ella no consentía que ninguna sustancia modificara su percepción y su capacidad de tomar decisiones.

Las vistas que tenía desde allí no eran las más espectaculares de Berlín, ni pretendían serlo, pero para Odelliah significaba mucho más de lo que nadie

podiera imaginar el hecho de poder ver el pequeño parque frente a la academia de idiomas en In den Ministergärten. La luna saludaba desde el firmamento en el comienzo de su cuarto creciente. A pesar de la poca luz que el satélite proyectaba sobre el parque, para Odeliah era suficiente como para poder deleitarse con semejante vista. Vivir ahí, en una de las calles que conformaron décadas atrás la nueva cancillería alemana, era algo que no hacía más que confirmar que estaba predestinada para cumplir aquella misión autoimpuesta para hacer justicia a aquel ideal que nunca debió ser vencido. Un escalofrío recorrió su espalda, como sucedía cada vez que imaginaba el momento de cumplir el más grande de sus sueños. Dio media vuelta y volvió a sentarse sobre el opulento sofá.

Terminó de beber su licor y colocó el vaso en la mesa baja que se situaba junto al reposa brazos. Al terminar de leer las últimas páginas, tuvo la certeza de cuál debía ser su siguiente movimiento. Ante ella se abrían dos opciones diferentes para buscar los ojos de la máscara. Dos ciudades a las que tendría que ir para completar el puzle. Continuaba sin tener la más remota idea de por dónde debía comenzar, pero confiaba en que algo se le ocurriría. Tenía los nombres de los seguidores de Luca Adamo, así como sus apellidos y el lugar al que fueron después de separarse, pero ninguna referencia sobre cuál sería el paradero de sus cadáveres en la actualidad. Sin esa información, encontrar lo que andaba buscando se convertía automáticamente en una tarea titánica.

—Si existiera algún archivo o relación de muertos por cementerio, quizá consiga dar con algo —dijo a la nada en voz baja, intentando evitar la frustración—. Encontrar un cadáver de hace tantos años va a costarme más de lo que pensaba. Creía que sería más sencillo encontrar esos ojos...

Se alegró mucho de que una de esas dos ciudades fuera aquella que tan buenos recuerdos le traían. Al fin y al cabo, la única vez que estuvo enamorada, sucedió allí.

—Esta vez no olvidaré hacer una visita al interior de Notre-Dame —susurró mientras se tumbaba para observar el techo blanco y recordaba el rostro de Pierre Moreau.

Aquel arquitecto, dueño de una oficina en el centro de París, le robó el corazón algunos años atrás. Odeliah sintió durante aquellos meses que la vida no era tan negra como sus ojos la habían visto hasta entonces. Las miradas, las sonrisas, el roce de sus dedos, el sexo salvaje entre ambos, que la llevaba al éxtasis más desconocido. Todo lo que refería a cómo Pierre la trataba

significaba perfección. Un tiempo que pensó que jamás terminaría y que un día indeterminado de agosto, siete años atrás, comprobó que se equivocaba cuando supo que ella era un número más en la lista del arquitecto. Una pieza más en el esquema de su vida. Las diferentes parejas que el apuesto francés mantenía a la vez hicieron que Odelliah se sintiera como la basura más despreciable de la Tierra.

Comprobó en sus propias entrañas cómo el amor puede transformarse en puro odio con un solo pestañeo. Días después de saber de las mentiras en las que había caído, su vida volvió a teñirse de negro y sus sentidos recuperaron esa bruma que la impedían ver el real alcance de sus propias acciones. Mientras pensaba en una venganza por lo sucedido, se detuvo frente a una armería de una calle de París. Volvió a enamorarse, aunque esta vez de un puñal grande, parecido a un machete. Compró la pieza, supuestamente para exposición, por una alta cantidad. La garganta de Pierre Moreau fue la primera que probó su hoja. A partir de entonces, cada cierto tiempo, la ira de Odelliah era la encargada de alimentar la sed de su puñal.

Un suspiro nostálgico al recordar aquella sensación de abrir en dos la piel bajo la barbilla del hombre que la enamoró, la hizo volver a la realidad. Tenía que planear cómo proceder a partir de ese momento. Decidió que, antes de ir a Francia, pondría rumbo a la otra ciudad. La más pequeña de las dos. Orbetello. Lo que significaba volver a Italia.

—Al menos ahora puedo dejar la máscara a salvo aquí.

Odelliah se puso un pequeño batín y se dirigió a la habitación de los libros. Dentro de ella, cientos de títulos de diferente índole, género y procedencia, convertían la estancia en el paraíso perfecto para cualquier amante de la lectura o el estudio. Dentro de ese habitáculo, bastante más grande que otras estancias del ático, Odelliah guardaba los libros de sus padres que quiso conservar, más algunos que ella misma había adquirido a lo largo de los años. El resto se quedaron en la casa en la que había vivido Oswald.

Se acercó a la estantería más alta de todas y separó el libro con el lomo más ancho. Detrás de éste, como si de una película de espías se tratara, se encontraba un botón de color verde oliva protegido por una fina tapadera protectora de metacrilato. Levantó dicha tapa y pulsó el botón, provocando que en la pared más al fondo de la habitación se abriera una puerta aparentemente invisible que daba acceso al lugar más sagrado para Odelliah. El sitio donde guardaría la máscara y donde todo comenzaría cuando se



hiciera con los dos ojos de sal. Al día siguiente partiría hacia Orbetello en su propio coche. No quería depender de aviones ni de nada más. Casi catorce horas de viaje la separaban de su destino, así que se dispuso a descansar lo máximo posible.

—Lo último de lo que Vasari tuvo conocimiento —dijo Santiago—, era que Santino Argento permanecería viviendo en Arezzo y sería la persona encargada de proteger la máscara. Imagino que Santino, pensando en el futuro, escribió la nota que Caren nos mostró y la colocó junto a la máscara en esa caja. Su descendencia continuó viviendo en la ciudad hasta que a principios del siglo veinte la casa de los Argento fue pasto de las llamas. Como ya sabemos, los Ackerman adquirieron el terreno y años después encontraron la máscara cuando se disponían a realizar unas obras. Santino Argento quiso dejar claro con ese manuscrito cuál era el motivo de tener la máscara bajo custodia y olvidada a ojos del resto del mundo —dio otro sorbo a su gin-tonic—. Por otro lado, los dos ojos fueron llevados por Enzo Salvatore y Noé Lafayette fuera de Arezzo. Lo único que sabemos, que es lo mismo que supo Giorgio Vasari, es que Enzo Salvatore volvió al lugar de donde salió antes de venir a esta ciudad. Se trata de Orbetello. Su regreso debió ser el de alguien completamente cambiado debido a las enseñanzas sobre alquimia de Luca Adamo. Enseñanzas que se centraban en el crecimiento personal y el pulirse a uno mismo para convertirse en oro. Es decir, encontrar la piedra angular dentro de uno mismo. Salvatore volvió también con la enorme responsabilidad sobre sus hombros de proteger uno de los ojos de la máscara. Giorgio Vasari jamás supo si Salvatore tuvo descendencia o no, aunque poco importa si, tal y

como creo, la piedra debería estar junto a él en el lugar donde esté enterrado.

Gabriela intervino.

—Imagino que Giorgio Vasari no supo nada más de ninguno de ellos a partir de que se separaran.

—Yo también lo creo —respondió Santiago—. Seguramente mantuvo algún contacto más con Santino Argento ya que permaneció en la misma ciudad, pero si cumplieron la última voluntad de Luca tal y como pidió, no debió existir más contacto entre ellos.

—¿Qué se sabe sobre el otro? Creo que has dicho que se llamaba Noé —preguntó Roberto.

—Noé Lafayette volvió a Francia, concretamente a París. Allí, según le dijo a Vasari antes de irse, pretendía formar una nueva vida, así que se supone que lo consiguió y que su descendencia continuó viviendo allí. Lo que tenemos que averiguar es dónde están los cuerpos, tanto de Enzo Salvatore en Orbetello como de Noé Lafayette en París, para encontrar también los ojos de sal.

Luigi volvió a preguntar lo que ya había preguntado antes.

—Repito. ¿Cómo piensas averiguar dónde están enterradas esas dos personas cuando hace tantos años de su muerte?

El sueño comenzó a hacerse dueño de Gabriela. Los demás parecían seguir el ritmo de la conversación con cierta facilidad, pero ella se fue sintiendo cada vez más cansada. Toda la información que había procesado durante el día y el cansancio causado por el simple hecho de estar con la mente constantemente activa, hacían que le estuviera resultando bastante complicado mantenerse al mismo nivel de concentración que el resto. El gintonic tampoco le estaba ayudando demasiado a conseguirlo. Aun así, se animó a intervenir.

—Me da la sensación de que Santiago ya ha pensado en eso. ¿Verdad?

Roberto volvió a sentir ese cosquilleo en el estómago. Esa mujer le volvía loco. No había dicho nada especial en ese momento, pero ver cómo hablaba, su capacidad de sobreponerse a las circunstancias y la inteligencia que emanaba por cada poro de su piel hacía que cada vez estuviera más hipnotizado con ella. Santiago respondió.

—Tengo dos amigos que viven en un pequeño pueblo del sur de Cádiz. No sé si habéis oído hablar de Barbate de los Atunes.

—Una vez fui de vacaciones a las playas de Caños de Meca, que creo que

está cerca de donde dices —respondió Gabriela.

—Maravillosa elección. Tienes buen gusto. Tal y como dices, están muy cerca uno del otro —dijo Santiago—. Pues allí viven dos hermanos que se llaman Álvaro y Leo Fonseca que son unos investigadores admirables, además de historiadores. Creo que, si les doy el nombre de Noé Lafayette y Enzo Salvatore, junto con las fechas aproximadas de sus muertes y el lugar en el que creemos que lo hicieron, podrían decirnos, al menos, en qué cementerio están enterrados. De todos modos, me da la sensación de que Enzo, al estar supuestamente en Orbetello, que es bastante más pequeño que París, les será más fácil de encontrar que Noé.

—En ese caso —intervino Luigi—, si consiguen darnos esa información, podríamos ponernos en marcha antes de lo previsto.

—Mañana, en cuanto me despierte, les llamaré y les pediré el favor. En pocas horas sabremos qué camino tomar.

—Esperemos que Odeliah no tenga amistades como las tuyas —dijo Roberto con tono sombrío.

La imagen de la mujer, sentada junto a él mientras le hablaba de su madre volvió a la mente de Luigi. Una sensación de asco y repulsión apareció en su estómago al imaginarse el momento en que golpeaba a su vieja *mamma*.

—Lo mejor es que nos vayamos a descansar —dijo éste con semblante serio.

Todos coincidieron y se dispusieron a abandonar la habitación, dejando en su interior a Roberto y a Gabriela, que pretendían conversar un rato más a solas. De lo que sucedió después, solo las sábanas y las cortinas fueron testigos.

**D**e nuevo allí. Esta vez era muy diferente. Completamente diferente. Santiago observaba la escena, atónito desde el aire, como si estuviera flotando sobre el lugar. El estruendo de las casas derrumbándose. Los gritos de aquellos que caían víctimas de aplastamientos, disparos, heridas de gravedad o de simple desesperación, taladraban sus oídos. Intentaba moverse, pero le resultaba imposible. Hacía el esfuerzo de cerrar los ojos y se percató de que era imposible ya que no tenía párpados. Estaba obligado a presenciar aquel horror. No había forma de escapar de ello.

Entre el caos, se percató de alguien que permanecía apostado delante de la puerta de una casa sin nada de especial. Hablaba con el hombre que había en el interior. Aquella persona parecía impasible a lo que a su alrededor estaba sucediendo. Únicamente estaba concentrado en lo que ocurría dentro de esa casa. Segundos después, salieron dos personas adultas y dos niños pequeños. Juntos, los cinco, avanzaron hacia la salida del pueblo y corrieron raudos para esconderse bajo las ruinas de una casa que ya había sido destruida previamente. A pocos metros de ellos y unos segundos después de separarse de la familia, el hombre que les había sacado de la casa fue sepultado por los restos de una explosión no muy lejos de allí.

La visión continuó y la muerte avanzó en su paseo impasible por el pueblo, cada vez más derruido y asolado. Poco a poco, el grito de las personas fue atenuándose hasta apenas ser audible. Únicamente quedó el eco

de las paredes cayendo, las explosiones sucediéndose y la guadaña haciendo su trabajo.

De nuevo, entre sudores, Santiago despertó. Esa noche fue diferente a las anteriores. Nunca había tenido aquella pesadilla de esa forma. Desde ese punto de vista. Verlo todo desde el aire fue más aterrador aún que cuando tenía la visión desde dentro de aquella casa donde esa familia vivía y de la que escaparon segundos antes de ser bombardeada. Poder ver el amplio rango que alcanzaba la destrucción le hizo estremecer como nunca antes. ¿Cuánto horror vivieron sus abuelos? Belchite fue víctima de una de las batallas más cruentas de la Guerra Civil española. Ese sueño acababa de mostrarle, a vista de pájaro, el infierno que se desató aquel 24 de agosto de 1937. El hombre frente a la puerta era la persona a quien le debía su propio nombre. Su padre se lo dijo siendo él muy pequeño. Maldijo el momento en que lo hizo. Lo maldijo durante toda su vida.

Repentinamente, una chispa activó algún rincón dormido dentro de la mente de Santiago. El terror se apoderó de él. Acababa de darse cuenta de todo. Tragó saliva y analizó cada pensamiento que había invadido todo su ser.

Si lo que acababa de aparecer en su razón era cierto, tenía que conseguir los ojos y la máscara de cualquier forma. A cualquier precio. No consiguió dormir en lo que quedaba de noche. Su mundo acababa de derrumbarse como las casas del viejo Belchite.

Dentro de la cafetería del hotel no había absolutamente nadie desayunando. Luigi, que había madrugado, no sabía si era debido a que aún estaba cerrada o a la calidad de la comida que ahuyentaba a los clientes. Contra todo pronóstico, consiguió dormir bastante bien las pocas horas que lo hizo. Pensó mucho en sus padres, en la máscara y en cómo había transcurrido todo para verse allí en aquel momento. Cuando todo terminara, además de destruir la máscara, cosa de la que no tenía ninguna duda, había tomado la decisión de que volvería a Granada para comenzar allí una nueva vida. En cierto modo, eso ya había sucedido puesto que, al ir a buscar a Santiago, comenzaron a rodar los engranajes para que su vida cambiara por completo.

Comprobó que el servicio de desayunos estaba disponible y se sirvió un café bien cargado. Se sentó a solas en la mesa más al fondo de la sala y comenzó a untar mantequilla y mermelada de melocotón sobre la tostada que había cogido de la cesta con el pan. Minutos después, Santiago apareció y se sentó en la misma mesa que el italiano.

—Daría mi reino por un café como ese —dijo con los ojos aún algo hinchados.

—Buenos días, Santiago. La máquina de café está en la entrada —respondió algo serio—. Sírvete.

Cuando volvió con su desayuno en una bandeja, el veterano investigador quiso interesarse por Luigi.

—¿Cómo te encuentras? Desde que volviste de Fontanelle apenas hemos tenido tiempo de hablar a solas.

El chico terminó de comer la tostada antes de responder a Santiago.

—Cada día que pasa intento aceptar un poco más la situación. No es fácil salir de casa con la ilusión de conocer a un antiguo compañero de andanzas de mi padre para pedirle ayuda con un objeto que yo pensaba que simplemente tenía algo extraño, y poco después perder a mi madre, saber que fue asesinada, perder mi hogar y además de todo, verme envuelto en la búsqueda de unos mágicos ojos de sal para que una loca no pueda usar la máscara y hacer lo que seguramente sea un daño irreparable a la humanidad. Eso sin contar que he sabido que mi padre no enloqueció por motivos de salud y que se convirtió en un fantasma durante unos segundos —calló unos instantes—. No. No estoy del todo bien, aunque como te acabo de decir, intento estarlo a cada segundo.

—Eres consciente de que eres la persona con más libertad y con más derecho para dejarlo todo y volver a...

—¿A casa? —le interrumpió—. ¿A qué casa, Santiago? A mí no me queda nada. Ni siquiera tengo familia. Primos, tías, tíos, ni siquiera una abuela o abuelo que vele por mí. No te equivoques. Yo no tengo ninguna casa a la que volver y, por supuesto, bajo ningún concepto me bajaré del barco. Ya te dije que esa máscara será destruida por mis propias manos. Me da igual la antigüedad que tenga. Me importa una mierda quién la haya hecho ni el motivo por el que la hizo.

—Te entiendo perfectamente. No consigo hacerme una idea de cómo te sientes, pero sí puedo comprenderte. Eliminar la máscara significaría para ti destruir aquello que te ha hecho sufrir tanto. Sería darle un cierto significado a todo lo que ha pasado —buscó la mirada de Luigi antes de continuar—. Comprendo que quieras hacerlo.

—Y lo haré. Aunque para ello tenga que pasar por encima de ti, de tu hijo o de Gabriela. No te quepa duda.

Repentinamente, el ambiente se había cargado de una cierta tensión. Santiago comprendía a la perfección los motivos que llevaban a Luigi a hablar así. Le sorprendió el gran cambio que había sufrido el joven en su comportamiento. Atrás quedó el tímido muchacho que se sentó frente a él en la cafetería Dama de Oro en Granada. Decidió no darle más importancia de la que tenía.

—De todos modos, debes tener claro que nosotros estamos juntos. Somos



tus compañeros y si tu fin es destruir la máscara, entre todos te ayudaremos a conseguirlo —dijo apretando sobre su hombro.

Santiago quedó en silencio al recordar súbitamente el sueño que tuvo la noche anterior. Hacerlo, le hizo recordar la desagradable sensación que tuvo cuando se dio cuenta de lo que significaba y del porqué había soñado con eso tantas veces durante toda su vida. Ayudaría a Luigi a eliminar la máscara, pero antes de eso, había algo que debía hacer. Roberto y Gabriela llegaron al salón de desayunos con un semblante relajado e incluso sonriente. Luigi y Santiago, algo más relajados, les miraron y supieron que habían dormido juntos.

—¿Duermen bien dos personas en una cama de poco más de un metro de ancho? —preguntó Santiago provocando la risa de Luigi y el sonrojo de Roberto y Gabriela.

Ignorando lo que su padre acababa de decir, Roberto preparó el desayuno para él y para Gabriela y se sentó en la misma mesa en la que los otros dos habían desayunado.

—Bueno, ¿alguna noticia de tus amigos? —preguntó a Santiago.

—Finalmente decidí no esperar a hoy para llamarles y les envié un email antes de acostarme explicándoles todo lo más detalladamente que pude. Al despertar he visto que ya han contestado. Me han prometido que durante la mañana tendrán algún resultado que darme. Les envié el nombre y el lugar en el que se suponía que habían vivido hasta el momento de la muerte de ambos. También la fecha aproximada del fallecimiento.

—¿Cómo hacen para llegar a la información que les has solicitado? —preguntó Gabriela.

—Como dije anoche, son, además de historiadores, investigadores especializados en genealogía. Están acostumbrados a buscar y bucear entre registros y archivos. Tienen en su haber un extenso currículum de encargos por parte de personas que desean conocer qué fue de algún familiar o saber quién era su tatarabuelo por cuestiones de herencias o vete tú a saber. En otras ocasiones, simplemente les encargan averiguar el origen de un apellido o conocer algún aspecto concreto de algún antepasado. Son ellos los que pueden ayudarnos a saber algo que creo que les resultará sencillo, como saber dónde fue enterrada una persona.

—Todavía sigo pensando que dar con el dato de dónde yace alguien que murió a finales del siglo quince debe ser muy complicado —dijo Luigi.

—No lo dudo. Por eso precisamente confío en ellos —respondió.

Continuaron desayunando e intentando hablar de otros asuntos ajenos a lo relacionado con la máscara. Para gozo de todos, consiguieron desconectar entre bromas sobre Roberto y Gabriela y comentando las noticias que leían en los periódicos locales.

El resto de la mañana transcurrió de forma relajada para todos mientras esperaban a que Leo y Álvaro Fonseca dieran señales de vida y les dijeran algo sobre la consulta que Santiago les había hecho.

Decidieron salir a dar un paseo por la Piazza Grande. Se sentaron en unos grandes bancos frente a una hilera de pequeños puestos de artesanía local. Gabriela decidió comprarse un colgante con una pequeña figura de un delfín hecha de plata. Usó la misma cadena en la que colgaba la piedra que tuvo su madre al cuello durante toda su vida. El resto optó por no adquirir nada.

—A partir de ahora, se nos presentan dos caminos por tomar —comenzó a decir Santiago una vez se sentaron—. Si mis colegas Leo y Álvaro son capaces de decirnos dónde están enterrados Noé Lafayette en París y Enzo Salvatore en Orbetello, tenemos la opción de ir a una ciudad o a otra.

—Yo he pensado que lo más sensato sería dividirnos en dos grupos de dos —dijo Luigi—. De esa forma ahorraríamos tiempo y sería una búsqueda más efectiva en todos los aspectos. Terminaríamos antes con todo esto.

Todos supieron que tenía razón. Únicamente un inconveniente surgió en Gabriela ante aquel razonamiento.

—También es cierto que, si sucede algo, seremos más vulnerables.

De nuevo, todos supieron que aquel argumento también estaba en lo cierto. Roberto decidió inclinar la balanza dando su opinión.

—Preferiría hacer lo que dice Luigi. Si ocurre algo, nadie estará realmente solo. Iremos de dos en dos, y se supone que la precaución será extrema.

Santiago también dio su punto de vista.

—Realmente, lo más seguro y sensato es hacer caso a Gabriela, aunque si queremos terminar con todo de forma efectiva y rápida, lo más apropiado sería, como dice mi hijo y Luigi, dividirnos en dos grupos. En el peor de los casos, Odelliah está sola, y no creo que pueda hacernos mucho daño. Eso sin contar que ni siquiera sabe que estamos intentando encontrar los ojos de la máscara —calló unos segundos—. Definitivamente, creo que lo más apropiado es separarnos.

El teléfono de Santiago sonó. Un nuevo email había llegado según el tono

que se había oído. Como pudo, ya que su técnica con el aparato brillaba por su ausencia, consiguió abrir la aplicación de correo y leyó lo que aparecía en el apartado de remitente del mensaje recibido, así como el asunto:

*De: Hnos. Fonseca*

*Asunto: Lo que has pedido*

Miró a los ojos de su hijo. Todos, expectantes, tomaron asiento en un banco de la Piazza Grande. Santiago comenzó a leer lentamente y con mucha atención.

*«Querido Santiago. En primer lugar, decirte que nos alegramos mucho de saber de ti. Siempre es un placer tener constancia de que todo va bien, tal y como nos has contado en el correo que nos enviaste anoche.*

*Referente al pedido que nos has hecho, ha resultado bastante fácil encontrar a las personas que buscabas. Sin embargo, hay un par de detalles que nos gustaría comentarte.*

*Para llegar a Enzo Salvatore y Noé Lafayette, hemos tenido que recurrir a viejos registros parroquiales italianos. Estos registros fueron los primeros compases para llevar un control de los nacimientos, casamientos o defunciones de aquellos tiempos.*

*En el caso que nos ocupa, en París ya había un registro parecido al que hemos comentado, e incluso bastante más optimizado que los otros. Sin embargo, en Orbetello, lugar donde murió Enzo Salvatore, estaba recién instaurado el registro parroquial, cosa que nos ha dificultado un poco la labor, aunque tampoco demasiado. Con todo esto, simplemente queríamos darte a conocer el proceso que hemos seguido para obtener resultados. Han sido unas horas, pero nos ha causado una gran satisfacción poder hacerlo ya que es de los casos donde más hemos tenido que escarbar en la historia.*

*Enzo Salvatore, efectivamente murió en Orbetello. Y es allí donde está enterrado. Si nada ha cambiado y según los registros que hemos manejado, la tumba de esta persona debe ser fácilmente localizable si se hace una consulta allí mismo por el nombre del muerto. Debes tener en cuenta que los restos de personas anteriores al siglo dieciocho se encuentran en una zona diferente a la que hoy en día es el cementerio que se usa. Es una parte apartada y en completo desuso. Apenas es un lugar visitado y tiene un mantenimiento mínimo en comparación con el resto del camposanto.*

*Pregunta por al cementerio antiguo y allí encontrarás sus restos.*

*Noé Lafayette murió en París. Lamentamos decirnos que, en esta ocasión, localizar sus restos va a resultar completamente imposible. Esta persona murió en la capital de Francia y fue enterrado en el Cementerio de los Santos Inocentes. La razón de que os diga que localizar su cuerpo va a ser algo irrealizable es que desde el año mil setecientos ochenta y seis, los restos de éste y otros cementerios parisinos fueron trasladados a lo que hoy se conocen como las Catacumbas de París. Unas antiguas minas usadas como depósito de los huesos de más de seis mil personas que durante cientos de años ocuparon los diferentes cementerios de la ciudad. Los huesos de todas esas personas se encuentran apilados en más de trescientos kilómetros de túneles a lo largo de todo el subsuelo de París. También debes tener en cuenta que, de toda esa extensión, únicamente es visitable un kilómetro y medio.*

*Creemos que es imposible saber dónde están los huesos de Noé Lafayette.*

*Esperamos que lo que te hemos ofrecido te haya servido de utilidad.*

*Deseamos verte de nuevo por tierras gaditanas. Barbate de los Atunes y nosotros te esperamos, amigo.*

*Un fuerte abrazo.*

*Fdo.: Álvaro y Leo Fonseca».*

El rostro de los cuatro reflejaba la desolación al saber que hacerse con esas dos piedras iba a ser algo casi imposible. Segundos después, Gabriela tuvo un pensamiento y reaccionó ante él sin poder frenar su entusiasmo.

—Entonces, también será imposible para Odeliah.

—Tienes razón —respondió Santiago—. De todos modos, no me fío de sus capacidades. Si consiguió encontrar la máscara después de tantos años, no dudo de que sea capaz de hacer lo mismo y logre encontrar los huesos de Lafayette.

—¿Cómo podría hacerlo? —dijo Luigi.

Fue Roberto quien respondió mientras le miraba.

—El dinero es capaz de conseguirlo todo. Aun así, hay algo que no entiendo. Si sus huesos fueron enterrados y luego transportados a las catacumbas, ¿es posible que el ojo de sal no esté ya junto a sus huesos?

Asumiendo que su hijo podía estar en lo cierto, sabía que antes tenían que

eliminar todas las posibilidades.

—Esa opción debería ser considerada cuando sepamos que no se encuentra en las catacumbas.

—Son más de trescientos kilómetros de túneles... —dijo Luigi—. Imagina cuántos huesos hay allí. Además, no todo es visitable ni está acondicionado.

Santiago no estaba dispuesto a rendirse. Dada su experiencia personal, jamás había que tirar la toalla hasta que algún resultado sucediese. Sabía que lo que puede parecer imposible, simplemente es improbable. Sabía también que, a lo largo de todos los años dedicados a la investigación, en muchas ocasiones, de lo paranormal, había que enfrentarse a los números y a las estadísticas, así como incluso a uno mismo. Recordando más de una vivencia, respondió.

—Recuerdo el día en que vi alguien flotar sobre el césped. El mismo día en que una fuerza invisible abofeteó la cara de mi amigo Paolo Di Martino — todos supieron qué era lo que Santiago les estaba queriendo decir. ¿Qué había más improbable que vivir una experiencia así? ¿Qué había más remoto que averiguar que esa persona que flotaba era un destello del futuro? El veterano investigador continuó—. A lo largo de mi vida he comprobado que cuando algo parece imposible, realmente no lo es tanto. Es cuestión simplemente de iniciar el camino para ver si realmente lo es o se trata de una barrera autoimpuesta por nosotros mismos. Realmente creo que tenemos que ir a París y entrar en las catacumbas para buscar. Si no conseguimos encontrar los restos de Noé Lafayette, al menos tenemos que intentarlo. Desde aquí, no veremos un puñetero hueso. ¿Y si en ese kilómetro y medio visitable están los de Noé? ¿Y si no encontramos los huesos pero sí el ojo de sal? —les hablaba con una intensidad pocas veces vista antes incluso por Roberto—. Cuando decía que me dedicaba a la investigación para encontrar respuestas a enigmas como la vida más allá de nuestro conocimiento o los fenómenos paranormales como las psicofonías, por decirlos un mero ejemplo, me tildaban de loco y seguramente lo sigan haciendo. Pero me daba igual. Yo he visto y he sentido cosas imposibles para el resto de las personas, pero no para mí.

Aquel discurso estaba sirviendo de impulso para el resto del grupo e incluso como esperanza para continuar en aquella misión autoimpuesta. Las palabras de Santiago, cargadas de razón, calaron hondo en Roberto, Gabriela y Luigi.

—Tienes toda la razón —dijo Roberto mientras los demás asentían—. Yo

mismo he sido testigo de cómo un doctor tiró la toalla con un paciente con una grave lesión medular porque consideró que ya estaba todo hecho. Otro compañero se resistió a hacerlo y se hizo cargo del expediente del paciente, dando por sentado que no estaba todo hecho. Cuando el paciente se recuperó, nadie le dijo nada a quien tiró la toalla. Nadie fue capaz de recriminarle su actitud porque fue lógica dentro de los procedimientos médicos, aunque sí alabaron la decisión del otro para intentar lo imposible. A veces es necesario desafiar a la razón para darse cuenta de que lo que nos parece un muro insalvable, es solo una fina tela —tocó el hombro de su padre—. Hay que ir a París y a Orbetello. Si no lo hacemos, Odeliah tendrá todo el tiempo del mundo para encontrar esos ojos, y no podemos dejar que eso suceda.

Gabriela y Luigi sonrieron. Ella seguía con dudas sobre qué fue a hacer su padre a Arezzo y tenía la sensación de que marcharse de allí era algo ilógico si quería averiguar más sobre su muerte, pero el Universo volvía a hablarle. Todo comenzó con la decisión de unir su camino al de Roberto cuando a ambos se les presentó Arezzo en sus vidas. Así debía continuar siendo y supo que debía dejarse llevar por el curso que el río llevara, y en ese momento le llevaba a abandonar aquel lugar.

El italiano estaba decidido a acompañar a Roberto y Santiago en la búsqueda de los restos de los dos discípulos de Luca Adamo. Solo así conseguiría sus dos objetivos; impedir que Odeliah se hiciera con ellos y encontrarla para destruir la máscara. Sin consultarlo previamente, Santiago decidió que debía volver a tomar las riendas de la situación.

—Luigi y yo iremos a París. Roberto y Gabriela irán a Orbetello. Os pasaré la información sobre Enzo Salvatore para que podáis localizar el cementerio y la parte antigua, así como el registro de forma fácil. —Ninguno se atrevió a rechistar. El siguiente paso estaba decidido y únicamente debían moverse.

Al día siguiente comenzaría la etapa final de su viaje. Encontrar los ojos de sal sería la clave para impedir a Odeliah llevar a cabo su plan y la forma perfecta para intentar recuperar la máscara. Roberto quiso hablar antes de volver al hotel para comenzar a preparar las cosas.

—Tenemos que encontrar un hotel donde Catalina pueda entrar.

La sensación de que la vida iba demasiado rápido no abandonó la mente de Gabriela desde que salieron de Arezzo en dirección a Orbetello. Le hacía especial ilusión estar a solas con Roberto. La noche anterior había sido lo más maravilloso que le había sucedido en años. Entre las sábanas de su habitación comprobó que era con el que quería estar toda su vida. La forma en que se sentía junto a él era algo desconocido para ella. Supo entonces que jamás había estado enamorada, porque si hubiera sido así, lo que en ese momento estaba experimentando debía ser un nivel superior al amor.

Recordaba cuando tomó la decisión de espiar la conversación que el chico del gato estaba manteniendo por teléfono. En aquel momento se arrepintió en lo más profundo de su ser, pero ahora le parecía que había sido la mejor torpeza que jamás pudo cometer.

Supuestamente tardarían algo más de dos horas y media en llegar en el coche de alquiler que habían tomado en Arezzo. El paisaje le estaba pareciendo maravilloso. Muy parecido a la España mediterránea, pero con el toque especial de la Toscana italiana.

Santiago y Luigi habían decidido tomar un vuelo en Florencia, aunque para que saliera aún faltaban algunas horas. Debían adecuarse a los horarios de las aerolíneas y lo precipitado del viaje provocó que tuvieran que esperar al siguiente vuelo a París con plazas disponibles.

—Con poco más de catorce mil habitantes —dijo Gabriela leyendo una

web en su teléfono móvil mientras Roberto conducía—, Orbetello es una pequeña localidad italiana de la provincia de Grosseto, en la Toscana. Sus principales monumentos son la Catedral de Santa María Assunta y las murallas.

—Sin embargo, nos dirigiremos directamente al cementerio —dijo Roberto algo cortante.

Ante aquel sombrío comentario, Gabriela decidió dejar de leer y centrarse en el tema que les ocupaba.

—¿Tienes claro cómo vas a enfocarlo?

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—No puedes llegar al cementerio y preguntar directamente por la situación de los huesos de un tal Enzo Salvatore.

Roberto se quedó pensativo mientras tomaba un desvío hacia una carretera secundaria.

—¿Y por qué no?

—No sé... —dijo ella dubitativa—. Dos españoles preguntando por los restos de un italiano, así por las buenas, no me parece demasiado confiable.

Durante algunos segundos ambos callaron hasta que a Gabriela, como solía suceder, se le ocurrió una idea.

—Podemos decir que el apellido de nuestro abuelo es Salvatore y que nos gustaría visitar los restos de Enzo. Somos dos hermanos que viajamos por el mundo visitando a diferentes personas apellidadas como nuestro abuelo como homenaje familiar a nuestras raíces.

Roberto sonrió para después soltar una carcajada que en un principio molestó a Gabriela. Instantáneamente después, él se dio cuenta e intentó justificar su risa.

—¿Cómo eres tan fantástica? Yo creo que decirle que necesitamos visitar la tumba de esta persona debería ser suficiente para que podamos acceder a ella. Las cosas son más sencillas en el mundo real que en tu cabecita —dijo tocando la cabeza de Gabriela con dos dedos.

Ella terminó aceptando que tenía razón y también sonrió.

—De todos modos, si el ojo de sal está dentro del ataúd, tenemos que pensar cómo vamos a acceder a su interior.

—Tienes razón... —respondió él—. Ni siquiera sabemos si está bajo tierra o dentro de un nicho. Es mejor esperar y una vez allí veremos qué podemos hacer.



Transcurridas las más de dos horas de viaje, tomaron el último desvío para acceder a Orbetello a través de la SP161, carretera secundaria desde la E80, por la que habían circulado la mayoría del viaje. A través del GPS del teléfono de Gabriela llegaron al Hotel Belle Palazzo, lugar en el que se hospedarían las dos siguientes noches si no surgía ningún imprevisto.

Tras hacer *check-in*, accedieron a la habitación y dejaron libre a Catalina para que husmeara por la habitación y estirara las patas. Roberto la observó sin poder creerse la suerte que había tenido al tener una compañía tan buena, leal y grata como ella. Apenas se había quejado durante el trayecto al estar dentro del transportín. Una vez fue libre, localizó la parte más baja de la cama y comenzó a acondicionarlo para poder dormir cuando hiciese sus necesidades y comiera algo.

Gabriela sabía que el motivo de aquel viaje era, sobre todo, localizar el ojo de sal. Sin embargo, no pudo evitar sentir un hormigueo al verse a solas con Roberto en un hotel, en un pequeño pueblo de Italia. Se abalanzó sobre él con la intención de repetir la escena de la noche anterior.

Catalina vio cómo su trozo de cama fue ocupado sin consulta previa.

Tal y como Santiago les indicó, según le dijeron sus amigos a través del correo electrónico, Roberto y Gabriela se presentaron en el cementerio de Orbetello. Las instalaciones de recepción, con un cuidado que dejaba bastante que desear, estaban atendidas por una señora de unos cincuenta años con aspecto de gustarle el trabajo que hacía. La sonrisa con la que les recibió cuando entraron en la antesala del resto del recinto les transmitió confianza en que todo saldría tal y como ellos esperaban.

—*Buona mattina* —dijo la señora con energía.

—*¿Parla spagnolo?* —preguntó Gabriela.

Tras una pausa durante la cual intentó recordar las palabras que recordaba en español, decidida, respondió.

—Sí, aunque no demasiado —sonrió—. ¿Qué necesita?

Gabriela dio un leve suspiro al prever que todo podría complicarse aún más ante la lógica barrera lingüística. «Debí apuntarme a italiano cuando hice bachillerato», pensó.

Roberto habló lentamente para hacerse entender.

—Necesitamos saber dónde se encuentra enterrado Enzo Salvatore. El apellido de nuestros padres es Salvatore y estamos viajando por Europa visitando la tumba de distintos Salvatore en diferentes ciudades del mundo.

Gabriela abrió los ojos, arqueando las cejas pronunciadamente. Oír a

Roberto usando el mismo argumento del que previamente se había burlado en el coche la dejó alucinada. Suplicó interiormente que la señora no les pidiera la documentación para comprobar su identidad. La mujer frunció el ceño ante la petición de Roberto. La duda asomó a sus ojos ya que no sabía cómo podía ayudarle. Se levantó de la silla en la que estaba sentada y se dirigió a un cuarto contiguo. Tras varios minutos, salió del mismo con un enorme archivador entre las manos. El aspecto de éste, viejo, roído por el paso del tiempo y descolorido, les transmitió la seguridad de que no había sido consultado en años o incluso décadas.

Lo abrió delante de ellos. Pasó las páginas a ritmo lento hasta que repentinamente, el grueso dedo índice comenzó a acariciar una página concreta. Se detuvo en un nombre escrito con una letra completamente ininteligible para Roberto y Gabriela, y levantó la mirada hacia la pareja.

—Esta tumba es muy antigua.

—Lo sabemos. ¿Es posible visitarla?

La mujer pensó durante algunos segundos su respuesta.

—Sus huesos se encuentran en... parcela veintiuno, pasillo segundo, nicho quince. Esta tumba es vieja y está... en mal estado. ¿Quieren comprar flores? —terminó sonriendo de nuevo.

Ante aquella actitud tan servicial de la mujer, ambos le devolvieron la sonrisa.

—No, gracias. ¿Cuál es su nombre? —preguntó Gabriela.

—*¡Mi chiamo Raffaella!*

Roberto, intrigado ante la información proporcionada por aquella mujer, preguntó:

—¿Ha dicho usted nicho?

Raffaella, al darse cuenta de lo que realmente le había extrañado al chico, le aclaró.

—En el siglo XX, se trasladaron los restos de las *tombe antiche* a nichos para aprovechar el espacio del *cimitero*.

Les acompañó a un portón a la izquierda de la puerta por donde habían entrado y que daba acceso al resto del cementerio. Una vez entraron, se sintieron desbordados ante la belleza de semejante lugar. No esperaban bajo ningún concepto que un pueblo como Orbetello tuviera un cementerio tan bello y tan bien cuidado, al contrario que el resto de las instalaciones. Largos callejones cargados de nichos se extendían ante sus ojos. Carteles indicativos

con la numeración de cada pasillo así como de las filas, desde la más baja hasta la más alta, que solía ser la número siete, informaban de la ubicación de cada persona enterrada. En cada fila podía verse una ingente cantidad de lápidas tapando cada hueco en la pared, también numeradas. Además de eso, tres fuentes con grandes estatuas daban la bienvenida al visitante con bonitos chorros de agua y un gran jardín junto a ellas.

Roberto se sobrecogió ante tal visión. Gabriela apenas dijo nada. Se limitó a mirar el papel en el que habían escrito lo que la señora les había indicado para saber en qué dirección debían ir para localizar a Enzo Salvatore.

—Parcela número veintiuno —dijo ella.

Roberto se acercó a un pequeño panel que servía de plano en el que también se señalaba la numeración de cada pasillo, que debía medir cada uno de ellos unos cincuenta metros. Buscó con la mirada la situación del lugar al que pretendían ir y comprobó que estaba en la parte más externa del cementerio. La parte más alejada era donde debían dirigirse y se les antojaba demasiado lejos.

Ya habían sido avisados por Leo y Álvaro Fonseca en el correo. Enzo Salvatore se encontraba en la zona más antigua del camposanto y a la vez en la más alejada de la parte nueva.

Una vez supieron dónde estaba la parcela veintiuno, comenzaron a caminar mientras disfrutaban de las fuentes, los jardines y las aves que allí vivían. Mientras se acercaban al lugar, Gabriela tuvo el impulso de preguntar a Roberto.

—Cuando todo esto termine... ¿Qué piensas hacer?

Él, que no había pensado en eso, tardó en responder.

—Pues si aún me quedan días de vacaciones, que espero que así sea, me quedaré en Granada, intentaré relajarme y aprovecharé todo el tiempo que pueda para estar contigo y con mis amigos.

Ella sintió cómo se sonrojaba. Continuaron su paseo y unos minutos más tarde fue Roberto quien inició otra conversación.

—Me pregunto qué es lo que pretende hacer Odeliah con la máscara y los ojos...

—Nada bueno, seguro. Esa mujer ha matado a varias personas para conseguir hacerse con esos objetos. Proviene de una familia nazi y desprecia la vida humana. He estado pensando y, teniendo en cuenta lo que

supuestamente es capaz de hacer la máscara, existen cientos de atrocidades diferentes que pueden caber perfectamente en una mente retorcida como la de esa mujer.

Él no dijo nada. Simplemente se acercó a ella instintivamente y continuó su camino hasta la tumba de Salvatore.

El viaje hasta ese pueblo perdido de la mano de Dios había resultado ser una auténtica agonía. Aunque no fue eso lo que más enfadó a Odeliah Ackerman. Se había quedado muy sorprendida ante lo que aquella mujer le acababa de decir. No podía imaginarse que alguien antes que ella hubiera ido precisamente ese día a ese mismo cementerio para preguntar por la tumba de Enzo Salvatore. No tenía sentido que las casualidades hilaran tan fino y estuviera sucediendo eso. ¿Acaso aquellas personas que fueron a visitar a su hermano se habían adelantado a sus propios planes? Sintió que la rabia le comía por dentro y cómo sus más bajos instintos tomaban el control de nuevo. Le pareció incluso sentir el hambre haciendo acto de presencia en su puñal. Aceleró el ritmo para llegar a la parcela veintiuno cuanto antes. Maldijo el terreno del lugar ya que era totalmente incompatible con sus zapatos de tacón medio. Aun así, no quiso perder un solo instante en quitárselos.

Durante el trayecto, que no era precisamente corto, recapacitó sobre esas personas. Muchas dudas llegaron a su cabeza. ¿Cómo supieron que Vasari estaba relacionado con Luca Adamo? Supuestamente, los papeles que su hermano le enseñó unos años atrás eran la única prueba de la existencia y veracidad de la máscara. Imaginó que localizaron a su hermano si supieron en algún momento que debían ir a la casa museo de Vasari en Arezzo. ¿Cuántas personas eran? Ella únicamente trató con el chico italiano y solo fue para que le diera la máscara. Estaba solo. ¿O no? Tuvo la certeza de que no fue así y de que alguien más estuvo con él en aquella plaza granadina. Vigilando.

—Hijo de puta... —susurró.

Roberto y Gabriela se percataron de que habían accedido a la zona más antigua del cementerio. Los pasillos, cargados de nichos, estaban menos cuidados que todo lo anterior y se notaba bastante que apenas pasaba nadie por allí. Se trataba de un lugar olvidado. Una parte de la historia condenada a la ignorancia por el resto de la población.

Las lápidas que tapaban los huecos donde se encontraba cada muerto,

apenas eran legibles y muchas estaban rotas o incluso despegadas.

Gabriela sintió como si de repente estuvieran en otro lugar. Las aves que antes cantaban al aire libre ya no se encontraban por allí. El sonido de los chorros de agua, producidos por las preciosas fuentes, apenas era audible. Parecía como si un halo gris se hubiera cernido sobre aquel trozo de historia muerta.

—Estamos en la parcela veinte. La nuestra es la siguiente —dijo Roberto.

Caminaron un poco más hasta que llegaron a la siguiente área. Allí, una serie de pasillos cargados de árboles secos y ramas salvajes que recorrían las paredes les dieron la bienvenida. Unas pequeñas placas metálicas indicaban la numeración de cada fila. Gabriela se adelantó y encontró la que buscaban.

—Aquí es. Fila segunda. Ahora tenemos que encontrar el nicho número quince.

Caminaron lentamente por la fila intentando localizar el lugar de reposo de Enzo Salvatore. Bajo sus pies crujían las hojas secas de árboles muertos. El sonido del viento entre los pasillos se convertía en un silbido parecido a un lamento. Era como si las ánimas del lugar intentaran comunicarse con aquellos visitantes.

—Debe hacer años que nadie viene por aquí... —dijo Gabriela—. Décadas...

—¡Aquí está! —exclamó Roberto deteniéndose frente a una lápida.

Quedaba a la altura de su pecho. Ambos se acercaron y leyeron con poca dificultad: «*Enzo Salvatore. 4 ottobre 1502 - 31 settembre 1565*».

La lápida estaba quebrada por varias zonas. Las letras, pasto del tiempo, habían sido erosionadas y en algunas zonas apenas eran legibles. Se preguntaron desde hacía cuánto tiempo, nadie miraba ese trozo de piedra. Una sensación de tristeza inundó el pecho de Gabriela, que sintió una especial conexión con la soledad que allí se respiraba. Roberto se acercó un poco más y con la mano rozó el relieve de las letras del nombre del muerto. Volvió la mirada a Gabriela.

—Si la piedra se encuentra ahí dentro, es obvio lo que tenemos que hacer.

Gabriela supo que lo que le decía era lógico, pero todavía no sabía si sería capaz de hacerlo.

—Es muy peligroso. Alguien podría vernos. Ten mucho cuidado de no hacer mucho ruido, Roberto...

—Creo que hace milenios que nadie asoma la cabeza por esta parte del

cementerio. No creo que suceda nada, pero igualmente hay que estar alerta.

Ella asintió. Roberto acercó ambas manos a la piedra y analizó si ésta se encontraba, además de quebrada, suelta por alguna parte, para ahorrarse así tener que romperla. En algún que otro nicho, según pudo fijarse previamente, las lápidas apenas estaban apoyadas sobre el hueco de la pared y habría sido muy fácil su manipulación.

Paseó sus dedos sobre la superficie hasta que encontró una parte que se movía. Entornó los ojos y tiró lentamente de ella. Casi la mitad de la losa se desprendió del resto. La agarró con sus propias manos y la depositó en el suelo. Gabriela dio dos pasos atrás de forma instintiva al ver la negrura del hueco que quedó visible. Apenas salía olor, y una pequeña nube de polvo se volatilizó desde su interior, de forma lenta y uniforme. Tembló al comprobar en qué nos convertimos tras morir. Tembló al recordar a su madre, dentro de uno de esos agujeros.

Roberto metió las manos dentro del hueco. Lentamente palpó con sus dedos intentando evitar la desagradable sensación y certeza de estar removiendo huesos humanos. Decidió que si sacaba los más grandes y los colocaba en el suelo sería más fácil descartar cualquier otra cosa que hubiera en el interior.

—Dios mío... —dijo—, Esto debe ser lo menos ético que un miembro de la medicina pueda hacer...

Ella se acercó a él. Se sintió algo mal dejándole solo con aquella tarea. Entonces supo que también debía participar en aquello. Estaban juntos en todo y no era apropiado quedarse detrás.

—Mis manos son más pequeñas. Quizá pueda detectar algo que se te esté escapando.

—¿Estás segura?

—Descuida... —dijo apartándole y alargando su mano derecha.

Roberto sacó el teléfono móvil de su bolsillo y abrió la aplicación de la linterna. Enfocó al interior de aquella negra oscuridad y todo fue mucho más sencillo para Gabriela. Tras varios segundos moviendo huesos y escrutando cada uno de ellos, llegaron a la conclusión de que allí dentro no había nada.

—Es inútil... —dijo ella mirándole.

Roberto continuó alumbrando hasta que en una exclamación dio un grito ahogado.

—¡Ahí! ¡Junto al cráneo! ¿Lo ves? Hay algo...

Gabriela miró en el lugar donde Roberto enfocaba con la linterna y se percató de que algo descansaba junto al cráneo de Enzo Salvatore. Acercó su mano y lo extrajo. Se trataba de un pequeño rollo de papel en muy mal estado de conservación. Estaba enrollado y atado con un fino cordón de piel a punto de romperse, o eso les pareció. Ambos se miraron sorprendidos ante ese hallazgo, tan diferente de lo que esperaban encontrar allí.

—Ábrelo —le indicó Roberto.

A pocos metros de ellos, unos penetrantes ojos claros observaban la escena. Unos ojos llenos de ira y rabia. Unos ojos que destilaban la esencia pura del odio. Aquella persona decidió esperar. Quizá el destino aún estuviera de su parte. El momento todavía no había llegado.

Ante ellos se descubrió un texto con apariencia de ser bastante antiguo. Lo primero que les sorprendió es que estaba escrito en perfecto castellano.

—Creo que deberíamos leerlo —dijo Roberto.

—Hazlo tú, por favor —respondió entregándole el viejo manuscrito.

Con los dedos apartó cuidadosamente el polvo que impedía leer con claridad lo que rezaba en el papel. Observó que estaba escrito en castellano antiguo, propio del siglo dieciséis. Lentamente fue adaptándolo al castellano moderno, y en voz no muy alta, comenzó.

*«Tuviste que morir solo, mi querido Enzo, a pesar de haber estado siempre junto a ti, amigo mío. Decidiste llevarte tu secreto a la tumba tal y como así se te encomendó, pero cualquiera podría hacerse con él si llegara hasta ti. Al contrario de lo que piensas, no es tu tumba el lugar más seguro para el ojo de sal. La codicia humana puede llegar hasta los rincones más recónditos. Quién sabe si en el futuro descubre la humanidad que la máscara y sus ojos existen. No son tus restos el lugar más seguro.*

*Jamás te agradeceré lo suficiente que me contaras todo sobre Luca Adamo, tu Maestro. Jamás te agradeceré lo suficiente que me hicieras formar parte del gran peso que cargabas. Esa carga pasará ahora a mí. Con tu permiso lo tomo entre mis manos. Lo protegeré de la misma forma que lo has hecho tú.*

*El secreto jamás se conocerá pues mi sangre velará por él. Descansa en paz. Mi fiel amigo. Damián Blesa.»*



Aquellas últimas palabras hicieron que un terremoto sacudiera a Gabriela desde lo más hondo de su ser. Ese apellido. Como si de la explosión del propio Sol se tratase, todo dentro de su cabeza comenzó a esclarecerse y de esa forma, cada una de las piezas encajó de forma súbita. Acababa de descubrirlo todo. La verdad había terminado de ver la luz e instintivamente se llevó la mano derecha a su propio cuello. El roce de la cadena que colgaba casi comenzó a arderle.

—Damián Blesa... —susurró mientras continuaba aceptando lo que acababa de leer.

—¿Qué sucede? —le preguntó Roberto él al ver cómo su rostro se había tornado pálido. Ella tomó asiento en el suelo, bajo la tumba abierta de Enzo Salvatore. Se apoyó sobre la lápida de un desconocido e intentó hablar.

—Roberto... Mi nombre completo es Gabriela Blesa Guzmán. La nota que acabas de leer está escrita por alguien llamado Damián Blesa. ¿Te das cuenta?

Él intentaba atar cabos, pero en aquel momento era incapaz de resolver lo que ella trataba de decirle.

—Puede ser casualidad... ¿No?

—Imposible. Demasiada casualidad Roberto. El ojo de sal no se encuentra ahí dentro porque ese hombre la sacó del ataúd de Enzo para continuar protegiéndolo él mismo... y su sangre —calló un instante para pensar—. Recuerda que mi padre fue a Arezzo para entregar algo a los padres de Oswald y Odelliah Ackerman. Algo que ellos querían y que de algún modo supieron dónde se encontraba —se detuvo de nuevo para mirar cara a cara a Roberto—. El tesoro al que mi padre se refería en el juego de letras que me dejó en aquel libro era el ojo de sal. No me cabe duda de que se trata de aquello que ha pertenecido a mi familia durante tantos años y que yo consideraba una mera reliquia sin más valor que el sentimental —abrió los ojos mientras miraba al vacío—. Roberto, hemos estado junto al ojo de sal todo este tiempo. Colgó del cuello de mi madre durante toda su vida, desde que mi padre desapareció hasta que ella murió, y ahora cuelga del mío propio.

Roberto quedó sorprendido al ver lo que ella sujetaba entre sus manos. Aquella piedra rosácea que tantas veces había visto y que tantas veces le había dicho que le gustaba, era el ojo de sal que habían estado buscando.

—No puede ser...

—Los Ackerman debieron venir aquí y leyeron este papel. Por eso la lápida está rota. Fue entonces cuando comenzaron a investigar sobre el apellido Blesa y a contactar con las personas que creían que tenían el ojo de sal. Cuando llamaron a mi padre, le dijeron que les entregara el ojo o harían daño a su familia. No le quedó otra que ir, aunque les llevó una falsificación. Fue entonces cuando murió en aquel ataque que perpetraron los nietos de judíos muertos en los campos de concentración nazis para acabar con la vida de los padres de Oswald... Ahora todo tiene sentido...

Una dulce voz interrumpió el razonamiento de Gabriela.

—Así que ese tercer cadáver era tu padre... ¡Qué interesante!

Desde que el avión aterrizó en el aeropuerto de Paris-Charles de Gaulle, habían transcurrido dos horas hasta que pudieron llegar al Hotel Le Mer. Santiago comprobó que la edad no estaba siendo indulgente con él y que su resistencia para viajar y todo lo que significa desplazarse con poco margen para descansar había mermado de forma considerable. Su cuerpo le pedía dormir veinte horas seguidas pero su mente le obligaba a continuar sin detenerse lo más mínimo. Luigi había permanecido casi todo el viaje en silencio. Apenas se comunicó con su compañero y casi no mencionó nada sobre el objeto de su viaje a la capital francesa.

Una vez en la habitación que iban a compartir, Santiago quiso hablar con él para dejar clara algunas cosas.

—Entiendo que desde que fuiste a Fontanelle y comprobaste lo que esa mujer te había dicho, hayas cambiado y que tu ánimo no sea el mismo. Pero tienes que saber que estoy muy preocupado por ti.

El joven, que estaba sentado junto a la ventana de la habitación, observaba el mercadillo que se encontraba en ese instante la céntrica calle Boulevard Saint-Martin. Oyó lo que Santiago acababa de decirle y sin volver la vista le contestó.

—Imagina que Roberto muere golpeado a manos de alguien que ha estado sentado a tu lado. ¿Cómo te sentirías?

—No sé si podría soportarlo... Aun así, no eres el mismo que llegó a

Granada a pedirme ayuda para saber algo más sobre la máscara. Tienes que intentar sobreponerte, en caso contrario, estarías cediéndole terreno a quien ha querido hundirte con lo de tu madre.

La respiración de Luigi comenzó a agitarse, aunque continuó sin mirar a Santiago. Sabía que si lo hacía perdería el control de sus emociones.

—Quien pretendía hundirme no lo ha hecho, pero me ha transformado en una persona completamente diferente. No tengo ganas de sonreír ni de hablar. No tengo ganas de respirar. Me asquea la idea de seguir viviendo. Sin embargo, destruir la máscara y encontrar la ocasión de matar a esa mujer me mantiene en pie.

Santiago, casi horrorizado con lo que estaba oyendo se acercó a Luigi y se colocó junto a él, a su espalda. Lo pensó durante unos segundos hasta que decidió colocar su mano sobre su hombro. Apretó levemente.

Luigi se estremeció. Justo en ese instante estaba pensando en su padre y en qué sería lo que él haría para seguir adelante. Mentalmente le pidió ánimos, y esa mano apretando su hombro la sintió casi como la de Paolo. No pudo soportar más la presión del pecho y volvió la cabeza para mirar a Santiago. Vio a un hombre decidido. A una persona con mucho sufrimiento sobre sus hombros pero que consiguió continuar su lucha a pesar de todo. Se trataba del amigo de su padre y la persona en quien confió todo lo que había averiguado sobre la máscara. Ese hombre se había convertido en el propio Paolo, y la presión de esa mano le había devuelto por una milésima de segundo a su padre. Se levantó lentamente y sin mediar palabra abrazó a Santiago. Poco a poco aceleró el ritmo de su respiración hasta que casi no pudo controlarlo.

Un hilo de voz comenzó a salir de su garganta. La emoción le embargó hasta el punto de emitir sonidos sin sentido. Apretó fuerte el cuerpo de Santiago contra el suyo propio en un intento desesperado de fundirse con él y hacer desaparecer el ardor que crecía en su interior. El viejo investigador también apretó y puso una de sus manos sobre la cabeza del chico. Dos gritos ahogados salieron de la garganta de Luigi, intentando suprimir un desgarrador lamento. Finalmente, no pudo controlarlo y gritó como nunca. Gritó de agonía, de dolor, de pena y también de impotencia. Durante varios minutos gritó y bañó en lágrimas el cuello de Santiago que lloraba en silencio junto a él.

Poco después, la voz consiguió salir de la garganta del joven, únicamente para formular dos preguntas.

—¿Por qué? —dijo con el rostro empapado y el alma rota—. ¿Quién

merecería esto?

Durante algunos segundos permanecieron así. El tiempo parecía haberse detenido y ambos descansaban abrazados uno al otro. Minutos después, fueron relajándose poco a poco y se separaron para mirarse a los ojos. Aquel muchacho se había convertido en un hijo para Santiago. Aquel hombre se había convertido en un padre para Luigi.

—¿Estás mejor? —preguntó Santiago.

—Sí. Algo mejor —contestó Luigi—. Necesitaba gritar y soltar todo lo que llevo dentro.

—No deberías aguantarte nada. Eres libre para desahogarte cada vez que quieras. Contener las emociones nunca es bueno y puede terminar en episodios de ansiedad y estrés.

—Intentaré seguir tu consejo.

Terminaron de dejar las cosas sobre la mesa de la habitación y se dispusieron a salir en busca de la entrada a las Catacumbas de París. El ambiente de París era algo único. Santiago había estado un par de veces años atrás, sin embargo, era la primera vez para el italiano.

Hacía, contra todo pronóstico, un día soleado. La gente conversaba con alegría y la música de acordeón parecía acompañar a cada esquina de la ciudad. Según habían podido saber, antes de entrar a las catacumbas, debían recoger las entradas que previamente habían comprado a través de internet, en un estanco no muy lejos de la propia entrada al complejo de túneles situado en Avenue du Général Leclerc.

Les faltaba un buen tramo para llegar. Decidieron ir caminando, así aprovecharían durante la hora que duraba el trayecto, para ver de pasada la impresionante fachada del Museo Pompidou, Sainte Chapelle e incluso la majestuosa imagen de Notre Dame desde lejos.

Durante ese tiempo en que los encantos de París aliviaron el dolor de Luigi en un pequeño grado, también aprovecharon para conversar. Algunas dudas permanecían en la mente del italiano, las cuales aprovechó para confesar a Santiago.

—Según lo que me habéis dicho, Oswald os contó que unos extraños seres dieron a Luca Adamo las instrucciones necesarias para construir la máscara. No he dejado de hacerme una pregunta en torno a este asunto, ya que parece que al menos a ti no te ha impactado tanto —miró a Santiago—. ¿Crees que fueron unos extraterrestres los que vinieron?

Santiago tardó algunos segundos en responder. Finalmente, recabó mentalmente los datos que quería usar como respuesta.

—Supuestamente, el propio Luca Adamo en ningún momento pensó que se trataba de extraterrestres. Él creía que eran unos enviados del mismísimo Dios para ayudar a la humanidad a redimir a sus pecados. Yo, personalmente, veo más factible la posibilidad de que, si eso hubiera sucedido tal cual se lo contó a Vasari, se trate de existencias ajenas a nuestro mundo, pero no de carácter divino.

Se detuvieron frente a un semáforo que daba acceso a uno de los dos puentes que cruzaban el río Sena, en Ile de la Cité. En cuanto se puso en verde, Santiago continuó.

—Hay que tener en cuenta que, en esos años, la visión del mundo era menos ilustrada que ahora, menos abierta y con la religión y la sugestión bien dentro de las personas. Es posible que fuera algo venido de Dios, no soy nadie para negarlo, pero no lo veo tan claro. ¿Sabías que hay pinturas muy antiguas en las que se pueden apreciar ciertos objetos voladores con un aspecto muy parecido al de un ovni?

Luigi quedó mudo ante la pregunta.

—No tenía ni idea de eso...

—Pues puedes comprobarlo cuando quieras. Desde la antigüedad, algunos artistas han querido dejar una especie de pista o testimonio de visitantes venidos desde arriba. Podría darte varios ejemplos; aquí mismo, en Francia, hay una zona llamada Borgoña, donde se puede encontrar una pequeña población llamada Beaune. Allí hay un monumento religioso, Colegiata de Notre-Dame, en cuyo interior hay un enorme tapiz del siglo quince, la misma época que la de Luca y Vasari, en el que se puede distinguir en una de sus partes la figura de algo en el cielo bastante similar a lo que hoy consideraríamos la típica silueta de un ovni. Otro ejemplo podría ser la *Madonna* de San Giovannino, del mismo siglo que el anterior, donde puede verse detrás de la imagen de la Virgen María un objeto volador con un aspecto algo diferente al anteriormente mencionado. Se puede también observar el detalle de un hombre que parece estar mirando ese objeto pasear por el cielo —Luigi le oía en silencio y muy atento—. *El bautismo de Cristo*, de 1710, es otro buen ejemplo de lo que te estoy contando. En ese cuadro puede verse claramente un objeto redondo, plano e incluso me atrevería decir que dorado, que lanza cuatro haces de luz hacia Jesús y Juan Bautista.

Volvieron a detenerse ante el siguiente semáforo para salir de Ile de la Cité. Santiago esperaba que Luigi le dijera algo, pero permaneció en silencio. Decidió entonces terminar su discurso.

—Son tres ejemplos entre decenas de lo que podemos encontrar en el mundo del arte referente a eso. Yo nunca he sido muy versado en la pintura, pero todo lo relacionado con supuestos ovnis siempre me ha gustado. Por eso puedo hablar con seguridad sobre lo que te acabo de contar. Cuando todo esto termine, te invito a que busques los cuadros que acabo de citar más otros que te puedan interesar, y verás que es posible, aunque no puedo asegurarlo, que hayamos sido visitados durante toda la historia, lo que daría lugar a muchas teorías que no son ahora el momento ni el lugar para mencionarlas. Por eso dije antes que, no sé si lo que Luca Adamo vio era algo enviado por Dios o no, pero sí que, coincidiendo con las muestras de arte en las que aparecen extraños objetos en el cielo, puedo pensar que sea algo parecido. Es más, creo que, si algún pintor cerca de allí hubiera presenciado lo que Luca vio, se trataría de un cuadro parecido a los que acabo de decir.

—No sabía nada de lo que has dicho. Me parece muy interesante saber que, desde hace tantos años, se han dejado tantos testimonios de avistamientos.

—No podemos ser incautos y afirmar categóricamente que se trata de visitas de extraterrestres, pero para gente como yo, que cree y sabe que existen otros planos y que la realidad va más allá de lo que vemos día a día y con nuestros propios ojos, es algo bastante estimulante.

Casi sin darse cuenta transcurrió la hora de caminata que les separaba del estanco donde debían recoger las entradas para las catacumbas. Una vez las tuvieron en su poder, se dirigieron al lugar. Ambos sabían que lo que buscaban, el ojo de sal sería difícil de encontrar allí, pero también eran conscientes de que era una carta que debía ser jugada antes de descartarla. Entregaron la entrada al personal que se encargaba de dar acceso a los túneles y después de declinar la oferta de usar una audioguía, comenzaron a descender bajando escalones.

—¿Por qué no hemos cogido una guía? Quizá haya alguna pista sobre el ojo de sal —dijo Luigi.

—No creo que la piedra que estaba junto a un cadáver de los miles que hay aquí abajo tenga relevancia como para eso. Además, sé todo lo que necesito saber sobre este lugar. He leído mucho a lo largo de mi vida y mi cabeza es como un enorme disco duro. Puedo olvidar cosas, como todos, pero

en cuanto activo mi mente recuerdo detalles leídos mucho tiempo atrás.

—Eres una caja de sorpresas Santiago... —dijo Luigi sorprendido.

A medida que descendían, el calor de la superficie fue desapareciendo para ir entrando en un ambiente fresco.

—Estamos a catorce grados —informó Santiago—. Esta temperatura es constante durante todo el año y ayuda a conservar mejor los huesos.

Caminaron por algunos pasillos estrechos y de techo bajo. El goteo de agua le daba un carácter tétrico a ese lugar que no era más que un intrincado laberinto de túneles. Algunos turistas habían entrado antes que ellos y se los encontraron al volver la enésima esquina. Luigi estaba agobiado entre tanta pared y tanta humedad, pero prefirió no decir nada. Continuaron caminando hasta salir a un pequeño recibidor en el que podían leerse algunos carteles informativos sobre el pasado uso de las minas que hoy albergaban los huesos. El italiano se sentía algo intrigado ya que hasta ese momento únicamente habían visto piedra y tierra.

—¿Dónde están los huesos? —preguntó.

Santiago, que miraba a lo alto de un arco que daba acceso a la siguiente área de los túneles, respondió lentamente.

—Justo a partir de aquí.

Frente a ellos y sobre el arco de piedra, un cartel anunciaba: «*Arrête! C'est ici l'empire de la mort*» (¡Detente! Aquí está el imperio de la muerte). Santiago miró a Luigi y con un movimiento de cuello le indicó que le siguiera. Se encontraban solos. Los turistas que antes se encontraban allí se habían fundido con la oscuridad. El silencio abrigó a Santiago y a Luigi hasta hacerles sentir un escalofrío. La muerte estaba allí y casi se le podía oler. Casi se le podía oír riendo. Comenzaron a caminar y cruzaron el arco que daba acceso a su imperio.



El eco de sus propios pasos acompañó a esos dos turistas que caminaban con un objetivo muy diferente al resto de personas que visitaban el lugar. Lentamente, sabiendo que la visita no tenía un límite de tiempo, consideraron tomarse aquello con tranquilidad.

Luigi se estremeció al ver tantos huesos perfectamente apilados unos sobre otros. En unas zonas se trataba de fémures, en otras, de cráneos ordenados con una precisión milimétrica. Algunos de ellos presentaban claros síntomas de deterioro. El hueso en cuestión podía verse corroído y muy poroso. Daba la sensación de que podría quebrarse en cualquier momento provocando así un posible derrumbe de los que estuvieran colocados sobre él.

Costaba asimilar que una vez todo aquello estuvo en movimiento y vivo. Le embriagaba pensar en las historias que habían vivido cada hueso de allí. Le resultaba imposible saber si lo que miraba fue una mujer o un hombre, simplemente el vacío de las cuencas de sus ojos le decía que ya nada de eso importaba pues nada de lo vivido ni de quien fueron quedaba ya.

Efectivamente, ese lugar era el imperio de la muerte.

Santiago recordó un relato que una vez leyó que trataba sobre los llamados *cataphiles*, que eran personas encargadas de explorar los túneles de las catacumbas que no estaban habilitados para la visita turística y que conformaba la gran mayoría del total del subsuelo. Pensó que quizá debieron haber intentado contactar con algún grupo de esas personas para intentar

acceder a esa enorme extensión de túneles si no conseguían resultado visitando la zona habilitada.

De vez en cuando les parecía oír el crujir de los huesos. Les daba la sensación de que algún animal quebraba algún elemento de aquel descomunal osario. Poco a poco les fue invadiendo un sentimiento de sugestión. Santiago se acercó a Luigi,

—Lo mejor será que no prestemos atención a ningún sonido que nos haga perder la concentración.

—He consultado en internet mientras íbamos al hotel desde el aeropuerto y he leído que algunas personas dicen haber visto cosas extrañas aquí abajo. Otros afirman haber sentido que alguien les tocaba o incluso susurrado algo al oído —se detuvo para contemplar un bloque de huesos con forma de barril—. Es lógico que esté algo tenso al verme aquí entre tanto muerto. Te he oído decir antes que eres sensible a la energía y que crees que existe el flujo de energía, así que no sé qué sientes en un lugar como este.

—Pues, si he de serte sincero, no estoy pasándolo muy bien aquí. Es verdad que hay algo indescriptible que se puede respirar en estos pasillos. No sé qué es, pero es algo denso en el aire. Desde que entramos en esta zona tras pasar el arco con el letrero, tengo la piel erizada y no sé el motivo, ya que ni soy médium ni nada parecido, aunque sí alguien sensible, como dices, a la energía. La que está concentrada en estos túneles es espesa y pegajosa.

De repente, al tomar una esquina, vieron que no conducía a nada más que a otra pared cubierta de huesos varios y cráneos con diferentes muecas. Dieron la vuelta y se toparon con una persona alta y vestida de guardia de seguridad. El susto fue tremendo y ninguno consiguió reaccionar ni articular palabra alguna. El hombre habló.

—¿Se han perdido?

—¿Habla español? —contestó Santiago.

—No se contesta a una pregunta formulando otra —dijo sonriendo el tipo uniformado.

Luigi agradeció poder entender lo que les decía. Contestó.

—No, para nada. No nos hemos perdido. Únicamente estamos aquí buscando una...

—Buscando la forma de comprender el misterioso hilo que separa la vida de la muerte. Este lugar es perfecto para eso —cortó Santiago—. Hemos venido a París de visita y venir aquí nos pareció perfecto para comprobar que

la vida es algo efímero...

La sensación de ridículo de Santiago fue algo que no pudo ocultar en su rostro. Luigi quedó callado y sintió algo de vergüenza ante aquella situación. El hombre finalmente habló sonriendo.

—No pasa nada si tiene miedo. No es la primera persona que baja y comprueba que no puede estar aquí demasiado tiempo.

Más aliviado ante la idea que el hombre se había hecho, optó por seguirle el juego.

—Discúlpeme. Tiene razón. Quise bajar con mi hijo y me he puesto algo nervioso al ver que no encontraba la salida por ninguna parte.

—Mi nombre es Julián. Soy uno de los guardas de seguridad de este lugar. Patrullamos cada media hora las catacumbas de parte a parte. Como podrá usted imaginar, ya estamos muy acostumbrados a este ambiente y no nos afecta, aunque comprendemos que haya a quien le parezca demasiado.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí trabajando? —preguntó Luigi.

—Casi quince años. Antes, este lugar estaba medianamente acondicionado, pero hace cinco años se hicieron mejoras en las instalaciones y ahora es mucho más fácil trabajar aquí.

Mientras conversaban, fueron caminando lentamente hacia la salida. Santiago continuó hablándole.

—Debe haber encontrado de todo en este lugar.

—Está usted en lo cierto. Luchamos cada día para que los visitantes no se lleven ningún hueso de recuerdo.

—¿Harían algo así? —preguntó Luigi asombrado.

—Te sorprendería saber lo que hace la gente por una foto en redes sociales. En algunos casos, imaginamos que quieren los huesos para muy diferente propósito, desde uso decorativo hasta venderlos en el mercado negro para ser usados en misas negras.

Mientras caminaban, tomaron el camino de la izquierda de una bifurcación de tres. Justo antes de hacerlo, Santiago se percató de algo que le hizo girar la cabeza. Sorprendido, tomó del hombro a Luigi deteniéndole. El guarda de seguridad hizo lo mismo.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. Parece ser que mi malestar de antes fue algo puntual. Creo que ya estoy algo mejor. Pasear con usted me ha reconfortado.

—Puedo acompañarle a la salida si lo desea —se ofreció.

—No es necesario, ya estoy bien. Sería una pena salir y desperdiciar una visita tan interesante como esta. Le agradezco muchísimo su atención e interés.

—Si necesita algo, camine en esa dirección —dijo señalando un túnel concreto—, y estará en unos minutos en nuestro puesto de control de salida.

—Muchas gracias.

El guarda Julián se marchó y Santiago y Luigi caminaron unos metros en dirección opuesta, hacia donde estaba la bifurcación que cruzaron segundos antes.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te has detenido de esa forma tan brusca? —preguntó Luigi.

—Ven conmigo...

En un punto concreto desde el cual se podía ver los otros dos caminos que no tomaron mientras iban con el guarda, podía leerse en un letrero sobre un grupo de cráneos y huesos: «*Ossements de L'ancien Cimetere des Saints-Innocents.*» (*Huesos del viejo Cementerio de los Santos Inocentes*).

Luigi supo a qué se estaba refiriendo el viejo. Ese era el lugar en el que supuestamente habían enterrado a Noé Lafayette según la información de los hermanos Fonseca. Esos huesos provenían de ese cementerio, al menos, parte de todo lo que estaban viendo.

—¿Crees que los huesos de Lafayette pueden estar ahí? —preguntó el joven.

—No es eso lo que quiero decirte. Lo que me interesa no es que los huesos sean de allí. Lo que me llama la atención es lo que hay bajo el cartel.

Se acercaron lentamente hasta que estuvieron delante de la enorme cantidad de huesos junto al cartel informativo. Santiago se acercó a un cráneo que sobresalía del resto ya que estaba colocado bajo las letras que previamente habían leído.

—¿Ves algo diferente?

Luigi se acercó más al cráneo y se dio cuenta de que tenía una perforación entre los dos ojos, unos centímetros más arriba.

—Parece que le hubieran disparado en la cabeza. El agujero es perfecto... —dijo tocándolo con la yema de los dedos.

—Acércate más. —indicó Santiago. Cuando lo hizo, Luigi se sobresaltó.

—¿Cómo has visto eso desde tan lejos?!

—Tengo la impresión de que me ha llamado —dijo sonriendo—. Mientras caminábamos, un destello fugaz de la luz de estos débiles focos que alumbran

los huesos llamó mi atención. Cuando leí el letrero supe que estaba aquí. Será mejor que vigiles.

Metió los dedos por la cavidad en la que años atrás habían estado los ojos de esa persona y tocó algo con una suave superficie y textura. Nadie le vio hacerlo, pero sonrió. Luigi permanecía atento por si algún turista tomaba aquel trozo de laberinto y les sorprendía manipulando el cráneo. Segundos después, Santiago volvió a su lado y sin mediar palabra le indicó que le siguiera.

—Tenemos que irnos de aquí.

El joven italiano, sin preguntar, obedeció.

Con paso firme, Odeliah se fue acercando poco a poco a Roberto y a Gabriela.

—No solo hemos sabido que tu padre era el que murió el día que asesinaron a mis padres, sino que la piedra que cuelga de tu cuello es el ojo de sal que custodiaba Enzo Salvatore y que mis padres tanto anhelaban. No imaginaba que me iba a resultar tan fácil encontrarla. Chicos, me lo habéis puesto en bandeja. Muchas gracias.

Gabriela, que nunca había visto el rostro de Odeliah, estaba algo confundida, hasta que pudo darse cuenta de quién era. Roberto, que estuvo escondido y observando con su padre mientras Luigi le daba la máscara, sí conocía su aspecto y la reconoció al instante.

—Hija de puta... —dijo intentando contener toda su rabia.

—Qué modales... Después se extrañarán de que quiera borrarles del mapa.

Se acercó algunos pasos más. Parecía emanar un halo de confianza capaz de intimidar a cualquiera. Su mirada, fría como el ártico, analizaba cada movimiento de Roberto y Gabriela.

—¿Serías tan amable de darme el ojo de sal? Nos podríamos ahorrar muchas molestias si lo hacemos de forma civilizada. Si no cooperáis, ya sabéis cuánto me gusta afilar mi daga con el cuello de quien me lleva la contraria. Podéis preguntarle a Oswald. —sonrió.

—¿Qué piensas hacer con la máscara? —preguntó Roberto.

Odeliah se detuvo a unos metros de la pareja. Quedó en silencio y miró con desprecio.

—No podríais entender nunca lo que significa poder llevar a cabo mi plan. Saber que está en tu propia mano crear el mundo al que sabes que perteneces. Unas criaturas básicas y tan despreciables como vosotros ni siquiera merecen conocer el destino que les espera.

—¿Cómo puedes ser tan mala persona? —dijo Gabriela.

Odeliah estalló en una carcajada que perfectamente hubiera podido oírse desde la entrada principal del cementerio. Parecía que una sobredosis de entusiasmo embriagaba todo su ser. Estaba eufórica.

—¡No soy mala persona! ¿Cómo piensas eso? Solo soy la que se encargará de que suceda lo que debió suceder. Soy aquella que tiene el poder de establecer el orden que por tan poco no se logró implantar. Soy una buena persona, ya que quiero darle al mundo la pureza que merece. Este planeta en el que vivimos es lo más bello que tenemos, y únicamente puede estar habitado y gobernado por personas igual de perfectas.

Roberto interrumpió.

—No eres más que una loca que mata sin compasión. Ni siquiera tu propio hermano pudo detenerte.

—Ahí estás equivocado. Una cosa es que elimine a un gusano como vosotros o la madre de ese desgraciado, y otra cosa es mi hermano. Él quería impedirme que lograra dar al mundo los gobernantes y la sociedad que merece. Que no consiguiera continuar con el gran proyecto para que nosotros, la raza aria, sea soberana sobre las demás. No me hubiera gustado hacerlo, pero no me dejó otra opción que matarle —guiñó un ojo a Roberto.

—Volveré a preguntártelo. ¿Qué quieres hacer con la máscara?

—Se me acaba de ocurrir cómo vais a morir, y creo que va a ser divertido —avanzó un paso más con el puñal en alto—. Así que creo que os merecéis saberlo. De todos modos, haré un mundo en el que no podréis vivir ya que lo habréis abandonado antes.

Aquella zona del cementerio, que tanto tiempo llevaba sin recibir visitas, se iba a convertir para Roberto y Gabriela en su particular infierno. Tenían delante a aquella mujer de la que tantas atrocidades conocían, con un puñal en alto, que pretendía hacerse con lo único que le impedía hacer del mundo un lugar imposible. Sabían que no dudaría en usar el puñal si lo veía necesario.

Querían conocer sus intenciones y ella confesó.

—Mis padres buscaron durante mucho tiempo los dos ojos de sal. Sabían que los necesitaban para hacer que la máscara funcionara. Gracias a la nota que dejó Santino Argento dentro de la caja en la que se encontraba el objeto pudieron conocer de la existencia de esos dos objetos complementarios. El primero que localizaron fue el que tenía tu querido padre, y le invitaron a que se los diera —dijo mirando a Gabriela.

—A cambio de no hacer daño a su mujer y a su hija. Eso no es invitar a nada, eso se llama extorsionar —respondió Gabriela—. Despreciable...

—Nimiedades... En cualquier caso, les resultó imposible hacer realidad su sueño ya que unos desgraciados decidieron asesinarles antes.

Roberto intervino harto de oír sandeces.

—¡Basta! Quizá hayas olvidado que los ideales nazis de tus padres alimentaban el odio de las víctimas del régimen fascista alemán. No justifico lo que hicieron, pero deberías pensar que, en parte, buscaron que el destino jugara con esa opción para ellos.

Odeliah, que no consentía que nadie hablara mal de sus padres, dio otro paso más y quedó a tan solo dos metros de ellos. Roberto se colocó delante de Gabriela y ella se agarró la piedra del cuello.

—Estoy segura de que mis padres pretendían usar la máscara y sus ojos para lo mismo que quiero hacer yo. Respondiendo a vuestra pregunta, os diré que ya sabéis que la máscara es capaz de transportar al pasado a la persona que la usa. ¿Verdad? —ambos guardaron silencio—. El mundo debió ser tal y como los nazis lo diseñaron. El mundo debía ser regido por la única raza humana perfecta. La raza aria.

Un escalofrío paralizó los músculos de Gabriela y Roberto. Fueron conscientes de todo lo que estaba por venir. Odeliah continuó.

—En 1945, casi al ocaso del reinado del Tercer Reich, el más poderoso y glorioso hombre que jamás pisó la tierra, Adolf Hitler, nuestro Führer, decidió quitarse la vida. Ese fue el principio del fin de lo que el mundo debía ser y que por factores varios nunca fue. Batallas que se perdieron y aliados que nos traicionaron. Todo unido resultó en la quiebra emocional del Führer y el fin del Reich.

—No puede ser que estés diciendo esto... Es ridículo... —dijo Roberto con los ojos muy abiertos. Desesperado.

—Dentro del búnker, Eva Braun, su mujer durante pocas horas, se tomó



una cápsula de cianuro y él decidió pegarse un tiro —se detuvo unos segundos mientras respiraba hondo—. Si de algún modo, le pudiera llegar información de cómo superar ese obstáculo táctico, se podría cambiar el curso de la historia y se conseguiría crear el mundo ario que el Führer soñó para todos nosotros.

El viento comenzó a sonar y a silbar entre los callejones del cementerio. Las hojas comenzaron a revolotear entre ellos y los árboles movían sus ramas secas en una delicada danza. Gabriela intervino.

—Hitler no era ario. Era de ascendencia judía. Hitler decidió quitarse la vida antes de luchar por lo que creía hasta el último momento. Un auténtico cobarde. ¿No ves que todo lo que hizo no tenía sentido?

—¡Precisamente por eso! —respondió Odeliah alterada—. ¡Ni siquiera era ario y aun así supo ver la grandeza de la raza! Fue quien decidió poner en marcha la maquinaria para que la pureza gobernara el mundo y los gusanos como vosotros quedaseis para lo que realmente valéis, que es la esclavitud —se llevó un dedo al labio inferior—. Realmente no deberíais ni existir. Vivimos en un mundo podrido. Corrompido. Un mundo donde el vicio y la sodomía campan a sus anchas. Un mundo donde el mestizaje está aceptado y nadie se preocupa por ello. ¿Dónde quedó la pureza de la raza? ¿Dónde quedó la familia? ¿Qué será del futuro si continuamos permitiendo que los hombres se acuesten con los hombres y las mujeres con las mujeres? Este mundo está en decadencia y la única forma de detener esta vorágine de vicio y depravación es reseteando la Historia. Para ello necesito usar la máscara y los ojos de sal. De esa forma iré al momento justo en el que el Führer se disponía a quitarse la vida y lo impediré dándole información valiosa para él.

Roberto, que apenas podía creer lo que Odeliah les estaba contando, solo acertó a agarrar la mano de Gabriela por su espalda.

—No entiendes que por mucho que hagas eso, el Reich no podría prosperar. El momento en que Hitler se suicidó, las fuerzas alemanas estaban muy deterioradas. No conseguirías nada impidiendo su suicidio.

—Como bien debes saber si estuviste hablando con mi hermano, la máscara usa la energía para canalizarla y llevarte al momento en que fue emitida. El lugar en el que pienso usarla está impregnado de energía. Llegaré a algún momento previo al suicidio para convencerle de que existen otros medios de conseguir la victoria. He estado estudiando cada movimiento que hicieron las llamadas Fuerzas Aliadas, y el Reich pudo haberlo hecho mejor,

pero les faltó motivación. Les contaré todo eso y encontraremos una nueva forma de vencer. Les daré un escape para que las cosas sucedan como debieron suceder. Yo soy la elegida para llevar la luz al régimen y tener la posibilidad de hacer un mundo mejor y completamente puro. ¡Seré la salvadora del Tercer Reich!

—¡No vas a conseguirlo! —dijo Gabriela—. Aunque consigas este ojo, el segundo está en otro lugar y te será muy complicado hacerte con él.

—No te preocupes, cariño. Ese ojo vendrá solito hacia mí. Y vas a ser tú quien lo haga posible. Acércate y dame el ojo.

—¡Ni lo sueñes! —gritó Roberto que permanecía delante de Gabriela.

Odeliah se acercó un poco más. Estando a un solo metro de distancia, sintió que el fuego le quemaba por dentro. Su mano temblaba al imaginar la sangre de Roberto goteando sobre el suelo de aquella parcela del cementerio. El ojo se encontraba detrás de él y su cuello era lo único que le impedía hacerse con él. Sin mediar palabra y con la cara desencajada, se abalanzó sobre su víctima, quien reaccionó empujando a Gabriela a un lado y aguantando con sus dos manos aquella que sostenía el puñal. Intentando resistirse, le dijo a Odeliah.

—No pienses ni por un segundo que vas a conseguirlo...

Ella, que ni siquiera se molestó en responder, apretaba el puñal hacia el hombro de Roberto cada vez con más fuerza. Aquella rabia que sentía le daba una fuerza casi sobrehumana. Sonrió y soltó una pequeña carcajada mientras continuaba apretando. Gabriela, horrorizada quiso acercarse, pero Roberto le gritó.

—¡No! ¡Huye! ¡Vete lejos de aquí!

Durante algunos segundos fue incapaz de moverse, y únicamente apretaba el colgante con sus manos.

—¡¡Vete!! —volvió a gritar.

Gabriela se levantó y corrió para salir de aquel pasillo y buscar ayuda. Odeliah, al ver que se alejaba, reaccionó furiosa y sin control. Se lanzó sobre la cara de Roberto y le dio un mordisco en la nariz. Parecía estar poseída por el diablo. Apretó con los dientes hasta hacerle sangrar. Él gritó de dolor y sintió que perdía la fuerza de resistencia que le estaba manteniendo a salvo de la afilada hoja. Poco a poco, el puñal fue acercándose a su hombro y un instante después se percató de que se le había clavado completamente dentro de la piel. Sus músculos y sus tendones quedaron seccionados y un dolor

intenso le hizo abandonar todas sus fuerzas y quedar a merced de la locura de Odelliah. Intentó patear para quitarse de encima a aquella mujer, que sonreía al ver su sangre brotar. Sacó el puñal de su cuerpo y le habló al oído.

—No te preocupes porque no la oirás gritar. No va a sufrir. Me la llevaré a ella y al ojo a Berlín. Id allí, a Hanna-Arendt Strasse y en el número siete está mi precioso ático. Llamad tres veces y podréis entrar. Os espero allí y si no lo hacéis en menos de cuarenta y ocho horas, tu amiga y yo nos pondremos tristes...

Mientras se retorció de dolor, Roberto vio cómo Odelliah se levantaba y se descalzaba. Con los pies desnudos, le propinó una fuerte patada en la cabeza que hizo que perdiera el conocimiento.

—No puedo creer que la hayamos encontrado —susurró Luigi.

Ambos se encontraban sentados en un banco frente al Museo Pompidou. La plaza, con zonas de césped y bancos para que los turistas y estudiantes de arte se sentaran, era el lugar perfecto para pensar en el siguiente paso a dar. Las numerosas personas que ofrecían sus habilidades al turista daban clara muestra del talento de la capital francesa. Desde jóvenes tocando instrumentos tribales desconocidos para la gran mayoría, hasta chicos creando auténticas maravillas con una simple lata de refresco.

El sol de la tarde en su crepúsculo acompañaba a un clima agradable que propiciaba que muchas personas hubieran salido a la calle para disfrutar de la compañía del resto.

—Yo diría que efectivamente es el ojo de sal de Noé Lafayette —respondió Santiago.

—Pensaba que, según nos dijeron tus amigos, sería bastante más complicado de encontrar.

—Yo también. Hemos tenido suerte de que los restos procedentes de aquel cementerio estuvieran a la vista. No puedo decir si ese cráneo era el de Lafayette o no, pero estoy seguro de que no soy el primero que ha visto esa piedra. Me da la impresión de que ha sido colocada allí por algún motivo. No sabría decirte si decorativo o no, pero está claro que una piedra así no llega al interior de un cráneo por sí sola.

—Es cierto... —contestó Luigi—. Quizá nadie pensó que tenía ningún tipo de valor monetario o de otra índole y lo dejó allí como parte del total. Es posible que incluso se deba a algún aspecto relacionado con la superstición. Los guardas, que tantos años llevan trabajando allí deben haberla visto antes, pero por no molestar a los muertos quizá han preferido dejarlo tal cual estaba.

—Debe ser que nosotros no respetamos a los muertos... Aunque me alegre de haber encontrado el ojo, no estoy orgulloso de haber cogido algo de esa forma y de un lugar así.

—¿También eres supersticioso?

—Soy precavido —sonrió—. Llamemos a mi hijo y a Gabriela para darle la noticia.

Tomó su teléfono, pero no consiguió que diera señal de llamada. Hizo lo propio con el número de ella, obteniendo el mismo resultado.

—Qué raro... —dijo mirando el móvil. Santiago sintió que algo le oprimió el pecho.

—Algo no va bien —dijo taciturno.

—¿Crees que ha sucedido algo en Orbetello? —preguntó Luigi.

—Mi hijo es uno de esos jóvenes que casi es adicto al teléfono móvil. Me extraña bastante que se haya quedado sin batería. No sé...

Luigi observó que Santiago se inquietaba cada vez más.

—Fueron a un cementerio... quizá es cosa de cobertura. En sitios aislados puede ser que no llegue. No deberías preocuparte más de la cuenta. Verá la llamada perdida y nos llamará más tarde.

Abandonaron el lugar para dirigirse al hotel. Santiago decidió probar uno de las famosos crepes de París. Se decidió por uno salado y Luigi por uno dulce. Se sentaron en una pequeña mesa para comérselos y se limitaron a estar en silencio y a observar aquellas calles con tanta vida y tan cargada de variedad. Gente de todo tipo, color, raza, religión, sexo, estatura, género y mentalidad, mezclada en perfecta armonía. Ambos disfrutaron de lo maravilloso de la diversidad humana. Cuando terminaron de comer, Santiago volvió a intentar llamar a su hijo, de nuevo sin resultado.

Llegaron al hotel y una vez dentro de la habitación, la preocupación casi se había vuelto la dueña de su mente.

—Le ha sucedido algo. Estoy seguro —dijo con semblante serio.

—¿Odeliah?

—No sé qué exactamente, pero tengo el presentimiento de que hay

problemas.

Un segundo después sonó el teléfono.

Cuando abrió los ojos, Roberto Vélez sintió una punzada de dolor en el hombro. Tenía la visión muy borrosa y apenas podía distinguir nada. Un zumbido taladró sus oídos haciendo que intentara llevarse las manos a las orejas. Sintió un fuerte dolor de cabeza y se quejó sonoramente. Poco a poco fue consiguiendo centrar la vista en lo que tenía alrededor y el aturdimiento fue desapareciendo, no así el dolor de su hombro izquierdo.

—¿Dónde estoy? —preguntó a la nada.

Sintió una mano tocándole la frente. Volvió la vista y vio a un hombre de unos cincuenta años mirándole fijamente.

—No se mueva. No haga movimientos bruscos.

—¿Quién es usted? —dijo intentando incorporarse.

De nuevo, el dolor le hizo retroceder y se rindió en su intención de moverse.

—Me han dicho que es español. Mi nombre es Rubén Peralta. Soy doctor en este hospital.

—¿Hospital? —preguntó Roberto confundido.

—Está usted en el hospital Santa Ana. ¿Cuál es su nombre?

Cuando abrió de nuevo los ojos, su vista ya se había acostumbrado a la iluminación y comprobó que efectivamente estaba dentro de una habitación de hospital. Repentinamente recordó lo sucedido con Odelliah y Gabriela.

—¿Dónde está Gabriela?! —gritó.

—Cálmese. Dígame su nombre caballero.

Podía percibir su corazón al galope. Comenzó a ponerse nervioso al no saber qué había sucedido con Gabriela. Sintió un nuevo dolor, esta vez bajo la barbilla y en la nariz. Recordó que Odelliah le propinó un fuerte golpe antes de perder el conocimiento y un mordisco poco antes.

—Mi nombre es Roberto Vélez...

—Muy bien, señor Vélez. Ha perdido el conocimiento después de ser agredido mientras estaba en el cementerio de Orbetello. El equipo de seguridad le ha encontrado en el suelo y con una herida punzante en el hombro. Ha sido trasladado aquí hace dos horas. Acabamos de tratarle la herida que afortunadamente no ha producido ningún desgarro que no pueda ser reparado. ¿Qué ha sucedido?

Roberto, en un primer momento pensó que podría ser una buena idea contar todo al doctor para ponerlo en conocimiento de las autoridades italianas y que pudieran así encontrar a Gabriela, pero después pensó en que nadie creería nada de lo que dijera sobre la máscara, el plan de esa mujer y todo por lo que habían pasado antes de llegar allí. Decidió que lo principal era salir del hospital y avisar a su padre. Él sabía dónde estaba Gabriela pues Odeliah se lo había dicho antes de golpearle.

—Me citaron allí... Debo dinero a varias personas y me dijeron que fuera al cementerio. Les pagué todo lo que les debía, pero aun así me atacaron — calló unos segundos—. Y aquí me tiene...

El doctor, que le oía atento, preguntó.

—¿Quién es Gabriela?

—Es mi novia... —disimuló—. Quiso venir conmigo a la cita y por un momento pensé que la había perdido, pero he recordado que se quedó en casa... ¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí?

El doctor leyó de nuevo el informe y le respondió.

—Necesita reposo. Debería permanecer unos días en observación.

Aquella respuesta era totalmente inasumible para Roberto.

—¿Puedo hacer el reposo en casa? Teníamos pensado viajar mañana a España para visitar a la familia.

—No es recomendable, pero usted es dueño de sus decisiones — respondió el doctor secamente—. No es responsable marcharse, si quiere mi opinión.

Roberto sintió que no sería capaz de quedarse en el hospital y dejar al resto a su suerte. Además, Catalina le esperaba en el hotel.

—Prefiero marcharme a casa. Deme el alta en cuanto sea posible.

—Como usted desee...

En cuanto se quedó a solas en la habitación, tomó su teléfono y lo encendió. Recibió varios mensajes de llamadas perdidas de su padre. Pensó que algo importante había sucedido, así que no dudó un instante y le llamó para informarle de lo que había sucedido en el cementerio.

—¡Roberto! ¿¡¿Estás bien?! —exclamó Santiago al coger la llamada de su hijo.

—Sí. Estoy en un hospital en Orbetello. No te alarmes —oyó cómo su padre contenía la respiración—. Encontramos el ojo de sal, pero no estaba en la tumba de Enzo Salvatore como habíamos pensado. Ya te contaré los detalles... ¿Recuerdas el colgante que Gabriela lleva colgado al cuello y que pertenecía a su madre?

Santiago, algo aturdido, ordenó sus ideas y consiguió visualizar lo que su hijo le estaba diciendo.

—Sí. Lo recuerdo.

—Pues esa piedra es el ojo de sal. Lo averiguamos cuando encontramos la tumba de Salvatore. Odeliah llegó y se enfrentó a mí. Es muy fuerte papá. Consiguió clavarme el puñal en el hombro izquierdo y me dejó inconsciente. Ya me han atendido y he pedido el alta voluntaria.

—¿Te ha apuñalado? ¡Hija de la gran puta! —gritó encolerizado.

Roberto estaba sorprendido pues nunca había visto a su padre perder los papeles ni la compostura. En la misma situación estaba Luigi que le observaba hablando por teléfono.

—Tranquilízate, papá. No es eso lo que debería preocuparte.

—¿Está Gabriela contigo? —preguntó con algo de ansiedad.

—No, papá... ese es el problema. Esa enferma se la ha llevado. Dice que



le entreguemos el otro ojo y me dio una dirección en Berlín. Se la ha llevado como garantía de que hacemos lo que nos dice. ¿Habéis encontrado el maldito ojo que estaba en París?

—Contra todo pronóstico, tuvimos suerte. Todavía no me explico cómo ha sucedido, pero lo tenemos con nosotros. —contestó.

—Perfecto. No tenéis que preocuparos por mí. En cuanto pueda iré al lugar que me ha dicho. Os pasaré la dirección por un mensaje al teléfono móvil. Ella cuenta con que nos presentemos en ese lugar antes de cuarenta y ocho horas. Si no lo hacemos, amenazó con la vida de Gabriela —tomó aire—. Papá, no podemos permitir que le haga daño.

—No hijo. No tienes que preocuparte por eso. Deberías continuar en el hospital un poco más y recuperarte.

—No tienes por lo que preocuparte. Recuerda que me dedico a la medicina y he visto las radiografías. No ha sido nada grave. Puedo valerme.

Ambos quedaron callados. Santiago retomó.

—En ese caso, iremos cuanto antes a Berlín. No creo que hoy haya forma de hacerlo. Tendremos que esperar a mañana a primera hora para tomar un avión. Deberías hacer lo mismo y permanecer esta noche en el hospital.

—Catalina está sola. Necesito irme de aquí y pensar. No sé el porqué, pero estoy bastante templado en este momento. En otras circunstancias habría perdido los estribos ante la incertidumbre de cómo se encontraría ella, pero sé que está a salvo. El ojo de sal es lo que esa mujer más desea y no arriesgaría la única opción que tiene de conseguir el otro por hacerle daño gratuito a Gabriela. Ella es fuerte. Estará bien hasta que llegemos.

Santiago se alegró al oír a su hijo con semejante determinación.

—De acuerdo, Roberto. Envíanos la dirección y nos prepararemos para ir.

Cuando colgó la llamada, Roberto se alegró de no haberle contado a su padre las intenciones que Odeliah tenía con la máscara y los ojos de sal. Hacerlo únicamente les hubiera desestabilizado. Recordó lo que ella les había dicho. Todavía le parecía algo completamente irreal. Sin darse cuenta, habló en voz baja.

—¿Avisar a Hitler sobre cómo ganar la guerra? ¿Un mundo ario? —calló durante un rato—. No puede hacerse con el segundo ojo. Si lo hace... la Historia será reescrita...

Segundos después volvió el doctor.

—Tengo que volver a recomendarle que permanezca al menos veinticuatro horas más en el hospital. No existe ningún tipo de riesgo para usted, pero preferiría asegurarme de que mantendrá el brazo inmovilizado y en reposo.

—Le agradezco mucho su interés y profesionalidad, aunque es imperativo que me marche. Soy cirujano, pero también un buen paciente, así que no tiene de qué preocuparse.

—En ese caso —dijo colocando un papel sobre una pequeña mesa—, firme aquí.

Roberto firmó y recogió sus pertenencias. Se cambió de ropa como pudo mientras aguantaba el leve dolor que aún sentía y abandonó poco después el hospital. Debía dirigirse al hotel para descansar y pensar en lo siguiente que debía hacer. Catalina le ayudaría, sin duda, a tomar el camino correcto.

Poco después llegó a su destino y se tumbó en la cama con mucho cuidado. Catalina buscó un hueco entre él y una almohada y se tumbó. El ronroneo de la gata siempre ayudó a Roberto a evadirse de los problemas y a pensar con claridad. En ese momento era justo lo que necesitaba. «¿Por qué no estoy nervioso ni cabreado? ¿Qué me pasa?», pensó. No entendía que no sintiera el impulso de salir cuanto antes de allí para buscar a Gabriela. Su forma de ser normalmente era así. Impulsiva, visceral, espontánea. Al contrario que su padre, él no solía analizar las cosas antes de actuar. Prefería moverse mejor por según qué impulsos que por pensamientos. Se sentó al borde de la cama y comenzó a hablar solo. Catalina le oía atentamente.

—Es probable que el lugar que me dijo Odeliah esté impregnado de energía. De otra forma, la máscara no funcionaría. Según nos contó Oswald, cuando alguien usa la máscara junto a sus ojos, viaja en el tiempo al momento exacto en que esa energía captada fue emitida —miró a la gata—. En ese caso, pretende usarla en un punto concreto en el que sucedió algo lo suficientemente dramático o intenso como para hacerla viajar al momento anterior al suicidio de Adolf Hitler.

Se levantó y comenzó a caminar lentamente por la habitación. Observó la ropa de Gabriela sobre una de las sillas junto a la mesa redonda. Sintió un leve temblor en el estómago pero continuó en un alto nivel de concentración.

—Hitler se suicidó en el interior de un búnker, en Berlín... Quiere impedir que se dé un tiro... ¿Cómo podría hacerlo?

Cogió su teléfono móvil y con una sola mano comenzó a teclear en el

buscador para obtener información sobre la muerte de Hitler y dónde se encontraba el lugar en el que todo ocurrió. Comenzó a leer diferentes webs en las que aparecía la fecha de la muerte del dictador, los motivos por los que decidió hacerlo y también el lugar en el que lo hizo.

—*Führerbunker*... —dijo mientras leía—. Lo hicieron en el despacho de Hitler. Eva Braun se tomó una píldora con cianuro y él decidió usar una pistola para volarse la cabeza. Ese lugar estaba situado bajo el gran salón de la Nueva Cancillería del Antiguo Reich, en Wilhelmstrasse 77. Fue ahí donde se suicidaron... No entiendo cómo podría Odeliah acceder a ese lugar que sin duda estaba bastante protegido —continuó leyendo y razonando lo que Odeliah pretendía hacer—. Si usa la máscara en algún lugar cercano a donde esto ocurrió, podría intentar impedir que se suicidaran, pero no sé de qué forma podría ganarse el derecho de acceder a donde Hitler y su mujer estaban ya a solas y listos para morir.

Algo se le estaba escapando. Catalina hizo acto de presencia sentándose en las piernas de Roberto. Le miró y le guiñó un ojo. Él sonrió y acarició su rosado hocico. En muchas ocasiones, un análisis lógico de la situación no ayuda a resolver el problema. Decidió centrarse en lo que de verdad le importaba. Había que salvar a Gabriela, y eso pasaba por ir a Berlín al día siguiente y dar con la clave para impedir que esa mujer se hiciera con los dos ojos de sal. Si lo conseguían, no tendría que preocuparse de cómo podría acceder al despacho del Führer.

La luna reinaba en el cielo. Él la contemplaba, deseando que Gabriela también pudiera estar viéndola desde donde se encontrara en ese momento. Descubrir que su padre había sido la persona que tenía el ojo de sal de Enzo Salvatore le causó un impacto enorme. Si Gabriela era la mitad de valiente de lo que fue su padre, no tendría nada de qué preocuparse.

Roberto se tumbó en la cama, con la sensación de que las cosas saldrían bien, aunque aparentemente no diera esa impresión.

—Ni siquiera estoy nervioso... ¿Qué ocurre?

Se concentró algunos segundos y se quedó dormido con Catalina sobre sus piernas. Debía descansar lo máximo posible pues pocas horas después tomaría un tren hacia la capital alemana.

Cuando salió de su casa para saber qué fue lo que sucedió con su padre, Gabriela no imaginó, bajo ningún concepto, que acabaría siendo secuestrada por una fanática del nazismo con problemas de autocontrol. Acababa de recuperar la consciencia. Lo último que recordaba era a sí misma corriendo por la parte antigua del cementerio de Orbetello, pidiendo ayuda ante el ataque del que Roberto había sido víctima por parte de Odeliah.

Él le ordenó que corriera para intentar ponerse a salvo y proteger así el ojo de sal. Sin embargo, pocos metros después de obedecerle y echar a correr, fue derribada, dándose un fuerte golpe en la cabeza contra el suelo. Fue entonces cuando perdió el conocimiento.

Recordó que descubrieron que un tal Damián Blesa se hizo con el ojo de sal de Enzo Salvatore y continuó protegiéndolo a través de su descendencia. Ella se apellidaba Blesa y supo que su padre, Ernesto, fue amenazado por la familia Ackerman para que le entregara lo que él llamó su tesoro. Murió en Arezzo como daño colateral ante un ataque por parte de unos vecinos de la ciudad italiana. Quiso asegurarse de que aún llevaba la piedra colgada del cuello, pero al hacerlo sintió el frío tacto de unas cadenas que le ataban ambos brazos a la superficie sobre la que estaba tumbada boca arriba. Intentó abrir los ojos ya que todo estaba teñido de negro, pero al darse cuenta de que estaba

parpadeando supo que se encontraba engullida por una espesa y densa oscuridad. Apretó los puños y sintió que el sudor aparecía sobre su frente y su espalda. Le resultó imposible articular palabra ya que tenía la garganta completamente seca y también debido a una enorme mordaza que llevaba atada por la nuca. Sintió pinchazos por su esófago y un acusado hormigueo en sus labios a medida que fue esforzándose en emitir algún sonido.

Intentó relajarse para no caer presa del pánico. No sabía qué hora era, ni dónde estaba, ni siquiera si estaba despierta o dormida. Deseo que la primera opción fuese la válida. Le escocía mucho una herida que tenía en la frente, sobre el ojo derecho. Debió hacérsela al caer cuando fue alcanzada por Odelliah. Se estremeció al recordar cuando esa mujer la obligó a salir del cementerio junto a ella amenazándola con matarla si no hacía lo que le decía.

Su mente comenzó a hacerse preguntas sin darse tiempo siquiera a ser respondidas. ¿Dónde estaba Roberto? ¿Dónde estaba ella? ¿Qué había sido de Odelliah? ¿Llevaba aún el ojo de sal colgado del cuello? Recordó lo que su madre le había dicho antes de morir: «Sé feliz».

Se sintió una desgraciada al verse en aquella situación. Debió haberle hecho caso y centrarse en vivir su vida, pero al decidir hacer caso a las señales, se embarcó en ese viaje a Arezzo a raíz del mensaje recibido por Roberto. Dudó si todo lo que le estaba sucediendo también entraba dentro de los planes que el Cosmos tenía para ella. Cada vez lo tenía menos claro.

Un ruido la sacó de sus pensamientos haciéndole aterrizar en la realidad. La pared del fondo de la estancia en la que se encontraba pareció moverse y un haz de luz entró, iluminando suavemente lo que le rodeaba. Apenas consiguió distinguir nada ya que su atención se centró en aquella delgada línea de luz que cada vez era más grande. Poco a poco fue haciéndose más ancha hasta dejar al descubierto que se trataba de una enorme puerta que simulaba una pared.

Apareció la silueta de una mujer de esbelta figura. Se acercó lentamente a ella y se colocó a sus pies. Gabriela se fue acostumbrando poco a poco a la luz que ahora bañaba cada rincón de ese extraño y pequeño habitáculo. Estaba tumbada sobre una camilla típica de un masajista y atada con cadenas a los bordes de aluminio. Se trataba de una habitación con escasa decoración, aun así, apreció un pequeño altar que se erigía a su izquierda, aunque apenas pudo

apreciar los elementos que lo componían. La mujer habló.

—¿Despierta?

Gabriela protestó indicando que no podía hablar con la mordaza tapándole la boca. Odeliah rio a carcajadas.

—¡Que torpe estoy! Dame un segundo que te quito la soga —se acercó a Gabriela y se la desató—. Veo que ya dormiste suficiente.

Con la garganta y los labios doloridos, Gabriela contestó.

—¿Qué has hecho con Roberto?

—Vaya si estás enamorada muchacha. ¿Preguntas por él antes que nada relacionado contigo? Qué bonito es el amor... mientras dura —dijo con asco. Se alejó de la camilla y se situó detrás de ella. Con las manos tocó ambos lados de la cabeza de Gabriela.

—Cuando menos te lo esperas, te traicionará y te recordará que nadie en este mundo merece tu compasión y mucho menos eso tan falso e irreal que llaman amor. Ya espabilarás, aunque, a decir verdad, no te dará tiempo para eso.

—¡Dime qué has hecho con Roberto!

—Se ha quedado en el cementerio. Espero que no haya cogido plaza fija —soltó otra carcajada—. No te preocupes porque vendrá a por ti. Sabe dónde estás y qué debe hacer para que no te pase nada.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Eso, por ahora, no puedo decírtelo. Lo que sí puedo confesarte es que lo sabrás en cuanto lleguen. Entiende que guarde algo de intriga para el momento final, cuando me haga con el segundo ojo de sal y complete la máscara.

—Necesito un poco de agua...

Odeliah, con una sonrisa dibujada en el rostro salió de la estancia y segundos después volvió con un vaso lleno. Se lo colocó sobre los labios a Gabriela y le introdujo el líquido en la boca. Entre intensos dolores, Gabriela escupió lo que acababa de beber y se quedó mirándola fijamente mientras las lágrimas brotaban por sus ojos.

—¿Qué me has dado?! —gritó intentando soportar el dolor.

Odeliah, en una interpretación teatral, se llevó una mano a la boca.

—He debido equivocarme. Quizá te he dado agua con sal que tenía en una botella idéntica a la del agua potable. Discúlpame querida, ahora vengo con agua normal.

Segundos después regresó con otro vaso y volvió a meterle el líquido entre los labios. Afortunadamente, era agua potable y Gabriela la engulló con ansias. Cuando hubo terminado, con los ojos desencajados, volvió a dirigirse a la mujer.

—¿Disfrutas haciendo sufrir?

—Mucho.

—¿Por qué?

Odeliah calló durante algunos segundos, intentando encontrar un motivo por el que le sucediera eso. No lo consiguió, pero respondió con seguridad.

—Creo, firmemente, que tu sufrimiento no tiene ninguna importancia —pensó sus siguientes palabras. Quería hacerse entender—. Piensa en un pez dentro de una pecera. Él no sabe que es un humano quien le da de comer. Él no sabe que además de su pecera, existen mares y océanos donde hay millones de peces además de él. Con ustedes pasa exactamente lo mismo. No eres capaz de ver la pureza de lo ario. Incapaz de ser consciente de que estáis a un escalón inferior a todos los niveles. Servís, o deberíais servir, como materia para mejorar nuestras vidas. Así es como fue durante un tiempo y así es como debería haber sido por siempre. No espero que puedas entender jamás lo que quiero decir pues serías incapaz —se acercó al oído de Gabriela—. Realmente, no disfruto de vuestro sufrimiento. Me preocuparía más de no hacer daño a un pequeño gatito —se volvió a colocar a los pies de la camilla y la miró a los ojos—. De todos modos, queda muy poco para que todo vuelva a su cauce y no tengas que hacerte más esas preguntas tan existenciales.

Hizo el ademán de alejarse, pero Gabriela llamó de nuevo su atención.

—¿Qué ganas tú con todo esto?

Odeliah se volvió. Sus ojos emitieron un intenso brillo bajo la luz de los focos de la sala contigua a la que estaban. Sin pestañear, respondió.

—Justificar quién soy.

Salió de la habitación y volvió a sentarse en el *chaise longue*. La pregunta que le había hecho aquella insignificante cucaracha la había dejado más que desconcertada. Parecía como si esa estúpida mujer fuera capaz de ver que todo lo que estaba haciendo, además de para intentar llevar al mundo al rumbo al que consideraba que debía estar, tenía una causa a un nivel más profundo que jamás había confesado a nadie más.

Odeliah sintió de nuevo ese veneno subir por su espalda. Pensar en todo por lo que había pasado hasta llegar ahí, más allá de alegrarle y de hacerla

sentir realizada, la enfurecía cada vez más. Le parecía ilógico comprobar que cuanto menos le faltaba para completar su plan, más amargura y rabia crecía dentro de su ser. El veneno que siempre había vivido con ella se alimentaba a través de las preguntas que ella misma se hacía sobre ese veneno.

Su hermano era diferente. Siempre lo supo, y hubo un momento en que incluso sintió celos de él. Era bondadoso y honesto. Ella no era de esa forma y aprendió a convivir con ello. Por eso, cuando ideó el plan con la máscara, también quiso ver si ella podía albergar, en algún rincón de su alma, algo parecido a lo que su hermano tenía en cada poro de su piel.

Quiso confirmar la teoría de que, si completaba su plan, quedaría comprobado que no existían dentro de ella remordimientos, arrepentimiento ni cariño hacia las demás personas.

Si no aparecía «algo» que la detuviera, comprobaría que lo que ella a veces llamaba veneno no era más que su propia esencia. Todo lo disfrazó del plan para recuperar al Reich, pero esa mujer, Gabriela, le había hecho esa certera pregunta: «*¿Qué ganas tú con todo esto?*». Al oír eso en la voz de aquel gusano, supo que ese «algo» no aparecería jamás.

Su esencia era esa. La misma que Oswald siempre trató de hacer desaparecer y que nunca pudo conseguir. Ella era así.



El avión hacia Berlín salió a las ocho de la mañana. El despertador sonó tres horas antes, lo que significaba que ni Santiago ni Luigi habían pegado ojo en toda la noche. La llamada de Roberto enfureció mucho al investigador, el cual apenas se reconoció a sí mismo a raíz de la reacción que tuvo al conocer que su hijo y Gabriela habían estado en serio peligro al encontrarse con esa detestable mujer. Sintió un gran alivio al saber que la herida sufrida por Roberto no era demasiado complicada, aunque la preocupación por no saber qué había sido de la chica no hacía más que crecer desde que fue conocedor de la noticia.

Ya se había hecho con la máscara y uno de los dos ojos de sal. Si querían rescatar a Gabriela sana y salva tenían que entregar el segundo de ellos. No sabían qué plan tenía Odeliah para la máscara. No tenían la más remota idea de cuál era su intención ni qué uso le daría.

Santiago tenía la certeza de que lo sabría pronto. Estaba seguro de qué era lo que debía hacer. Hasta que Gabriela no estuviera a salvo no decidiría si entregar el ojo o no, aunque era consciente de que no era demasiado conveniente jugar con esa mujer. Era totalmente imprevisible y sus actos podían desembocar en cualquier cosa.

—¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos? —preguntó Luigi.

—Iremos directamente a la dirección que Roberto nos indicó en el mensaje. Espero llegar antes que él y solucionar esto en poco tiempo. Está

herido y no creo que enfrentarse a una situación así sea demasiado conveniente para él.

—No sé por qué, pero creo que Roberto estará allí cuando lleguemos. Él y Gabriela tienen una relación muy estrecha. No se quedaría jamás de brazos cruzados.

—Lo sé, pero tengo que intentar acabar rápido con todo esto.

Luigi calló su desacuerdo. Repentinamente, el italiano sintió que se asfixiaba. Comenzó a toser de forma violenta y haciendo un profundo sonido gutural. Santiago se asustó ante aquel fuerte ataque de tos. Se inclinó y le preguntó.

—¿Te encuentras bien? ¿Te estás ahogando?

Luigi le calmó levantando la mano derecha. Esperó unos segundos más y consiguió relajarse. La tos desapareció, pero al respirar, de sus pulmones salía un sonido muy característico en las personas con problemas respiratorios.

—A veces me dan ataques de asma y tos —dijo Luigi—. Desde pequeño me pasa cada vez que estoy nervioso o con mucho estrés. No quiero acordarme de cuando estaba de exámenes en el instituto...

Santiago, algo más aliviado, volvió a su posición natural.

—Deberías tener siempre contigo un inhalador que te calmara.

El joven le miró.

—El que llevé a Granada se me agotó y de mi casa ya no queda nada...

Ambos guardaron silencio. El sonido que indicaba que debían abrocharse los cinturones alertó de la proximidad del destino y de que en pocos minutos el avión comenzaría a descender. Una leve sensación de ansiedad apareció en el estómago de Santiago, que sabía a ciencia cierta que las cosas saldrían como debían salir. Pensó y analizó cada uno de los pensamientos que habían anidado en su mente desde que tuvo aquel sueño por enésima vez, aunque desde una perspectiva diferente.

Desde que la máscara fue creada, supuestamente una sola persona la ha usado. Fue el propio Luca Adamo quien decidió ir a Pompeya para comprobar si el mensaje recibido de aquellos seres de luz enviados por Dios, o eso creía él, era cierto o no. Luca desapareció y la máscara y los dos ojos fueron recogidos por Enzo Salvatore, Noé Lafayette y Santino Argento, que se separaron y nunca más se volvieron a ver para mantener lejos una parte de otras e impedir así que nadie la volviera a usar.

Odeliah pretendía ser la siguiente persona en hacerlo. Santiago no sabía para qué, pero tenía claro que debía impedírselo. Si quería mantener la Historia como hasta ese momento, no era ella la persona que debía hacer uso de la máscara. El plan secreto que Santiago había ideado para la máscara debía pasar por impedir que ella llevara a cabo el suyo propio. Llegado el momento, informaría a los demás de qué tenía en mente.

Minutos después, tomaron tierra y salieron del aeropuerto. En la puerta de salida del recinto, alguien familiar les esperaba.

—Buenos días.

Santiago se sorprendió al ver a su hijo esperándoles. Tenía el brazo en cabestrillo y un apósito grande en la frente. Se sintió muy confuso.

—¡Hijo mío! —dijo abrazándole—. ¿Cómo has sabido a qué hora llegaríamos?

—Hola, papá. Luigi me envió un mensaje informándome. Le pedí previamente que lo hiciera ya que sabía que querías hacerlo tú solo si tenías la oportunidad —respondió estrechando la mano de Luigi.

Santiago desvió su mirada hacia el italiano, en señal de desaprobación, pero cuando le miró a los ojos supo que había actuado con su mejor intención. Luigi respondió.

—Veo justo que esté con nosotros. Él lo ha dado todo por encontrar el ojo de sal, por averiguar más sobre la máscara. Dejarle al margen y hacerlo sin él no era correcto. Discúlpame si te he mentado.

Santiago no pronunció palabra alguna. Le dio un abrazo, dándole así la razón a todo lo que el chico había dicho.

—¿Cómo has llegado tan pronto? —se interesó Santiago.

—Apenas he dormido unas horas. Tomé un tren regional desde Orbetello a Florencia. Allí conseguí un billete de avión hasta aquí. He dejado a Catalina en un hotel bastante barato que he encontrado y he venido hasta aquí. Luigi, que había tenido muchos animales durante toda su vida, admiró el carácter de la gata de Roberto.

—Catalina debe estar mareada con tanto viaje.

—Está acostumbrada. Es un animal especial. Hemos viajado mucho juntos y nunca ha dado el más mínimo problema. Mientras tenga comida, una buena cama y arena limpia, ella está contenta —dijo sonriendo.

—Tienes que contarnos todo lo que os ha pasado —le comentó Santiago a su hijo.

—Durante el trayecto lo haré —respondió.

Tomaron un taxi y dieron al taxista la dirección a la que debían ir.

—*Guten morgen. Wir gehen in die Hanna-Arendt Strasse* —dijo Santiago.

El taxista asintió sin decir nada. Luigi, sorprendido, lo miró con estupefacción.

—Me reafirmo en que eres una caja de sorpresas —sonrió.

El camino hacia su destino les resultó bastante incómodo. El taxi tenía un olor desagradable, mezcla de tabaco, sudor, animal sucio y comida basura. Tuvieron la sensación de que les había tocado el peor taxista de la ciudad.

—¿Cómo te encuentras, hijo? —preguntó Santiago.

—Estoy bien. Algo dolorido, aunque bien. Ya sabes que soy bastante duro de roer.

—¿Qué ocurrió en Orbetello? —interrumpió Luigi.

Roberto comenzó a relatarle todo lo sucedido desde que llegaron al pequeño pueblo italiano. Desde el momento en que descubrieron que el ojo de sal estaba colgado al cuello de Gabriela, hasta que Odelliah llegó para intentar quitárselo y terminó por apuñalar a Roberto en el hombro. Les contó también lo que Gabriela dijo sobre que su familia, los Blesa, eran sin saberlo custodios del tesoro de Enzo Salvatore. Relató lo que Damián Blesa había escrito en aquella nota y, sobre todo, las intenciones que Odelliah tenía con la máscara.

Santiago y Luigi quedaron estupefactos ante lo que Roberto les estaba relatando. Apenas podían creer que fuera cierto. El viejo investigador intervino.

—¿Cómo es posible que esa mujer pretenda hacer tal abominación?

—Está llena de maldad. Es odio en estado puro papá. Piensa que si usa la máscara podrá evitar que Hitler se suicide y consiga llevar el Tercer Reich a la victoria. Está completamente loca y podría causar un cambio grave en la historia.

Luigi, al que siempre le había interesado mucho todo lo relacionado con los viajes en el tiempo, supo que tenía algo que decir.

—Si ella consiguiera hacer lo que quiere... ¿Qué sucedería? ¿Todo lo vivido desde ese momento hasta ahora se borraría o se formaría una línea temporal diferente y paralela a la nuestra?

—Nadie sabe lo que podría pasar —respondió Santiago—. Luca Adamo

la usó, aunque al hacerlo, seguramente cayó víctima de lo ocurrido en Pompeya y no provocó cambio alguno en la historia. Estoy seguro de que su cuerpo está bajo tierra o calcinado y expuesto como tantos otros.

Roberto interrumpió.

—Si esa mujer usa la máscara podrían suceder muchas cosas. La ciencia no sabe siquiera que la posibilidad de moverse hacia atrás en el tiempo existe. Esto va más allá de cualquier campo científico. Esto va más allá de cualquier frontera a la que la humanidad se haya enfrentado jamás. Tal y como dijo Luca Adamo, el hombre no está preparado para un instrumento como el que creó y las intenciones de Odeliah Ackerman es la prueba de ello —se detuvo mientras el taxi tomaba una curva cerrada—. Es posible que tenga éxito y que ello derive en que todo lo que conocemos y todo lo que hemos vivido sea borrado de la Historia, continuando con la nueva versión que ella ha creado. Sin embargo, tal como dices, —miró a Luigi—, también es factible que todo aquí siga tal cual y se cree una nueva línea temporal a partir del cambio que ella ha producido. De ser así, no tendríamos mucho de qué preocuparnos.

Santiago sabía que su hijo se equivocaba, aunque prefirió no decirle nada. Sabía que si Odeliah volvía atrás y conseguía llevar a término lo que tenía en mente, todo lo vivido hasta el momento sería borrado y la historia sería escrita de nuevo. Precisamente por esa razón, era imperativo que Santiago se hiciese con la máscara y la usara para lo que debía usarla, aunque era algo que no podía comentar, todavía, con el resto. Era mejor dejarles pensar como lo estaban haciendo que hacerles conocedores de la verdad.

Después de varios minutos, llegaron al destino con bastantes náuseas debido a la forma de conducir del taxista. Pagaron la excesiva cantidad que marcaba el taxímetro y se apearon en la acera. Frente a ellos se alzaba un edificio blanco, imponente, con ocho pisos de altura. El portal que daba acceso a su interior, marcaba, tal y como esperaban, el número siete. Elevaron la vista hacia la parte más alta y observaron una enorme terraza, adornada con plantas exóticas que imaginaron que era parte del ático de esa mujer. Se dirigieron al portón, dispuestos a llamar al interfono.

**R**oberto, que sabía que Gabriela estaba en la parte superior de ese edificio, no deseaba entretenerse demasiado. Recordó que Odeliah le había dicho que llamaran tres veces. Era la señal de que eran ellos y no otra persona la que lo hacía. Antes de hacerlo, quisieron dejar claro qué era lo que debían hacer una vez accedieran al ático. Roberto habló.

—A la mínima muestra de peligro, ponemos pies en polvorosa y nos vamos, siempre que hayamos recuperado a Gabriela. Lo imperativo es asegurar que ella esté bien. Hasta que no tengamos pruebas de que está a salvo y de que vuelve con nosotros, no accederemos a nada que nos pida.

—No vamos a darle el ojo de sal a Odeliah bajo ningún concepto —dijo Santiago.

—Obviamente —respondió Roberto—. Aun así, es necesario que lo llevemos encima para poder persuadirla con él. Sabría distinguir el verdadero de uno falso ya que tiene el que conseguimos en Orbetello.

Luigi también opinó.

—Lo más lógico sería exigir que nos entregue a Gabriela y una vez suceda, dejarla fuera de combate. Recordad que además de que Gabriela esté a salvo, tenemos que asegurarnos de hacernos con la máscara y con el otro ojo de sal. No veo por qué no íbamos a poder nosotros tres reducir a una sola persona y conseguirlo.

—Primero Gabriela —dijo Santiago—. Luego nos hacemos con todo lo demás y nos vamos. Como dices, ella es una sola y nosotros somos tres.

—No sabéis la fuerza que puede llegar a sacar... —dijo Roberto que quedó pensativo.

Una duda rondaba su cabeza, aunque prefirió no expresarla. Los tres se miraron antes de que Santiago pulsara el botón del ático. Lo hizo tres veces y esperaron durante varios segundos. Empezaron a impacientarse al ver que nadie contestaba ni daba señales de vida. Comenzaron a ponerse nerviosos cuando consideraron la opción de que todo hubiera sido una macabra broma de esa mujer.

Los segundos transcurrieron lentamente hasta que finalmente un sonido les indicó que podían acceder al interior del edificio. Entraron en el ascensor y subieron. Dentro de él, ninguno se atrevía a decir nada. El sonido de una campana les indicó segundos después que habían llegado a la planta más alta. Algo nerviosos, se acercaron a la única puerta que había frente a ellos. Pensaron que el ático debía ser enorme. Roberto, que no pudo quedarse con la duda dentro, finalmente habló antes de continuar hacia la puerta.

—No entiendo una cosa. Si tan seguros estamos de que podremos recuperar a Gabriela y la máscara ya que somos tres contra una, ¿qué razón hay para que ella nos haya dicho dónde está y nos haya invitado a los tres? Si sabe que no podría medirse contra tres personas a la vez, no sé qué gana poniéndonos en bandeja el acceso al lugar en el que se encuentra —calló unos segundos—. Algo se nos está escapando.

Santiago respondió.

—Obviamente, ella confía en sí misma para que le cambiemos el ojo de sal por Gabriela. No va a dudar hacerle daño si no hacemos lo que nos pide. Sabe que podrá con nosotros sin moverse del sillón en el que se encuentre.

De repente, dudaron de su éxito. Supieron que lo más probable era que para que Gabriela estuviese a salvo, debían entregar el segundo ojo de sal. Después de eso, tendrían que improvisar. Santiago se acercó a la puerta para llamar, pero comprobó que se encontraba abierta. Sorprendido, empujó suavemente y la abrió por completo. Accedieron a un pequeño *hall*. Una consola con un bonito cuadro de Vincent Van Gogh les daba la bienvenida. Se trataba de uno con girasoles. Uno de los tantos que el artista dibujó con esa flor como protagonista. Lentamente avanzaron y se percataron de que al final del pasillo que se abría ante ellos, podía oírse una pieza musical. Aunque se

trataba de una obra clásica preciosa, los tres sintieron escalofríos. Sin motivo aparente, les resultó perturbador que sonara algo así en un escenario como aquel en el que se encontraban. Luigi la reconoció al instante.

—*El Danubio Azul*, de Johann Strauss hijo... Qué irónico que suene una pieza compuesta por un austríaco.

—¿A qué te refieres? —preguntó Roberto.

—Los nazis atacaron con mucha fiereza el territorio de Austria. Pero lo realmente llamativo es que este compositor era de ascendencia judía. No hace falta que os diga qué sucedió con el pueblo judío durante el Tercer Reich —dirigió su mirada a Santiago y a Roberto—. Esta mujer no sabe lo que hace. Es todo incoherente y más propio de un niño pequeño y rabioso que de alguien que realmente admira y persigue algún ideal sincero, por muy monstruoso que éste sea.

Santiago respondió.

—No hay nada más peligroso que un fanático desinformado.

—Te equivocas —respondió Luigi—. Dale poder a un fanático desinformado y ahí lo tienes.

Avanzaron lentamente por el pasillo y observaron que a su izquierda se abría una enorme cocina con isleta y decoración modernista. Parecía que la vivienda estaba completamente deshabitada. Strauss continuaba sonando mientras la siguiente estancia aparecía frente a ellos que cada vez se encontraban más cerca del final del pasillo que terminaba con una enorme puerta de madera. Un gran salón quedó a la derecha del trío que únicamente se aseguró de que nadie se encontraba dentro del mismo.

—¿Dónde demonios están? —preguntó Roberto en voz baja.

Nadie respondió. Continuaron avanzando hasta llegar al último lugar previo a la puerta de madera. Dos puertas contiguas daban acceso al baño y a una gran habitación respectivamente.

—Nadie... —dijo Luigi.

Cuando estuvieron frente a la imponente puerta de madera, se detuvieron, conscientes de que tras ella se encontraba Odeliah y seguramente Gabriela. Santiago advirtió.

—Estad muy atentos. No perdáis la calma y, sobre todo, no hagáis nada que pueda poner en peligro la integridad de Gabriela. Lo primero es ella.

Los otros dos asintieron y cuidadosamente empujaron la pesada puerta. Se abrió con un agudo sonido de las bisagras. Accedieron al interior, el cual



estaba iluminado únicamente con una tenue luz proveniente de unos pequeños farolillos de metal colocados cada cierta distancia y a una altura de dos metros. Una librería con cientos de tomos les dio la bienvenida. Quedaron asombrados ante tal cantidad de volúmenes. El sonido que hizo la gran puerta, que dio acceso a esa sala al cerrarse, les sacó de su ensimismamiento y devolvió a la realidad. Roberto se acercó al pomo de la puerta para intentar abrirla de nuevo, pero le resultó imposible hacerlo. Habían quedado encerrados dentro de esa estancia.

—¿No puedes abrirla? —preguntó Santiago.

—Es imposible. Por más esfuerzo que haga es inútil.

Supieron que habían caído en una trampa. Sus sentidos se pusieron todos alerta mientras el corazón les latía con fuerza en el pecho. *El Danubio Azul* había dejado de sonar y quedaron en completo silencio. Segundos después, Luigi se percató de que aquel silencio no era tal. Indicó con las manos a los otros dos que no dijeran ni una sola palabra.

—¿Oís eso?

Roberto y Santiago aguzaron el oído y se dieron cuenta de qué era aquello a lo que Luigi se estaba refiriendo.

—Parece como un susurro... —dijo Roberto.

Santiago comenzó a sentir un leve cosquilleo en las piernas. Un leve zumbido apareció en sus oídos y una discreta sensación de malestar invadió su cuerpo.

—Nos están gaseando —dijo secamente.

Roberto, alarmado con lo que su padre acababa de decir, se giró y vio que éste se estaba sentando en el suelo con la mirada perdida.

—¡Papá! ¿Qué te pasa?

—Hemos caído como moscas en su emboscada. De algún sitio sale un gas que terminará por dormirnos, o matarnos... Estoy seguro...

—No me encuentro bien —dijo Luigi dejándose caer también en el suelo.

Roberto también sentía sus piernas flaquear, pero no tenía esa necesidad de sentarse. Imaginó que al ser más grande y robusto que su padre y Luigi, tardaría más tiempo en hacerle ese efecto. Santiago habló no sin cierta dificultad.

—Estad preparados porque... no me cabe duda de que Odelliah Ackerman aprovechará que estamos así... para aparecer de algún sitio y quitarnos el ojo de sal...

Roberto, confirmó finalmente que también necesitaba un lugar en el que apoyarse. Segundos después, el sonido del gas dejó de llegar a oídos de los tres, lo que confirmó que había dejado de salir de donde fuese. Sorprendidos al comprobar que no habían caído en un profundo letargo, quedaron en el suelo, como muñecos, casi sin voluntad, aunque conscientes. La pared al fondo de la biblioteca emitió un ruido que llamó la atención de los tres. Giraron lentamente el cuello y vieron que una puerta, antes invisible a sus ojos, se abría, dando acceso a otra habitación oculta y aislada del resto de la casa. Creyeron que estaban teniendo una alucinación producto del gas inhalado, pero desecharon esa opción al ver la figura de Odeliah detrás del marco de la nueva puerta.

Luigi sintió la sangre recorrer todo su cuerpo a una velocidad inusitada. Un fuego abrasador le acarició la nuca y un sabor amargo se hizo presente en su garganta. Desde que supo que esa desgraciada había matado a su madre no había vuelto a verla hasta ese preciso instante. Quiso moverse, pero su cuerpo apenas le respondía. Intentó levantarse sin éxito. Los puños le dolían por la fuerza que ejercía su instinto asesino. Sintió las uñas clavándose profundamente en la piel. Quería matarla y descuartizarla, aunque nada de eso podía hacer. La impotencia anuló de golpe cualquier ánimo para continuar luchando contra lo que acababa de inhalar.

Ella le miró a los ojos y fue consciente del odio que emanaba de cada poro de la piel del italiano. Sonrió y abrió levemente la boca, articulando una sola palabra con sus labios sin emitir sonido alguno. *Mamma*. Se colocó delante de ellos y habló con un tono agradable, casi infantil.

—Buenos días, muchachos —se acercó lentamente a los tres, que estaban sentados en el suelo y apoyados sobre una de las paredes, casi inconscientes—. No tenéis de qué preocuparos. No vais a perder el conocimiento. Simplemente os he dejado algo debilitados ya que muertos o desmayados no me servís de nada. Si os hubiera dejado en plenas facultades, yo estaría jugando con una clara desventaja.

—¿Dónde está Gabriela? —preguntó Roberto lentamente.

Odeliah se acercó a él y se agachó para contestarle cara a cara.

—Ella está bien, todavía. Depende de vosotros que salga viva de aquí o

no —guiñó un ojo. —Aunque no podáis hacer movimientos bruscos, ya que me he asegurado de ello usando el gas, os invito a que os incorporéis poco a poco y entréis en la habitación de la que he venido. Si hacéis un esfuerzo, podréis conseguirlo. ¡Ánimo!

Abandonó la biblioteca y volvió a entrar en aquella misteriosa estancia. Santiago, Roberto y Luigi hicieron un esfuerzo titánico hasta que consiguieron incorporarse. Como si de tres zombis se tratase, fueron arrastrando los pies hacia la puerta que acababa de abrirse de la nada. Muchas preguntas asaltaron la cabeza de Santiago, pero su mente confundida y sus oídos embotellados le impidieron razonar con toda la lógica que era capaz.

Paso a paso fueron avanzando, unos agarrados a otros, hasta que cruzaron el marco y finalmente accedieron al lugar del que había venido Odeliah. Contemplaron atónitos una sala completamente austera con la única decoración de una tela blanca al fondo con un símbolo fácilmente reconocible por todos. El emblema de las SS les daba la bienvenida. Bajo la tela, apoyado en la pared, un pequeño altar, con varias velas encendidas, sostenía la máscara de Adamo, que reposaba sobre la tela de terciopelo negro en la que siempre estuvo envuelta. Frente a la máscara, para darle solemnidad y destacarla frente al resto de objetos, dos grandes velas la alumbraban.

—Dios mío... Ahí está —sentenció Santiago.

Odeliah les esperaba en el interior del habitáculo, junto a una camilla. Sobre ella se encontraba Gabriela, completamente sedada y atada. La mujer portaba su puñal y lo mantenía cerca del cuello de la joven granadina.

—El viejo debe quedarse de pie. Los otros dos deben sentarse en esas sillas de ahí —dijo señalando a la parte opuesta a donde ella se encontraba.

—Eres una hija de la gran puta. Vas a pagar por esto —dijo Roberto casi sin fuerza en la voz y quejándose en silencio del fuerte dolor que comenzó a sentir en el hombro.

Los tres se acercaron a donde Odeliah les indicó y tomaron asiento, a excepción de Santiago, que luchaba por no perder el equilibrio.

—¡Bienvenidos al lugar en el que todo comenzará! —dijo ella con tono alegre—. Aunque realmente, es el lugar en el que todo acabará para vosotros.

—¿Dónde estamos? —preguntó Santiago.

—Es mi pequeño escondite. Deberíais estarme agradecidos porque nadie ha pisado jamás este lugar excepto yo. Os estoy mostrando mi zona más íntima. Venga, ¡dadme las gracias! —nadie respondió. Ella retomó la palabra

dirigiéndose a Santiago—. Toma las esposas que hay en los reposabrazos y ciérralas bien en las muñecas de ambos dos.

Obedientemente, y haciendo lo indecible por permanecer consciente, así lo hizo. Se acercó a su hijo, pero éste protestó.

—Deja libre a Gabriela antes de que hagamos nada. Si no lo haces, no moveremos un dedo.

—Veo que no eres capaz de darte cuenta de lo que está pasando, querido. No tengo ninguna prisa porque me deis el ojo de sal. Antes que nada, quiero asegurarme de que vais a obedecerme. Para eso, tenéis que estar esposados. La ecuación es muy sencilla. Si no lo hacéis, mato a esta zorra —la miró con asco—. He matado a mi propio hermano, ¿qué te hace pensar que dudaría en rajar esta bonita garganta?

Luigi, algo más recuperado a la hora de hablar, tomó la palabra.

—Me das pena...

Ella le miró desconcertada. La ira emanó bruscamente, a borbotones. Nadie podía sentir pena de quien estaba destinada a cambiar el destino del mundo. A mejorar la historia del género humano y de la raza.

—¿Por qué dices eso?

Luigi tardó algunos segundos en contestar.

—Dices que quieres cambiar la Historia y ni siquiera la conoces. Crees que con esa máscara lo vas a conseguir, aunque únicamente tengamos unos papeles que hablan de lo certero de su funcionamiento. Da tanta pena como aquel que cree al pie de la letra cada frase que aparece en la Biblia. ¿Pretendes dar un toque dramático a todo este numerito poniendo música de Strauss? ¿Sabías que tenía ascendencia judía?

Odeliah cambió el gesto. No esperaba aquella frase. No sabía nada sobre el origen del compositor. Nunca se preocupó de eso. Apretó el puñal en su mano y lo acercó aún más a la garganta de Gabriela. Gritó a Santiago.

—¡Ponle las esposas!

Éste, lentamente, fue cerrando cada una de ellas sobre las muñecas de Roberto y Luigi. Cuando estuvo junto al italiano, dio un leve golpe sobre el hombro derecho del joven. El italiano, que no supo interpretar ese extraño gesto, continuó hablando mientras Santiago terminaba.

—Tienes ese trozo de tela a tu espalda con dos runas Sig como símbolo nazi de las SS. Estoy seguro de que ni siquiera te has parado a pensar en el origen de esas runas. Tus queridos nazis plagieron, literalmente, las runas de

antiguas tradiciones germánicas y los reinterpretaban a su gusto. No fueron capaces ni siquiera de tener una simbología propia. La esvástica es otro claro ejemplo de lo que te estoy diciendo. Os creéis perfectos, dignos de un mundo a vuestros pies, y no os dais cuenta de que, sin otras culturas o pueblos, a los cuales consideráis inferiores, no seríais nadie pues no tenéis identidad propia. Me das mucha pena, Odellia Ackerman. Pena de ver que la humanidad, con vosotros y contigo como ejemplo, no ha hecho más que involucionar, al contrario de lo que tú misma puedas pensar.

Odellia recibió las palabras de Luigi como si de puñales se trataran. Profirió un grito al aire que hizo estremecer a los presentes. Roberto contempló horrorizado cómo un hilo de sangre comenzó a emanar del lado derecho de la garganta de Gabriela. Santiago mantuvo el silencio ante aquella situación extrema mientras permanecía de pie junto a la silla en la que Luigi estaba sentado y ya esposado. Luigi respiraba tranquilo. No tenía miedo y sabía que jamás volvería a sentirlo. Odellia retomó la palabra dirigiéndose a Santiago.

—¿Ves el frasco que hay en el suelo junto a ti? —señaló con la mirada a un metro de distancia de Santiago. Miró y se agachó para cogerlo. Continuó—. Acércatelo a la nariz. Cuando lo hagas, más te vale no hacer ninguna tontería.

Santiago obedeció, sintiéndose desfallecer. Súbitamente, un espasmo recorrió su pecho y extremidades. Fue como un golpe de desfibrilador que hizo que todo su cuerpo se contrajera y expandiera a la vez. Segundos después, un poco más recuperado, comprobó que el efecto del gas que antes les dejó casi inconsciente había desaparecido. Un leve dolor de cabeza había aparecido, pero poco más.

—Deberías estar menos atontado que hace unos segundos. Te repito que, si cometes alguna imprudencia, ella lo pagará con su vida —calló mientras mantenía la mirada a Santiago—. ¿Quién tiene el ojo de sal?

Durante algunos segundos nadie dijo nada.

—Yo —respondió Roberto.

—Quizá lo tengo yo —dijo Luigi desafiante—. O a lo mejor lo tiene mi amigo Santiago.

Odellia estaba algo desconcertada al ver que el italiano aparentemente estaba más recuperado del efecto del gas de lo que debía.

—¿Os estáis burlando de mí? —preguntó ella apretando un poco más la punta del puñal sobre la piel de Gabriela—. Si no me contestáis, mato a esta

perra y lo averiguaré yo misma.

Santiago habló.

—La tengo yo, pero si la quieres, vas a tener que soltarla.

Odeliah sonrió.

—Aquí las reglas las pongo yo. Dame el ojo de sal y la soltaré. Os lo prometo.

—No entiendo el motivo de todo esto —dijo Santiago—. Has podido usar un gas más potente que nos durmiera completamente. Podrías habernos robado el ojo de sal y haber cumplido con éxito tu plan. ¿Por qué lo has hecho de esta forma?

Con el corazón más rápido de lo que ella misma hubiera esperado, respondió.

—Si os duermo y lo hago como has dicho, no tendría público. Necesito testigos de lo que voy a hacer.

Todos quedaron de piedra. Por más que se esforzaban, no llegaban a entender qué era lo que pasaba por la mente de esa mujer. Luigi habló.

—¿Para qué quieres público? Supuestamente si usas la máscara cambiarías la historia y todo esto sería borrado. Vivirías en el mundo de mierda que has imaginado en tu cabeza. ¿Qué significa el público para ti?

—Mucho más de lo que jamás podrías imaginar. He pasado cinco años buscando la máscara de Luca Adamo. Cinco años soportando las burlas de mi hermano, que no creía que pudiera encontrar algo que ni siquiera existía. Cinco años con la bestia fuera de control. Cinco años en los que creí que podría dominarla. ¡Cinco putos años en los que llegué a pensar que efectivamente estaba loca! —aflojó la presión del puñal sobre el cuello de Gabriela—. Es demasiado tiempo pensando en una sola cosa a cada minuto que pasaba. Jamás podréis entender lo que significa sentir auténtico asco del mundo en el que vives y saber que otra realidad hubiera sido posible si la historia hubiera sido contada de otra manera.

—¿Pretendes que te tengamos lástima? —preguntó Luigi con una risa sarcástica. Odeliah se enfureció aún más.

—¡No! ¡No pretendo inspirar lástima! Estás muy equivocado. Necesito que seáis testigos de lo que va a pasar porque de esa forma justifico todo por lo que he pasado. Justificar cada segundo invertido en esto, en los que he creído perder la cordura e incluso en los que desee, en cierto momento, equivocarme, pero no ha sido así. Mi hermano, al caer muerto, me confirmó

que no estaba equivocada y que soy como siempre supe que era. Esta es la única forma de que el mundo tome el carril que debe. Completar el gran plan del Tercer Reich es el camino a seguir para que la gente como yo tengamos un mundo en el que seamos quiénes debemos ser y no...

—¡Y no gente podrida por dentro! —gritó Roberto. El puñal de Odeliah volvió a acariciar la piel de Gabriela haciendo que más sangre tiñera la blanca piel de la chica. En ese instante se oyó una débil voz.

—¿Roberto?



—¡Gabriela! —gritó Roberto. Odelliah se acercó a su oído.

—Si no te callas, además de a ti, mataré a tu amorcito —Gabriela guardó silencio y Odelliah volvió a mirar a los tres—. Lo voy a preguntar por última vez. ¿Quién tiene el ojo de sal?

Santiago miró a su hijo y a Luigi, esposados a las sillas y con la mirada perdida por segundos por culpa del gas inhalado. Fijó la vista en la camilla y vio el sangrante cuello de Gabriela que respiraba agitadamente. Supo que no podía alargar más aquella situación.

—Lo tengo yo.

—Acércate lentamente al altar y déjalo junto a la máscara —ordenó Odelliah—. Obedeció y sacó del bolsillo interno de su chaqueta la piedra con forma de ojo. La dejó junto a la máscara, a la que dedicó una mirada con una mezcla de admiración y desprecio, y volvió a colocarse junto a las dos sillas. Odelliah volvió a dirigirse a él—. Ahora vas a ir a la pared que hay detrás de las sillas y te sentarás —él, así lo hizo—. Verás una pequeña jeringuilla. Vas a ser muy obediente y te inyectarás lo que hay en su interior.

—¡Ni se te ocurra hacerle daño a mi padre! —gritó Roberto.

Santiago no dijo nada. Simplemente se dirigió al lugar indicado y se sentó en el suelo. Tomó la jeringuilla y se la clavó en la vena más señalada de su brazo izquierdo.

—¡Papá! —volvió a gritar su hijo. Odelliah contempló la escena mientras

sonreía ampliamente. Susurró.

—Eso es...

Mientras perdía el conocimiento, Santiago consiguió hablar.

—Ella es lo primero...

Cayó sobre un lado completamente inconsciente. Luigi, que no dijo nada al ver así a Santiago, fijó su mirada en los ojos de Odeliah.

—Todavía no sé qué es lo que va a suceder, pero no vas a conseguirlo Ackerman —sacudió las manos intentando librarse de su atadura. Odeliah se sorprendió ante aquella reacción. El italiano se dio cuenta de ello y sonrió.

—Creo que hemos tenido suerte. Para secuestrar a personas, uno debe informarse bien de los hábitos y costumbres de sus víctimas. Veo que no tenías ni idea de que desde que soy pequeño he sufrido de asma. En ocasiones, no puedo respirar demasiado bien y me veo obligado a hacerlo por la boca. Siempre llevo un inhalador encima, pero desde que me tuve que marchar a mi pueblo a la tumba de mi madre —la miró con odio— no he vuelto a usar uno. Deberías saber ya que he inhalado bastante menos gas que ellos dos. Me di cuenta de todo al estar respirando por la boca. Supe que algo no andaba bien. El sabor de ese gas y el sonido que oí me alertaron de que algo pasaba. Me esforcé en respirar con menos frecuencia y por supuesto, nunca por la nariz.

Roberto le miró sorprendido mientras luchaba por que sus propios ojos no se cerraran. Odeliah no reaccionó. Quedó muda unos segundos y tomó la palabra.

—De todos modos, te queda poco tiempo.

Soltó el cuello de Gabriela y con una palanca elevó la parte superior de la camilla donde ella permanecía tumbada. El cuerpo de Gabriela fue elevándose poco a poco hasta quedar en una postura similar a la de una persona sentada. Odeliah se dirigió al altar. Soltó el puñal, con una mano tomó la máscara y con la otra sujetó los dos ojos de sal. Roberto y Luigi observaban con atención todos sus movimientos. Gabriela miró a Roberto con terror en los ojos. No se atrevió a pronunciar palabra alguna. Comenzó a temblar y el miedo la invadió por completo haciendo que creyera que perdería el conocimiento de nuevo en cualquier momento. Odeliah se dirigió a su público.

—Quiero miraros a los ojos. Quiero ver cuál es la mirada de aquellos que saben que su vida y la del resto de todo terminarán pronto. Quiero saber qué está pasando por vuestra mente al ver que nada de lo que habéis hecho ha tenido sentido. Al saber que cada persona que ha perdido la vida para que esto

se hiciera realidad ha sido un sacrificio necesario —miró a Luigi—. ¿Qué opinas al respecto? —sonrió.

El italiano sintió de nuevo el fulgor en la nuca. Las ganas infinitas de despedazar a esa mujer. Verla disfrutar con lo que le había hecho a su madre encendía sus instintos más bajos.

Mientras se sacudía, se percató de que las esposas apenas le hacían daño en sus muñecas. Se fijó más detalladamente y con sorpresa supo interpretar aquel golpe que Santiago le había dado en el hombro. Sin duda, lo hizo para avisarle de eso. No estaban tan apretadas como parecía. Luigi era extremadamente delgado y Santiago supo jugar con eso. Aprovechó la ira de Odeliah mientras les hablaba para arriesgarse y dejar espacio suficiente como para dejarle sacar las manos con un mínimo esfuerzo. Consideró hacerlo, pero la mujer los miraba con odio y muy atentamente. Intentó relajar su ansia asesina y esperó a que otra oportunidad se presentara. Ella, con la máscara y los ojos en alto, continuó.

—¡Hoy comienza un nuevo mundo! El mundo que siempre debió existir. Informaré al Führer de todo lo que sucederá si cae en la rendición y abandona su propia vida. Le relataré cada aberración que se ha asentado en el mundo como si de algo normal se tratase. Le contaré en qué ha quedado el recuerdo de tan maravillosa época como la que el Reich hizo vivir al mundo ario. Detallaré las monstruosidades que suceden día a día sin que nadie haga nada, y le haré ver que el mundo siempre será un lugar mejor con él y con el hombre ario al mando —recorrió la habitación con la mirada—. Quizá existáis en ese mundo, no lo sé. Si es así, os felicito, porque podréis contemplar el paraíso ideado por el Reich.

—No te das cuenta de lo que estás diciendo... Ni siquiera sabes si llegarás viva. No tienes ni idea de lo que sucederá si logras ir a mil novecientos cuarenta y cinco.

Odeliah rio a carcajadas.

—Claro que sé lo que va a suceder. Por un lado, tengo la forma de llegar al *Führerbunker* y, por otro, sé que si la uso, lo haré a tiempo para evitar que Adolf Hitler se quite la vida. ¿Sabes qué día es mañana?

Nadie esperaba esa pregunta. Nadie contestó. Odeliah lo hizo.

—Hoy es 30 de abril. Creo que sabes algo de historia. ¿No crees que hoy sea el día en que debo usar, imperativamente, esta máscara?

Roberto y Luigi temblaron. Al instante reconocieron esa fecha. El día en

que Hitler se quitó la vida. Gabriela habló por primera vez.

—¿Lo tenías todo tan fríamente calculado?

—En absoluto —dijo ella volviendo la cara—. A veces, el destino también sonrío a esos que llamáis malos. Ahora me marcharé de aquí y me dirigiré al lugar en el que estaba el búnker donde todo sucedió aquel día. El parque que está justo frente a este maravilloso ático era el lugar donde antes se levantaba la nueva cancillería, bajo la cual estaba el *Führerbúnker*. Usaré la máscara sobre In den Ministergärten y desapareceré de este mundo appestoso e impuro.

Lentamente se guardó los ojos de sal en un bolsillo de su pantalón, y la máscara la sujetó con ambas manos. Antes de comenzar a caminar, sorprendida, vio a Luigi levantándose y abalanzándose contra ella. Roberto se sorprendió ante lo sucedido y gritó.

—¡Luigi! ¡Cuidado!

Odeliah consiguió ponerse a cubierto y perdió el equilibrio. La máscara cayó al suelo y ella se golpeó con el borde del altar en las costillas. Profirió un sonoro grito de dolor y recuperó el control. Luigi, que también había caído, producto de la fuerza con la que hizo el placaje, se levantó algo aturdido. Agarró a Odeliah de la pierna y mordió con fuerza en el gemelo derecho de ésta, haciéndole gritar más aún. La mujer, presa de la furia, consiguió coger el puñal que aún descansaba en el altar y se giró violentamente intentando alcanzar a Luigi. El italiano esquivó el ataque y se separó de ella gateando. Se escondió detrás de la camilla donde Gabriela estaba.

—¡Maldito gusano hijo de puta! —gritó Odeliah.

Cojeando, se dirigió al lugar en el que estaba escondido Luigi y de nuevo sorprendida, vio que ya no estaba. Repentinamente, apareció a su lado y la agarró por el cuello intentando inmovilizarla. Él le susurró al oído mientras forcejeaba.

—Voy a matarte pedazo de escoria. Vas a pagar lo que has hecho.

Apretó fuerte con ambos brazos y sintió que Odeliah tenía serias dificultades para respirar. Ella forcejeaba sin éxito. Durante algunos segundos se resistió hasta que fue perdiendo fuerza. Su cara fue tornándose de color azulado y las embestidas continuaron, aunque con mucha menos intensidad. Roberto gritó tras ellos.

—¡Ten mucho cuidado Luigi!

Gabriela apenas podía hablar. Contemplaba horrorizada cómo la mirada

del italiano se había transformado completamente en la de un monstruo. Estaba asistiendo al asesinato de una persona. El estómago no pudo con aquella situación y convulsionó, haciendo que sintiera unas ganas descontroladas de vomitar.

—¡No lo hagas o serás como ella! —gritó.

Luigi quedó paralizado ante aquellas palabras. Una punzada atravesó su mente y su pecho, haciéndole ver que precisamente, el odio había transformado a aquella persona en lo que era. El mismo odio que ahora le poseía a él.

Recordó a su madre y a su padre. Recordó todo el amor del que disfrutó desde que nació. Cada segundo vivido con ellos bajo el gran árbol junto a su casa. Rememoró las risas de los buenos momentos y los llantos de los malos. Recordó la frase que su madre siempre le decía cada vez que le veía deprimido por algo. «Eres todo lo que siempre quise que fueras». Entonces, aflojó la presión de sus brazos, mientras dejaba ir al demonio de su interior que escapaba en forma de lágrimas ardientes. Un segundo después, el frío de la hoja del puñal de Odeliah atravesó el costado derecho de Luigi.

—¡No! ¡Luigi! —gritó Roberto.

Gabriela ni siquiera fue capaz de decir nada. El temblor volvió a aparecer haciéndole entrar en estado de shock. Perdió la mirada y todo se volvió negro para ella. Odeliah se levantó con dificultad mientras tosía profundamente. Agarró la máscara con ansia y se dirigió hacia la puerta. Habló al cuerpo de Luigi que yacía en el suelo.

—Eres el que casi consigues... evitar que el nuevo mundo se convirtiera en... realidad. —miró a Roberto—. Enhorabuena, pero aquí se acaba todo.

Lentamente se dirigió hacia la puerta.

Con la puerta cerrada a su espalda, Odeliah se centró en respirar profundamente y recuperar algo de energía. El desgraciado italiano la había cogido por sorpresa y le había arrancado un pedazo de carne de la pierna de un solo bocado.

—¿Cómo se ha librado de las esposas? —se preguntó enfurecida.

Segundos después, se incorporó y comenzó su camino hacia el exterior. Salió de la casa y se aseguró de que todo quedaba cerrado con llave. No podía permitir que nadie consiguiera salir de allí hasta que ella no cumpliera con su propósito.

Mientras tomaba el ascensor, soñó con el ansiado momento. Si todo iba bien, se encontraría cara a cara con el mismísimo Führer. Ella se convertiría en la portadora de la victoria. Su imagen se convertiría en la del ángel que salvó al mundo del fracaso del III Reich.

Él le estaría tan agradecido que la mantendría a su lado por siempre y sería testigo de primera fila de la creación del mundo que siempre soñó el Nacional Socialismo.

Logró salir del edificio con un fuerte dolor en el gemelo derecho y con la sangre siguiendo su rastro. Sangraba profusamente a cada paso que daba. El dolor era tan intenso que le obligaba a emitir gritos ahogados. La gente la miraba escandalizada. Ver a esa mujer sangrando mientras caminaba a esa velocidad y con la mirada perdida, era contemplar la viva imagen de alguien

que no estaba en sus cabales. Sin embargo, a ella le daba igual. Continuó su camino hasta el centro del parque frente al edificio de su ático, el In den Ministergärten.

Miró la tierra seca y sintió la sangre recorrer cada centímetro de su cuerpo. La fuerza con la que latía su corazón era únicamente equiparable a su propia voluntad de hacer lo que estaba a punto de hacer. Atrás quedaron esos momentos en que dudó de sí misma. Esos días en que luchó contra el mundo entero en la búsqueda de la máscara de Adamo. Esos segundos en los que llegó a pensar que no era como sabía que era. Esos segundos en los que Oswald pensó que ella era como él.

Agarró las dos piedras de sal y las sacó del bolsillo. Abrió la palma de su mano y los contempló con adoración. En la otra mano sujetaba la creación más grande jamás concebida por un ser humano. Tembló y sudó. Rio internamente y sonrió externamente. El pecho se le hinchó de aire y contempló con respeto cada centímetro cuadrado del terreno que conformaba el parque. El lugar en el que antes estaba el centro neurálgico del III Reich, ahora convertido en insignificantes bloques de viviendas y aparcamientos. Todo eso volvería a ser lo que era y ella sería testigo de ello.

Se sentó sobre la tierra ante la atenta mirada de las personas que pasaban por allí y que no se atrevían siquiera a acercarse a ella. Odeliah ignoraba al resto del mundo en aquel momento. Todo su universo eran la máscara y los ojos de sal. Se tumbó boca arriba y contempló el azul del cielo. No había ninguna nube que adornara el techo azul. Un pájaro cruzó a toda velocidad su campo visual.

Colocó la máscara sobre su rostro y respiró profundamente. Con la mano izquierda colocó uno de los ojos sobre la cavidad destinada a ello y con la otra mano hizo lo propio en el otro hueco. Intentó relajar su pulso. Era inmensamente feliz ante lo que estaba viviendo. Pronto estaría con él. Comenzó a notar un leve murmullo en sus oídos. Apenas era inteligible, pero poco a poco fue haciéndose más nítido. Dejó de sentir el suelo bajo su cuerpo y le pareció estar volando. Se puso nerviosa ante aquellas sensaciones. Sentía que caía al vacío y a su vez era consciente de que se elevaba hacia arriba a una velocidad enorme. Pensó que su mente no podría soportar durante mucho más tiempo todo lo que estaba experimentando, y por primera vez pensó que quizá no había sido buena idea usar la máscara.

Los segundos pasaban y un intenso alboroto inundó sus sentidos. Gritos,

golpes, lamentos, susurros, llantos, todo entraba en la cabeza de Odeliah hasta hacerla sentir morir. Ella gritaba, aunque realmente su boca permanecía cerrada. La carne que recubría su cuerpo parecía desprendérsele de sus huesos, los cuales sentía que se rompían a cada segundo que pasaba. El dolor fue tan intenso que intentó quitarse la máscara para evitarlo. Su cuerpo no le respondió y continuó su viaje hacia el mismo infierno.

Comprendió en un solo segundo todo lo que estaba sucediendo. Aquella energía era así. Lo que la máscara estaba haciendo era precisamente aquello para lo que fue diseñada. La energía captada en aquella parte de Berlín era puro dolor y muerte. La esencia pura del odio, de un alma negra que solo quiere sufrimiento. Estaba siendo llevada al lugar en el que tanto dolor hubo. A la época más negra de la historia reciente del hombre. Supo que era el precio a pagar por cumplir el sueño de construir un mundo nuevo.

Cuando sintió que moría de dolor y pena, el suelo volvió a hacerse notar bajo su espalda. Justo en ese instante, la gente que paseaba en In den Ministergärten gritó horrorizada al ver a una mujer desaparecer frente a sus ojos.

Luigi se incorporó agonizando de dolor y en un esfuerzo titánico, se acercó a la silla de Roberto. Apretó el mecanismo de apertura de las esposas y liberó la mano izquierda de su amigo. Después cayó al suelo inconsciente. Roberto, tras liberar su otra mano, se acercó a él.

—¡Luigi! —dio leves golpes en su cara sin éxito. Se acercó a su padre e hizo lo mismo. Poco a poco Santiago fue recobrando el sentido. Después se dirigió a Gabriela que continuaba sin decir nada y con la mirada perdida. Tomó su cara e intentó despertarla del trance en el que se encontraba.

—Gabriela... despierta cariño —acarició su rostro—. Tenemos que irnos de aquí...

Santiago se incorporó.

—¿Qué ha pasado aquí? —dijo acercándose a Luigi.

—Esa hija de puta lo ha hecho, papá. Se ha ido con la máscara y los ojos. Luigi la atacó, pero fue apuñalado por ella. Ha salido hace unos minutos y ha cerrado con llave.

Santiago, sorprendido ante lo que estaba oyendo, únicamente fue capaz de acercarse al italiano para tomarle el pulso. Por un instante olvidó la máscara, los ojos de sal y a la nazi con aspiraciones mesiánicas.



—Aún está vivo. Tenemos que llamar a una ambulancia cuanto antes.

Roberto, que intentaba controlar sus nervios, se encontraba ayudando a Gabriela a bajar de la camilla. Sintió su teléfono móvil en el bolsillo. Cuando la acomodó en la silla en la que él estuvo sentado, agarró el aparato y llamó a los servicios de emergencias.

Segundos después informó a su padre de que una ambulancia se dirigía al lugar. Se acercó a la puerta e intentó abrirla sin ningún éxito. Se alejó y comenzó a darle patadas con toda la fuerza que fue capaz. Un intenso dolor en el hombro le hizo detenerse en dos ocasiones, pero no fue suficiente como para detenerle en su intento por salir de allí. Santiago se acercó cuando se aseguró de haber tapado la herida de Luigi con su camisa y comenzó a patear la puerta junto a su hijo. Segundos después, cedió ante los contundentes golpes que ambos le estaban propinando.

Roberto salió y raudó, se dirigió a la salida. Comenzó a agobiarse al no saber si Odeliah había logrado usar la máscara. En su camino hacia la puerta de salida, pasó junto una ventana. Se acercó a ella y se percató de que una pequeña muchedumbre se agolpaba en una zona concreta del parque. Supo que ese alboroto estaba relacionado con Odeliah y la máscara.

En un momento de locura, fue hacia la puerta y salió a toda velocidad. Detrás de él, su padre gritaba.

—¡Ten mucho cuidado hijo! —miró a Luigi y a Gabriela y susurró—. Ya no hay vuelta atrás...

Segundos después, Roberto salió del edificio y se dirigió directamente al grupo de personas. Consiguió hacerse hueco entre todas ellas y observó atónito que allí no había nadie. Únicamente, sobre el suelo, se encontraba, perfectamente colocada, la máscara y los dos ojos sobre ella. Se agachó tembloroso y lo tomó todo con sus manos. Se percató de que estaba algo caliente. Se estremeció al saber lo que acababa de ocurrir. La gente comenzó a dirigirse a Roberto. Él no hablaba alemán y no comprendía nada de lo que le estaban diciendo. Le hablaban haciendo gestos con las manos.

—¡No entiendo nada! —gritó al aire haciendo que todos callasen.

Una chica de unos veinte años se acercó a él y le comenzó a hablar lentamente.

—Mujer... sobre el suelo... no está.

Roberto abrió los ojos como si muriera en aquel preciso instante. Lo había hecho. No había forma de evitar lo que ella había dicho que haría. Una

sensación de pánico llenó todos los sentidos de Roberto, que, esforzándose por no perder la cordura, se alejó del lugar a paso lento.

El murmullo de la gente quedó atrás y él creyó caer en una oscuridad absoluta. En cualquier momento, todo podría dejar de existir y la luz del mundo se apagaría. Cada segundo que pasaba era un regalo que debían disfrutar todas las personas, pues el fin estaba cerca. El negro comenzó a nublar la mente del joven cirujano que asumió en un solo instante que la máscara de Adamo realmente funcionaba y que Odeliah podría cumplir con su infernal palabra. El sonido de una ambulancia le despertó de su letargo y provocó que corriera a la entrada del edificio. Allí esperó al personal sanitario y subió con ellos al ático para atender a Gabriela y a Luigi Di Martino. Guardó los ojos en su bolsillo y escondió la máscara en el interior de su chaqueta, maldiciendo el momento en que no tuvo el valor suficiente para salir de la tienda de suvenires en la que esperaba con su padre mientras Luigi entregaba la máscara a esa mujer.

Cuando recuperó la consciencia, Odeliah se encontraba aturdida y mareada. Apenas era capaz de abrir los ojos. Una sensación de quemazón recorría sus globos oculares y sus extremidades. Recordó todo lo que había sentido desde que se colocó la máscara y los ojos en medio del parque. Lentamente intentó concentrarse en qué lugar estaba.

Apenas se oía nada. El silencio reinaba en aquel lugar. Intentó hablar, pero apenas le salía un pequeño hilo de voz. Se percató de que incluso con tan poca potencia vocal como tenía, el eco de ese leve sonido indicaba que estaba dentro de un lugar cerrado.

Según sus averiguaciones, la máscara le llevaría al lugar en el que una enorme cantidad de energía fue emitida y quedó impregnada. Segundos después logró abrir los ojos y distinguió que estaba en una esquina dentro de una habitación de iguales proporciones que la que tenía oculta tras su biblioteca en el ático. Poco a poco se fue acostumbrando a la oscuridad que allí había, únicamente interrumpida por un pequeño candelabro en el centro de una mesa simple.

Se incorporó y comprobó, horrorizada, que junto a esa mesa había una persona sentada sobre una silla de madera. Su cara estaba desencajada y presentaba una expresión de terror. Odeliah se llevó las manos a su rostro,

intentando suprimir el grito cargado de desconcierto que llenaba su garganta. No entendía nada de lo que allí estaba sucediendo. «¿He llegado tarde?», se preguntó. Automáticamente desechó esa idea pues el Führer se había suicidado dándose un tiro en la cabeza. Sabía que después de eso, su cuerpo fue quemado junto al de Eva Braun para evitar que fueran tomados por los rusos.

Súbitamente, su mente se detuvo. Los pensamientos dejaron de fluir y se centraron en un solo nombre.

—Eva Braun...

Reconoció ese rostro deformado que había frente a ella. Se preguntaba dónde estaba el Führer. Si había llegado tarde debía estar también allí, junto a su reciente esposa. Había pocos sitios en los que mirar. Recorrió toda la estancia con sus ojos, casi poseída por la incertidumbre. La realidad de lo que había sucedido comenzó a aparecer en su mente. Pensamiento que rechazaba una y otra vez en un desesperado intento de justificar cada paso que había dado para estar allí.

Comprendió que la máscara la había llevado al lugar y el momento que ella quería, aunque la realidad con la que se encontró no era la que ella pensaba que era. No se trataba de si el invento de Luca Adamo había funcionado bien o no. Lo que estaba sucediendo era algo más simple. La respuesta al interrogante de dónde estaba Adolf Hitler era muy sencilla. Supo, sin poder evitar asumirlo, que lo que se había contado sobre lo sucedido en el búnker donde Hitler se suicidó no era lo que había sucedido realmente. Fue testigo de una realidad histórica de la que nadie más fue consciente y asumió a su vez que allí quedaría ese testimonio y que nadie más lo sabría jamás.

Oyó la puerta de la habitación abriéndose. Su cuerpo tembló de miedo por primera vez en su vida. No saber qué le esperaba detrás de ese sonido amenazante la estaba matando por dentro. Cuando la puerta terminó de abrirse, unos soldados alemanes, sorprendidos, comenzaron a disparar una sonora y potente ráfaga de disparos sobre esa extraña mujer, seguramente rusa, que se había colado en el lugar donde Eva Braun yacía muerta.

Mientras recibía los disparos, Odeliah terminó por aceptar la verdad de lo sucedido. Aquellas teorías ridículas sobre la supervivencia de Adolf Hitler no eran tan absurdas.

Allí no estaba el Führer. Allí no estaba él para que ella le salvara. Ni siquiera se encontraba el cadáver si hubiera llegado tarde. Adolf Hitler nunca murió y así lo sabían todos los presentes en ese habitáculo. Adolf abandonó el

ideal de un mundo ario. De un mundo puro y perfecto. Adolf abandonó a todos los que le encumbraron a ser el Dios en la tierra que fue. Odeliah supo eso y aun sabiendo que moría, la amargura sentida y la traición sufrida por la misma historia, le hizo pedazos lo poco que quedaba de su alma.

En los libros de Historia jamás se mencionó a esa mujer, llegada de la nada, que casi descubre que el Führer había salido con vida de aquel búnker. Nadie supo jamás que Odeliah Ackerman había existido.

Desde que Gabriela fue atendida de una crisis de ansiedad severa y Luigi fue trasladado al hospital para tratar la herida punzante sufrida a manos de Odelliah, transcurrieron cuatro horas. Cuatro interminables horas en las que Roberto y Santiago contaron los segundos que transcurrían como si en cualquier momento todo pudiera llegar a su fin.

Eran conscientes de que, si hablaban sobre todo lo ocurrido con el personal sanitario, nadie les creería, a pesar de los numerosos testimonios de las personas que vieron a Odelliah desaparecer en pleno día y en mitad del parque In den Ministergärten.

La operación de Luigi fue un éxito y consiguieron frenar la hemorragia. Afortunadamente, ningún órgano vital había sido dañado y en pocos días estaría medianamente recuperado para comenzar a valerse por sí mismo.

Gabriela se recuperó en poco tiempo del shock sufrido ante aquella situación tan traumática que había vivido. Los médicos informaron a Roberto y a Santiago de que tanto Gabriela como Luigi debían permanecer en observación hasta que recibieran el alta médica. Sin embargo, les daba permiso para entrar a visitarles en la habitación que compartían.

Así lo hicieron y poco después, los cuatro se encontraron a solas. Luigi, a pesar de sentirse dolorido y débil, fue quien primero habló.

—¿De verdad ha usado la máscara?

Durante algunos segundos solo hubo silencio.

—Cuando conseguí salir a la calle, únicamente quedaban la máscara y los ojos. Ella no estaba en ninguna parte —dijo Roberto sin ánimo—. Ahora mismo está dentro de una bolsa que cogí de la casa de esa... mujer...

—No sé qué debería pensar en un momento así —intervino Santiago—. Si todo lo que creemos que hace la máscara es cierto, ella debe estar ahora mismo hablando con el mismísimo Adolf Hitler. En ese caso, es cuestión de tiempo de que suceda algo que cambie el curso de la Historia y haga que todo lo que ha acontecido desde entonces hasta ahora no haya existido jamás... —miró a los ojos de los tres—. Tengo una mezcla de miedo y ansiedad. Es como si supiera que el corazón me dejará de latir, pero no sé en qué momento lo hará —sintió vértigo al ser consciente de lo que acababa de decir.

Se dio cuenta de que no era mayor ese temor que el que cualquiera puede sentir ante la espontaneidad de la muerte. Sintió un leve alivio en el pecho.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Gabriela—. Si hace realidad lo que tenía en mente, no tenemos forma alguna de evitarlo. No sé cómo se supone que debemos actuar a partir de ahora.

—Creo que lo mejor será continuar con nuestras vidas hasta que algo suceda —dijo Roberto—. Si pasa el tiempo y nada ocurre, sabremos que Odeliah fracasó en su plan. No se me ocurre ninguna forma mejor para dejar todo esto atrás y superarlo en la medida de nuestras posibilidades.

Santiago, que no dejaba de pensar en que las cosas no deberían haber sucedido así, tuvo la necesidad de salir de la habitación para que le diera un poco el aire en la cara. Quisieron detenerle, pero nadie dijo nada. Entendieron que necesitaba estar solo. Cada persona encuentra su propia forma de manejar las situaciones y Santiago necesitaba en ese momento estar a solas, al contrario que el resto, que únicamente podría superar todo lo sufrido en compañía de sus compañeros de fatigas.

Salió a la puerta, sabiendo que quedaba algo que aún tenía que suceder. No se quitaba de la cabeza el sueño que tantas veces tuvo desde que era un niño pequeño. No conseguía ignorar la sensación de que la máscara estaba destinada a algo más que el uso que Odeliah le había dado. Algo dentro de su propia esencia le decía que nada cambiaría. Algo que le susurraba que aquella conclusión a la que llegó la última vez que tuvo el sueño de Belchite era más válida y premonitoria que nunca.

Volvió a entrar al hospital y con decisión se dirigió a su hijo y a los otros dos.

—Tenemos que continuar viviendo. No hay otra forma de seguir si no es así. Roberto, tienes aún un par de semanas de vacaciones por delante. Deberías disfrutarlas todo lo posible —desvió la mirada hacia Gabriela—. Mi hijo te mira de la misma forma que tú a él, así que deberías aprovechar sus vacaciones con él si es lo que realmente te apetece. Es más, si nada te ata a Granada, ya es hora de que vivas tu propia vida lejos del lugar que tanta amargura te ha dado —dio dos pasos y se acercó a la cama de Luigi—. Me encantaría que te quedaras en Granada, conmigo —el joven se sorprendió y comenzó a respirar algo más agitado—. Creo que tu sitio ya no está en Fontanelle. Si lo deseas, puedes quedarte en mi casa para comenzar a construir una nueva vida.

Luigi no pudo contener la emoción y comenzó a llorar como un niño pequeño. Gabriela y Roberto se contagiaron y sintieron un agradable calor dentro del pecho.

—Muchas gracias, Santiago... —dijo Luigi—. Creo que no será tan duro a partir de ahora asimilar todo por lo que hemos pasado.

Días después, Roberto se encontraba con su gata en la cola del aeropuerto de Berlín. Junto a él, Gabriela sostenía una tablet que se había comprado un día antes y jugaba distraída al juego de las gemas de colores.

Partirían hacia Granada para terminar de disfrutar las vacaciones de Roberto. También pretendían comenzar a preparar todo para que Gabriela se fuera con él a A Coruña para intentar comenzar allí desde cero. La explicación de las vistas desde la Torre de Hércules había cautivado a Gabriela, que a cada segundo que pasaba sentía más mitigado el dolor de lo vivido en la capital alemana. Santiago también estaba en la misma cola, un poco más atrás, junto a Luigi, que poco a poco se iba recuperando favorablemente de la puñalada sufrida.

—Dentro de un tiempo, cuando te recuperes, necesitaré que hagas una cosa por mí —dijo Santiago.

—Lo que sea que necesites, aquí me tienes —respondió Luigi.

El día en que Roberto se disponía a marcharse hacia Galicia, junto a su novia Gabriela Blesa, fue a visitar a su padre. Hacía dos semanas que vivía con Luigi. Se sentía muy feliz de saber que Santiago viviría con el joven italiano. Realmente se había convertido en un hermano para él.



Los días que sucedieron a la vuelta de Berlín, apenas dejaron de estar juntos y había logrado conocer mejor a ese chico que apareció de la nada con una importante misión bajo el brazo. Habían asumido que Odeliah no había tenido éxito en su misión. Desconocían qué había pasado para que la Historia no se hubiera borrado tal y como ella había pronosticado, aunque poco les importaba. La vida continuaba y se acabaría cuando tuviera que acabarse.

Llamó a la puerta con la gran arandela de metal y accedieron a su interior después de que Santiago les diera paso. Sobre la mesa, una ingente cantidad de sushi, la comida favorita de Roberto. Luigi nunca fue muy amante de la comida japonesa, pero a raíz de compartir tiempo con Roberto y Gabriela, que como ya se sabía, adoraba todo lo relacionado con Japón, comenzó a aficionarse a ese tipo de comida.

Durante varias horas compartieron risas, anécdotas y recuerdos de cada uno de ellos. En ningún momento nadie habló de lo sucedido con la máscara ni con los Ackerman. Necesitaban pasar página y en ello estaban. Sin embargo, Santiago sabía que no podía hacerlo, pues eso significaba que todo terminaría en el momento de su propia muerte.

Se despidieron, con la ilusión de verse en unos meses cuando pudieran tener vacaciones de nuevo o cuando Santiago y Luigi pudieran subir a A Coruña a visitarles. La felicidad no abandonó a ninguno de ellos, excepto a Santiago, que, a pesar de tener una sonrisa dibujada en el rostro, su alma lloraba como nunca antes.

—Siempre te querré... —dijo dándole un abrazo a su hijo.

—Y yo a ti, papá. Volveremos a vernos.

El alma de Santiago continuó llorando.

Transcurridas algunas horas de la partida de su hijo, el viejo Santiago se acercó a la mesa donde Luigi estudiaba para sus clases de castellano. Había decidido mejorar su nivel a pesar de lo alto que éste era.

—¿Recuerdas aquello que te pedí en la cola del aeropuerto de Berlín? —dijo Santiago tomando asiento.

—Claro que sí. Me preguntaba cuanto tiempo tardarías en contarme en qué me ibas a necesitar.

Santiago se acercó al mueble junto a la televisión y sacó una caja. Extrajo la máscara, envuelta en la tela de terciopelo negro y la colocó sobre la mesa. Hizo lo mismo con los ojos.

—Te prometí que serías tú quien destruiría la máscara. ¿Todavía quieres hacerlo?

Luigi no había vuelto a ver ese objeto desde que volvieron a Granada. El calor familiar y el comienzo de su nueva vida hicieron que el odio y el rencor que llevaba dentro desaparecieran gradualmente. No recordaba siquiera que una vez deseó la destrucción de ese objeto.

—Sí...

—Cuando haga algo que debo hacer, tendrás la oportunidad de hacerlo. Quiero que con su destrucción se vaya también cualquier recuerdo amargo de lo pasado desde que llegaste. Quiero que seas capaz de hacer una vida propia. Que estudies y que te dediques a lo que te haga feliz porque tienes potencial para hacer todo lo que te propongas. Y si lo necesitas, no dudes en acudir a Roberto —Luigi se asustó ante las palabras de Santiago. Sabiendo que él nunca hacía nada sin un motivo, no se atrevió siquiera a preguntar nada. El viejo continuó—. Mañana partimos hacia Belchite.

## Epílogo

Aquella madrugada, Santiago Vélez descansaba en el sillón de orejas que tantas veces le había visto indagar y pensar sobre tantos asuntos de diferente índole a lo largo de su intensa vida. Contemplaba, como siempre, la bella estampa de la Alhambra de Granada a través de la ventana mientras sus pensamientos se dirigían hacia el norte del país.

Desde que supo el verdadero uso de la máscara, no tuvo otro pensamiento en la cabeza. Una idea que jamás compartió con nadie, ni siquiera con su propio hijo.

Desde que Oswald Ackerman desveló el tremendo poder de la creación de Luca Adamo, tuvo la certeza de que éste estaba relacionado con el intenso sueño que por tantos años revivió cada cierto tiempo. Supo que debía usar la máscara antes de que Luigi la destruyera.

A raíz de lo vivido junto a su hijo, Gabriela y el joven italiano, había aprendido a valorar aún más todo lo que tenía y todo lo que podría tener junto a ellos. Sin embargo, para conservar eso que tanto amaba, en el infinito del tiempo, debía abandonar Granada e irse a Zaragoza. Allí, el viejo pueblo de Belchite le esperaba. Lo hacía desde hacía años. Para volver a verle, tal y como ocurrió tantísimos años atrás, antes incluso de que él mismo naciera.

Para ello, había decidido llevarse al hijo de su compañero y amigo Paolo Di Martino. Le debía la oportunidad de destruir aquello que tantas desgracias había traído a su vida.

Después de tanto sufrimiento y de tantas pérdidas, todo había terminado, y tanto la máscara como sus ojos estaban a buen recaudo y protegidos de cualquier amenaza o uso indebido hasta que se usara para lo que debía ser usada. Tal y como Luca Adamo quiso. Sin embargo, si quería que todo aquello no hubiera sido en vano, era su turno de mover ficha. El último movimiento que haría sobre el tablero y que sentenciaría la partida.

La maleta ya estaba hecha. Él sabía lo que iba a suceder. Lo que debía suceder. No lo comentó con nadie pues era mejor así. Si hacía lo contrario, le intentarían disuadir y quizá incluso lo hubieran conseguido. Por eso decidió callar.

Para garantizar que todo continuaba, debía hacerlo antes de que muriera. Si su fallecimiento llegaba antes de cumplir con su objetivo y usar la máscara, todo continuaría como hasta ahora, pero su hijo dejaría de existir y todo lo relacionado con ellos dos desaparecería de la historia sin dejar huella. Quizá, incluso, Odeliah hubiera tenido éxito en cumplir su plan. Tenía que garantizar, para ello, la supervivencia de aquellos que estaban destinados a morir.

Su pasado le esperaba y, por ende, también su futuro y todo lo que vivió hasta ese mismo instante. Si no sucedía así, jamás habría tenido la vida de la cual disfrutó. No se habría casado y, sobre todo, nunca hubiera tenido a su hijo Roberto. Si no usaba la máscara, nada de eso habría sucedido y no sucedería jamás. Se aseguró de que Luigi no olvidaba nada y se colgaron la mochila al hombro. Santiago comprobó que el paño de terciopelo negro envolvía al objeto de su salvación. Pues eso es lo que era.

Salieron de la casa y asegurándose de que el joven Di Martino no le observaba, miró por última vez aquellas paredes que tantas historias habían presenciado. Esos viejos muros, testigos de un hogar inmensamente feliz, así como también cargado de amargura. Aunque su alma no dejaba de llorar y de sangrar, comprendió que era muy afortunado de poder ser consciente de que su vida terminaba ahí. Eso le permitió saborear esos instantes como si de un manjar del cielo se tratase. Cerró la puerta tras de sí y comenzó su viaje junto a la persona que, sin saberlo, le otorgó la oportunidad de salvar la existencia de su hijo y de él mismo. Su vuelta a los orígenes. Su retorno al mundo de sus sueños.

Pocas horas después llegaron al destino. Belchite, que significa «Bello lugar», es el nombre que se le dio a ese lugar de Zaragoza. Santiago, a través de sus sueños, pudo ser testigo de las consecuencias del terror que allí se

vivió muchos años atrás a raíz de los bombardeos sufridos. Se estremeció al verse ahí, después de tantos años, otra vez.

Después de un rato caminando entre piedras y ruinas de lo que hoy tenía el nombre de Pueblo Viejo de Belchite, llegó a lo que una vez fue la Iglesia de San Martín. Contempló el célebre texto en el que se recordaba que los zagales ya no rondan las calles del lugar y que las jotas que cantaban sus padres dejaron de oírse.

El silencio que podía oírse allí se convirtió en su manta y cobijo. Continuó caminando hasta colocarse detrás de la iglesia, donde el aislamiento parecía aún mayor. Nervioso, extendió una manta sobre el verde campo, detrás de una de las casas derruidas. Luigi le acompañaba en todo momento. En silencio. Santiago se dirigió a él.

—Debes comprender que lo que voy a hacer es necesario, hijo.

Esa palabra dirigida a su persona hizo que Luigi sintiera un amor puro e incondicional.

—Santiago... no sé qué vas a hacer, pero todo, desde que ayer hablaste conmigo, sabe a despedida.

—Verás. Este lugar fue el escenario de una cruenta batalla hace muchos años durante la Guerra Civil española. Muchas personas perecieron o quedaron huérfanos. La desgracia se cebó con el antiguo Belchite. Cuando era muy pequeño, mi padre me contó que un hombre salvó a mis abuelos de la muerte aquella noche en que comenzaron los bombardeos sobre este lugar en el que nos encontramos. Se trataba de alguien que apareció de la nada y que les dijo que debían salir de la casa para dirigirse a un lugar específico que él les indicó. Después de hacerles caso, la casa de mis abuelos, que era donde se estaban refugiando, cayó derrumbada como tantas otras. Ese hombre se llamaba Santiago, y en su honor me pusieron a mí el mismo nombre —Luigi abrió la boca sorprendido. No se atrevió a decir nada. Santiago continuó—. Creo que entiendes lo que quiero decir. Si no uso la máscara de Adamo, mis abuelos nunca se salvarán, y yo jamás existiré —calló unos segundos—. Si eso ocurre, tampoco lo hará Roberto. No puedo consentir que eso suceda, así que tengo que hacerlo, y espero que lo entiendas, Luigi.

La garganta del italiano se quedó seca. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Sus labios temblaron y la realidad le golpeó el corazón con más fuerza de la que él podía soportar. Se acercó a Santiago y le abrazó sin decir nada.

El viejo investigador no consintió que su alma llorara a solas y acompañó en el llanto al que ya consideraba su propio hijo. La amarga sensación de saber que su tiempo llegaba a su fin hizo que ese abrazo supiera como ningún otro antes.

Luigi no podía soportar la idea de perder a otro padre en tan poco tiempo. Santiago sabía que no era justo pedirle que le acompañara a Belchite, pero era la única manera de que pudiera hacerlo. Debía ser él quien destruyera la máscara y pusiera fin a todo.

Poco después se separaron y se miraron a los ojos. Santiago le habló con el rostro encogido.

—Debe ser así. Entiéndelo, por favor...

Luigi asintió con la cabeza mientras respiraba agitadamente. Segundos después, Santiago volvió a hablar.

—Necesitaré que te vayas al otro lado de la Iglesia, donde antes nos detuvimos y leímos aquella inscripción, y esperes allí unos diez minutos. Tras eso, quiero que vengas con una piedra, la más grande que veas, y hagas añicos este objeto infernal. Esta será la última vez que alguien la use y aquí se cerrará el círculo. Nadie más podrá cambiar la historia ni podrá amenazar con hacerlo.

Luigi, que no se atrevía a mirar directamente a Santiago, apenas se movió de donde estaba. El viejo habló de nuevo.

—Necesito que me digas que has entendido lo que va a suceder a partir de ahora.

—Si... —dijo levantando la mirada.

El silencio era tan profundo que casi se podía entender lo que querían decirse el uno al otro sin articular palabra alguna. Ni siquiera los pájaros que vivían en ese lugar piaban. Todo parecía negro y estéril en aquel limbo en el que el viejo Santiago y el joven italiano se encontraban.

—¡No lo hagas! —gritó Luigi.

Santiago, compungido, agarró la mochila y le dio la espalda.

—Llora. Grita. Enfádate conmigo. Lo entenderé todo, pero eres muy inteligente y sabes que es así como debe hacerse.

El chico, llorando y ahogándose en su propia pena contempló la espalda de ese buen hombre. De repente, quedó atónito. Se restregó los ojos con las manos para comprobar si era verdad lo que estaba viendo y que no se trataba de ninguna alucinación. Su padre estaba junto Santiago. Sonreía y le saludaba.

La respiración se le cortó y pudo reunir valor para hablar.

—Adiós, papá...

Las palabras del italiano aliviaron parte de la amargura de Santiago, que también creía haber visto a su amigo junto a él. Luigi dio media vuelta, y obedeciendo, se dirigió al lugar que antes le indicó Santiago. Allí esperó, mientras contaba los segundos. Allí luchó consigo mismo para no arrebatarse la máscara al hombre que había conseguido salvarle de ser una persona completamente diferente a lo que sus padres hubieran querido. Ese hombre que encarnaba la auténtica bondad y que consiguió aliviar todo el dolor que le habían causado, dándole la oportunidad de tener una nueva familia, aunque a partir de ese momento, con un miembro menos.

Ya en completa soledad, Santiago abrió la mochila y extrajo la máscara y sus ojos con sumo cuidado. Se tumbó sobre la manta mirando al cielo y respiró profundamente.

Como si creyera que alguien le oía, habló al vacío.

—Dos figuras con forma humana... ¿Quiénes erais? ¿De dónde vinisteis? —observó un pequeño pájaro cruzando su campo de visión y volvió a centrar su mirada en el techo azul—. Creísteis que éramos dignos de algo tan poderoso como la máscara, pero os equivocasteis. Luca hizo bien en querer ocultarla. No merecemos tal poder. No merecemos ningún perdón...

Respiró profundamente. Podía oír el latido de su corazón, cada vez más rápido, sabedor de lo que vendría a continuación. Conocedor de que lo siguiente en suceder sería aquello tantas veces soñado en pesadillas y tantas veces temido. Elevó la máscara, dispuesto a colocársela y comprobó, atónito, que los rayos de sol que impactaban sobre ella dejaban ver una serie de palabras escritas en su superficie, invisibles en una situación de iluminación normal. En el interior de la máscara, donde debía ir la boca de quien la usara, Santiago pudo leer, consiguiendo traducir el texto casi en su totalidad: «*Che il tempo per fare il suo lavoro. La maschera è incompleta. Per rimanere ciechi per sempre. Che Vasari tacitato. Luca Adamo.*» (Que el tiempo haga su trabajo. Que la máscara quede incompleta. Que se quede ciega por siempre. Que Vasari lo silencie. Luca Adamo).

Fue entonces cuando comprendió cómo supo su amigo Paolo Di Martino que la máscara fue hecha por Luca Adamo y que Giorgio Vasari tenía conexión con ella y con el alquimista. Fue así de sencillo.

Adamo, en un último intento de aviso ante las infinitas posibilidades que

el futuro podía crear, dejó ese mensaje aprovechando las propiedades del material con el que había creado a la máscara, para indicar cómo debían estar las cosas y qué debía suceder para que nadie más pudiese usarla. Ese mismo mensaje que Paolo recibió y el cual fue el detonante de todo lo que sucedió después.

Sonrió al ver resuelto el último enigma que aún anidaba en su mente y que no había dejado de preocuparle. Justo antes de cumplir con su última misión.

Con su mano izquierda colocó la máscara sobre su cara. El tacto era frío. Más de lo que hubiera esperado. Sintió el peso del objeto sobre su rostro y dejó caer la mano sobre el suelo, tocando la suave manta. Después colocó los ojos sobre las cavidades. Primero el derecho y luego el izquierdo. Su corazón galopaba en el pecho y creyó morir. Sin embargo, él sabía que eso no iba a suceder. Tenía que iniciar el viaje que debía de hacerse. Comenzó a respirar profundamente hasta que consiguió relajar el pulso y su ansiedad. El silencio volvió a dominarlo todo. Así, casi eternamente.

De repente sintió un leve cosquilleo en la nuca y en la parte trasera de las piernas. La misma sensación se extendió por su espalda hasta terminar en la misma raíz del cráneo.

A pesar de tener miedo de qué se sentiría al ser transportado a otro tiempo, tuvo la sensación de que se estaba quedando dormido, aunque el nivel de consciencia fuera bastante más alto que si realmente fuera a dormir. Durante algunos segundos sintió una agradable sensación de paz. Era parecido al sentimiento de gratitud, como si todos los actos buenos que hizo en su vida se transformaran súbitamente en bienestar para él. Instantes después, y como si de un despertar se tratase, abrió los ojos al oír una fuerte explosión a pocos metros de él.

Supo dónde estaba y cuando estaba.

Supo lo que debía hacer.

La casa de sus abuelos era aquella casi al final del pueblo.



# Agradecimientos

Maty Huescar  
Carolina Cortés Pedro  
Miriam Garrido Rivera